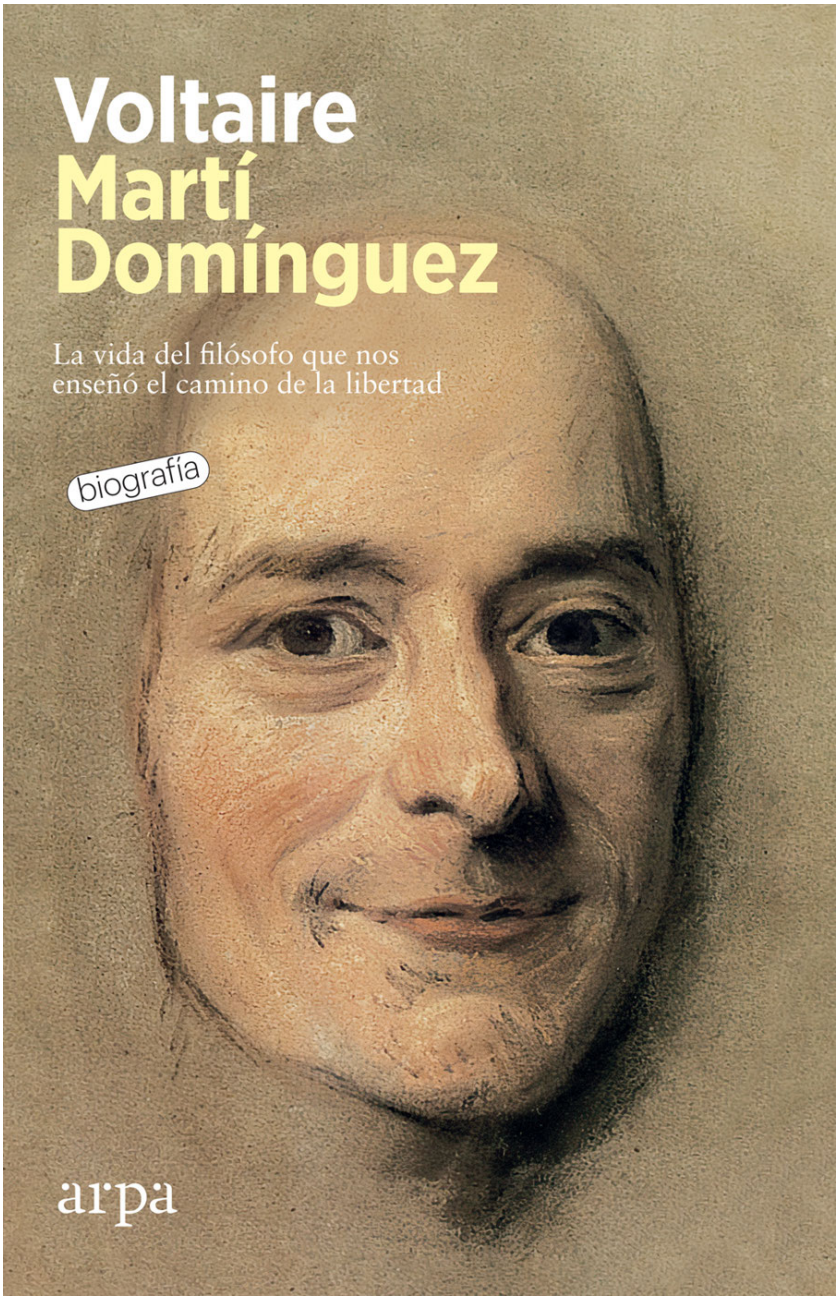
Voltaire

Martí Domínguez

La vida del filósofo que nos enseñó el camino de la libertad

biografía



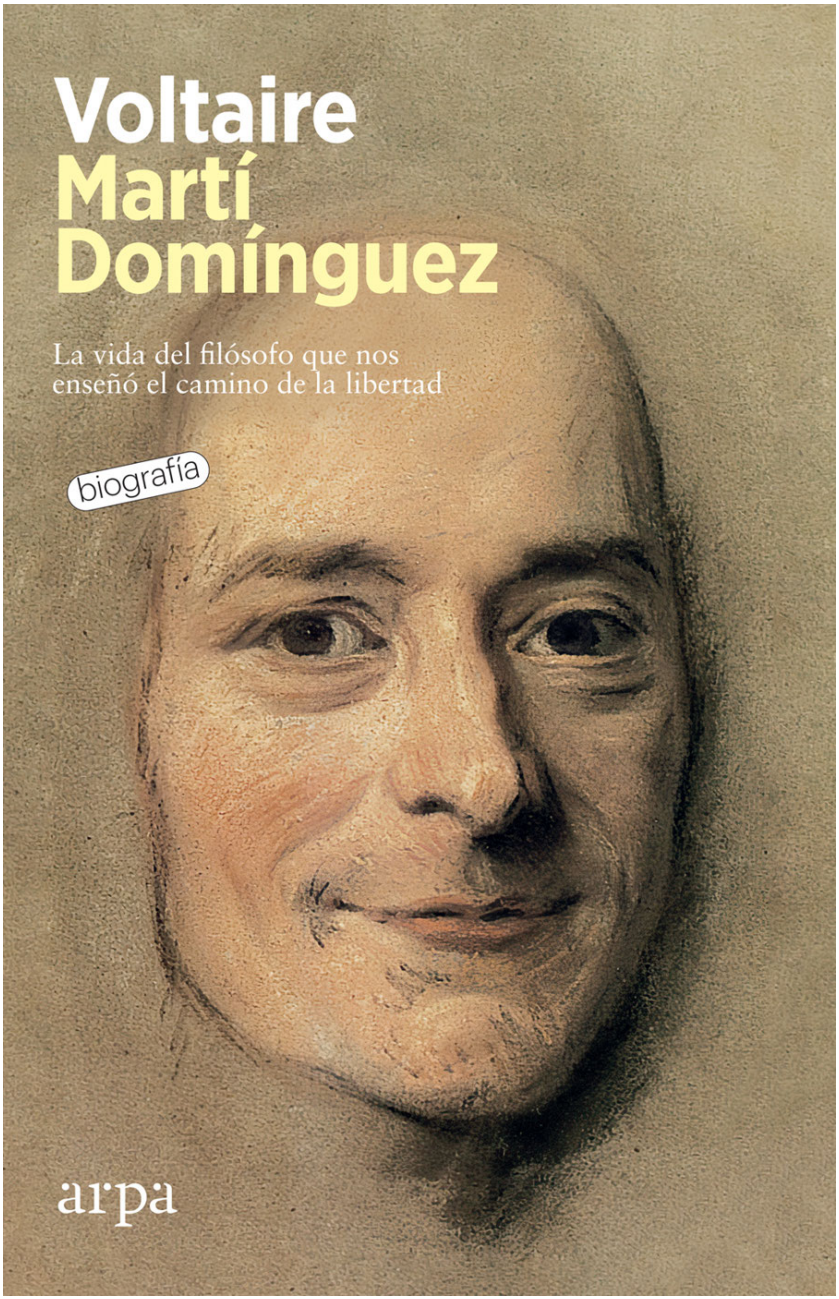
arpa

Voltaire

Martí Domínguez

La vida del filósofo que nos enseñó el camino de la libertad

biografía



arpa

VOLTAIRE

Martí Domínguez

VOLTAIRE

arpa

© del texto: Martí Domínguez Romero, 2023

© de esta edición: Arpa & Alfil Editores, S. L.

Primera edición: marzo de 2023

ISBN: 978-84-18741-94-4

Depósito legal: B 5639-2023

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Anna Juvé

Imagen de cubierta: © Maurice Quentin de La Tour, Portrait Voltaire

Maquetación: Àngel Daniel

Producción del ePub: booqlab

Arpa

Manila, 65

08034 Barcelona

arpaeditores.com

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,

almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

SUMARIO

CAPÍTULO I

Oigo hablar de libertad

CAPÍTULO II

Más feo que un mono

CAPÍTULO III

Quiero ser hombre de letras

CAPÍTULO IV

La Bastilla

CAPÍTULO V

Yo comienzo mi nombre, mientras que vos…

CAPÍTULO VI

El destino es el que hace a los hombres prudentes

CAPÍTULO VII

Las cartas diabólicas

CAPÍTULO VIII

Amores Filosóficos

CAPÍTULO IX

La voltairomanÍa

CAPÍTULO X

LOS Inmortales

CAPÍTULO XI

El hundimiento

CAPÍTULO XII

Me libro a mi destino

CAPÍTULO XIII

LA QUERELLA

CAPÍTULO XIV

EL PRUSIANO

CAPÍTULO XV

Me he hecho rey yo mismo

CAPÍTULO XVI

CáNDIDO O VOLTAIRE

CAPÍTULO XVII

CULTIVEMOS NUESTRO HUERTO

CAPÍTULO XVIII

El diccionario diabólico

CAPÍTULO XIX

El derecho de los tigres

CAPÍTULO XX

Todo el resto es ilusión

CAPÍTULO XXI

La marmota de los Alpes

CAPÍTULO XXII

El regreso de Voltaire

EPÍLOGO

Voltaire en España

NOTAS

BIBLIOGRAFÍA

La vida de un hombre de letras es la libertad.

VOLTAIRE, Carta a Cideville (15 de septiembre de 1733)

CAPÍTULO I

OIGO HABLAR DE LIBERTAD

Voltaire es mucho más citado que leído. En realidad, no puede decirse que goce entre nuestros contemporáneos de un favor especial: su obra es tan respetada como en general desconocida, y, como mucho, el lector conoce Cándido, o alguno de sus cuentos menos exóticos. Algún lector puede que haya ojeado las Cartas filosóficas o incluso puede que haya disfrutado con el Diccionario filosófico, pero quizá sin llegar a sacarle todo el jugo a aquel repertorio enciclopédico, mezcla de filosofía y agudas ocurrencias. Tampoco puede decirse que en Francia disfrute de una situación muy diferente, hasta el punto de ser tildado por Emmanuel Berl de autor «casi desconocido, del cual se lee Cándido y se omite el resto».[1] Pobre destino pues para quien —con d'Alembert como escudero— gobernó la opinión del siglo XVIII, y fue el faro hacia el cual se dirigieron todas las miradas reformadoras, hasta convertirse en el motor más activo del cambio social del Siglo de las Luces, del que son deudores todos los Estados democráticos.

De algún modo, Voltaire encarna mejor que cualquier otro ilustrado el siglo XVIII. No en vano el Siglo de las Luces también es conocido como el siglo de Voltaire, y eso en vida del propio filósofo. ¿Por qué no el siglo de Diderot o el de Rousseau? ¿Qué es lo que sustancialmente separa a Voltaire del resto de filósofos? Unos filósofos que, asimismo, fueron decisivos para el movimiento ilustrado y cuya ausencia trastocaría a buen seguro nuestra percepción de aquella época. La clave de esta diferencia está, acaso, en la fama —la renommée—, en el singular y hasta entonces inédito altavoz que consiguió este filósofo. Voltaire es uno de los primeros fenómenos mediáticos; antes de su gesta ningún escritor había alcanzado con sus escritos un eco tan prodigioso, tan influyente, tan rico y temible. Es el fruto del perfeccionamiento de la imprenta, de los avances técnicos que permitieron abaratar costes de edición, y

que produjeron ese despegue político y cultural que culminaría con la Revolución francesa. Pero, sobre todo, es el resultado de la libertad de pensar.

Se dice que Voltaire fue el primer autor que consiguió vivir de su trabajo, el primer profesional de la escritura (el primer «forzado de la pluma», diría Eugeni d'Ors). Es cierto tan solo en parte, porque Voltaire siempre fue hábil para sacar un jugoso rédito de todos sus negocios, buena parte de ellos ajenos al mundo de la literatura. No obstante, lo que resulta innegable es que con él se percibió por primera vez en la historia de las ideas la posibilidad de vivir de la literatura, sin tener que ser el protegido de algún reyezuelo ilustrado; vivir de la renta del esfuerzo intelectual, de las ventas de los libros, de los contratos con los editores, asumiendo el riesgo de las empresas y el contenido de la obra, que para ser bueno tiene que ser nuevo y todo lo nuevo provoca casi siempre problemas. Voltaire es el primero en alcanzar esa meta soñada y, en consecuencia, el primer escritor totalmente libre. Él mismo lo consignó en sus Memorias (1784): «Oigo hablar de libertad, pero no creo que haya habido en Europa un particular que se haya forjado una como la mía. Seguirá mi ejemplo quien quiera y pueda».[2]

Seguirá mi ejemplo quien quiera y pueda. Lo advierte con orgullo: no es empresa de poca monta ser Voltaire. Él se ha forjado su libertad, una libertad que sabe única, singular, modélica. Porque, si es el autor más libre de su siglo, también es el más perseguido, temido y odiado por el sistema, por el áulico sopor del Ancien Régime. Luis XV lo expulsó de París, Federico II lo persiguió hasta la frontera de Prusia y lo torturó (psicológicamente, mas dejando una huella que arrastrará toda su vida); los calvinistas de Ginebra lo mantuvieron a raya fuera de su ciudad, y aunque lo toleraban no lo amaban. Una libertad (oigo hablar de libertad, dice con ironía, con una sonrisa sarcástica, y casi lo escuchamos decir ¡qué sabéis vosotros de la libertad!) por la que ha arriesgado la vida, por la que ha pasado casi un año en prisión, una libertad que le ha dejado una profunda cicatriz (llámese temor o desconfianza). Y, en cambio, una libertad que también ha sido el germen de su obra literaria. Porque, si Voltaire se hubiese quedado en la corte de Luis XV, si hubiese ocupado el lugar de cualquier escritor de corte, como Crébillon, quizá hoy no tendríamos casi nada que antologar. «La vida de un

escritor sedentario está en sus escritos», escribía a propósito de Bayle, y desautorizando una biografía en exceso pretenciosa. En cambio, en su caso, hay una correlación entre su implacable persecución y la ingente producción literaria: cuantos más embates del enemigo, más textos de respuesta, más cuentos, más panfletos, más opúsculos, más cartas, más epigramas, más poemas: aquí unos versos amables a un amigo protector, allá una diatriba feroz contra su detractor. Y por medio, tantos sitios vividos.

Oigo hablar de libertad… Él se ha forjado su libertad gracias a la extraordinaria variedad y potencia de su artillería literaria. Voltaire es una temible y poderosa máquina de guerra. Y no dejaba ofensa sin respuesta. En contra del parecer del conde de Buffon, que opinaba que no había que contestar nunca a los críticos, él no perdonaba y replicaba siempre, y a menudo en más de una ocasión. Muerto Crébillon, no dudó en escribir un Elogio de M. de Crébillon, inoportuno y malévolo, que le granjeó numerosas críticas. Pero volvió a reincidir con Maupertuis, y con tantos otros detractores (La Beaumelle, Piron, Nonnotte…, el listado es largo, casi inacabable), a los que persiguió no solo en vida, sino también en la posteridad. Muerto el maldiciente, había que aniquilar cualquier rastro perdurable de su obra. Era irreductible, tenaz, no atendía a razones, porque, en definitiva, siempre seguía luchando por su libertad, y quien había osado atacarle —o incluso contestar algún dardo suyo — se ganaba un enemigo de por vida (y Voltaire vivió ochenta y cuatro años). En parte, en esto estriba su pugna contra el fanatismo, contra la intolerancia, contra los abusos contra el pueblo, contra el infame: hasta el punto de que durante años firmó sus cartas con la postila de Écrasez l'infâme («Aplastad al infame»), un grito de guerra que llegó a reducir a la abreviatura de Ecr. L'Inf. o incluso de Ecrelinf. ¡Aplastad al infame y viva la libertad!

Esta arrolladora actividad, sumada a su personalidad chispeante, a menudo irresistible, lo convirtió en un mito en vida. Un mito, eso sí, casi siempre en el exilio. Esa constante presencia y ausencia acrecentó si cabe aún más su figura, porque, si su voz era tan potente y arrolladora, en cambio, casi nadie lo había visto en persona. Era una especie de oráculo, de voz nacida de las telúricas entrañas de la grandiosidad geológica, desde los Alpes más recónditos. De algún modo, Voltaire gobernó la opinión de buena

parte del siglo XVIII: luchó por su libertad, pero también por la de sus paisanos. Porque sabía que una sin la otra no tenía futuro.

CAPÍTULO II

MÁS FEO QUE UN MONO

François-Marie Arouet nació en París, el 20 de febrero de 1694. No obstante, fue bautizado nueve meses después, el 21 de noviembre, debido a que su constitución débil y enfermiza (malingre, dirá siempre el poeta) presagiaba una muerte inminente. Sus progenitores, François Arouet, notario del Châtelet, además de tesorero de la Cámara de Cuentas de París, y su madre, Marie Marguerite Daumard, proveniente de una destacada familia burguesa parisina, habían retrasado el bautizo de aquel niño «que no era gran cosa» y que parecía aquejado de hidropesía. Arouet padre escribía a su hermano que el niño era «feo como un mono», y durante unos meses lo mantuvieron fuera de París, en su casa de campo de Châtenay, bellamente rodeada de castaños y tilos, a la espera de que el destino decidiese su futuro. Y, sin embargo, contra todo pronóstico, aquel niño enfermizo y feúcho se rehizo, y finalmente los padres lo bautizaron en la iglesia de Saint-André-des-Arts, con la complicidad del párroco, que asumió de buen grado que acababa de nacer y utilizó la fórmula ritual de né le jour précédent. Quizá tampoco era tan extraño: con nueve meses aquel bebé aún parecía muy poca cosa.

Sus padrinos fueron una tía materna, Marie Daumart (nacida Parent y cuñada de su madre), y el abad de Châteauneuf, que era un gran apasionado de las artes y buen amigo, algunos incluso dicen que amante, de la reputada escritora Ninon de Lenclos. El matrimonio tenía dos hijos anteriores, Armand y Marguerite-Catherine, pero también había perdido otros dos en sucesivos partos desgraciados. Por tanto, dudaron de que aquel niño tan enclenque y enfermizo pudiese tan siquiera sobrevivir unos días. Y al cabo de nueve meses, por fin convencidos de que viviría, se animaron a bautizarlo; un lapso de unos meses que siempre ha causado trastornos y confusiones entre los historiadores, que en ocasiones han tomado la

fecha del bautismo con la del nacimiento.

En este sentido, algunos biógrafos han insinuado que el posible desafecto que mostraron los padres hacia aquel niño podría deberse al hecho de que este fuese resultado de una aventura amorosa de la madre con un oficial del ejército, llamado Rochebrune (o Roquebrune). El tal Rochebrune no solo era militar, sino también hombre de letras y habitual del salón de Ninon de Lenclos. Al parecer de Voltaire, era normal que su madre lo hubiera preferido a su padre, que «era un hombre de lo más común».[1] Se sabe muy poco de él, únicamente que provenía de una familia aristocrática de la Haute Auvergne y que era el autor de un libreto para una cantata basada en el mito de Orfeo. También que debía de ser muy apuesto, con su aspecto de mosquetero-literato. Murió en 1719, precisamente aquejado de hidropesía.

De este modo, quizás el matrimonio Arouet esperaba un desenlace a su favor y, como sugiere el escritor Max Gallo, refiriéndose a aquel bebé enfermizo, «si Dios lo quiere, que lo tome».[2] Pero, esta vez, Dios se desentendió. El propio François-Marie algunas veces se autodenominaba «el bastardo de Rochebrune», y le gustaba gastar bromas en este sentido. Es natural que para la imaginación del poeta fuese mucho más novelesco tener por padre a un espadachín que a un severo y aburrido notario, que a menudo hacía también las veces de usurero, y que era hijo de un vendedor de telas, proveniente de una familia de encurtidores de Poitou.

En cualquier caso, su padrino, Châteauneuf, lo animaba a que se aprendiese de memoria las fábulas de La Fontaine, y Zozo, como por entonces era llamado el pequeño Arouet, las recitaba rivalizando con Armand, su hermano mayor, pero mucho menos dotado para dichos lances literarios. Era una práctica común aprender par coeur La Fontaine. No lo era tanto, según explica Pearson, que a la temprana edad de tres años ya fuese capaz de recitar un poema de setenta y cinco versos, que su padrino le había ayudado a aprender. Parece ser que se trataba de un fragmento de La Moysade, un poema libertino y anónimo sobre la vida de Moisés, y que explicaba la aparición de las religiones como hábiles maniobras de los gobernantes para explotar la credulidad de sus pueblos. Este panfleto divertía mucho al padrino de Voltaire, y más

en boca de aquel niño lenguaraz y superdotado. A la edad de diez años, cuando François-Marie empezaba a componer sus primeros versos, el abad Châteauneuf le presentó a la octogenaria Ninon de Lenclos, que quedó prendada de las habilidades naturales de Zozo y le dio un pellizco en la mejilla. «La anciana hada quiso felicitar al joven poeta», explica divertido Jean Orieux,[3] y el jovencísimo poeta prácticamente desde ese instante —desde aquel pellizco mágico de la legendaria escritora— supo cuál sería su destino. Porque, como escribe Capefigue, el salón amarillo de Ninon de Lenclos era el vestíbulo de los salones enciclopédicos, un lugar de libertad y libertinaje.[4] Y a los pocos días, Zozo recibió un pagaré de mil libras «de la vieja momia» para la adquisición de libros. Una suma muy considerable, que su padre controló a su antojo, y que desde luego el joven poeta no pudo disfrutar hasta la muerte de su progenitor. Pero fue la primera vez que presintió que quizá podría sacar provecho de su talento literario.

Así pues, François-Marie tuvo un padre tacaño y severo, y una madre interesada por las artes y la literatura, y contumaz libertina. Siempre recordaría con agrado la amistad de su madre con el escritor Nicolas Boileau, y una frase suya, aguda y atinada: «Boileau es un buen libro y un hombre idiota». La rememoraba como una muestra del ingenio y del buen gusto natural de su progenitora; en especial, aludiendo al traductor al francés del Tratado de lo sublime, el celebrado libro de Longino, que fue clave para la formación del gusto barroco francés. Y a los doce años, siguiendo el estilo aprendido en La Moysade, Zozo le escribía a su amigo Duché, mostrando ya sus dotes poéticas:

En tus versos, Duché, por favor,

No compares con el Mesías

A un pobre diablo como yo:

De él solo tengo su miseria,

Y estoy bien lejos, por Dios,

De tener una virgen por madre.[5]

Cabe decir que, a pesar de estas declaraciones algo escandalosas, siempre profesó cariño a su progenitora y en su dormitorio colgaba un bello retrato suyo, obra del pintor Nicolas de Largillière, sin duda el pintor francés que mejor supo captar la Francia del final del reinado de Luis XIV. Más adelante, Largillière también pintaría al joven Voltaire, con un gesto divertido e intrépido. En cualquier caso, su madre había muerto muy joven, el 13 de julio de 1701, con solamente cuarenta años, cuando Zozo tenía siete. Sus otros dos hermanos eran mayores que él, por lo que en muchos sentidos puede decirse que fue criado por ellos, y en especial por su hermana, Catherine.

Por tanto, aquel niño al que dieron por muerto tuvo desde muy pronto una fuerte vocación literaria. Su carácter bromista, ocurrente, atrevido, también se perfiló muy precozmente. Su padre lo matriculó en el colegio Louis-le-Grand, regentado por los jesuitas, donde conocería a algunos de los que serían sus mejores amigos, entre ellos los hermanos d'Argental o el marqués Fyot de la Marche. También se relacionó con Louis Racine, hijo del ilustre escritor, y que más tarde también triunfaría con su poema, en seis cantos, titulado La religión (1742): una cosmogonía mística de 2.686 versos que hoy nadie lee, a pesar de su carácter conciliador.[6] Pero mientras que estos alumnos tenían habitación propia y muchos privilegios (que eran debidos no solo a su origen aristocrático, sino al estipendio de más de 500 libras mensuales), François-Marie dormía con otros cuatro compañeros, sujeto a un régimen espartano. La jornada se iniciaba a las cinco de la mañana y empezaba rezando, continuaba con los estudios de una manera casi ininterrumpida, salvo por la misa diaria y obligatoria, y acababa a las diez de la noche, de nuevo rezando y leyendo las Escrituras, arrodillado junto al lecho. El domingo era el único día que se gozaba de cierta libertad, aunque tenía que asistir dos veces a misa, y confesarse, y a menudo ejercía también de monaguillo.

Su hermano mayor, Armand, había estudiado en el colegio de Saint-Magloire, mucho más riguroso y de fuerte inclinación jansenista. Los seguidores del flamenco Cornelius Jansen o Jansenius, autor del

Augustinus (1640), conformaban un fuerte movimiento religioso, caracterizado por su austeridad y fanatismo, con un sentimiento mesiánico, anunciador de un tiempo nuevo, mucho más trascendente y menos corrupto. Los supuestos milagros acaecidos sobre la tumba del diácono Pâris (santo de la secta), entre 1727 y 1732, en el cementerio de Saint-Médard, crearon muchos correligionarios, que interpretaron todos aquellos fenómenos sobrenaturales, en especial las convulsiones que sufrían algunos peregrinos sobre la tumba del diácono, como signos de la verdad revelada de su causa religiosa. En cambio, François-Marie cursó sus estudios en este nuevo colegio de Louis-le-Grand, mucho más moderno e influyente. La Compañía de Jesús era una congregación de clérigos regulares fundada en 1534 por Ignacio de Loyola, famosa por su deseo reformista de la educación. En 1710, tenían ochenta y seis colegios distribuidos por todo el territorio francés, con más de tres mil quinientos religiosos, y era la primera congregación masculina educativa, hasta el extremo de que a mediados del siglo XVIII más de la mitad de los niños formados en humanidades habían pasado por sus manos. La educación se basaba más en la severidad de su método educativo que en la inteligencia o las ganas de saber del niño. En este sentido, el influyente padre Jean Croisset escribía: «Más vale una educación excelente con un natural mediocre, que el más rico natural del mundo con una mediocre educación». También empezaban a acaparar poder en la corte, y el confesor del rey en Versalles, el padre Le Tellier, era miembro de esta orden (su sucesor también lo sería: el padre Lachaise, que da nombre al cementerio más famoso de París). Pero esta diferente educación religiosa de los dos hermanos Arouet produjo también las primeras tensiones entre ambos: un jansenista apasionado versus un jesuita irreverente. También Fontenelle y Diderot estudiarían en los jesuitas, que en muchos sentidos fueron los artífices pasivos, con su fuerte renovación pedagógica, del movimiento enciclopédico.

Así pues, François-Marie recibió una formación muy sólida, no solo religiosa, sino también clásica, que le fue de gran utilidad y que explotó a lo largo de su dilatada vida. Tuvo sus más y sus menos con los padres, con sus reprimendas y con sus castigos físicos, aunque enseguida destacó en las clases de latín y de humanidades, con premios y distinciones. Entre sus profesores, se encontraba el

padre Tournemine, que era un scriptor, que polemizaba con los libertinos y que también atacaba a los deístas (aquellos que creían en Dios, pero no en los profetas, fuesen Jesús o Mahoma) y a los ateos materialistas, que creían que el universo no tenía una causa sobrenatural. Su capacidad para el debate público y para influir en la opinión lo había llevado a dirigir el periódico jesuita Mémoires de Trévoux, una gaceta mensual centrada especialmente en la recensión de libros, pero con contenidos también de astronomía y de las novedades literarias europeas. En este diario, el contumaz jesuita escribió al menos ochenta y cuatro artículos, fundamentalmente sobre teología y filosofía. Puede que el joven Zozo aprendiese de él el gusto por el debate de ideas y, aunque siempre le profesó cariño y respeto, no pudo dejar de popularizar este cruel epigrama: «Es nuestro padre Tournemine / que se cree todo cuanto imagina».[7]

En cambio, el padre Porée, de quien aprendió retórica, y que escribía piezas de teatro en latín, le influenció en su gusto por la tragedia clásica. Pero quizás el más famoso de todos fue Pierre-François Charlevoix, que narró en un libro de viajes su periplo por el continente norteamericano (Histoire et description générale de la Nouvelle France, 1744) y la fuerte impresión que le causaron los indios, hasta el extremo de considerar a los iroqueses como un pueblo de verdaderos filósofos, ya que no daban ningún valor a las riquezas europeas. Voltaire siempre lo respetaría y lo consideraría, con razón, «un hombre muy auténtico». También se relacionó con el padre Thoulier, que, además de «darle palmadas en el trasero», era un reputado estudioso de la lengua francesa, buen traductor (había traducido a Cicerón, con una versión que tuvo muchas ediciones), y más adelante sería nombrado miembro de la Academia Francesa, ya con el nombre de abad de Olivet, un anagrama de su nombre real, tomando la u como uve. François-Marie mantendría con él una larga correspondencia, trufada de citas latinas, y de elogios mutuos, hasta el punto de que este le diría mucho más adelante, con emoción: «Entonces vos erais mi discípulo, ahora yo soy el vuestro».

Así pues, el joven Zozo tuvo muy buenos maestros, versados en el mundo clásico, en el periodismo, en las expediciones de ultramar y en las grandes tragedias griegas. Pura munición retórica e ideológica para el futuro del gran escritor. Unos maestros que no

solo eran sólidos intelectualmente, sino que animaban a sus pupilos a participar en la vida cultural parisina. Buena prueba de ello fue la composición de uno de los primeros poemas que se conocen del poeta: en mayo de 1709, el pueblo de París había tomado las calles para honrar a santa Genoveva, su santa patrona, y reclamar su apoyo para superar un tiempo de fuertes privaciones, con carestía de alimentos y crisis internas. El invierno había sido especialmente crudo, con el Sena congelado, incluso en su desembocadura, y la población parisina se había visto fuertemente diezmada. François-Marie, seguramente animado por el padre Porée, compuso una oda a la santa (once largas estrofas, en versos octosílabos y una compleja rima) que impresionó tanto a sus profesores que decidieron imprimirla y darla a conocer. La publicación apareció con la siguiente nota: «François Arouet, Estudiante de Retórica, y Pensionista en el Colegio de Louis-le-Grand». De este modo, esta fue su primera obra impresa, un poema a la santa patrona de la ciudad del Sena. En aquellos días, nadie podía imaginar que aquel alumno tan aplicado haría temblar las bases del cristianismo sobre las que se afianzaba la santa patrona de París.

CAPÍTULO III

QUIERO SER HOMBRE DE LETRAS

Casi todos los escritores del siglo XVIII compusieron versos, incluso Jean-Jacques Rousseau y Montesquieu. Es el siglo de la «metromanía». Pero el caso de François-Marie Arouet es diferente, porque aquel niño nació poeta, con ese don para encontrar el tono, para acertar la rima, para elegir el tema. Incluso estaba convencido de que los versos permitían mucho mejor que la prosa expresar las ideas y proyectarlas de una manera vivaz y armoniosa. En suma, desde muy pronto tuvo una enorme facilidad para la versificación, que decantó su trayectoria profesional, y lo alejó de la ruta preparada por su padre, que le había buscado un cómodo puesto de trabajo en el Parlamento, aunque para eso antes tenía que estudiar Derecho.

Cuando Zozo le confesó a su progenitor que quería ser «hombre de letras», este se opuso de inmediato a que su hijo fuese «un inútil para la sociedad».[1] El joven Arouet no tuvo, pues, más remedio que someterse a la decisión paterna y estudiar leyes y jurisprudencia. Una vez abandonado el colegio de Louis-le-Grand, empezó a hospedarse en el domicilio familiar, en aquella casa del centro de París, cerca del Palacio de Justicia, que miraba a la imponente Sainte-Chapelle. Pero los estudios de leyes le aburrieron enseguida, y como le escribía al marqués d'Argenson (alias «la Bestia»): «[...] lo que más me disgustó de la profesión de abogado, era la profusión de cosas inútiles con las que querían recargar mi cerebro. Al hecho, es mi divisa».[2]

Por tanto, apenas podía, se escapaba al Temple, un monasterio templario que se había convertido en santuario del librepensamiento y del epicureísmo, y donde había sido introducido por su padrino, Châteauneuf. Puede que sin él el joven François-Marie se hubiese transformado en un vulgar y aburrido picapleitos,

llevando tediosas diligencias en el Parlamento. Más adelante, en uno de sus escritos, el poeta condenaría en general la figura de abad, de «ese ser indefinible, que no es ni eclesiástico ni seglar». Pero ¿qué habría sido de él sin su benemérito padrino? A su muerte, en 1708, dejó una obra póstuma titulada Dialogue sur la musique des anciens (1725), un interesante estudio sobre la música griega y sus instrumentos. El libertino abad era, a su vez, un gran erudito y un hombre de buen gusto.

En cualquier caso, en el Temple se recitaban poemas picantes, se discutía acaloradamente sobre política y se mantenían apasionadas polémicas. Y allí el joven Arouet conoció a muchos de los que serían en el futuro sus más entusiastas protectores: al abad de Chaulieu, al futuro presidente Hénault, al príncipe de Conti o al conde Bussy, hijo del famoso y extravagante escritor Bussy-Rabutin, autor de Historia amorosa de las Galias, cuya publicación significó su destierro inmediato. El chevalier de Vendôme, que era el gran prior, también estaba exiliado, por orden del rey Luis XIV y, en especial, de la devota Mme de Maintenon, que veía en todos aquellos libertinos un auténtico peligro para la estabilidad moral del reino. Allí François-Marie también debió de conocer a la divina Adrienne Lecouvreur, una de sus futuras musas, que se estrenó con pequeños papeles en aquellas representaciones privadas.

Desde el primer momento, el joven Arouet destacó en aquel ambiente festivo, y allí descubrió la poesía frívola, empapada de toda una filosofía ligera que cantaba a la vida y al amor, cuando no al más absoluto libertinaje. Se conservan unos versos suyos de aquel tiempo, en los que reconoce que todos ellos no son más que «simples voluptuosos». La relación entre el epicureísmo libertino y el epicureísmo de las Luces (con la traducción de De rerum natura de Lucrecio, en 1768, como culmen de este) arranca quizá de estos años y en estos ambientes desenfrenados. En resumidas cuentas, tenía buenos motivos Mme de Maintenon para inquietarse. Porque si las enseñanzas de Louis-le-Grand servirían al joven Arouet para armar sus grandes poemas épicos, para dotar de rigor sus grandes ensayos históricos, el Temple sería el origen de sus poemas más escandalosos, de sus epigramas más picantes y atrevidos, de aquel deseo ferviente de hacer reír a sus amigos. Aquel sería, pues, el centro de origen de tantos poemas transgresores y pecaminosos

posteriores. Sus intervenciones divertían al viejo abad de Chaulieu, por elegantes y al mismo tiempo sorprendentemente voluptuosas, por su prodigiosa capacidad para improvisar versos, para poner la palabra justa, para deslumbrar con su claridad y buen tino. El propio abad era muy aficionado a la vida epicúrea y a los versos brillantes y fáciles, hasta el extremo de que el joven Arouet lo llamaba el «Anacreonte del Temple». Y Chaulieu descubrió en él un discípulo excepcionalmente despierto y ocurrente. Su facilidad para la metáfora, para la imagen sugerente, cuando no maliciosa y guasona, su ocurrencia proverbial y su acierto para los motes y el comentario picante deslumbraron desde muy pronto a aquella sociedad dieciochesca, libertina y ávida de bons mots, de diversión, de ciencia y arte. Más adelante el poeta escribiría: «Los pensamientos de un autor deben entrar en nuestra alma como la luz en nuestros ojos, con placer y sin esfuerzo; y las metáforas deben ser como el cristal, que cubre los objetos, pero los deja ver».[3] Y, desde luego, en el Temple puso a prueba todos estos recursos retóricos, con una facilidad prodigiosa, como un mago que juega con las palabras.

De este modo, el joven Arouet empezó a frecuentar los salones más distinguidos y a brillar con luz propia. El siglo XVIII es rico en estos ambientes galantes y señoriales, a menudo regentados por una mujer: el salón de la marquesa du Deffand duró más de cuarenta años, y solo le hizo sombra el de Mme de Geoffrin, donde brilló Julie de Lespinasse, antigua protegida de la marquesa du Deffand, que jamás le perdonó su traición. En estos encuentros sociales se intercambiaban conocimientos, se recitaban poemas, se interpretaban obras de teatro y se daba pábulo a toda clase de chismorreos. El poeta Delille dedicó un largo poema en tres cantos a glosar las virtudes de aquellas reuniones. Y como escribía con entusiasmo en la introducción: «Una sociedad de personas espirituales y educadas, reunidas para entretenerse juntas e instruirse con una conversación agradable para la comunicación de sus ideas y de sus sentimientos me ha parecido siempre [...] la más feliz representación de la especie humana y de la perfección social».[4]

Gracias a todo ello, Voltaire empezó a recibir encargos, no solo para escribir textos, sino también para corregirlos, como unos versos que

le envió la duquesa de Richelieu. Esta quedó admirada de la rapidez, virtuosidad y buen criterio con los que aquel joven había hecho su trabajo de corrección, y lo recompensó con cien luises, una importante suma de dinero. Con este ingreso inesperado, el poeta adquirió una carroza y dos caballos, y unas libreas para unos criados, y recorrió París, visitando a amigos y conocidos, llamando la atención de todos. Pero, llegada la noche, su padre descubrió la absurda compra de su hijo y lo reprendió con severidad: en el establo ya había un carruaje y unos caballos, por lo que se vio obligado a venderlo por una cuantía mucho menor de la que había invertido. Con razón, el viejo Arouet se desesperaba. Su hijo Armand se había radicalizado poco a poco con su pensamiento jansenista, y su otro hijo, François-Marie, se veía enrolado con toda aquella chusma libertina y ociosa, malgastando su dinero, obtenido no se sabía muy bien cómo. Y con abierta desesperanza se lamentaba de su progenie: «Tengo dos locos por hijos, uno en prosa, el otro en verso».[5]

Y así era. El joven Arouet ya trabajaba en los versos de su primera tragedia, que no podía tener otro tema que Edipo. Su bastardía, la muerte prematura de su madre, las dificultades con su padre, los sinsabores del mundo aristocrático parisino, todo eso afloró con ímpetu en sus primeros versos. Recordó las enseñanzas del padre Porée, puso todo su esfuerzo y toda su pasión, y una fabulosa ambición por triunfar. El primer borrador se lo dejó leer al viejo abad de Chaulieu, que le hizo atinadas correcciones. François-Marie soñaba con convertirse en un eslabón más de aquella gran serie de nombres del teatro que arrancaba con Esquilo y Sófocles y culminaba con Racine y Corneille. Ya se veía interpretado por las grandes actrices de la Comédie, por Mlle Aubert, que tan maravillosamente había desempeñado el papel de Cleopatra en Rodoguna, de Corneille, o por Mlle Duclos, la gran y sublime intérprete de Racine.

Pero, de pronto, todos esos planes se esfumaron. Porque, contra todo pronóstico, su padre había decidido que acompañara a Holanda al marqués de Châteauneuf. El marqués, hermano de su padrino, había sido nombrado embajador de Francia en dicho país y necesitaba un secretario a quien confiar sus asuntos diplomáticos. El viejo Arouet conocía bien las veleidades literarias de su hijo y optó

por alejarlo de aquellos peligros de la ciudad del Sena, demasiado evidentes y que solo podían reportarle graves problemas (además de gastos inesperados). De este modo, lo enroló como secretario privado del marqués y lo mandó a La Haya. Corría el mes de septiembre de 1713, y el joven Arouet iba a descubrir un nuevo mundo. Un nuevo mundo que lo cambiaría por completo.

En aquellos días de inicios del siglo XVIII, Holanda era refugio de muchos franceses que se habían exiliado por ser protestantes (conocidos como hugonotes) o por haberse mostrado críticos de algún modo con el statu quo francés (como René Descartes). El joven Arouet descubrió una sociedad mucho más permisiva, abierta a la heterodoxia, donde se podía pensar libremente, y donde las distintas religiones coexistían sin problemas. También descubrió una publicación titulada Quintessence, que, dirigida por Mme Dunoyer, recopilaba todos los dimes y diretes que se contaban sobre Luis XIV por Europa, que no eran pocos. François-Marie la leyó enseguida con entusiasmo, divertido de las burlas de los hugonotes al rey Sol y del jugoso rédito que podría sacar a todo eso en sus próximas reuniones libertinas en el Temple. Además, Mme Dunoyer tenía una hija muy bella, de nombre Olympie, pero por todos conocida como Pimpette. El poeta se enamoró de ella a primera vista, y el galanteo evolucionó tan rápido que idearon fugarse juntos. No obstante, el marqués fue convenientemente advertido de las intenciones de su secretario, y, escandalizado por el comportamiento de su protegido, le recriminó con tono grave su conducta y mandó encerrarlo en sus aposentos. Pero este, lejos de amilanarse, y gracias a un criado convenientemente sobornado, consiguió enviar ropa masculina a su amada para que de esa guisa pudiese pasar desapercibida y poder visitarlo. De pronto, todo aquello tomó unos aires molierescos, y el joven enamorado escribía a su amada:

Por fin os he visto, objeto encantador que amo,

Como un caballero disfrazado ese día,

Creí ver a Venus misma

Bajo la figura del amor.[6]

El joven poeta estaba tan enamorado que urdió un nuevo plan para que Pimpette se fugara a Francia, asegurándole que allí se reencontrarían. Con tal fin, intentó convencerla de que alegase que deseaba «acogerse a la fe verdadera», algo que sería todo un triunfo viniendo de la hija de la polémica editora de Quintessence, hugonota convencida y azote de la monarquía francesa. Los amantes jugaban con fuego, pero François-Marie nunca había estado tan enamorado, y el marqués, de nuevo advertido de los lances de su protegido, con muy buen criterio temió que todo aquello acabase desembocando en un espinoso asunto diplomático, cuando las relaciones entre Francia y sus vecinos protestantes estaban más tensas que nunca. Mme Dunoyer, también advertida y muy disgustada con su hija, porque tenía para ella mejores planes que verla casada con un jovenzuelo sin oficio ni beneficio, la encerró en su casa y, para asegurarse de que no maquinase ninguna nueva treta durante los días siguientes, durmieron juntas en la misma alcoba. Finalmente, el marqués decidió enviar al impertinente y fogoso poeta a Francia, convenientemente escoltado, para evitar que este tramase algo nuevo.

El viejo Arouet no salía de su asombro. El loco de su hijo había traicionado la confianza depositada en él y a punto había estado de causar un grave incidente diplomático. El marqués le había enviado una lettre sanglante, donde describía prolijamente los problemas que había causado su vástago con su comportamiento irresponsable. En un arrebato de indignación, el viejo Arouet solicitó al rey una lettre de cachet contra su hijo, para encerrarlo durante un tiempo en La Bastilla. La lettre de cachet era una orden real que requería encarcelamiento, expulsión o destierro de alguien: las personas que recibían estas cartas no eran juzgadas, sino que eran enviadas directamente a una prisión estatal (a la torre de La Bastilla o la fortaleza de Vincennes) o incluso al manicomio. Se llamaban así porque eran secretas e iban selladas; comenzaban con la fórmula: «Por orden del Rey…», y todo seguido se indicaba a quién se debía detener y a dónde se le debía conducir. Era la forma más cómoda y

segura de arrestar a alguien incómodo para el poder (políticos corruptos, vividores, jansenistas, aristócratas tunantes…) y se evitaba la lenta maquinaria judicial. Los cortesanos solicitaban al rey este tipo de arrestos, incluso cuando iba en contra de alguien de su propia familia (un ejemplo muy conocido es la lettre de cachet con la que el marqués de Mirabeau encerró a su hijo, aquel que sería años después uno de los líderes de la Revolución).

Pero cuando el viejo Arouet se reencontró con su hijo, se lo pensó mejor, y le propuso que eligiese su nuevo destino: o la prisión o exiliarse en América. Los lazos afectivos estaban rotos, o al menos muy maltrechos, y el padre estaba realmente escandalizado por el comportamiento de su vástago, hasta el punto de que incluso lo había desheredado. Sin duda, su hijo Armand estaba loco, pero François-Marie era mucho peor y podía provocar una guerra. El relato que corría no podía ser más acusador: el ayudante del embajador francés en Holanda había seducido a una joven protestante, hija de una conocida activista hugonote, y la había animado a fugarse con él y a convertirse al catolicismo. Por mucho menos se habían librado cruentas guerras. El joven poeta se lanzó a los pies de su progenitor y le suplicó que lo perdonara, y le aseguró que aceptaría trabajar como pasante con el maestro Alain, procurador del Châtelet, y que, además, abandonaría por completo las malas compañías, que sentaría la cabeza, que se transformaría en un hijo modélico. Y que, por supuesto, se olvidaría para siempre de Pimpette. Su padre flaqueó y lo puso a prueba durante un tiempo. Si no se comportaba decentemente, haría uso de la lettre de cachet, y pasaría unos meses a la sombra, encarcelado con todo tipo de truhanes. François-Marie se lo prometió y tan pronto como pudo retomó en secreto su Edipo. El parricidio sería a lo largo de su vida uno de sus grandes temas.

De esta suerte, François-Marie intentó centrarse en los estudios y trabajar lo más aplicadamente posible con el procurador del Châtelet. Allí conoció a Nicolas Thieriot, ocupado también como aprendiz, y que amaba las musas y la diversión. Enseguida trabó con él una fuerte amistad: los dos amigos tenían gustos literarios muy parecidos, y recitaban de memoria a Horacio y Virgilio. François-Marie no deseaba causar nuevos trastornos a su padre, pero aquel trabajo no le satisfacía nada. Y de nuevo regresó con

toda su fuerza el deseo de triunfar en el teatro, y la necesidad de volver a la poesía. Y puede que hablándolo con Thieriot decidiese escribir un gran poema para cantar las gestas de Enrique IV, el gran rey benefactor de Francia. Thieriot sería su gran valedor, un defensor fiel y leal: pronto lo conocerían en París como «la sociedad Prônevers», porque no hacía más que defender (prôner) y popularizar los versos (vers) de su buen amigo.[7]

Pero la Comédie-Française no estaba interesada en una tragedia. Y menos en un nuevo Edipo, teniendo el antecedente del de Corneille. François-Marie envió unos versos a Mlle Duclos, de lo más encendidos, para reclamar su atención («Bella Duclos, que a toda la naturaleza hechizas…»), pero sin resultado alguno. La Bella Duclos estaba avezada a aquellos excesos enfáticos. Y el poeta ya tenía veintiún años, y temía acabar siendo uno más del montón, a pesar de que lo invitaban aquí y allá, o de que sus epigramas divertían todo París. Pero sabía muy bien que las modas duraban poco y necesitaba un gran éxito literario para afianzar su posición.

Y, de pronto, con la muerte de Luis XIV, el 1 de septiembre de 1715, surgió un rayo de esperanza. Quizá todo cambiaría con la llegada del regente Felipe de Orleans, y todo se modernizaría. François-Marie pensó que con el regente todo tenía que ir a mejor. Con el rey Sol las guerras habían sido continuas, los impuestos, abusivos, la influencia de la Iglesia, asfixiante, el Gobierno, autoritario, las conquistas, costosas e inútiles. El regente tenía fama de amante de las artes; él mismo pintaba en sus ratos libres y componía música (autor de dos óperas, Hypermnestra y Penteo). Pero estos momentos eran pocos: le podía su deseo por las mujeres, y no había noche que con sus amigos no se lanzara a por nuevas conquistas. Saint-Simon, en sus Memorias, reportaba sus excesos extravagantes, escandalosos, osados. Además, su irreligiosidad era bien conocida, y como escribía Saint-Simon: «[...] creía en el diablo, hasta el punto de esperarlo aparecer algún día y entrevistarlo».

Con la llegada del regente, los libertinos encerrados en la Bastilla, como el abad Sirvien, fueron liberados, y todos se reunieron en el Temple, donde François-Marie les leyó fragmentos de Edipo. Algunos de estos ya corrían por París, y el rumor se extendió tanto que alcanzó el extranjero, y llegó a Holanda, donde Jean-Baptiste

Rousseau, el gran poeta lírico autor de las Odas sagradas (1702), escribió, esperanzado: «Hace tiempo que oigo maravillas de ese Edipo del pequeño Arouet. Tengo una gran opinión de ese joven». Todo estaba a su favor. Quizá lo consiguiese. Quizás «el pequeño Arouet» sería hombre de letras.

CAPÍTULO IV

LA BASTILLA

El primer Voltaire es un buen versificador, un metrónomo aventajado, con ganas de vivir la vida, de enamorar y triunfar: el literato de gusto más elegante por naturaleza, escribía Sainte-Beuve.[1] La poesía lo apasionaba, y más concretamente, la bella literatura: «[...] la que tiene por objeto producir la belleza, esto es, la poesía, la elocuencia y la historia», precisaría más adelante en su Diccionario filosófico portátil. En poco tiempo se había convertido en un habitual de los salones parisinos. Se le abrieron las puertas del castillo de Sceaux, «el palacio de las artes y los placeres», donde reinaba la duquesa de Maine, a unos diez kilómetros del centro de París. La duquesa había pasado un tiempo en prisión por haber participado en una conspiración con el embajador español, el príncipe Cellamare, para hacer caer al regente. Era una mujer brillante, con un carácter muy fuerte (de pequeña la llamaban «la poupée de sang», en referencia a su temperamento, pero también a su linaje aristocrático). También era muy terca y de ideas fijas, y Mme de Staal escribió malévolamente de ella, en sus Memorias (1755): «Su provisión de ideas está hecha [...], resistiría a los mejores razonamientos, si contradijeran las primeras impresiones recibidas».

En el castillo de Sceaux, Voltaire se reencontró con libertinos como el abad de Chaulieu, y conoció a Mme du Deffand y a Mme de Staal. Los jardines eran obra en parte del célebre jardinero Le Nôtre, y en el palacio se daba cita una pequeña sociedad literaria, animada por Nicolas de Malézieu, un hombre de gusto que, a su vez, era amante de la duquesa. Malézieu era también el autor de una traducción de Ifigenia en Tauride de Eurípides, así como de poemas, canciones, cuentos y numerosas parodias. También había estado encerrado varios meses por haber conspirado contra el regente.

El joven Arouet fue de inmediato el gran animador de aquellos encuentros y se sintió como pez en el agua. Allí escribió su primer cuento filosófico, El mozo de cuerda tuerto (1715), una narración que relata la historia de Mesrour, tuerto de nacimiento, y que, paradójicamente, gracias a eso solo veía las cosas buenas de la vida. El azar ponía a Mesrour en contacto con la princesa Mélinade, a quien salvaba de un accidente. Enamorado de ella, su pasión acababa siendo recompensada. Pero, al final, no se trataba más que de un sueño, fruto también de un exceso de vino. A este cuento le siguieron muchos otros, como Cosi-Sancta, un pequeño mal para un gran bien (1714-1716), esta vez escrito en verso, y que mostraba su precoz interés por este género.

Al mismo tiempo, como anota René Pomeau, fue igualmente allí, en el lujoso castillo de Sceaux, donde «su causticidad natural le reportó sus primeros enemigos».[2] Unos enemigos que, en muchos casos, también lo acompañarían toda su vida. Las «malas compañías» del Temple y de Sceaux también lo serán de por vida. Asimismo, su notoriedad haría que le empezasen a adjudicar versos y epigramas que no había escrito. Jean-Baptiste Rousseau había tenido que exiliarse en Holanda como consecuencia no solo de lo que había escrito, sino también de todo lo que le habían atribuido. Esa era la primera consecuencia de la fama, la maledicencia y la difamación. Además, su hermano Armand se quejaba de que mancillase el apellido Arouet, y de que algunos lo confundiesen con él. Incluso algunos le atribuían unos versos titulados J'ai vu [He visto], versos que no había escrito, y en los que se atacaba, en una larga enumeración, al Gobierno francés y a sus instituciones («[…] he visto gente de honor perseguida, desterrada; / He visto el error en todas partes triunfante, / la verdad traicionada y la fe vacilante»[…]»). Otros lo acusaban de unos epigramas sobre el regente y sus relaciones incestuosas con su hija, versos que esta vez parece que sí que había escrito, aunque el poeta lo negó con todas sus fuerzas. Aquellos epigramas eran fruto de su estancia en el castillo de Sceaux y del ambiente totalmente festivo, libertino y beligerante contra el regente. François-Marie no había hecho más que divertir a sus anfitriones, pero los versos se habían difundido y ahora lo comprometían gravemente. Los versos de J'ai vu acababan diciendo: «He visto estos males, y aún no tengo veinte años», y, de esta manera, el verdadero autor de aquella sátira quería implicar al

joven Arouet, al aludir a la juventud del supuesto creador de aquellas infamias.[3] Y como escribía en una carta, aquella obra que no había escrito atrajo sobre él todas las maldiciones y todos los halagos.[4] Deseando encontrar algo de tranquilidad y alejarse de París, aceptó la invitación del duque de Sully, y pasó el verano de 1716 en compañía del duque y de sus numerosos invitados en el bello castillo de Sully-sur-Loire. Allí conoció a Suzanne de Livry, hija de un abogado local, que soñaba con convertirse en actriz. Y ¿quién mejor que el poeta para aleccionarla? La bella Pimpette ya pertenecía al pasado. «Tiene unos pechos de alabastro y bellos ojos», escribió de su nuevo amor, después de haberle impartido algunas clases de declamación.

También visitó el salón de la marquesa de Mimeure, con quien durante años entretuvo una correspondencia picante, contándole algunas de sus aventuras. La marquesa le aconsejaba que se contuviese de tales escarceos, pero el poeta le contestaba que renunciaba al amor «por la vida». En aquel salón también debió de conocer a Alexis Piron, autor borgoñés ocurrente y divertido, y con el que se enemistó enseguida. Una reunión con Piron era sinónimo de epigramas y versos galantes; las mujeres lo recibían siempre como un remedio efectivo contra el tedio, esperando sus travesuras y versos subidos de tono. En muchos aspectos, se parecían, y las anécdotas más picantes las divulgaba siguiendo siempre su fórmula: «Simplicidad es y fue siempre mi divisa». Algo que le permitía hablar de todo de la manera más franca y peligrosa, y, como es natural, ganándose, así, importantes enemigos.

Alexis Piron era hijo de un farmacéutico de Dijon, y se había instalado en la capital parisina intentando vivir como literato. Era un hombre robusto, de rostro cuadrado y boca pequeña, que aún contraía más para lanzar sus dardos afilados. Había escrito algunas piezas teatrales lacrimógenas, sin suscitar el entusiasmo del público. No obstante, el éxito le llegó con Gustave Vasa (1733) y, en especial, con una pieza titulada La Metromanía (1738), que ridiculizaba aquella moda de poner en rima cualquier tema (algo que el propio Piron hacía con gran elocuencia). Evidentemente, el joven Arouet se sintió identificado con aquellas burlas, y llamó a la pieza La Piromanía, y desde entonces mantuvieron una beligerancia continua.

Pero el poeta seguía bajo la vigilancia del regente, que lo creía autor de unos versos infamantes («Regnante Puero»), en los que no solo se le acusaba de incesto, sino también de haber envenenado a miembros de su familia para acaparar el poder. Unos versos muy comprometidos, en los que se alertaba con angustia del gran peligro que corría Francia. Las autoridades policiales no tuvieron dudas, y así, la mañana del 16 de mayo 1717, François-Marie fue arrestado en su domicilio y conducido a La Bastilla. La orden venía firmada por el conde de Maurepas, ministro de la Marina y de la Casa del Rey. La Bastilla era una imponente fortaleza, con ocho grandes torres, construida por el rey Carlos V de Francia, y situada junto a las murallas de París, cerca de la puerta de Saint-Antoine. Luis XI la había transformado en prisión, y allí enviaban a los detractores y enemigos del rey. Se calcula que entre 1658 y 1789 hubo más de cinco mil embastillados, algo que muestra el alcance de la represión real sobre sus súbditos. Pero, en realidad, no iba quien quería; en general, se trataba de personajes especiales, cercanos a la corte, la curia y la nobleza, como el marqués de Sade, que pasó encerrado en ella muchos años, en la torre llamada Libertad.[5]

Al principio, el poeta se lo tomó en broma, y dijo a los carceleros que un poco de descanso le vendría de maravilla a su maltrecha salud. La vehemencia de sus veintitrés años le hizo tomárselo a la ligera («se ha burlado mucho», describía el informe policial; «parece contento, mientras le sigan sirviendo su desayuno…»). Aunque quizá se reía para no llorar, como ya había hecho antes Clément Marot, encerrado en el Châtelet, según parece, acusado de haber comido tocino en Cuaresma. Marot describiría su periodo de prisión en el famoso poema Infierno (1539), y algo parecido debió de pensar Voltaire, que compuso el poema La Bastilla, muy marotiano, y en el que también describía los cerrojos, barrotes y rejas de su celda y como todo ello era «para garantizar su seguridad», según le decía su buen carcelero.

El abad de Chaulieu, alarmado por la actitud irresponsable de su pupilo, le escribió recomendándole prudencia, y le urgió a que se dirigiese de inmediato al regente, y de la manera lo más aduladora posible. François-Marie le hizo caso, y le escribió diciéndole que esperaba ser calumniado por los malos poetas, pero no por un príncipe que amaba la justicia. Terminaba la carta con unos versos

donde se le comparaba con Mecenas. La lettre de cachet no precisaba el tiempo de reclusión y a los pocos días empezó a temer que su encierro pudiese alargarse mucho más de lo que había previsto. Quizás años. Se sintió traicionado por todos; incluso su amante Suzanne, la de los bellos pechos de alabastro, se había largado con su amigo Genonville. Su salud se resintió, perdió parte de los dientes y sufrió fuertes dolores intestinales. Aquel encierro repercutió fuertemente sobre su fortaleza, no solo física, sino también mental. De pronto, descubrió que vivía en un sistema despótico, que podía pasarse la vida encerrado sin juicio ni acusación clara. Sin poder defenderse. Además, en su caso, los datos aportados por la justicia eran muy comprometedores, por lo que su encierro podía alargarse indefinidamente.

Finalmente, permaneció recluido once meses, desde mayo de 1717 hasta abril de 1718.[6] Aprovechó el tiempo en prisión para empezar a componer aquel largo poema dedicado a Enrique IV, titulado La Ligue ou Henri le Grand (La Liga eran las fuerzas católicas que combatirían a los hugonotes). Como no disponía de papel, lo escribió entre el interlineado de la Odisea, que tenía en dos ediciones distintas, una en griego y otra en latín. Podemos imaginar al joven poeta, recluido en una fría y húmeda celda del castillo, sin ventana, escribiendo bajo la tenue y parpadeante luz de una vela, con su letra pequeña, de pata de mosca:

El héroe canto, que reinó en la Francia

Por derechos de sangre, y de conquista;

Que a gobernar los hombres aprendiera

Por una larga serie de desdichas…

Para todo seguido añadir:

Baja, augusta verdad, del alto cielo.

Ven; y tu claridad y tu energía

Vierte sobre los versos míos…[7]

El poeta encarcelado encomendaba su espíritu a la influencia benefactora del gran monarca Enrique IV: ese héroe que resolvió las graves cuestiones religiosas de su época entre calvinistas y católicos, abjurando de su fe de hugonote y ascendiendo al trono de Francia con bondad y firmeza de ánimo. Algunos biógrafos indican que buena parte de la obra la compuso de cabeza, y que no la acabó de escribir hasta ser liberado. Nos imaginamos al poeta recitando en su celda, caminando en su interior, transportado por la inspiración y el deseo de venganza. Y, al mismo tiempo, pensaba en Edipo: si Enrique IV no salía a su encuentro, al menos castigaría al regente, con aquella obra clásica, donde el funesto incesto recorre sus páginas, de punta a punta.

LA LIGUE

OU

HENRY LE GRAND

POËME EPIQUE

Par M. DE VOLTAIRE.

A GENEVE,

Chez JEAN MOKPAP.

MDCCXXIII.

El gran poema épico sobre Enrique IV hizo famoso a Voltaire. No obstante, se publicó de manera clandestina, falseando el nombre del editor y el lugar de publicación.

Tras su liberación, escribió al conde de Maurepas insistiendo en su inocencia. Asimismo, fiel a su estilo, añadió: «La única gracia que oso pediros, es que le aseguraréis a su Alteza Real que le estoy muy agradecido tanto por la prisión como por la libertad, y que he aprovechado una y no abusaré jamás de la otra». Pero, en cualquier caso, se encontraba en la cuerda floja. Fue entonces cuando decidió buscarse un nombre literario, un nom de plume. Su apellido Arouet le recordaba demasiado à rouer, es decir, «a apalear». Por París, corrían chistes en ese sentido. Además, su hermano seguía reclamando que no quería ser tomado por un delincuente. Durante aquellos días amargos creó aquel epíteto de batalla que es «Voltaire», acrónimo de Arouet L. J. (Arouet Le Jeune, y escribiendo uve en lugar de u e i en lugar de jota), un poco emulando al abad de Olivet. Desde entonces Voltaire sería su nombre literario, aunque después también utilizaría otros, muchos de ellos burlones e irreverentes. Pero la marca literaria, el cuño genuino, fue ese «Voltaire»: un nombre algo eléctrico, lleno de energía, tan amado como odiado. Preparado para hacer temblar el sistema: ese mismo sistema que lo había encarcelado y humillado.

Finalmente, el 18 de noviembre de 1718, estrenó Edipo, y cosechó un gran éxito, con treinta y dos representaciones consecutivas. El público disfrutó con la energía del estilo y la armonía de una versificación que fluía y conmocionaba al mismo tiempo, un auténtico estallido de fuerza poética y dramatismo. La tragedia giraba sobre el incesto de los poderosos; el público enseguida entendió que el personaje principal aludía al regente y el de Yocasta, a la duquesa de Berry. Esta princesa también estuvo presente en el estreno: su visible estado de gravidez originó chismorreos entre los espectadores sobre los supuestos amores incestuosos de la «fecunda Berry» con su padre, y, por lo tanto, contribuyó al éxito de la tragedia. Días después, la duquesa de Berry asistió de nuevo a otra representación, en esta ocasión en honor a su sobrino, el futuro Luis XV, en el palacio del Louvre. Afectada por

un golpe de calor, la duquesa se sintió mal y se desmayó, y algunas malas lenguas hicieron correr el rumor de que «la Berry-Yocasta» iba a dar a luz a Eteocles en medio de la actuación. Afortunadamente, abrieron una ventana y la joven embarazada se recuperó de inmediato. Pero la obra de «Arouet de Voltaire», que así iba firmada, también estaba trufada de ataques a la religión, como cuando en el acto IV afirmaba enfáticamente que la credulidad del pueblo era toda la ciencia que tenían los curas. Retomaba, así, las viejas y queridas ideas de La Moysade.

Este éxito sin paliativos reafirmó al poeta. Y no solo lo llenó de orgullo, sino que también ganó 3.000 libras, que le permitieron independizarse de su padre, que, además, había asistido orgulloso al estreno. También recuperó a su amante Suzanne, y no se lo tuvo en cuenta a Genonville. Más bien parece que durante un tiempo se produjo un consentido y alegre ménage à trois. El nuevo Voltaire gozaba de su éxito, y, a pesar de los once meses encarcelado, pidió poder dedicar la pieza al regente. Este declinó la propuesta, por lo que solicitó dedicársela a la reina madre. Contra todo pronóstico, esta consintió, por lo que la obra fue publicada en las imprentas reales. Arouet de Voltaire imprimió la dedicatoria con unas impresionantes letras mayúsculas: «À son altesse royale madame». Desde luego, aquella dedicatoria no podía pasar desapercibida. El regente, mostrando su ecuanimidad y el deseo de ser visto como protector de las artes, le asignó una pensión anual de 1.200 libras, y el 6 de diciembre de 1718 lo recompensó con una medalla de oro, donde figuraba por una cara la efigie del rey y por la otra, la suya. El poeta, ensayando una aparatosa reverencia, se lo agradeció diciendo: «Señor, le quedo muy agradecido de que quiera hacerse cargo de mi manutención, pero le ruego de que en lo sucesivo no se preocupe más por mi alojamiento».

Voltaire tenía veinticinco años y era la misma imagen del triunfo. Todos se lo disputaban: fue invitado al castillo de Ussé, al castillo La Source (residencia de lord Bolingbroke, cerca de Orleans), al castillo de Sully, al palacio del marqués de Maisons, y, por supuesto, siguió reinando en el castillo de Sceaux, ante sus amigos del Temple, que enseguida le perdonaron que se hubiera dejado agasajar por el regente. Al fin y al cabo, todo aquello formaba parte del juego. Ahora te encierro unos meses y después te entrego una

medalla con una jugosa pensión. Sus anfitriones se divertían con su conversación y su llegada era exhibida como una atracción y hacían alarde de tener hospedado en sus aposentos a tan célebre y polémico escritor.

Tantas distracciones no beneficiaban a su trabajo, y su siguiente obra, Artemira (1720), una tragedia sobre la reina de Macedonia, fue un fracaso estrepitoso. Al menos su nueva amante era la actriz que interpretaba el papel de reina, y que antes había sido la Electra de Crébillon: la divina Adrienne Lecouvreur, una artista dotada de una manera natural para la tragedia, que declamaba los versos de tal forma que no parecía forzada ni impostada. Como si lo normal fuese hablar en verso.

El viejo Arouet murió el 1 de enero de 1722. Dejó a su díscolo hijo una renta de 153.000 libras. Voltaire invirtió una buena parte en la Sociedad de Indias, convirtiéndose en poco tiempo en una persona muy acaudalada. De su padre aprendió el arte de los negocios, aunque tampoco se lo reconoció. Puestos a elegir, siempre se decantó por el mosquetero.

CAPÍTULO V

YO COMIENZO MI NOMBRE, MIENTRAS QUE VOS…

Según el duque de Saint-Simon, «era pelirroja como una vaca». Pero la pureza de su tez, el poder de sus ojos, y la gracia y espontaneidad de su conversación enamoraron de tal modo a Voltaire que le dedicó su Epístola a Urania.[1] Marie Marguerite d'Alègre, condesa de Rupelmonde, era viuda de un noble flamenco, muerto al servicio del rey de España, y acompañó al poeta en su viaje a Holanda, emprendido esta vez con el fin de encontrar un nuevo editor que quisiera hacerse cargo de la publicación de su gran poema sobre Enrique IV.

Durante todo el siglo XVIII, la censura actuó de manera implacable: con manuscritos rechazados, libros quemados y privados de sus patentes, autores perseguidos, encarcelados y exiliados, libreros vigilados, capturados y castigados, vendedores ambulantes marcados con hierro y enviados a galeras… Aunque se había mejorado algo respecto al siglo anterior (en 1694 aún se ahorcó a un impresor y a un encuadernador por haber difundido comentarios malévolos sobre Luis XIV y Mme de Maintenon), la imprenta seguía severamente reglamentada. Una manera de evitar las restricciones era publicar el texto fuera del país, en Londres o Ámsterdam, e introducirlo de contrabando en territorio francés. Además, a menudo un libro censurado y prohibido suscitaba mayor interés entre los lectores que uno autorizado, avec privilège du Roi. Incluso a veces los obstáculos salvados eran un aliciente para el éxito. A su amigo Voisenon, Voltaire le escribía que los libreros deberían pagar por que se quemase una parte de lo publicado, y así se harían ricos. Antes de marchar, el joven Arouet había intentado que el conde de Maurepas le asignara alguna misión como embajador, o incluso como informador, pero sin éxito. Con muy buen criterio, el «vizir» Maurepas, como lo denominaba Voltaire en referencia a su poder absoluto, desconfiaba de aquel escritor que tan pronto atacaba al

regente con versos injuriosos como quería dedicarle sus obras o ponerse a su servicio como espía.

El viaje debió de ser tan fogoso como divertido. En una parada en Bruselas, se citó con Jean-Baptiste Rousseau, exiliado de Francia. Unos años antes, Nicolas de Largillière le había dedicado un impresionante retrato, mostrando al viejo poeta con una mirada trascendente que nacía de unos ojos claros, y con un rostro sensual, de labios carnosos y piel lechosa. Un hombre triste, quizás apesadumbrado ante tanta maledicencia y desgracia. El protegido de Boileau, aquel que iba a continuar su estela gloriosa, había acabado expulsado de Francia… En cualquier caso, Voltaire y Rousseau se profesaban admiración mutua, que habían hecho pública con numerosos epigramas entusiastas. Era el encuentro entre el poeta consagrado y el discípulo aventajado. Durante un paseo en carroza, Rousseau leyó fragmentos de sus obras, entre ellas su Oda a la posteridad. Parece ser que Voltaire no pudo disimular su desilusión, y le dijo algo así como que aquello no era el buen y gran Rousseau al que estaba acostumbrado. Después fue el turno de Voltaire, que leyó la Epístola a Urania. Quizá picado en su orgullo, el viejo Rousseau dijo que aquellos versos le parecían blasfemos; en concreto, afirmó que le parecían «llenos de horrores». Voltaire replicó y lo tildó de puritano y devoto. Es posible que la fogosa Rupelmonde también contribuyera a aquella sensación de exceso voluptuoso y lascivo. Rousseau obligó a Voltaire a detener la lectura, escandalizado por los ataques a la religión. Aun así, como explica René Pomeau, se calmaron, e intentaron reconstruir los lazos de amistad y se fueron juntos al teatro. Pero, tras la función, Voltaire se dirigió a Rousseau y le dejó caer el siguiente comentario, como si el teatro le hubiese abierto los ojos: «Sabe, maestro, me temo que su oda a la posteridad no alcanzará su destino». A partir de ese día, fueron enemigos irreconciliables.

También la corte de Francia se reía de la bella Rupelmonde, porque, como proseguía Saint-Simon, «se iniciaba en todo, muy poco sujeta por la virtud y jugando el juego más basto del mundo». Pero para Voltaire fue algo más que una distracción, y escribía a sus amigos sobre una belleza llamada Rupelmonde, con la que recorría «le monde». Quizá por ello, durante su estancia en Bruselas, se mostró mucho más fogoso de lo natural, y visitó «el más bello burdel de la

ciudad», aunque no se sabe si acompañado por la bella dama. No obstante, dejó escritos unos versos galantes tras su paso por el lupanar, que envió divertido a su confidente Thieriot.[2] También fue a misa con su amante, a la iglesia de Sablon, «muy indevotamente». Y aquel correr el mundo tuvo su recompensa: en La Haya firmó un contrato con el editor Charles Le Viers para publicar su poema, que aún llevaba por título Henri IV ou la Ligue. El libro se imprimiría en un bello volumen in-quarto, acompañado de doce grabados, y para sufragarlo se abrió una suscripción en la Gazette de Hollande.

En Ámsterdam, quedó admirado de la ciudad rica y floreciente, y de que el libre comercio permitiese que todos los ciudadanos tuvieran empleo y no faltasen oportunidades. También quedó fascinado de la facilidad con la que convivían calvinistas, judíos, anabaptistas y otras formas religiosas, sin tener conflictos entre ellos: un claro ejemplo de civismo, propio de auténticos y perfectos ciudadanos. Aquel le pareció un mundo ideal, y no el de Francia, siempre caótico y a un paso de la bancarrota, repleto de fanáticos religiosos, atacándose los unos a los otros sin tregua.

Tras su regreso a Francia, Voltaire se alojó unos días en el bello castillo de Maisons, construido por François Mansart. Allí enfermó de viruela y Mlle Lecouvreur, también invitada, y que debía representar durante su estancia algunos papeles teatrales, se mantuvo a su lado y lo auxilió cuanto pudo. También acudió a su encuentro su buen amigo Thieriot, arriesgándose a caer enfermo. El poeta, sintiéndose morir, se confesó, y recordó su pecaminosa Epístola a Urania. ¡Quizá quien no llegase a la inmortalidad fuese él! En el poema, tal como lo conocemos, se muestran argumentos a favor y en contra del cristianismo: 45 versos contra 85. Aunque, como bien indica Miguel Benítez, los versos a favor parecen más bien una burda coartada para protegerse en caso de que las cosas se complicasen.[3] Voltaire renegaba del Dios de la Biblia y de los Evangelios, es decir, de un Dios vengativo y cruel, y en cambio abogaba por una religión comprensiva, que reconciliase a todos los hombres. Voltaire creía en Dios; como dice Pomeau, era un deísta in-petto. La lectura de la Teodicea de Leibniz lo había convencido de que la razón podía conducir al conocimiento de Dios y a la práctica de la virtud, sin tener que obedecer a una institución que impusiese a sus fieles dogmas y verdades reveladas. François-

Vincent Toussaint, autor de Las costumbres (1748), una obra que de inmediato fue condenada a ser quemada por el verdugo, escribía que «hay que amar a Dios como se quiere a la amante», y Voltaire, sin duda, era de ese mismo parecer.

En cualquier caso, Voltaire empeoró tanto por aquel fuerte ataque de viruela que el presidente de Maisons tuvo que llamar al médico Gervasi, que lo sangró dos veces, y le impuso un emético purgante al menos en ocho ocasiones. Contra todo pronóstico (y a pesar de aquellos terribles cuidados hipocráticos), Voltaire resucitó, y a los pocos días publicó en el Mercure de France una larga carta describiendo con entusiasmo aquellas curas, y como entre estas estaba la ingesta abundante de limonada.

Voltaire se salvó, pero, en cambio, el 2 de diciembre de 1723, murió el regente. El poeta se encontraba casi arruinado, y, además, temía que la edición sobre las gestas de Enrique IV fuese finalmente prohibida, a causa de aquella actitud tolerante hacia los hugonotes, y de algunos pasajes anticlericales que habían escandalizado al nuncio de París, que había tenido ocasión de leerla. Pero, al mismo tiempo, necesitaba satisfacer a los suscriptores que ya habían abonado la compra de su ejemplar, por lo que al final, rompiendo su contrato con el editor de La Haya, la publicó de manera clandestina en una imprenta de Rouen, y para engañar a las autoridades francesas mandó falsear el nombre del editor y el lugar de edición (Jean Mokpap y Ginebra, cuando en realidad se trataba de Abraham Viret y Rouen). De esta primera edición se publicaron dos mil ejemplares, pero fue un auténtico despropósito porque el editor se basó en un manuscrito incompleto, y algunos versos ausentes los sustituyó directamente por asteriscos. A veces, a unos versos animosos y épicos seguían tres líneas de asteriscos. Aun así, los libros fueron introducidos de contrabando en París por su amiga Mme de Bernières, aprovechando el traslado de una mudanza. Con el marqués de Bernières, presidente del Parlamento de Rouen, el poeta tenía negocios en común y con la marquesa traficaba con libros y parece ser que también compartía algo más y pasaba «días deliciosos» en su bello castillo de La Rivière-Bourdet, junto al Sena. Así pues, Mme de Bernières introdujo de contrabando el libro de su amante, en una rocambolesca aventura erótico-literaria.

Voltaire quería volver a triunfar, esta vez con aquel gran poema épico, y, a ser posible, recuperarse económicamente. Aquella Eneida a la francesa, aquel pastiche clásico que tiene ecos de Homero y Virgilio, con numerosos guiños a Corneille y Racine, tuvo una acogida muy cálida, e incluso fue el público quien empezó a hablar de ella como La Henriade. El ensayista y crítico René Le Bossu, en el Traité du poème épique (1677), habla del poema épico como «un discurso inventado con arte, para formar las costumbres con instrucciones disfrazadas bajo alegorías de una acción importante, que es narrada en verso de una manera verosímil, divertida y maravillosa».[4] Y, sin duda, lo que animaba al joven Arouet era su deseo didáctico y moral de mostrar la vida de aquel rey ejemplar, y de paso presentarse él también como un escritor que tenía aquellos ideales elevados y nobles. Aquella actitud molestó al cardenal de Fleury, en aquellos momentos preceptor del joven Luis XV, que pensaba que aquel escritor libertino no estaba en disposición de dar lecciones morales a nadie.

Hoy en día, este gran poema épico es poco o nada leído. No obstante, tiene pasajes vibrantes, y otros claramente combativos, donde ya se vislumbra al futuro polemista y creador de opinión pública. En el canto II hace una vívida descripción de la masacre de la Saint-Barthélemy, o del asesinato de Enrique III por Jacques Clément. Como escribe Jean Goulemot, el poema tenía todo para agradar desde el punto de vista ideológico: antipatía por la Liga a causa de sus aspectos democráticos, justificación de la autoridad monárquica y denuncia del fanatismo de los partidos religiosos. Más que nunca, Voltaire se mostraba como poeta y militante, como garante del buen gusto literario y del orden establecido. A la actual monarquía francesa, alejada en Versalles, y distante del pueblo, se le oponía este rey guerrero, que hablaba de tú a tú a sus soldados y que se dirigía a su gente en su mismo idioma, tanto léxico como gestual. Un monarca del pueblo.

Este poema lo acompañará toda la vida, y se publicarán más de sesenta ediciones en vida, muchas de ellas clandestinas, escribiendo mal el nombre del poeta (como en la de Ámsterdam de 1724, donde aparece como Arrouet de Voltaire) o incluso introduciendo versos

inventados por el editor (como en la edición del abad Desfontaines). Voltaire retocaría incansablemente su poema, introduciendo variantes y nuevos versos, y denunciando las ediciones clandestinas. Por decirlo así, lo consideró siempre su mayor logro poético, su chef-d'oeuvre lírico.

En cualquier caso, no solo deseaba ser el nuevo Racine, del que se consideraba que había conseguido la perfección con su dramaturgia, sino que ansiaba mucho más. Con motivo de las festividades por el enlace matrimonial de Luis XV, consiguió que se le permitiese participar en la organización de las actividades. El autor de La Henriada deseaba no solo cantar a los monarcas, sino también convertirse en el primer autor de la corte, en la referencia literaria que decidiese los contenidos culturales de Versalles. En aquellos momentos, trabajaba en una versión mejorada de Artemira, y en una nueva obra, Herode et Mariamne: tragedia adaptada de los escritos del historiador Josephus, ambientada en la antigua Jerusalén, que retrataba la trágica muerte de Mariamne a manos de su marido celoso, Herodes el Grande, rey de Judea, que la sospechaba involucrada en una intriga con Varus, el gobernador de Siria. También ultimaba una comedia, El indiscreto, dedicada a su protectora del momento, Mme de Prie, y que no tenía mayor ambición que ser una bagatela divertida y hacer reír a María Leszczyńska, la nueva reina. Algo que consiguió. Voltaire buscaba no solo ser el nuevo Racine, sino, a ser posible, también el nuevo Molière.

El poeta sentía su poder, percibía que por fin lo tenía todo a su favor. Hasta el extremo de que intercedió por el abad Desfontaines, conocido de su amigo Thieriot, acusado de sodomía y encerrado en la prisión de Bicêtre, reservada para este tipo de delitos. Pierre-François Guyot, abad Desfontaines, era el director del Journal des savants, y un escritor de prosa segura y amplia cultura. Había traducido y comentado las obras de Virgilio, en cuatro volúmenes in-quarto, así como algunas obras de Swift, entre ellas Los viajes de Gulliver, y en muchos aspectos se le podría considerar como el creador de la crítica literaria francesa, introduciendo en la recensión de libros comentarios críticos muy elaborados, y no la

sinopsis del libro, con grandes párrafos citados, como era entonces la costumbre más general. Además, como Voltaire, el abad Desfontaines había estudiado en los jesuitas, y había sido expulsado del colegio por su conducta indecorosa. Era un hombre grueso, de amplia papada, de nariz chata y ondulada, de tez amarillenta. La sodomía era castigada con la muerte, y los condenados, quemados vivos en la place de Grève.[5] Voltaire, por tanto, salvó la vida del abad, y consiguió su libertad gracias al respaldo de sus amigos más influyentes, entre ellos el matrimonio Bernières. Es posible que aquel interés estuviese motivado porque el director del Journal des savants estuviese en deuda con él, aunque también pudiese ser que pensase que nadie debía ser castigado por su orientación sexual. Puede que incluso viese en Desfontaines una víctima de los excesos del colegio de Louis-le-Grand, que él mismo había padecido y denunciado entre risas y versos escandalosos. Así pues, el poeta no solo mandaba sobre la escena, no solo era reclamado en los salones y en las mejores casas de París, sino que, además, podía permitirse erigirse en defensor del oprimido. Sentía su poder y lo ejercía.

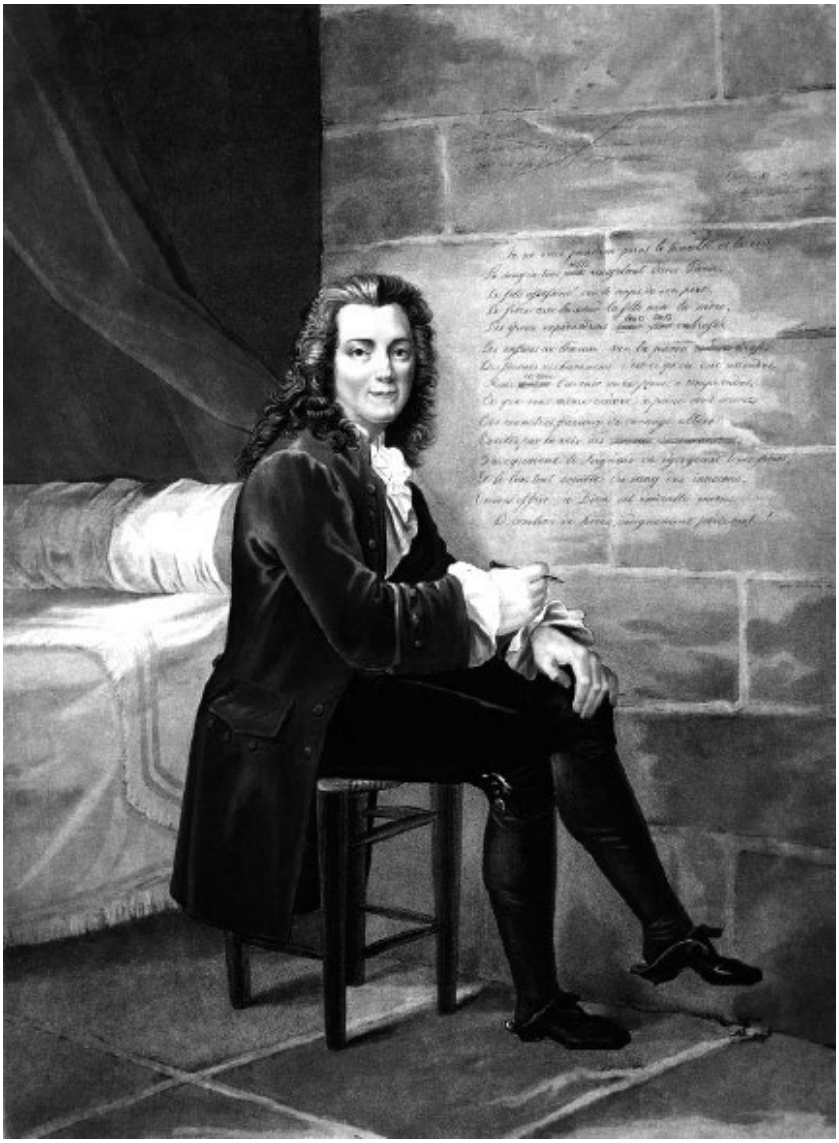
Y, sin embargo, el 6 de febrero de 1726, durante el transcurso de una función en la Comédie-Française, ocurrió uno de esos puntos de inflexión que marcarían su destino. En un entreacto de la pieza, el caballero Guy Auguste Rohan-Chabot, descendiente de una importante familia aristocrática, de las más ilustres de Francia, sin duda para lucirse ante la actriz Lecouvreur, ridiculizó al poeta, diciendo que había que desconfiar de alguien que portase dos nombres (Arouet y Voltaire). El poeta, veloz como un rayo, y a su vez deseando deslumbrar a la divina Lecouvreur, replicó con una de sus ocurrencias más memorables: «Señor, yo comienzo mi nombre, mientras que vos acabáis el vuestro». El caballero, así interpelado, levantó su bastón con la intención de golpear al impertinente, pero la actriz se desmayó, muy oportunamente, como excelente comediante que era, y detuvo la posible agresión. Pero, unos días después, el caballero Rohan-Chabot contrató a unos matones que apalearon al lenguaraz versificador en la entrada de uno de los palacios a donde había sido invitado. Nadie salió en su defensa (ni tan solo su amante, la marquesa de Bernières), y, por más que reclamó justicia, todo el mundo miró hacia otro lado. Ante la aristocracia, un escritor, por muy divertido que fuese, tenía la batalla perdida. Que un tal Voltaire hubiese sido apaleado causaba

un cierto regocijo general entre tanto nombre venido a menos. El príncipe de Conti se permitió una ocurrencia: «Esos golpes han sido bien recibidos y mal dados», y por París circuló la anécdota de que mientras zurraban al poeta el caballero Rohan-Chabot gritaba desde la carroza: «¡No le golpeéis en la cabeza!».

Ser burlador burlado lo enfureció si cabe aún más, y buscó por París al caballero Rohan-Chabot para batirse en duelo, con espada o pistola. Incluso recibió clases de esgrima, tan dispuesto estaba a llegar hasta el final. Movió todos los hilos, apeló a todos sus amigos, buscó toda clase de influencia entre sus antes tan solícitos anfitriones, reclamando justicia, una mínima reparación a su orgullo vilipendiado. A priori, según las leyes entonces vigentes, aquellos actos deberían acarrear al caballero Rohan-Chabot dos años de prisión. Tanto los duelos como los ajustes de cuentas estaban severamente castigados. Además, el exitoso autor de Edipo, el glorioso creador de La Henriada, el autor que iba a ser el nuevo Racine, no podía ser aporreado delante de todos, como un vulgar tunante. En muchos aspectos, su caso recordaba al del poeta satírico François Gacon, conocido como le Poète sans fard («el poeta sin maquillaje», es decir, sin pelos en la lengua), que con sus epigramas fustigó a muchas celebridades de su época, entre ellos a Bossuet y Boileau, y que también se ganó algunos palos y un tiempo encerrado. Su falta, escribe Pierre Lepape sobre el joven Arouet, es haber creído que su talento bastaría para hacer de él un igual a los que lo aplaudían.[6] La paradoja estaba servida: aquel poeta podía codearse con todos los grandes, pero, cuando estallaba una cuestión de clase social, los aristócratas hacían piña compacta entre ellos. «Los poetas no tienen espaldas», dijo uno de ellos, resumiendo rápidamente la cuestión.

Por orden del conde de Maurepas, Voltaire fue de nuevo encerrado en La Bastilla, y «separado de todo el universo» durante quince días (desde el 17 de abril al 2 de mayo de 1726), los suficientes para que se calmase y no hiciese ninguna tontería. Cuando lo arrestaron, llevaba consigo dos pequeñas pistolas, y 65 luises de oro, suma considerable que presumiblemente guardaba por si se veía obligado a huir tras el duelo. El poeta se sentía ya transformado en un mosquetero, quién sabe si fantaseaba en emular a su supuesto progenitor, su estimado Roquebrune.

En esta ocasión, el encierro no fue tan riguroso y pudo gozar de «libertad en el interior de La Bastilla» y recibir visitas. Tantas que al final dudaron si poner un límite de cinco o seis por día. Sus conocidos se reían de que se tomase tan en serio su honor, cuando maltrataba con tanta facilidad el de los demás. Entre visita y visita leía The present state of Great-Britain and Ireland, de Guy Miège, ayudado por un diccionario. Tan solo salió con la condición de que pasase un tiempo en el exilio. De golpe y porrazo, había perdido el favor real, conseguido con tanto esfuerzo. «Nadie es profeta en su tierra», escribió azorado a sus amigos, y emprendió el camino de Inglaterra, escoltado hasta Calais por la policía, para asegurarse de que abandonase el país y no se tratase de una nueva treta suya. Solo respiraron tranquilos cuando vieron zarpar el barco, con Voltaire entre los pasajeros de cubierta.



Voltaire pasó un año encerrado en La Bastilla, periodo que aprovechó para escribir los primeros cantos de La Henriada. (Grabado de Louis François Charon, 1822).

CAPÍTULO VI

EL DESTINO ES EL QUE HACE A LOS HOMBRES PRUDENTES

Como advierte André Maurois, Voltaire tenía más coraje mental que físico, y, de haberse batido con el caballero Rohan-Chabot, seguramente la literatura no habría conocido su Cándido. ¡Quién sabe cuántos grandes escritores han malogrado una brillante carrera literaria por una vulgar cuestión de ardor guerrero! Voltaire tuvo mayor fortuna, y cruzó el canal de la Mancha temblando de pies a cabeza como un profeta, y jurando vengarse pronto del caballero Rohan-Chabot. Sin embargo, aquellos serían los años de aprendizaje y andanzas que necesita todo creador, el humus fecundo que ha atemperado a tantos genios, desde Goethe a Darwin. A veces el destino no es tan aciago como parece; como él mismo reconocía en el Diccionario filosófico: «Algunos presumidos dicen: "El hombre prudente sabe crearse su propio destino". Pero con frecuencia el prudente sucumbe a este en vez de crearlo; el destino es el que hace a los hombres prudentes». Y la obra de Voltaire va íntimamente unida a su destino.

El 11 de mayo de 1726, Voltaire desembarcó en Inglaterra. Tenía treinta y dos años y llevaba consigo el manuscrito de La Henriada. Confiaba en encontrar un nuevo editor, con las suficientes ganas para publicar de nuevo aquel extenso poema de un autor más conocido por sus pleitos que por su obra literaria. Sus esfuerzos llevados a cabo en Ámsterdam no habían dado el fruto deseado y de su edición clandestina de Rouen no había sacado demasiado provecho, además de haber aparecido muy trasquilada. No columbraba ningún nuevo éxito; en realidad, llevaba camino de convertirse en lo que su padre le había vaticinado, en un inútil para la sociedad, exiliado en un país totalmente extranjero para él, teniendo que comenzar de nuevo, casi desde cero. Pero, como más adelante escribiría, recordando aquellos momentos tan genuinos:

«El día era radiante, el cielo sin nubes, como el de los mejores días de la Francia del sur; el aire era refrescado por un viento dulce de occidente, que aumentaba la serenidad de la naturaleza, y disponía el espíritu al gozo; tan máquinas somos, y tanto nuestras almas dependen de las acciones del cuerpo». Voltaire estaba eufórico: aquel cielo puro era el de la tierra prometida.

Roger Pearson escribe que Inglaterra representaba la felicidad para un joven francés, pero no explica los motivos de manera convincente.[1] El país británico era del todo exótico para el poeta, que desconocía la lengua (tuvo que aprenderla en varias semanas), y que no tenía grandes amigos, a pesar de que lord Bolingbroke, miembro de una de las familias más ilustres de Inglaterra, al que había conocido cuando este residió en Francia, lo recibió con cordialidad, y le abrió las puertas de su casa. Aun así, debió de sentirse muy solo, además de acuciado por nuevos problemas económicos, al haber hecho bancarrota su banquero londinense y dado a la fuga. Lo recibió su padre, un hombre de setenta y un años, muy enfermo, que, con lágrimas en los ojos le dijo, a modo de condena: «You are too late». De este modo, el poeta perdió una suma muy considerable, con la que debía costearse su estancia: según él, veinte mil francos; según sus biógrafos, entre ocho o nueve mil. El viejo moribundo, sintiéndose culpable de la estafa de su hijo, le dio como toda compensación tres o cuatro guineas.[2] Así pues, quedó desplumado y en un país extraño.

No obstante, Voltaire puso todo su empeño en caer bien, en divertir, en no ofender a nadie, en ser lo más prudente posible. Quería empezar de nuevo. Llevado por su fervoroso agradecimiento, quiso dedicar La Henriada a lord Bolingbroke, que se negó con cierta aprensión y que se deshizo del solícito y lisonjero poeta con una cita de Cicerón: «Temo la alabanza porque temo el ridículo». Aun así, sorprende la cautela del lord. Tenían muchos puntos en común, como su inconformismo y su irreverencia a las reglas preestablecidas. Además de ser ambos unos perseguidos políticos. Pero ¿quién conocía a Voltaire? ¿Cómo podía perjudicarle una dedicatoria suya? Lord Bolingbroke era un hombre sensato, de gran rostro ovalado, nariz griega, labios sinuosos y frente despejada. Un hombre seguro de sí mismo. En contrapartida, lo introdujo en la lectura de Locke, que el poeta leyó en la traducción francesa de

Pierre Coste. Cuando Voltaire conoció a Bolingbroke, en 1722, durante su exilio en Francia, le escribió a su amigo Thieriot: «He encontrado en este ilustre inglés toda la erudición de su país y toda la amabilidad del nuestro [...]. Este hombre que ha estado toda la vida sumergido en los placeres y en los negocios ha encontrado no obstante la manera de todo aprender y todo recordarlo». Y más adelante, refiriéndose de nuevo a él, añadiría: «Los ingleses parecen hechos para hacernos aprender a pensar». Así pues, lord Bolingbroke fue el modelo para seguir.

Y era en el campo de la filosofía donde Voltaire más podía beneficiarse. La filosofía inglesa siempre había mostrado, desde Newton, Bacon y Locke, una predilección por el método experimental, y se había decantado más por los hechos que por las grandiosas elucubraciones metafísicas; se había atado a la experiencia, a los resultados concretos, y se había ceñido al análisis del espíritu humano y a la historia de las ideas. Quizá, sin el viaje a Inglaterra, Voltaire no habría descubierto a Isaac Newton, o al menos no lo habría estudiado con tanto detenimiento y atención. Y, seguramente, también descubrió que todas las libertades del país, religiosas y políticas, eran el resultado de combates incesantes contra las Iglesias dominantes, contra la nobleza rapiña y los reyes tiránicos. De este modo, el nacido poeta se formó y transformó poco a poco en filósofo. Se maravilló de que una sola ley —la de la gravitación— pudiese explicar el movimiento de los astros, la caída de los cuerpos, el misterio de las mareas, el curso de los ríos… Que la misma ley explicase por qué caían los objetos y por qué la luna se mantenía fija en el firmamento. Y cuando murió aquel genio de Newton, el poeta asistió a las exequias y comprobó el gran respeto que inspiraba, y cómo todo Londres asistió al sepelio en la abadía de Westminster, reservada a las sepulturas reales. Qué pueblo más civilizado, pensó. Seguro que de tratarse de Descartes nunca lo hubieran dejado reposar en Saint-Denis, junto a los reyes de Francia. Aquí no se persigue a sus creadores, no se apalea a sus poetas, al contrario, reposan junto a los reyes. Jean Orieux se divierte por tamaño descubrimiento: «Me detengo cerca de Greenwich en la orilla del Támesis, ese río que nunca se desborda… —escribe Voltaire en una carta—. Oh, qué río tan sabio que debería avergonzar a todos los ríos de Francia…».[3]

Pronto todo lo inglés fue maravilloso y, por ende, todo lo francés le resultaba groseramente antiguo y absurdo, desfasado y rancio. Voltaire se transformó en un entusiasta de la cultura inglesa, y llevó su anglomanía a escribir a sus colegas franceses en inglés (incluso pensó en abandonar el francés), a vestir a la inglesa, a tomar te, a traducir a Shakespeare (no lo había leído hasta entonces), a leer a Richardson, a defender el comercio inglés, la Bolsa, el Gobierno, equilibrado por las dos Cámaras y con el rey «todopoderoso para hacer el bien, [...] las manos bien atadas para hacer el mal». Estudió a fondo la historia del país y comprobó que nada jamás es dado y que la libertad se gana y se defiende. Para ser libre hay que librar batalla. A Mme du Deffand le escribirá más tarde: «Los ingleses son hombres y los franceses unos críos».

También se admiró del espíritu comerciante del pueblo inglés, y su amistad con Everard Fawkener, a quien había conocido en París unos pocos años antes, le resultó muy útil para entender el sistema financiero inglés, la Bolsa y el libre comercio. El pintor Liotard realizó un pastel del viajero y mercader inglés, un hombre muy alto y robusto, vestido de manera extravagante, con un gorro con borla encasquetado en la cabeza y unas babuchas que rematan su larga figura de zancuda. Quizás aquel atuendo oriental remetía a sus largos años de negocios pasados en Siria. Fawkener rescató al poeta de sus problemas económicos y lo alojó en su lujosa residencia de Wandsworth, a pocos kilómetros de Londres. Allí empezó a escribir sus notas sobre Inglaterra, que serían el germen de las Cartas filosóficas. Además, Fawkener, como buen comerciante, dominaba el italiano y el francés, y muy posiblemente le ayudó a aprender bien la lengua inglesa. Y allí supo de la muerte de su hermana Catherine, conocida como Mme Mignot, madre de dos hijas, las futuras Mme de Fontaine y Mme Denis, y de un hijo, el futuro abad Mignot. Durante su infancia, su hermana había ocupado el lugar de su madre, y aquella noticia le afectó profundamente. Y de nuevo cunde el desánimo. Allí exiliado y sin familia. Y sin dinero.

Y tanta actividad acabó debilitándolo: su cuerpo enfermizo no soportaba bien el clima inglés. Caía enfermo con frecuencia, en algunos casos de gravedad («malade à mourir», escribe en sus cartas), y en Inglaterra se acentuó toda la nosografía característica al autor: ese constante temor a una muerte prematura que lo

persiguió toda la vida. Muchas de sus cartas a los colegas franceses son quejumbrosas y patéticas, un lamento continuo; como señala René Pomeau, jamás Voltaire había escrito en ese tono, en el que expresaba con tanta viveza la debilidad del hombre: «He cometido muchas faltas a lo largo de mi vida —le confesaba a una amiga de la familia, en una emotiva carta de despedida—. Las melancolías y los dolores que han llenado todos los días de mi vida han sido a menudo mi obra. Siento lo poco que valgo: mis debilidades me producen lástima y mis faltas hastío».[4]

En su soledad enfermiza, con aquel manuscrito bajo el brazo que nadie acababa de apadrinar, llegó incluso a escribir una carta reconciliadora a su hermano jansenista. Jean Claude Bologne recrea con ingenio la vida del pío Armand Arouet, en aquellos años poseído por los milagros del cementerio de Saint-Médard, y que no dispuso de tiempo, ni de ganas, para contestar al desesperado expatriado.[5] En vano esperó Voltaire una respuesta del abad Arouet. Era él, el eterno moribundo, quien debería haber partido, y no su hermana, escribió a algunos de sus amigos. Y a Thieriot le confesaba: «Life is but a dream full of starts of folly, and of fancied and true miseries. Death awkes us from this painful dream, and gives us either a better existence or no existence at all».[6] Sin duda, su amigo Fawkener había sido un buen maestro.

En un excelente ensayo, Jean Starobinski critica a los exegetas que buscan una relación entre la salud y la obra de un autor: «Algunos "patógrafos" cayeron en esta ingenuidad: para ellos Baudelaire se explica por la sífilis, Chopin por la tuberculosis, el Greco por el astigmatismo. Admirable nivelación. Nos viene a la mente de la forma más natural una pregunta: ¿por qué no tienen genio todos los enfermos?».[7] Y, evidentemente, con Voltaire se corre el riesgo de caer en la «patografía» más basta. Se podría escribir un largo ensayo sobre Voltaire y los médicos, sobre Voltaire y las enfermedades (las tenía contadas: 42), sobre Voltaire y la automedicación, y sobre muchos otros temas vinculados con la salud (su pasión por el ruibarbo y sus efectos purgantes, que le hacía intercambiar atinados consejos con Mme du Deffand). Su lema preferido al respecto era: «Más vale régimen que medicina».[8] Sin embargo, es significativa esa declaración de que «los dolores que han llenado todos los días de mi vida han sido mi obra», esa constante sensación de estar siempre a

un paso de la muerte, sin duda espoleó su trabajo. Si Crébillon dedicó treinta años a acabar Catilina, o Goethe otros tantos a rematar Fausto (ese proceso creativo en el que se alternan los momentos inspirados con largos periodos de inactividad y abulia), Voltaire siempre tuvo prisa, y sus trabajos más voluminosos estarán hechos de fragmentos, de breves ensayos, de retazos pillados de aquí y de allá. Era un autor de distancias cortas, de pequeñas obras, e incluso sus ensayos históricos evitarán el largo y paciente trabajo erudito: es más un divulgador de la historia que un historiador propiamente dicho. Pero otra de las características proverbiales de la nosografía volteriana fue su capacidad de resurrección. Cuando todo el mundo lo daba por muerto —incluso él, como ya se ha visto —, de pronto recuperaba la salud, y con la premura del que teme volver a enfermar llevaba al editor sus últimos trabajos, a veces faltos de una relectura en profundidad.

En cualquier caso, los casi dos años pasados en Inglaterra fueron extraordinariamente fecundos en su formación intelectual. Sin Inglaterra, quizás el autor de La Henriada no hubiera encontrado unos materiales tan sólidos para edificar su gloria: los puntales de su fama fueron Locke, Newton, Pope, Milton, Addison, Swift, Frior, incluso Shakespeare. Supo hacer suyo el progreso que significaba Newton frente a Descartes («Descartes hacía ciencia como quien hace una novela: todo era verosímil, pero nada era verdadero», decía, siempre provocador); los descubrimientos del científico inglés sobre óptica y la física lo apasionaron, porque, «como Cristóbal Colón, nos descubren un mundo nuevo». Se transformó en un estudioso de su obra, y sobre todo en su voceador, en su Homero. Trabajó sin descanso, relacionándose con las personas más influyentes: con Pope (de quien tradujo unos versos), con John Gay (autor de la célebre The Beggar's Opera), con lady Montagu (famosa por sus cartas de Constantinopla), con lord Chesterfield, con Swift, de quien leyó Los viajes de Gulliver y en quien más adelante se inspiraría para su Micromegas. Y mientras tanto buscaba suscriptores para la publicación de La Henriada; incluso se especula que, introducido por lord Chesterfield, asistió a alguna reunión de masones. Más adelante le escribiría a su amigo Damilavile: «Imitemos por fin a los ingleses, que son desde hace cerca de cien años el pueblo más sabio de la tierra, así como el más libre».[9]

Finalmente, consiguió publicar una suntuosa edición de La Henriada, con sus diez cantos completos, y con numerosos grabados ilustrando las escenas más conmovedoras. Fue por suscripción popular (343 personas abonaron la cuota reclamada), y fue dedicado a la reina de Inglaterra («To the Queen»). Voltaire hubiera deseado dedicárselo a Luis XV, con un preámbulo en el que se le animase a imitar a su gran ancestro. No pudo ser. A la reina le escribió (en inglés): «Su Majestad encontrará en este libro verdades bien grandes e importantes, la moral al abrigo de la superstición; el espíritu de libertad, igualmente alejado de la revuelta y de la opresión». Y añadía, en un giro hábil e inesperado: «Nuestro Descartes, el más gran filósofo de Europa antes que el caballero Newton, dedicó sus principios a la célebre princesa palatina Elizabeth [...]. Permitidme, Señora (sin compararme con Descartes), dedicaros igualmente La Henriada…». Voltaire, en París o Londres, siempre sería un cortesano.

Asimismo, comenzó a escribir sus experiencias sobre su estancia en Inglaterra («An account of my journey into England»). No quería hacer un libro para turistas, para que se paseasen por Saint Paul o Westminster, sino que buscaba descubrir a los franceses sus grandes nombres: Newton, Locke, Tillotson, Milton, Boyle, «y todo aquel que su nombre suene fuera de la isla». Incluso pensó en quedarse en Inglaterra. Había empezado a escribir Brutus, una nueva tragedia, y el primer acto lo compuso en inglés. Era una obra perfectamente asimilable al teatro inglés, con su energía y violencia innatas. Voltaire, si no podía ser el nuevo Racine, quizá pudiese ser el nuevo Shakespeare.

No obstante, estaba de nuevo en graves apuros económicos (el dinero de la suscripción de La Henriada solo había servido para cubrir costes), y le acusaron de haber falsificado unos cheques. Algunos de los estafados incluso lo amenazaron y en el London Journal apareció una noticia indicando que se había comportado tan mal que las casas aristocráticas, que tan bien lo habían recibido, le habían cerrado sus puertas. El poeta estaba solo y arruinado, y con la reputación por los suelos. Con treinta y cuatro años tenía que volver a empezar. Había enviado La Henriada a la reina de Francia, pero esta no le había contestado (seguramente no se dio por aludida, leyendo la pomposa dedicatoria a la reina de Inglaterra). Y,

a finales del otoño de 1728, se embarcó rumbo a Francia, falseando su identidad, como un proscrito. Voltaire entraba de contrabando en su país. Y no sería la última vez.

CAPÍTULO VII

LAS CARTAS DIABÓLICAS

En Dieppe, Voltaire se registró como comerciante inglés. No le resultó difícil: había tomado las costumbres del país vecino hasta tal punto que engañó a todo el mundo, y en particular al farmacéutico Tranquillain Féret, que alquilaba habitaciones y donde se alojó durante un tiempo. Años después, este descubriría con asombro que había albergado al famoso escritor. A su manera, Voltaire interpretaba un papel de teatro, esta vez de viajante inglés por Francia. Aunque su orden de exilio había sido anulada, no estaba seguro de que le fuese permitido regresar a París. Escribió al «vizir» Maurepas, y este le contestó secamente, permitiéndole entrar en la ciudad del Sena, pero negándole visitar Versalles. Como temía, era persona non grata en la corte. Su dedicatoria a la reina de Inglaterra, además, había sido malinterpretada (o quizá no). Voltaire cada vez se parecía más al exiliado Descartes, y menos al Newton triunfante en su tierra.

Además, persistían los problemas económicos. Cayó de nuevo enfermo y el farmacéutico Féret le recetó diversas medicinas, que el escritor tomó a puñados. Allí conoció la muerte de Mlle Lecouvreur, con tan solo treinta y ocho años, víctima de una disentería, y las siniestras circunstancias que acompañaron su deceso: la prohibición del cura de la iglesia de Saint-Sulpice de ser enterrada en tierra cristiana. De todos los países católicos, Francia era el único en el que se castigaba a los actores con la excomunión. Por tanto, el sepelio de la actriz se llevó a cabo en un terreno abandonado, con el turno de guardia como testigo. A Thieriot le escribió «desde el fondo de su soledad», totalmente hundido. Voltaire tuvo la sensación de haber tocado fondo, de que no podía ser más desgraciado. Allí, en aquella habitación de Dieppe, desvalido, abandonado por todos, sin familia, sin amantes, sin nadie que le ayudara, escribió de un tirón La muerte de la señorita Lecouvreur,

una protesta apasionada contra la intolerancia religiosa. A Thieriot le confesaba: «Pongo mi débil voz a todas las voces de Inglaterra para hacer oír un poco la diferencia que hay entre su libertad y nuestra esclavitud, entre su sabia valentía y nuestra loca superstición, entre los ánimos que las artes reciben en Londres y la vergonzosa opresión con la que languidecen en París».[1]

En cualquier caso, el poema es muy bello y emotivo:

¿Qué diréis, raza futura,

Cuando sea conocida la hiriente injuria

Que a estas Artes desoladas infringen los hombres crueles?

Privan de la sepultura

Aquella que en Grecia habría tenido los altares.[2]

Además, se rumoreaba que la actriz había muerto envenenada, por orden de María Carolina Sobieska, duquesa de Bouillon, celosa de su apasionada relación con el conde de Sajonia. En su última aparición en escena, el 15 de marzo de 1730, la actriz estaba muy pálida y apenas consiguió acabar su papel. Voltaire, falsamente, escribió que murió en sus brazos, y que cuando se le hizo la autopsia tenía el estómago gangrenado. Se habló de confituras envenenadas.[3] Aunque muy posiblemente nada de todo aquello era cierto.

No obstante, el poeta consiguió cobrar algunas facturas pendientes de editores y se desplazó a París. Durante una comida, donde se encontraba el matemático La Condamine, descubrió que se podía ganar mucho dinero con la nueva lotería, creada por el ministro de Finanzas. Pero haciendo trampas: solo había que constituir una sociedad y comprar todos los números. Entonces decidió poner esos pocos ahorros que tenía en aquella aventura: en cada concurso la sociedad ganó 500.000 libras, y así durante un año. Aquella treta de La Condamine le permitió recapitalizarse. Asimismo, se desplazó a

la Lorena, y allí adquirió acciones del duque de Lorena, exclusivamente reservadas a los residentes. Con el pretexto de que su nombre era originario de aquella zona (Haroué es un municipio loreno), le dejaron adquirir cincuenta acciones, lo que de pronto se transformó en una fortuna muy considerable. René Pomeau calcula que se trataba de al menos un millón de libras. Y, de este modo, gracias a aquellos dos grandes golpes de suerte, Voltaire pasó de la pobreza más melancólica a la fortuna más inesperada. Desde aquel día fue rico. Eso le permitirá ser independiente y no depender de ninguna pensión real. La Condamine también hizo una pingüe fortuna: con aquel dinero, ayudó a sufragar un viaje a Perú para calcular el meridiano terrestre, una gran aventura que después narraría en un libro de viajes fascinante. Por ello, Voltaire, en su correspondencia, lo llamaría siempre «mi querido filósofo ambulante».

Y, sin embargo, le carcomía la ambición literaria. La Henriada, en su edición inglesa, no había acabado de triunfar en París. De Inglaterra traía tres proyectos, más o menos adelantados: las Cartas inglesas, una Historia de Carlos XII (un monarca sueco que lo tenía fascinado, «mitad Alejandro, mitad Don Quijote») y la tragedia Brutus. Esta última estaba impregnada de la fuerza del teatro de Shakespeare y era un canto a la república y a la libertad. Muchos escritores trataban la república como un tema platónico, como un sueño irrealizable, pero él deseaba llegar más lejos. Había empezado a escribirla en inglés, pero en París la retomó en francés. El argumento contiene todos los elementos de la tragedia al uso: Tarquin, expulsado del trono, con la ayuda de Lars Porsena, rey de Etruria, intenta recuperar el poder, mientras se instala la naciente república romana, bajo la autoridad del cónsul Brutus. Este combate innumerables intrigas, entre ellas la de su hijo Titus. Finalmente, lo condena a muerte y concluye: «Roma es libre, con eso es suficiente». Desgraciadamente, la obra tuvo un éxito escaso, con solo quince representaciones.[4] La pieza se publicó con un Discurso sobre la tragedia, dedicado a su buen amigo y benefactor lord Bolingbroke. Y esta vez el buen lord no se pudo negar.

Pero Voltaire seguía viviendo de incógnito en una fonda cerca de Rouen, con el pseudónimo tan poco inglés de M. Chevalier. También adoptó otros, como Fakener (sic), en recuerdo de su buen

amigo. Acababa de enviar al editor Jore su Historia de Carlos XII, y de nuevo se iba a publicar de manera clandestina, al no haber conseguido el visto bueno real. Asimismo, por París circulaban copias de su poema a Mlle Lecouvreur, criticando el fanatismo religioso. Temía por las consecuencias de su relato sobre la trágica vida de Carlos XII, rey de Suecia, que empezaba con este preámbulo: «La incredulidad, dice Aristóteles, es el fundamento de toda sabiduría. Esta máxima es muy adecuada para quien lee la Historia, y sobre todo la Historia antigua. ¡Cuántos hechos absurdos! ¡Qué conjunto de fábulas que chocan con el sentido común! Pues bien, no os creáis nada». El destino de Carlos XII, buen monarca y amante de su patria, muerto por una misteriosa bala perdida durante el sitio de Fredrikshald, espoleó la imaginación del poeta, y le dedicó su primer gran estudio historiográfico. Detrás de este trabajo, había cinco años de esfuerzo, seleccionando fuentes, recopilando documentos, obteniendo testimonios. Fue un gran éxito, y en vida del poeta se realizaron numerosas ediciones: en realidad, tanto interés, por un rey sueco, solo podía entenderse por la lectura entre líneas, y por lo mucho que se decía sobre el Gobierno francés.

Aprovechando aquel éxito, Voltaire por fin regresó a París. Para evitarse problemas, decidió hospedarse en el palacio de la condesa Fontaine-Martel, «la vivaraz y dulce Martel». Se trataba de una de esas mujeres libertinas que tanto le agradaban: a cambio de diversión, la dama lo hospedaba y le pasaba una pequeña pensión.[5] Su habitación miraba al Palais Royal. Y el poeta organizó todo tipo de representación teatral, como Brutus y El indiscreto. También él actuó en alguna de aquellas obras. Voltaire vivía de casa en casa, de palacio en palacio, de pensión en pensión. Seguramente, se habría quedado indefinidamente en casa de la condesa, si esta no hubiese fallecido. La atendió en sus últimos momentos, y como le escribía a su amigo Formont: «Imaginaos que fui yo quien anunció a la pobre mujer que tenía que partir. Ella no quería oír hablar de ceremonias de despedida; pero estaba obligado por honor a hacerla morir dentro de las reglas. Le busqué un cura medio jansenista, medio político, que hizo la pantomima de confesarla [...]. Cuando este comediante de Saint-Eustache le preguntó bien alto si ella estaba persuadida de que su Dios, su creador, estaba en la eucaristía, respondió “¡ah, sí!” de una manera que me hubiera desternillado de

risa si no fuesen las circunstancias tan lúgubres».[6] Sin duda, el recuerdo de Mlle Lecouvreur fue determinante y Voltaire luchó por que su amable mecenas recibiese un trato digno en sus últimos momentos. Posiblemente, también temió que se le acusara de que la había convencido in articulo mortis de lo contrario, es decir, de no atender a sus obligaciones cristianas. Voltaire ya tenía fama de autor anticristiano.

En cualquier caso, fruto de su estancia en casa de Martel, salió a la luz su nueva tragedia, Zaira (1734).[7] La había escrito de un tirón, sin dormir, confundiendo día y noche, absolutamente transportado por aquel intenso momento creativo y entusiasta. En diecisiete días (con sus noches, si hemos de creer al poeta). Algunas damas le habían reprochado que no había amor en sus tragedias y puso remedio de inmediato. Según explicaba a sus amigos, lloraba mientras la escribía, mientras se inventaba por completo aquella historia, «que se hacía sola». Fiel a la moda del momento, la acción se desarrollaba en Oriente y transcurría durante el tiempo de las cruzadas: mientras san Luis guerreaba en Egipto, el sultán Orosmán, hijo de Saladino, reinaba en Jerusalén. Este se había enamorado de Zaira, que le correspondía. Pero Zaira era cristiana sin saberlo, superviviente de las masacres a los cristianos, y había sido raptada de niña y educada en la fe musulmana. A partir de ese momento, Voltaire desarrollaba una historia rocambolesca de amores y recelos, de identidades y de conflictos religiosos, que acababa de la manera más trágica, con la muerte de Zaira a manos de su enamorado.

La lectura de la obra hizo llorar a Mlle Gaussin, que aceptó interpretar el papel principal. Los grandes ojos negros de la actriz, su voz potente y cristalina, su energía arrebatadora y su dulce ingenuidad ayudaron al éxito de la obra. Diderot aseguraba que era «la belleza personificada». Hasta el punto de que Voltaire le dedicaría una epístola entusiasta, reconociéndole que todo el mérito del éxito era suyo. ¿También sedujo el poeta a Mlle Gaussin? Podría ser. Según Henri Lagrave, la actriz «no sabía decir que no». Mlle Gaussin excelía en la interpretación dramática y con su mirada llena de lágrimas tenía un encanto irresistible. «Zaira es obra suya», le escribía encandilado. Después, la «Jeune Gaussin» interpretó muchos otros papeles en Alzira, en Brutus, en Zulima, hasta que el

poeta se cansó de ella, por su incapacidad para adaptarse a papeles diferentes. Mlle Clairon, su gran competidora, y que sería su sucesora en la escena francesa, lo resumía con clarividencia: «Mlle Gaussin tenía la más bella cabeza, el timbre de voz más emotivo posible; su aspecto era noble, todos sus movimientos tenían una gracia infantil a los que era imposible resistirse; pero era Mlle Gaussin en todo. Zaira y Rodoguna estaban hechos con el mismo molde».[8]

Voltaire renacía. Lejos quedaba su salida de Inglaterra, tan brusca y amarga que durante un tiempo estuvo dolido. Pero, con motivo de un viaje a Londres de su amigo Thieriot, escribió a sus conocidos para que lo recibieran, y de nuevo se sintió inglés. Eso le animó a retomar las Cartas inglesas, que pronto se transformarán en las Cartas filosóficas. Pero, mientras acababa este trabajo, escribió El templo del gusto (1733), donde hacía repaso a los principales escritores y artistas franceses, y mostraba algunos defectos de Corneille y de Racine. También vapuleaba a Bossuet, Pascal y Saint-Évremond. A algunas glorias del siglo XVII les dedicaba descalificaciones y reparos: «No se perdona a Pellisson haber dicho con seriedad tantas puerilidades en su Historia de la Academia Francesa», «[...] el amable autor de Telémaco corregía repeticiones y detalles inútiles de su novela moral», «La Fontaine que había conservado la ingenuidad de su carácter [...] borraba algunas de sus fábulas». Y, de paso, también ajustaba cuentas con sus enemigos, entre ellos con Antoine Houdar de la Motte y con Jean-Baptiste Rousseau. Si la Oda a la posteridad no alcanzaba su destino, Voltaire tendría buena parte de culpa. Entre otras cosas, acusaba a Rousseau de ser un «hombre que solo sabe hacer rimas, [...] incapaz de pensar». El templo del gusto era una bagatela, pero al mismo tiempo se hizo con ella más enemigos que nunca. Incluso en la Comédie-Italienne se representó una parodia, obra de Jean-Antoine Romagnesi, en un solo acto, dando aún más pábulo a los dardos del poema. En esta sátira, El Gusto se enfrentaba al Mal Gusto, con La Crítica como jueza. Aquella farsa divirtió mucho a los parisinos, siempre proclives a las desmitificaciones. Los poemas de Voltaire eran ya tan famosos que servían para parodiarlos y entretener al pueblo llano. Tenían una segunda vida, en versión paródica, que lógicamente recalcaban aún más sus ataques e impertinencias.

Además, animado por sus amigos libertinos de París, en concreto tras una cena en casa del duque de Richelieu, había empezado a escribir La doncella de Orleans. La publicación del poema de Jean Chapelain La Pucelle ou la France délivrée (1656) había sido un gran fiasco, por su tono serio y afectado que chocaba con la levedad del personaje. Chapelain la había escrito a lo largo de veinte años, anunciando año tras año sus lentos progresos, y creando tanta expectación que su fracaso acabó para siempre con su reputación de hombre de letras. Voltaire comentaba a sus amigos que aquella historia tendría mayores posibilidades desde una sátira o una parodia, al estilo de Orlando furioso, el famoso poema épico de Ludovico Ariosto, por quien siempre había sentido gran admiración. En unas semanas había escrito los primeros cantos, que regocijaron a sus amigos, con todos aquellos curas dispuestos a las peores acciones para arrebatar la virginidad a la joven Juana. Voltaire hacía desfilar a monjes y sacerdotes empeñados en desvirgar a la joven visionaria, y algunos casi lo conseguían y descubrían sus jocundos tétons. Tan solo la intercesión in extremis de Saint Denis, providencialmente descendido del cielo espada en mano, evitaba que un franciscano, de nombre Grisbourdon, se llevara por delante el himen de Juana. Animado por sus amigos, siguió escribiendo la historia de «su Juana», que tan solo leía a los invitados más selectos, en el más estricto secreto. El objetivo inicial de aquella sátira era exclusivamente divertir a sus invitados, sin que en ningún momento pensara en publicarla. Pero Voltaire jugaba con fuego: Juana de Arco era una de las figuras más célebres de la historia nacional francesa, venerada tanto por los laicos como por los creyentes. Y, sin embargo, como acertadamente escribe José María Merino, en el prólogo de la excelente traducción española, realizada por Juan Victorio: «La irreverencia del poema, tan escandaloso para algunos, no debería hacernos olvidar que Juana de Arco no murió como consecuencia de ninguna sátira, sino asada viva en una hoguera en 1431, como bruja y hereje, por condena de la misma Iglesia que, con la inconsecuencia que le permite su larga vida, la incorporaría al santoral en 1920».[9]

En cualquier caso, a la polémica por El templo del gusto, se unió la publicación de las Cartas filosóficas, en 1734. Un año antes, había aparecido una versión inglesa con el título Cartas escritas de Londres sobre los ingleses y otros temas. En cambio, la edición

francesa, editada por el librero Jore en Rouen, ya llevaba el título definitivo que lo hará famoso, y, además, con el añadido de un capítulo «anti-Pascal», ausente en la edición inglesa. Así pues, Voltaire publicó las Cartas filosóficas en dos ediciones diferentes: la de Londres (que se indicaba falsamente que se había publicado en Basilea) y la de Rouen (que se indicaba también engañosamente que era de Ámsterdam y del librero E. Lucas, «Au livre d'Or»). Intentos vanos para engañar a las autoridades; máxime cuando, en lugar de aparecer anónimamente, como era su intención, ambas venían firmadas como obra de «M. D. V.....». A nadie se le escapaba ya quién podía estar detrás de aquella V solitaria. Y más cuando en el preámbulo se explicaba que aquellas cartas habían sido escritas «por una persona harto conocida en el mundo».

LETTRES PHILOSOPHIQUES

Par M. de V[oltaire].....

A ROUEN,
Chez JORE Libraire,

MDCCXXXIV.

Primera edición de las Cartas filosóficas, publicadas sin el permiso real por el editor Jore, e introducida en París de contrabando.

Pero Voltaire hacía bien intentando mantener el anonimato. Aquel era un primer paso en un nuevo camino, peligroso, exigente, lleno de futuro. Quería demostrar al mundo que él era algo más que versificador, que no era como el patán de Jean-Baptiste Rousseau, sino que era un philosophe, que sabía pensar y enseñaba a hacerlo. También era el primer tanteo con lo que conformará un nuevo estilo: una prosa escueta, clara y viva, unida a un contenido alarmantemente provocador. Aquello no era Rabelais, no era Montaigne, no era Pascal… Condorcet, en la Vida de Voltaire, reconocía que «esta obra fue para nosotros el inicio de una revolución».[10] Era algo totalmente nuevo, que suscitaba de inmediato la admiración de sus colegas literatos y, por contrapartida, la contundente respuesta de la autoridad, ofendida desde todos los flancos: el político, el religioso, el científico, el comercial… Porque Voltaire en estas cartas cargaba contra la Iglesia, contra la forma de gobierno, contra Descartes (los franceses eran devotos de su física de torbellinos) y contra Pascal, contra los aranceles que lastraban la actividad comercial, contra el despilfarro nacional. Defendía la libertad religiosa e ideológica, y acusaba al cristianismo de generar fanatismo, incluso sugería que entre el desarrollo de los animales y del hombre no había una gran diferencia, que, del mismo modo que el niño adquiría sus facultades, lo hacían el resto de los seres vivos. Como escribe René Pomeau, en la Francia de entonces muy pocos estaban preparados para aceptar tales ideas filosóficas, que con tanta naturalidad integraban la especie humana en el reino animal.

Las Cartas diabólicas: así fueron conocidas entre los jansenistas.[11] Voltaire no dejaba títere con cabeza, aquel tono de desprecio hacia Francia era algo absolutamente inaudito; la manera de tratar a Pascal, «como un lacayo y un miserable», según un lector del momento, era vista como una indecencia. Además, las pruebas cartesianas sobre la existencia de Dios motivaron las burlas de Voltaire: toda aquella gimnasia metafísica le resultaba incomprensible. Y la mejor prueba del fracaso de Descartes en este

sentido era que su Dios no le impedía cometer los peores errores en física, como cuando analizaba la naturaleza de la luz y la describía como un cuerpo globuloso y como «un largo bastón que se mueve en un extremo cuando se le presiona en el otro».

El escándalo fue inmediato y la sanción, brutal: el libro fue roto y quemado en las escaleras del Palacio de Justicia. El editor Jore fue encarcelado en La Bastilla y el poeta tuvo que salir del país para no correr la misma suerte. El Parlamento de París, bastión del jansenismo, había juzgado sacrílega la carta XXV, tan hostil a Pascal. En especial, había molestado el comentario sobre este pensamiento pascaliano: «"Si hay un Dios, no hay que amarle más que a él y no a las criaturas". Hay que amar —advertía Voltaire—, y muy tiernamente, a las criaturas; hay que amar a su patria, a su mujer, a su padre, a sus hijos, y hay que amarlos hasta tal punto que Dios nos los hace amar pese a nosotros mismos. Los principios contrarios no son adecuados más que para hacer bárbaros razonantes».

Una nueva lettre de cachet se había lanzado con la orden de arrestar a «Arouet de Voltaire». En la orden de detención se especificaba que esta era debida al hecho de que aquel libro era «contrario a la religión, a las buenas costumbres y al respeto que se le debía al poder». Aquel libro no solo ofendía a las creencias religiosas, sino que también atentaba contra los fundamentos más establecidos de la civilización. Unos fundamentos que el Maître de Claville, autor del Tratado del verdadero mérito del hombre (1734), un auténtico éxito de ventas, detallaba convenientemente, criticando tanto la devoción extrema (que conducía a excesos e injusticias) como los comportamientos radicales y ofensivos contra el orden establecido, que perturbaban el correcto funcionamiento de la sociedad. En la Francia de inicios del siglo XVIII, existía un deseo de progresar, dentro de un gusto pautado y del órden preestablecido. Quizá Voltaire estaría a priori de acuerdo con el Maître de Claville, con su neoepicureísmo moderado, con su cristianismo voluptuoso, con su actitud respetuosa hacia su semejante, pero, como en la fábula de La Fontaine del escorpión y la rana, su naturaleza lo traicionaba, y se metía en berenjenales que le obligaban a abandonarlo todo y huir a la desesperada.

Y ahora tenía que abandonar otra vez París. Aunque esta vez no se exiliaría solo: lo acompañaría su nueva amante, la marquesa du Châtelet. De nuevo, el destino hizo de él un hombre prudente. A Voltaire le esperaban sus años más felices.

CAPÍTULO VIII

AMORES FILOSÓFICOS

Nancy Mitford, en su conocido libro Voltaire in love,[1] acuña el término «amores filosóficos». Ese Voltaire enamorado es divertido en sí; es divertido imaginarse al filósofo saltarín y desenfadado abocado a las trémulas exigencias del galanteo amoroso. No obstante, y como ya se ha visto, la marquesa du Châtelet tuvo sus precedentes, y por la vida de Voltaire pasaron antes la primeriza Pimpette, la amable Bernières, la infiel Livry, la divina Lecoucreur, la voluptuosa Rupelmonde, quizá la jeune Gaussin… Pero con la marquesa su relación sería completamente diferente: con ella, Voltaire tuvo la certeza de que había encontrado a la mujer de su vida. Por primera vez iba a tener una relación estable. Voltaire tenía cuarenta años y «la sublime Émilie», veintiocho. A ambos los retrataría el gran pintor Latour: el poeta, orgulloso y desafiante, con La Henriada en mano; la marquesa, algo melancólica, algo absorta en sus pensamientos, de mirada dulce y profunda, sosteniendo un compás, aludiendo a sus variados intereses científicos. Ciencia y literatura, unidos por el arte.

Como resumía el poeta:

Sin duda serás famosa

Por los grandes cálculos del álgebra

Donde tu mente está absorta.

Me atrevería a hacerlo yo mismo;

Pero desafortunadamente A + D–B

No es = a te amo.[2]

Gabrielle Émilie Le Tonnelier de Breteuil había nacido en el año 1706 y era la hija de un cortesano de Luis XIV. Voltaire ya había frecuentado la casa paterna cuando era una niña: su padre era un hombre leído y amante de las artes e hicieron muy buenas migas. Dispuso que su hija se educase como un chico, siguiendo el modelo de Mme Dacier, dama ilustrada y traductora de La Odisea y La Iliada. En este sentido, Émilie se sabía de memoria a Horacio, Virgilio y Lucrecio, y también le resultaban familiares Tasso, Milton y Locke. Pero de muy joven mostró predilección por las matemáticas y la física, algo absolutamente infrecuente. Hasta el punto de que tomó lecciones de Alexis-Claude Clairaut, uno de los más grandes matemáticos de Francia y, en su día, un niño prodigio: a los doce años ya había leído un trabajo en la Academia de Ciencias sobre las curvas de cuarto grado. Seguro que la joven marquesa deseaba emular al matemático y batir también algún reto de aquel tipo. La misma Émilie reivindicó años más tarde ese derecho a la educación: «Si yo fuera el rey, reformaría un abuso que condena por así decir a la mitad del género humano... Haría participar a las mujeres en todos los derechos de la humanidad y sobre todo en los del intelecto... Estoy persuadida de que muchas mujeres o ignoran sus talentos, por el vicio de su educación, o los esconden por prejuicio y falta de coraje en su espíritu».[3]

Émilie estaba casada con Florent Claude, marqués du Châtelet-Lomont, militar de carrera. Este pertenecía a una aristocrática familia de la Lorena (se enorgullecían diciendo que sus ancestros se remontaban a Carlomagno), y era un hombre muy de su siglo, bastante indiferente a las relaciones extramatrimoniales que pudiese tener su esposa, siempre que fuesen discretas. Capefigue lo resume diciendo que era «uno de esos maridos fáciles tan típicos del siglo XVIII».[4] Quizá fuese así, pero desempeñaría un papel de lo más rocambolesco en la historia de aquel siglo. Los biógrafos lo tratan con amabilidad y respeto: Émilie le había dado tres hijos (el último no había sobrevivido), y los intereses intelectuales de su mujer le resultaban muy lejanos, por no decir que le parecían abstrusos e incomprensibles. René Pomeau escribe que desde el principio

advirtió que su mujer no era una esposa corriente, y que la respetó y en ningún momento la alejó de sus intereses intelectuales.

En cualquier caso, el marqués du Châtelet aceptó de buen grado aquella relación de su esposa con el polémico escritor, e incluso facilitó que el exiliado se estableciese en su castillo de Cirey, en los confines de la Lorena. Como escribía Voltaire, la diosa Emilia estaba casada con «un mortal», y el buen marqués permitió —sin hacer ninguna escena— que la pareja de amantes, que con el tiempo se convertiría en una de las más legendarias de la historia, se estableciese tranquilamente en sus tierras, que desarrollase sus inquietudes intelectuales, y, en definitiva, fuese feliz. Incluso los acompañó al castillo, para guardar así las apariencias. A cambio, el poeta sufragó buena parte de la restauración de este, en estado ruinoso en algunos puntos, e incluso pagó la ampliación de toda una nueva ala, donde la divina pareja situaría sus aposentos. Así pues, todos sacaron provecho de aquel ménage à trois.

Castillo de Cirey, donde Voltaire se refugió con la marquesa du Châtelet durante seis años, y donde posiblemente transcurrieron los años más felices de su vida.

Elisabeth Badinter ha escrito un bello ensayo titulado Émilie, Émilie. L'ambition féminine au XVIIIème siècle.[5] De algún modo, la

marquesa se sitúa en el vértice de la ambición femenina del siglo XVIII, y culmina esa nómina de nombres ilustres, que arranca desde el siglo XVII: Mme de Sévigné, Mme de Lafayette, Mme Deshoulières, Mme de Lambert, Mme du Deffand, Mlle Lespinasse, Mme d'Épinay, Mme d'Houdetot, Mme Necker, Mme Geoffrin… Y claro, Mme Dacier, la musa d'Émilie.

Al principio, Voltaire se instaló solo en Cirey. Había cometido el error de presentar a Émilie al matemático Pierre Louis Moreau de Maupertuis, para que este le ayudase en sus estudios, y la marquesa mostró tanto interés por aprender que al poco trascendió el aspecto intelectual. En aquel momento, Maupertuis era uno de los científicos más famosos de Francia, y uno de los pocos defensores de la obra de Newton, lo que le había valido la enemistad de la mayoría de los matemáticos franceses, mayoritariamente partidarios de las ideas cartesianas. Era un hombre de talla mediana, muy atildado, que vestía con extravagantes pelucas (que se empolvaba con diferentes colores), y con un timbre de voz muy agudo. Su fama creció aún más unos pocos años después, tras haber comandado una expedición a Laponia (1736-1737), para medir el meridiano y comprobar la predicción newtoniana de que la Tierra se achataba por los polos. Desde entonces, Voltaire lo llamó, con verdadero entusiasmo, el «achatador de la Tierra», y le dedicó unos versos apasionados que el matemático hizo imprimir en sus obras, junto a su grabado, en el que aparecía convenientemente vestido de lapón. La marquesa du Châtelet lo admiraba tanto que, a su vez, lo llamaba «sir Isaac Maupertuis», pues lo consideraba el legítimo sucesor de Newton.[6] Y parece ser que el poeta, durante un tiempo, tuvo que aceptar un raro ménage à trois (a cuatro, si contamos también al marido de la marquesa), que él sin querer había propiciado. «Me pongo en manos de la providencia y de la paciencia del c.u. [cornudo]», escribía a una amiga, desde Cirey. Pero, finalmente, Maupertuis partió hacia Basilea, para trabajar con Jean Bernouilli, y Émilie se decidió a viajar a Cirey, a ver cómo iban las obras de su «otro» amante. La alegría de Voltaire no pudo ser más espontánea, y aceptó que la marquesa cambiara buena parte del sentido de las reformas: «Pone ventanas donde yo había puesto puertas, cambia escaleras por chimeneas, y chimeneas por escaleras», escribía a sus amigos aliviado. Asimismo, también se dirigía a Maupertuis, para invitarle a Cirey (y de paso hacerle saber

que Émilie ahora estaba con él): «La más bella alma del mundo pasa la vida escribiéndoos en álgebra; y yo, os digo en prosa que seré toda mi vida vuestro admirador, vuestro amigo».[7] Algo que, desde luego, no sería así.

En cualquier caso, Voltaire siempre apoyó la curiosidad intelectual de su amante (la compartiese o no con Maupertuis), y la animó a perseverar en el estudio, además de convertirse en el mayor divulgador de sus logros intelectuales. La divina Émilie despertó todas las envidias, no solo entre los hombres, que asistían anonadados al hecho sorprendente de que una mujer rivalizase con ellos en temas como la física o la filosofía (el propio Immanuel Kant escribió que «una mujer que conduce estudiadas controversias sobre la mecánica como la Marquise de Chatelier [sic] necesariamente debe ser una barbuda»),[8] sino principalmente entre las mujeres, que sintieron celos de aquella mujer tan sabia, que no dudaba en mostrar y demostrar su talento siempre que le era posible, y que atraía a tantos filósofos, científicos y poetas de índoles distintas, que disfrutaban con el fragor de la discusión. Hasta el punto de que Mme du Deffand popularizó una cruel e injusta descripción: «Imaginaos una mujer grande y seca, la cara chupada, la nariz puntiaguda, de pequeños ojos verde mar, sin caderas, con poco pecho, con gruesos brazos, pies enormes. [...] Sin talento, sin memoria, sin gusto, sin imaginación, se ha hecho geómetra para parecer por encima de las demás mujeres».[9]

¡Se ha hecho geómetra para parecer por encima de las demás mujeres! Como si fuese fácil ser geómetra. Pero es posible que muchas damas de París lo pensasen. Voltaire se convirtió en su valedor, en algo así como en su guardaespaldas literario y quien vilipendiase a su marquesa, a su bella y divina Urania, se las tendría que ver con su afilada pluma. Incluso escribió una Epístola sobre la calumnia (1733), que parece directamente dirigida contra Mme du Deffand. Como escribe Badinter, el filósofo luchó por la igualdad del género femenino, incluso estaba convencido de la superioridad de este, y en la dedicatoria de su nueva obra, Alzira o los americanos, aprovechó para saldar cuentas con los misóginos de siglos pasados, entre ellos Molière, autor de la obra Las mujeres sabias. Badinter habla de Voltaire como un autor feminista;[10] quizá la apreciación sea algo exagerada, o simplemente anacrónica, pero

lo que es cierto es la espontánea estima que recibió de muchas mujeres cultivadas. Era un buen confidente, y su mirada comprensiva y alentadora le reportó mucha gratitud: entre sus numerosos enemigos hubo muy pocos del género femenino. A Mme du Deffand, que no era amiga de los philosophes, la consoló cuando perdió la vista, hasta una completa ceguera, con cartas emotivas y muy elaboradas: «La vida es un niño, que hay que acunar hasta que se duerme»,[11] le decía para calmarla, para que pudiese sobrellevar su desgracia.

En este sentido, tenía una percepción de la feminidad muy adelantada a su tiempo, y le pareció ridículo el artículo «Mujer» publicado en la Enciclopedia, en el que se afirmaba que la gloria de esta radicaba en sus deberes de madre. Voltaire siempre vio un igual en el género femenino, y entre las mujeres tuvo muchas auténticas amigas, quizá más que cualquier otro ilustrado. En Mujeres, ¡sed sumisas con vuestros maridos! (1766), título con el que parodia una epístola de san Pablo, escribía por boca de la mariscala de Grancey: «[La naturaleza] nos ha dado órganos diferentes de los de los hombres; pero al hacernos necesarios los unos a los otros, no ha pretendido que la unión formase una esclavitud».[12]

Sí, sin duda, se trataba de un texto abiertamente feminista. Además, el siglo XVIII, contrariamente a lo que se acostumbra a creer, fue particularmente agresivo contra la mujer. Si, por una parte, parece que emerge la condición femenina, por otra, se degrada, con numerosos textos eróticos o pornográficos. También el marqués de Sade es un producto de su siglo, epígono del materialismo ilustrado, impensable en el Grand Siècle.[13] Pero, antes de él, le preceden el marqués d'Argens, Chordelos de Laclos, Crébillon hijo, o incluso Diderot, con Los dijes indiscretos, que, en última instancia, también vilipendian la figura femenina. Una excepción es Restif de La Bretonne, y su tremenda edición clandestina La Anti-Justine o Las delicias del amor (1798), donde el personaje principal, llamado Cupidonnet, rebate las ideas de Sade (se hacía llamar el anti-Sade), y su erotismo nunca va ligado al maltrato. En cualquier caso, como escribían los Goncourt, «una avalancha de apetitos malignos se ha originado en el hombre mujeriego, que busca no solo deshonrar a la mujer, sino también hacerla sufrir».[14] En este sentido, Voltaire

nunca jugó con los sentimientos femeninos, ni denigró su figura, ni, desde luego, la maltrató.

Y allí, perdidos en un rincón del mundo, a menudo aislados por la nieve, y a seis días de viaje de París, «las divinidades de Cirey» se libraron apasionadamente al estudio, con el secreto deseo de convertir el mundo al newtonianismo. El mito de Voltaire se agranda por esta relación quintaesenciada del trabajo intelectual: el retiro del sabio, acompañado por su amante, que lo interpela, que lo apostilla, con la que mantiene acaloradas discusiones intelectuales, y donde el conocimiento es uno, donde confluyen todas las disciplinas, la literatura, las matemáticas, la física, el teatro, la historia natural… «Cultivábamos todas las artes», escribía con entusiasmo en sus Memorias. Y así era: Voltaire trabajaba de manera equilibrada todos los campos, y posiblemente fue el filósofo que mejor llegó a conocer la ciencia y la literatura de su tiempo. La aplicación de la ciencia lo apasionaba: la brújula, el astrolabio, la cartografía... Antes de iniciarse la Enciclopedia, Voltaire ya desarrollaba un pensamiento enciclopédico. A su parecer, era necesario cultivar las dos culturas de manera simultánea: «Ningún arte, ninguna ciencia, tiene que estar de moda. Es necesario que convivan; es necesario que se cultiven juntos en todo momento», escribía a Pierre-Robert Le Cornier de Cideville, su buen amigo del colegio Louis-le-Grand, con quien mantendría una larga correspondencia durante casi cincuenta años.[15] De esta suerte, Voltaire también criticaba a aquellos filósofos que, como Bernard de Fontenelle, creían en la superioridad de las ciencias. Hay en su formación el ideal humanista del uomo universale, atento a todo el saber.

La marquesa du Châtelet, la Minerva de Francia, fue el catalizador del estudio y del retiro, y todos aquellos años dedicados al trabajo acabaron por aplomar su carácter, o al menos consiguió sobrepujar esa mala estrella que lo abocaba con demasiada facilidad al litigio gratuito. A veces las exigencias de su amante lo asfixiaban, y se quejaba resignado:

Reconozco que es una tirana

Hay que, para hacerle la corte,

Hablarle de metafísica

Cuando desearíamos hacerlo de amor.[16]

Por decirlo así, le estaba prohibido remolonear. Con la marquesa no había tiempo que perder. De nuevo podemos preguntarnos qué habría sido de la obra volteriana sin su amante, si el Voltaire que conocemos —esa riqueza de pensamiento y obra— habría sido tan pletórico sin ese encuentro con la distinguida matemática. Hay pocas parejas en la historia de la literatura tan fructíferas y famosas como el dúo Voltaire-Émilie; quizá tan solo la de Mme de Staël y Benjamin Constant o la de Chopin y George Sand podrían competir en fama.

Por todo ello, el periodo de Cirey fue de los más fructíferos. Un auténtico tiempo de reciclaje científico. En aquel desierto espiritual, recibió una carta del kronprinz Federico de Prusia, escrita en francés, que le mostraba su gran admiración hacia su obra y persona. Era una misiva sorprendente, por su francés tan cuidado y al mismo tiempo algo anacrónico, por su espontaneidad y por todo lo que representaba: si Voltaire se encontraba exiliado en aquel castillo, un príncipe, que pronto sería el monarca de uno de los países más poderosos de Europa, y al mando de un ejército imponente, se declaraba su más ferviente seguidor. Incluso Émilie llegó a mostrar su admiración: «Comoquiera que conviene que haya príncipes, aunque no sepamos muy bien por qué, deberían ser al menos todos como él». El propio Voltaire lo reconocía: «Es un príncipe filósofo; es un hombre, y por consiguiente algo harto raro».

La pareja se imponía un horario para trabajar y no dispersarse en exceso. Como nos cuenta Mme de Grafigny, en Vida privada de Voltaire y Mme du Châtelet (1820), un delicioso conjunto de cartas escritas desde Cirey a su amante François Antoine Devaux, alias Pampan, los filósofos de Cirey se levantaban a las cinco de la mañana, y hasta las diez los invitados tenían prohibido salir de su habitación.[17] A partir de esa hora, o se volvía al estudio o se salía de paseo, en función del tiempo y del estado de humor de la pareja.

Françoise de Grafigny, que se había refugiado en el castillo por problemas familiares, describe en esas cartas la vida lujosa que llevaba la pareja en aquel exilio, y como no se privaban de nada a pesar del estricto régimen de estudio. «La Nymphe», como llama a la marquesa, se vestía como si estuviese en París, con sus largos cabellos negros recogidos, dejando el cuello descubierto, un porte que le quebaba muy bien. Siempre iba cargada de joyas y por su amor a las cremas y a las baratijas Voltaire la llamaba «Madame Newton-Pompon». Mme de Grafigny escribe con descaro, y con un estilo sorprendentemente familiar, poniendo motes a unos y otros. «Su cacareo es sorprendente, ya no me acordaba. Habla extremadamente rápido», dice de la marquesa; «el villano pequeño Trichateau», escribe del marqués du Châtelet; el castillo del Tedio, para referirse a una residencia cercana; el «petit-saint», para nombrar a Saint-Lambert, que ya merodeaba por aquellos lares y que más adelante desempeñará un primer papel en la relación de la pareja... Mme de Grafigny detalla las discusiones entre ambos, y como cuando se enfadaban se dirigían en inglés; también que se libraban con fanatismo al estudio de Newton, algo que en el fondo le parecía tan admirable como divertido. A su vez, el poeta se esforzaba cuanto podía para que su invitada no se aburriese, y esta escribía admirada y agradecida a su Pampan: «¿Aburrirme al lado de Voltaire? Ah, Dios, ¿es eso posible? No tengo ni la oportunidad de pensar que exista el aburrimiento en el mundo. [...] He descubierto, por una experiencia que me era casi desconocida, que una ocupación placentera puede dar sentido a una vida». Voltaire se desvivía por que su invitada estuviese cómoda y fuese feliz: le recitaba versos, le dejaba leer originales (una epístola sobre la moderación, que Mme de Grafigny escribe irónicamente en cursiva, y otra sobre el placer), le ponía la lanterne magique, brindaban con fin d'amour, le explicaba polémicas literarias (con Rousseau, con Desfontaines), no había diversión que no desarrollara con éxito, no había nada que se negara a hacer para satisfacer el gusto de su invitada. La diosa (Mme de Grafigny dixit) seguía divertida todas aquellas piruetas y devaneos de su amante. Había noches que reían a carcajadas («on a ri jusqu'à s'épanouir la rate»), otras, en cambio, en las que el poeta estaba de mal humor («dans la haute mauvaise humeur») y le suplicaban que leyese algo, y eso daba pie a chistes y galanterías de todo tipo, que al final vencían la resistencia de Voltaire, que leía un fragmento de La doncella. O interpretaban

alguna comedia como El hijo pródigo, o Mme du Châtelet «cantaba con su voz divina», o improvisaban un espectáculo de marionetas e interpretaban distintos papeles: «[...] cada palabra pasaba y brillaba como un relámpago». Así como se sucedían las discusiones entre los dos amantes, por unos versos o por cualquier otro asunto, como cuando la marquesa le sugería que ya estaba bien de echar pestes de Rousseau, y el poeta contestaba que «si estuviese muerto mandaría desenterrarlo para colgarlo». Mme de Grafigny también contaba que «la marquesa quiere tiempo para trabajar pero por la noche es encantadora»; en cambio, otras veces «es muy muy fría y un poco seca»… «Nuestro sexo debería elevarla a los altares. ¡Ah! ¡Qué mujer! ¡Qué pequeña soy a su lado!».

Retrato de la marquesa du Châtelet (c. 1737), el gran amor de Voltaire, y reputada matemática, realizado Maurice Quentin de La Tour.

El relato de Mme de Grafigny es extraordinario y nos muestra a la extraña pareja en su salsa. A su amigo Pampan también le explica aspectos domésticos, como cuando visita la sala de baño: «¡Ah, qué maravilla! La antecámara es grande como tu cama, la habitación de

baño está chapada por completo con azulejos, salvo el suelo que es de mármol; tiene un aposento de aseo del mismo tamaño, revestido de madera y barnizado de un verde celedón claro, alegre, divino, esculpido y dorado de manera admirable; todos los muebles guardan su proporción, un pequeño sofá, pequeños sillones adorables, con la madera del mismo estilo, siempre esculpidos y dorados; armarios de esquina, porcelanas, grabados, cuadros y un inodoro; el techo pintado, la habitación es rica y parecida en todo al gabinete; se ven espejos y libros divertidos sobre estantes lacados. Todo aquello parece hecho a propósito para gente de Liliput: ¡no, no hay nada más bello!». Y proseguía admirada, describiendo todas las maravillas que descubría en aquel apartado rincón del mundo, en medio de la campiña rural y perdida. Un exilio dorado.

También en otra carta explica a su amante que Voltaire había ordenado a sus criados que la atendiesen como si fuera él mismo. Eso le da pie a hablar del servicio: «Su criado de cámara no se aleja de su silla durante las comidas, y sus lacayos le traen todo cuanto necesita como los pajes de los gentilhombres del Rey; pero todo ello es hecho sin ninguna ostentación; tan verdad es que los grandes espíritus saben en todo momento conservar la dignidad que les conviene, sin llegar al ridículo de poner nunca afectación». También describía la enfermedad que aquejó al escritor durante unos días, y, asimismo, como llegado el invierno ella también cayó enferma: «Voy a darte una muestra de los gastos de esta casa: por cada chimenea se queman seis remesas de leña, ¡y hay treinta y dos fuegos en la casa!». Aun así, el frío era intenso, las ventanas no aislaban bien, las corrientes de aire en el castillo eran canallas. En las frías jornadas de invierno, leían a Dom Calmet, a Jacques Massé (autor de una vuelta al mundo), Les Mille et un Jours, el Voyage à Laponie, de Maupertuis, aprovechando la visita del célebre matemático y explorador, que se instaló en el castillo durante unos días. Y seguían interpretando teatro: «El tiempo tan lento para algunos es aquí demasiado corto, y pasa como un relámpago», concluía la entusiasta corresponsal.

Todo este ambiente idílico se truncó de pronto cuando Voltaire la acusó de haber copiado un canto de su poema sobre Juana de Arco y de haberlo enviado a París. La marquesa du Châtelet irrumpió en su alcoba y el poeta tuvo que contenerla para que no la abofetease,

según cuenta Mme de Grafigny. Evidentemente, aquellos versos escandalosos comprometían no solo a Voltaire, sino también al marqués du Châtelet, que lo albergaba en su casa. La marquesa abría secretamente las cartas que llegaban a Cirey, queriendo proteger al escritor, y de este modo descubrió el desliz de su invitada, que, sin duda motivada por el deseo de entretener a su enamorado, le enviaba textos que después se copiaban y se distribuían por la corte de Lunéville. Según Voltaire, ya circulaban más de cien copias de aquel canto. «Sois la más indigna de las criaturas; sois un monstruo que he acogido en mi casa, no por amistad, que no la he sentido jamás, pero porque no sabíais dónde ir, ¡y tenéis la infamia de traicionarme, de asesinarme!», le espetó Émilie. Mme de Grafigny se defendió como pudo, y a partir de aquel momento la Diosa pasó a ser La Harpía. Finalmente, abandonó Cirey el 11 de diciembre de 1739, después de haber pasado un año alojada en el castillo.

La Bruyère advertía en Los caracteres que «de la revelación de un secreto tan solo es culpable quien lo ha confiado». Sin duda, Voltaire era imprudente leyendo fragmentos de su poema a sus invitados, si no deseaba que se divulgasen. Y Mme de Grafigny, que había sido advertida de que no debía difundir nada de su anfitrión sin su expreso consentimiento, fue demasiado lejos en su deseo de entretener a su Pampan, aquel amante que le tiraba de la lengua y que después se aprovechaba de su enamorada para lucirse en la corte de Lunéville. Pero, gracias a ello, a aquella fortuita circunstancia, hoy tenemos un testimonio irremplazable sobre la vida cotidiana de Voltaire y de Mme du Châtelet en el castillo de Cirey.

Y entre las muchas cosas que nos descubren estas cartas, una de las más sorprendentes es el alto nivel de vida que la pareja llevaba en aquel remoto lugar del mundo. Voltaire había cantado una apología del lujo en El mundano (1736), y Mme de Grafigny convenía que el filósofo hacía honor a lo escrito, y que el poeta tenía en aquel castillo «todo lo que lo superfluo, esa cosa tan necesaria, haya podido inventar». El moralista Le Pileur d'Apligny, un autor muy en boga aquellos años, escribía que el lujo consiste «en mostrar y disfrutar lo superfluo de la riqueza». Durante todo el siglo se debatió si este era legítimo y hubo fuertes controversias. Voltaire

era uno de sus grandes defensores: desde muy joven le había gustado pavonearse por París, alardeando de lo bien que le iban las cosas. Y en Cirey no reparaba en gastos: en el apartamento de la marquesa, había cuadros de Veronese y de Watteau, un escritorio regalado por el príncipe de Prusia, «no hay nada en el mundo más bello», concluía Mme de Grafigny. En cambio, el resto del castillo, arreglado por el marqués, «era de una vulgaridad que echaba de espaldas»: Voltaire había hecho grandes esfuerzos por acondicionar las salas donde iban a vivir, gastando grandes sumas de dinero, y dejando el resto de las estancias sin tocar, creando un fuerte contraste con el marqués, entre el epicúreo poeta y el sobrio militar.

A su fiel amigo Thieriot le escribía: «Leemos algunos cantos de La doncella, o una tragedia salida de mis manos, o un capítulo del Siglo de Luis XIV. De ahí pasamos a Locke y Newton, no sin champán, y sin una carne excelente, porque somos unos filósofos muy voluptuosos».[18] Thieriot admiraba tanto a su amigo que se había hecho retratar con La Henriada en la mano. En medio de la campiña, las discusiones intelectuales alzaban el tono: la marquesa era leibniziana y el poeta, newtoniano. Pero el champán debía de correr abundantemente y ayudaba a ahogar las penas. Voltaire incluso le dedicó un dístico:

De este vino fresco de espuma chispeante

Nuestro pueblo francés es la viva imagen.[19]

En cambio, su sobrina Mme Denis (hija de su hermana Marguerite-Catherine) le escribía también a Thieriot, después de visitar a la pareja, y su percepción no era tan halagüeña: «Viven en una soledad espantosa —Cirey se encuentra a cuatro leguas de cualquier lugar habitado, en un país donde no se avistan más que montañas y tierras incultas— abandonados de todos sus amigos y no teniendo casi nunca a nadie de París. Ved aquí la vida que lleva el más grande genio de nuestro siglo, eso sí, vis-a-vis de una mujer con mucho talento, muy bella, y que emplea todo su tiempo en seducirlo».[20] Para una parisina como Mme Denis, aquel apartado

rincón, rodeado de montañas, ofrecía muy pocos atractivos. No podía columbrar la urbanita sobrina que, en un tiempo no demasiado lejano, ella también viviría aislada entre las montañas, y mucho más salvajes e inclementes que aquellas de la rica Champagne.

El poeta acababa su poema El mundano con unos versos que enseguida se hicieron famosos: «El paraíso terrestre está donde yo estoy». Y en sus Memorias celebraría su buena suerte: «Me preguntan de qué manera he llegado a vivir como un arrendatario; está bien decirlo para que sirva mi ejemplo. He visto tantos hombres de letras pobres y despreciados, que hace tiempo llegué a la conclusión de que no debía aumentar su número».[21]

CAPÍTULO IX

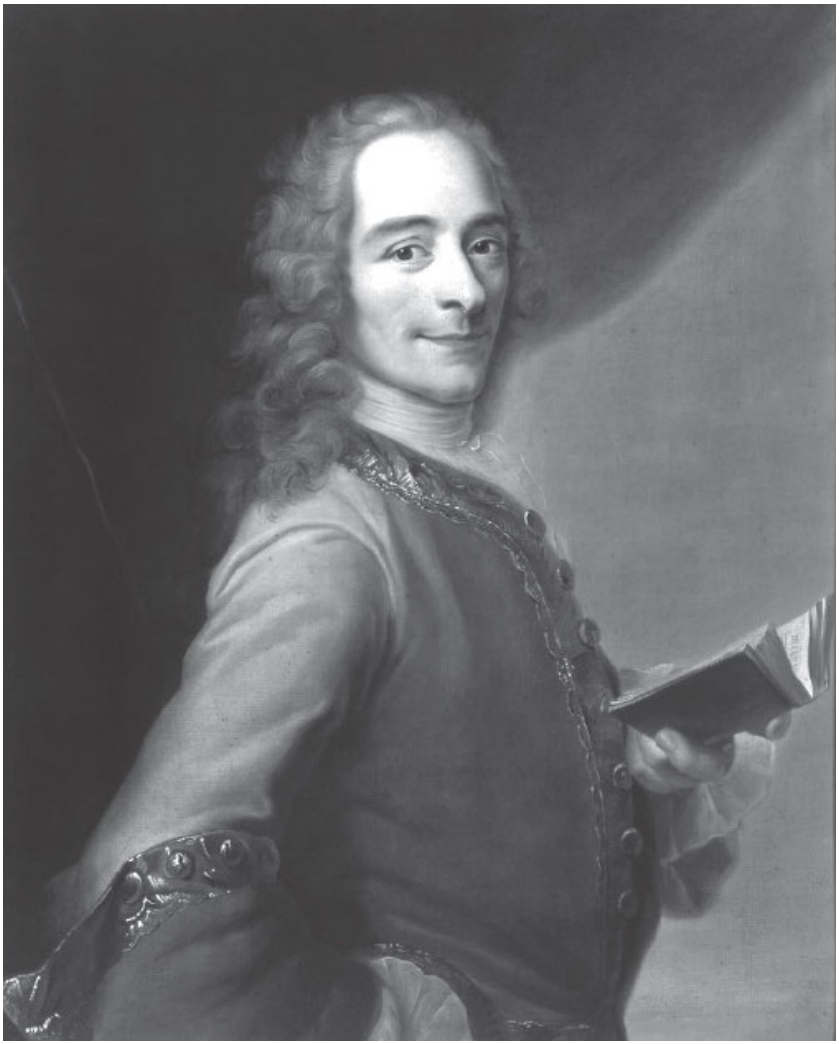
LA VOLTAIROMANÍA

Cuando el marqués du Châtelet visitó Cirey, durante un permiso en su regimiento, quedó impresionado por la constancia con la que la pareja se libraba al estudio, y aceptó que se trataba de una relación absolutamente excepcional y en el fondo se alegró de tener a su mujer ocupada en aquellos menesteres, y no jugando a las cartas, uno de los vicios más peligrosos de la marquesa. Para un militar como él, más valía aquel inocente entretenimiento de Newton que tener que hacerse cargo de los pagarés de su esposa.

Pero Voltaire había vuelto a las andadas: había escrito un libelo anónimo contra el abad Desfontaines, titulado El Preservativo (1738), donde pacientemente descubría uno a uno todos los errores del redactor de las Observations sur les écrits modernes. Voltaire estaba dolido con él, porque, a pesar de haberlo socorrido durante su encierro en prisión, este se había mostrado muy desagradecido, criticando algunas de sus obras. En cambio, según el marqués de Luchet, en Histoire littéraire de monsieur de Voltaire (1781), el abad era de la opinión de que su agradecimiento hacia el escritor por haberlo librado de la muerte no tenía por qué comprometer su criterio en cuestión de gusto literario.[1] Así pues, Voltaire se la devolvía con creces, y en El Preservativo criticaba y corregía su mal estilo, con todo tipo de lecciones humillantes. Y, al final, desvelaba que el periodista había estado encerrado en Bicêtre y que se trataba de alguien de moral muy dudosa. Esta institución, conocida como «La Bastilla de los canallas», custodiaba a alienados mentales, mendigos, enfermos de sífilis, prostitutas y peligrosos criminales, que convivían hacinados en condiciones infrahumanas. La revelación enfureció al abad, que enseguida replicó con La Voltairomanía, creando un término que después tendría mucha mayor fortuna. El abad, tomando la falsa identidad de un joven abogado, cargaba con toda la artillería: La Henriada era un mal

poema, lleno de anacronismos; las tragedias no habían tenido más éxito que sus largas tiradas; sus obras estaban plagadas de errores; su Historia de Carlos XII no era más que una mala novela, y en cuanto a las Cartas filosóficas, en ellas se descubría su verdadero rostro, el de alguien peligroso y gamberro. Además, el abad le atribuía aquella obra, algo que podría poner en apuros al poeta, que tenía el litigio abierto con la justicia por la supuesta autoría de aquel libro. En definitiva, concluía Desfontaines, detrás de todos aquellos bellos trajes solo había bisutería. Eso era la voltairomanía: narcisismo maniaco.[2] Y como colofón advertía, en el párrafo final: «Por mucho que parezca que se le ha maltratado, aún hemos sido indulgentes. ¡Cuántas otras cosas sabemos, que nos hemos abstenido de explicar!».

Voltaire estaba rabioso. ¿Qué otras cosas se había callado aquel mentecato? En vano la marquesa du Châtelet había intentado controlar las polémicas absurdas de su amante. Le decía: «La mayor venganza que podamos hacer a la gente que nos odia es ser felices». Pero todo era inútil. Además, a ese litigio se unió el estreno de la obra La muerte de César (1736), y su publicación en una edición clandestina plagada de errores. El abad Desfontaines volvió a la carga, antes de que el poeta pudiese corregir el desastre de aquella edición fraudulenta. Desfontaines mostró las malas rimas (algo habitual en este escritor, decía), tan malas que se preguntaba si lo hacía conscientemente. Voltaire escribió una carta denunciando la edición clandestina, pero datando la misiva en Cirey, y de este modo se hizo público su verdadero paradero, hasta el momento tan solo conocido por los más allegados, y comprometiendo lógicamente al marqués, que se vio de pronto no solo envuelto en una absurda e incomprensible polémica literaria, sino también con su honor cuestionado.



Retrato de Voltaire por Maurice Quentin de La Tour (c. 1737), sosteniendo un ejemplar de las Cartas filosóficas, aquel valiente ensayo que le causó tantos problemas y le obligó a exiliarse.

Asimismo, Desfontaines publicó unos versos que Voltaire había dedicado al conde Francesco Algarotti, durante su visita a Cirey. Algarotti, el cisne de Padua, como lo llamaba Voltaire, había

estudiado con los matemáticos Maupertuis y Clairault, y era un newtoniano convencido. El poeta, en un arrebato de entusiasmo, le había escrito una larga epístola que acababa de este modo:

Sin embargo, os esperaré,

Tranquilo admirador de vuestra astronomía,

Bajo mi meridiano, en los campos de Cirey,

Ahora observando solo la estrella de Emilia.[3]

¿Cómo había conseguido Desfontaines esos versos tan comprometedores para la pareja? ¿Se refería a ese tipo de información cuando lo amenazaba en su libelo? En aquellos días, el adulterio se castigaba en el caso de la esposa y no en el del marido; la mujer no tenía ninguna fuerza para combatir las infidelidades de su cónyuge. Este podía tener sus aventuras, mientras que la mujer debía mantenerse fiel y prudente en sus efervescencias amorosas. Si las había, debían ser muy discretas. Por tanto, aunque el marqués pudiese mirar a otro lado, su reputación se veía comprometida, no solo porque el «astro de Emilia» alumbraba a otro hombre, sino porque, además, todo aquello ocurría en su propiedad. Es cierto que Voltaire había invertido en ella una suma muy considerable (cada vez era más rico, como consecuencia de sus buenas inversiones económicas en empresas relacionadas con el ejército), pero aun así el marqués debió de sentirse muy incómodo. La calaverada de Cirey debería acabar. Además, por París empezaron a circular los cinco primeros cantos de La doncella, en copias manuscritas (según algunos autores, en poco tiempo había más de 6.000 copias en Francia). Aquellos versos iban mucho más allá de ser una vulgar gamberrada. El magistrado René Hérault, director general de la policía, estaba furioso. De nuevo, el autor de las Cartas filosóficas parecía un chiquillo. Este aseguraba que no tenía nada que ver con aquello, que aquellos versos no eran suyos. Pero tanquam ex ungue leonem: es decir, por sus garras se conoce al león.

LA PUCELLE D'ORLEANS

POËME.

DIVISÉ EN QUINZE LIVRES.

PAR

MONSIEUR DE V***.

LOUVAIN,
M DCC LV.

Primera edición desautorizada y pirata de La doncella, con lugar de publicación falso (posiblemente Londres), que ocasionó numerosos problemas a Voltaire.

Afortunadamente, la obra Alzira o los americanos (1736), una tragedia en la que Voltaire contraponía las costumbres francesas a las de los indios americanos, fue un grandísimo éxito. La acción transcurría en Lima, en tiempo de los conquistadores, donde el despótico Gusman (sic), gobernador de Perú, había aplastado la rebelión de los nativos, cuyo jefe, Zamore (sic) había sido muerto, según se decía. Alzira, ya convertida al cristianismo, se resistía a casarse con el odioso Gusman. Pero, contra todo pronóstico, Zamore estaba vivo. Este reunía a sus partidarios, atacaba a los españoles, mataba a Gusman, pero finalmente era capturado. El padre de Gusman, Alvare's (sic), que era el antiguo gobernador, se veía en la obligación de vengar a su hijo; pero se daba la circunstancia de que Zamore le había salvado la vida… Finalmente, era Gusman quien resolvía el dilema, y antes de morir reconocía sus errores, perdonaba a Zamore y le entregaba a Alzira. El indio quedaba impresionado por la fe que guiaba los pasos del moribundo Gusman, y se convertía al cristianismo, casándose con Alzira y haciendo feliz a su pueblo, con el buen gobierno…

El público vibró con aquella obra exótica, con aquel choque de dos mundos y con aquella recreación del «buen salvaje», y, finalmente, con aquella victoria de la religión cristiana frente a la pagana. Voltaire se había documentado mucho, tanto que había temido que el espectador descubriese más trabajo que ingenio. Pero no fue así: Jean-Jacques Rousseau asistió a una de las primeras representaciones (de las más de trescientas que se dieron en vida del poeta), y se recordaba a sí mismo «con el pecho jadeante, casi sin poder respirar», tanto le sorprendió e impresionó aquella obra ambientada en el Nuevo Mundo.

Émilie aceptó que Voltaire se la dedicase (¡pero que no fuese en verso!, le advirtió, para evitar cualquier parecido con la epístola de Algarotti) y el poeta escribió que la marquesa era la gran rival de

Newton y de Locke. Aquello en París también originó sus consiguientes risas y chanzas, y su amigo Thieriot le escribió que algunos sinvergüenzas iban por ahí diciendo, indecorosamente, que no sabían que se hubiesen «acostado con tan gran filósofo». La marquesa tenía su reputación, y esta no era precisamente la de una recatada científica.

Asimismo, El mundano seguía haciendo ruido en París, y algunos versos habían escandalizado por su irrespetuosidad hacia las cosas sagradas. Y, de nuevo, el escritor volvía a aparecer ante la opinión pública como un enemigo declarado de la religión. Los versos de La doncella circulaban por toda Francia, y ya nadie dudaba de su autoría. Además, Voltaire estaba escribiendo un tratado de metafísica que, a su juicio, era un libro mucho más reprobable que aquellos versos dedicados a Juana de Arco. Émilie se desesperaba y escribía que empleaba más esfuerzos políticos para reconducir a su amante que todo el Vaticano para mantener la cristiandad en su redil. La marquesa incluso intentaba convencer de ello a los amigos del poeta, como en esta carta a Berger: «Dais, Señor, consejos a Monsieur de Voltaire, que no necesita. Nunca ha escrito ni contra el gobierno, ni contra la religión. Respeta uno y otro. Todas sus obras llevan su temperamento de buen ciudadano y cristiano lúcido».[4] La marquesa puso todo su empeño en desmontar la imagen de autor sacrílego y buscapleitos de su amante. Pero todo era en vano.

Y, sin embargo, fruto de todos aquellos esfuerzos y desvelos en Cirey fue la publicación de los Elementos de la filosofía de Newton (1738), con el subtítulo, añadido por su editor, de «Puestos al alcance de todos». Voltaire protestó de aquel añadido absurdo porque «solo un imbécil puede creer que Newton esté al alcance de todos». Y añadía, refunfuñando, ante aquella trivialización de su trabajo: «Quien piense que se puede leer entre la ópera o la cena, como un cuento de La Fontaine, se equivoca de pleno. Es un libro que obliga a estudiar».[5] En realidad, se trata de una obra de alta divulgación, que poco tenía que ver con la que había realizado anteriormente Francesco Algarotti, con aquel diálogo titulado El newtonianismo para las damas (1737), y que era muy sencillo. Algo que al propio Voltaire molestó porque aquella dama a la que Algarotti aleccionaba se parecía mucho a la marquesa du Châtelet (muy injusto habida cuenta de que, en todo caso, era Émilie quien

le había enseñado Newton). Tras aquel libro de Voltaire había mucho estudio y dedicación: había leído a Descartes, los tratados de física del holandés Pieter Van Musschenbroek, y estudiado concienzudamente al sabio inglés con el objeto de, como le escribía a Thieriot, «reducir a este gigante a la medida de mis colegas enanos. Una tarea nada fácil».[6]

Y, sin duda, en esta obra Voltaire demostraba su profundo conocimiento de la filosofía de Newton, las largas horas dedicadas a su estudio, bajo la vigilante mirada de su amada, que, a su vez, poco después, publicaría Las instituciones de la física (1740), un cuidadoso tratado sobre la filosofía de Newton y Leibniz. El Journal de Trévoux publicó esta nota, cuando apareció el libro de Voltaire: «Era un secreto que corría de boca en boca, pero accesible tan solo para los entendidos. M. de Voltaire apareció y de pronto Newton es entendido o va en camino de serlo, por todo París resuena el nombre de Newton, todo París chapurrea Newton, todo París estudia y aprende Newton...».[7] ¡Qué gloria para Newton ese «Voltaire apareció y de pronto»! ¡Y qué gloria para Voltaire ser su voceador! La obra fue un éxito, tanto que en poco tiempo se realizó una reimpresión, y el poeta tuvo que corregir a toda prisa los errores detectados en la primera edición, e incluso, angustiado por el poco tiempo disponible, escribió a Maupertuis, rogándole que repasase el libro, y que «lo amaría toda la vida, al mismo tiempo que lo admiraría».[8] Voltaire se había metido en una camisa de once varas, en un asunto tan complejo que ni la propia marquesa, mucho más versada en Newton que él (y a la que lógicamente estaba dedicado el libro), podía ayudarlo. ¿Qué pensaría Maupertuis? El poeta lo halagaba, se declaraba su discípulo, y sin duda era un gran aliado en su pugna anticartesiana. Pero ¿qué hacía este escribiendo sobre Newton?

Y así, de pronto, el autor de La Henriada se transformó en el gran divulgador de la obra newtoniana. Incluso la famosa y posiblemente apócrifa anécdota de la caída de la manzana que inspiró la teoría gravitatoria fue popularizada por el poeta en sus Cartas filosóficas: «En 1666, habiéndose retirado cerca de Cambridge, estaba paseando por el huerto cuando vio un fruto que caía del árbol, y se dejó arrastrar a una profunda meditación en cuanto a su peso, la causa del cual todos los científicos habían buscado en vano durante

mucho tiempo, y sobre la cual la gente corriente nunca había sospechado que existiera ningún misterio».[9] Como comenta algo enfadado Richard S. Westfall, el mayor biógrafo del científico inglés, Newton no necesitaba de aquel fruto —aquella manzana, que incluso en algunas versiones del siglo XIX golpea la cabeza del pensador— para gestar su teoría. «La historia vulgariza la gravitación universal al presentarla como una idea que surgió de forma brillante».[10] Y lleva algo de razón porque estas súbitas revelaciones (que se concretan en el paradigmático ¡eureka! de Arquímedes) son ejemplos trucados, que esconden, o al menos banalizan, el hecho de que tras la iluminación hay toda una larga vida de estudio. Aun así, como escribe Fernando Savater, Voltaire añadió una tercera manzana a las dos ya célebres de la historia, la de Eva y la que motivó el juicio de París.[11]

Pero Voltaire, con tal de divulgar la obra de Newton, estaba dispuesto a popularizar todo tipo de leyendas, fueran o no del todo ciertas. En este sentido, no tenía el rigor del científico y sí la imaginación del poeta. Su cruzada no solo era newtoniana, sino anticartesiana, y los seguidores del Discurso del método también recibieron sus saetas envenenadas. El más famoso era Bernard de Fontenelle, que, a pesar de vivir casi cien años, no «se pudo desembarazar de su cartesianismo»[12] y que Voltaire ridiculizaría cruelmente en su nuevo cuento, Micromegas, escrito durante aquellos años de exilio en Cirey.

La antipatía era mutua: el secretario perpetuo de la Academia Francesa, al ver el trabajo de Voltaire sobre Newton, había comentado malévolamente que le hubieran venido muy bien dos o tres años más de estudio antes de ponerlo «al alcance de todo el mundo». Y aunque Micromegas se publicó en 1752, su primera concepción arranca de aquellos años de Cirey, como con tanto acierto ha estudiado Ira O. Wade.[13] Voltaire replicó con esta historia —su primer cuento largo, que sería la génesis de sus siguientes historias, como Zadig o el destino o el propio Cándido— a su adversario cartesiano, en una historia filosófica que, al decir de Wade, es la fusión de la ciencia y del arte.

Conviene hacer un breve apunte biográfico sobre Bernard de Fontenelle para valorar mejor la magnitud del ataque volteriano.

Fontenelle era un científico notable, pero un escritor de escaso éxito: su obra teatral Aspar (1680) fue un fracaso tan estrepitoso que, según Racine, llevó al público a inventar los silbidos. Como consecuencia de este échec tan humillante se retiró a Rouen, su ciudad natal, donde escribió los Coloquios sobre la pluralidad de los mundos (1686), Historia de los oráculos (1686) y Digresión sobre los antiguos y los modernos (1688). En los Nuevos diálogos de los muertos (1683), Fontenelle reunía en el infierno a parejas contemporáneas o no, antiguas o modernas, a veces muy inesperadas: Harvey y Erasístrato, Homero y Esopo, Sócrates y Montaigne, Candaules y Giges, Carlos V y Erasmo, Hernán Cortés y Moctezuma… En 1691, gracias al éxito de estas obras, fue elegido miembro de la Academia Francesa, y en poco tiempo fue nombrado su secretario, lo que le obligó a realizar el elogio de los académicos muertos a lo largo de su cargo, que llegaron a ser... ¡69! Sus contemporáneos comentaban con ironía que el cargo de secretario «perpetuo» se lo había tomado al pie de la letra. Era un hombre muy querido, aunque Mme de Tencin, amante del académico (entre muchos otros), llegó a escribir de él que tenía «el cerebro en el lugar del corazón». Pero, en definitiva, se trataba de un autor intocable. El éxito de los Coloquios, traducido a numerosas lenguas, y en los que divulgaba el copernicanismo con mucho ingenio, lo había hecho uno de los autores más prestigiosos de Francia.

Así pues, en Micromegas —la historia de un habitante de un planeta de la estrella Sirio, que tiene una altura de 32 kilómetros, y que viaja por el cosmos con su enano acompañante de Saturno, de dos kilómetros de alto—, Voltaire se atrevió a ridiculizar al todopoderoso Fontenelle en la figura del enano acompañante, secretario a su vez de la Academia de Saturno: «[...] hombre de mucho ingenio, que en verdad no había inventado nada pero que daba muy buena cuenta de las invenciones de los demás, y hacía pasablemente pequeños versos y grandes cálculos». Pero el golpe más amargo seguramente era la parodia que hacía de la amante del hombrecillo de Saturno, aquella «preciosa morenita que solo medía seiscientas sesenta toesas, pero que compensaba con muchos encantos la pequeñez de su estatura», y que tras haberse desmayado por la partida del secretario «fue a consolarse con un petimetre del país». Niderst ve una mofa y una rechifla clara de los amores de Fontenelle con Mme de la Mésangère (a la que el académico había

dedicado los Coloquios sobre la pluralidad de los mundos), de la huida del secretario y del matrimonio de esta con Charles de Nocé, un hombre de mala reputación.[14]

Pero Micromegas es sobre todo un gran alegato contra el antropocentrismo, contra la vanidad humana. Cuando los dos gigantes interrogan a «aquel pequeño animálculo» (filósofo de La Sorbona), y este les dice «que todo está hecho únicamente para el hombre», a los dos viajeros galácticos les entra una risa incontenible. Todo aquel juego de las proporciones que es Micromegas es, en definitiva, una crítica aguda y sarcástica a la megalomanía humana, a aquel «animal bípedo sin plumas».

¿Por qué no publicó el cuento hasta mucho después? ¿Tuvo Émilie algo que ver? No es posible saberlo, pero, como explica Badinter, su amiga matemática le evitaba muchos pleitos inútiles: «Voltaire no es tan solo un verdadero hipocondríaco que se cree siempre a un paso de la muerte, es también un gran imprudente que arriesga inútilmente su salud y su tranquilidad».[15] Émilie le recetaba prudencia, actuaba como una madre con un alocado e irresponsable hijo que no sale nunca del atolladero: estudiemos, vivamos, seamos felices, le recomendaba… A cambio, Voltaire se declaraba su fan más fervoroso, «el primero de los emilinianos». Además, la situación de Voltaire en la corte era muy complicada, incluso se hablaba de un destierro, como el de su enemigo Jean-Baptiste Rousseau, condenado al exilio desde 1712.

La marquesa, en el Discurso sobre la felicidad, escrito durante aquellos años de paz seráfica y bucólica en Cirey, exponía su filosofía de la vida, en uno de los textos más emotivos y representativos del siglo XVIII: «Tratemos pues de conservar la salud, de no tener prejuicios, de tener pasiones, de hacer que contribuyan a nuestra felicidad, de sustituir nuestras pasiones por inclinaciones, de conservar celosamente nuestras ilusiones, de ser virtuosos, de no arrepentirnos jamás, de alejar de nosotros las ideas tristes y de no permitir nunca a nuestro corazón que conserve una chispa de inclinación por alguien cuya inclinación disminuye y que nos deja de amar. [...]. En fin, pensemos en cultivar la inclinación hacia el estudio, una inclinación que hace que nuestra felicidad dependa únicamente de nosotros mismos. Preservémonos de la

ambición y, sobre todo, sepamos bien lo que queremos ser; decidamos el camino que queremos tomar para pasar nuestra vida y tratemos de sembrarlo de flores».[16]

Sepamos bien lo que queremos ser... El inquieto Voltaire debía quedarse admirado ante el buen juicio de su amante. ¿Qué quería ser él? ¿Filósofo o poeta? ¿Racine o Pascal? Tenía la facilidad de la escritura, pero a veces le faltaba la perseverancia del erudito. A Émilie hay que hablarle de metafísica cuando se desearía hablarle de amor... «Decidamos el camino que queremos tomar para pasar nuestra vida y tratemos de sembrarlo de flores», le recomendaba encarecidamente su Minerva. Hay que evitar los esfuerzos vanos, las polémicas innecesarias que no conducen a nada, hay que concentrarse tan solo en el estudio y en amar: estudiar y amar, he aquí el credo de la marquesa. Amar apasionadamente: «Pasiones tendríamos que pedirle a Dios si nos atreviéramos a pedirle alguna cosa... Supongamos, por un momento, que las pasiones hagan a más personas desgraciadas que felices; digo que, aun así, seguirían siendo deseables, porque es la condición sin la cual no se pueden gozar grandes placeres; y no merece la pena vivir si no es para tener sensaciones y sentimientos agradables; y cuanto más vivos son los sentimientos agradables, más felices somos».[17] Y Voltaire guardó en el escritorio su ácido cuento antifonteneliano. Y también aquel tratado sobre metafísica que serviría à faire brûler un homme. Y, por supuesto, sus versos burlescos y brutales sobre Juana de Arco. Enterró el hacha de guerra.

Además, sus amigos habían conseguido que finalmente se descartase aquella posibilidad de destierro, y que sin anular la lettre de cachet se diese luz verde a su regreso a París. Una carta de René Hérault, magistrado y director de la policía de París, se lo comunicaba, con un párrafo final de lo más aleccionador: «Cuanto más talento tenéis, señor, más debéis sentir que tenéis enemigos y envidiosos. Cerradles pues la boca para siempre con una conducta digna de un hombre sabio y de un hombre que tiene ya una cierta edad».[18] Moderación, estudio, sosiego: por su bien, todos le recomendaban lo mismo.

Y, durante un tiempo, la marquesa consiguió que el poeta abandonase el escritorio, que confabulara menos, que dejase en paz

a La doncella, y que se dedicase más a la experimentación. Voltaire consintió que se adquiriesen, a su cargo, unos costosos equipos de física. La Academia de Ciencias había convocado ese año de 1737 un premio para el mejor estudio sobre la naturaleza del fuego, y el poeta, sin advertir a su amante, había decidido presentarse. Ya que sus versos causaban tantos problemas, ya que sus escritos en prosa eran perseguidos, había decidido triunfar como filósofo de la naturaleza y emular al gran Newton. El autor de los Elementos podía perfectamente ser el ganador de aquel prestigioso premio, y, para ello, debía pasar horas en el laboratorio. Émilie recibió con alegría aquel renovado interés de su amante por la ciencia, y ambos pasaron jornadas enteras calculando todo tipo de variables con sus termómetros, y comparándolas con los resultados de Boerhaave y de Boyle, e incluso llevando su investigación hasta las forjas del marqués du Châtelet, para hacer pesar un material fundido de diversas naturalezas. Porque la marquesa tampoco le había confiado que también tenía pensado presentarse a dicho premio, y había preparado con tal fin una memoria de todos aquellos experimentos. Huelga decir que los ganadores fueron dos oscuros cartesianos que explicaban la naturaleza del fuego gracias a los famosos «torbellinos» del autor del Método. Y los amantes de Cirey se rieron bien a gusto cuando supieron que ambos se habían presentado ocultándoselo el uno al otro. Curiosamente, el trabajo de la marquesa tenía un contenido mucho más metafísico que el de su amante, que era mucho más experimental. Voltaire lo publicó con el título de Ensayo sobre la naturaleza del fuego y de su propagación, y poco después la marquesa también consiguió imprimir su ensayo, que vio la luz en el número del Mercure de junio de 1739. El inicio es muy bello: «El fuego se manifiesta a nosotros por fenómenos tan diferentes, que resulta difícil definirlo por sus efectos, como conocer enteramente su naturaleza; escapa en todo momento a la captación por nuestro espíritu, aunque esté dentro de nosotros mismos y en todos los cuerpos que nos rodean».[19]

Aquella aventura intelectual sobre la naturaleza del fuego fue la última gran investigación que realizaron juntos. El poeta debió de pensar que tenía mayor posibilidad de éxito con sus versos, y abandonó el laboratorio y regresó a su escritorio para trabajar con Mahoma, una provocativa obra de teatro. De nuevo, empuñaba el hacha de guerra.

CAPÍTULO X

LOS INMORTALES

El 25 de abril de 1741, Voltaire estrenó El fanatismo o Mahoma el Profeta. Con esta obra buscaba denunciar los crímenes y la impostura del fundador del islam, aquel «falso profeta que la providencia había elegido para castigar a los cristianos, y para cambiar el rostro de una parte del mundo». El argumento era explosivo: Mahoma, profeta de una nueva religión, que pretendía revelada, había convertido al islam a todo el pueblo árabe. Pero se le resistía Zopir, jerife de La Meca, que había descubierto su impostura, y que lo odiaba profundamente porque, además, había asesinado a su mujer y a sus hijos. Mahoma quería acabar con él y liberar a Palmira, que Zopir mantenía prisionera: amaba en secreto a esa «esclava». Así pues, envió a La Meca a su lugarteniente Omar, con Seid, otro esclavo, que a su vez era amante de Palmira. Mahoma los siguió de cerca, encabezando su ejército, y consiguió alzar en armas a sus partisanos. En el transcurso de una entrevista dramática con Zopir, le confesó sus pretensiones de esclavizar a los árabes bajo un solo rey y Dios, y conquistar así el mundo. Pero entonces, sin querer, descubrió a Zopir que sus hijos estaban vivos. Le propuso casarse con su hija y devolverle a su hijo. Zopir se negó indignado y Mahoma decidió asesinarlo, pero dejó este cometido a Seid, que no era otro que su propio hijo. El parricidio se produjo, y al anciano agonizante se le desvelaba que quien lo había herido de muerte no era otro que su propio vástago, y que Palmira era su hija. Seid intentaba vengarse, pero moría envenenado por Mahoma, y Palmira se suicidaba. Y el Gran Tartufo, como llamaba Voltaire a Mahoma, afianzaba su imperio.

El estreno cosechó un gran éxito, a pesar del informe desfavorable de Crébillon, que se había encargado de la inspección de la obra por parte de la censura. Los jansenistas la denuciaron como escandalosa e impía, y el ministro Maurepas recibió tantas presiones que

finalmente pidió a Voltaire que la retirase, algo que no tuvo más remedio que hacer tras la tercera representación (dio su brazo a torcer porque se le recordó, muy oportunamente, que la orden de arresto al autor de las Cartas filosóficas aún no se había llevado a cabo). Voltaire no se lo pensó dos veces: el pobre Jean-Baptiste Rousseau había muerto en el destierro y no deseaba seguir sus pasos. ¡Qué triste final para el autor de la Oda a la posteridad! Piron había escrito un epitafio burlesco del malogrado poeta, que había divertido a todos:

Aquí yace el ilustre y desgraciado Rousseau [...]

Ved aquí el resumen de su vida,

Que fue demasiado larga en sus dos mitades:

Fue treinta años digno de envidia,

Y treinta años digno de piedad.[1]

Al fin y al cabo, la mayor parte de las ideas fanáticas que se mostraban en Mahoma eran perfectamente trasladables a la religión cristiana. Además, el escritor había alterado a su conveniencia la vida del Profeta, como él mismo reconocía en una misiva al príncipe Federico: «Sé que Mahoma no ha tramado la traición que da lugar a esta tragedia; la historia dice tan solo que robó la mujer de Seid, uno de sus discípulos, y que persiguió a Abusoftan, que llamo Zopir. Pero cualquiera que hace la guerra a su país, y que osa hacerla en nombre de Dios, ¿no es capaz de todo? No he pretendido tan solo representar en la escena una historia verdadera [...] sino lo que puede ejecutar el fanatismo más terrible».[2]

En esta carta, Voltaire descubría sus verdaderas intenciones. Mahoma, el «verdadero Profeta», era un fanático, pero también lo eran los tribunales de la Inquisición, los asesinos de la noche de Saint-Barthélemy, el asesino de Enrique III, y tantos otros que se escudaban en la religión para cometer los crímenes más atroces. Así

pues, este era un nuevo alegato contra la superstición y el fanatismo, y contra toda clase de violencia que se engendrase de una interpretación radical de la doctrina religiosa.

Pero las malas noticias nunca llegan solas y su nominación a la Academia Francesa también había fracasado. Un tal Marivaux había salido elegido por unanimidad. Este había contado con el apoyo de Mme de Tencin y de Fontenelle, y puede que también del odioso Crébillon. Pero incluso allegados suyos habían votado a favor de aquel autor menor, que hacía obritas de tres actos, y que utilizaba una jerga llena de neologismos, de chistes fáciles, y una prosa rimada de lo más postiza. Voltaire no daba crédito, y lo atribuyó a una conspiración de Fontenelle y su amante. Pero lo cierto es que los detractores de Voltaire lo acusaban de ser demasiado antiguo en el teatro, y, en cambio, de ser demasiado transgresor en el resto de los temas, en especial en los relacionados con la religión. Puestos a elegir, habían optado por evitarse problemas y decantarse por aquel autor que entretenía a su público con las desventuras del amor. En cualquier caso, Mme de Tencin se había salido con la suya: el poeta había coincidido con ella durante su segunda estancia en La Bastilla, cuando lo encerraron para que se olvidase del caballero Rohan-Chabot. «Éramos como Píramo y Tisbe, solo había un muro que nos separaba», escribió, con su habitual manera de enfocar las cosas. Aunque cabe decir que Mme de Tencin tenía poco de Tisbe, y estaba encerrada como consecuencia de un escándalo relacionado con el suicidio de uno de sus amantes, el consejero La Fresnaye. Este había dejado escrito en su testamento que Mme de Tencin había urdido un plan para robarle. Algo bastante posible porque a aquella dama le gustaba el dinero con delirio y siempre había sabido sacar buen provecho de sus amantes. Y, fruto de uno de esos arriesgados escarceos amorosos, en este caso con el general de artillería Louis-Camus Destouches,[3] quedó encinta, y tras el parto dejó en el hospicio a su hijo clandestino: el futuro d'Alembert.

En cualquier caso, «Tisbe» le había ganado la partida, y había salido elegido su candidato, el facilón Marivaux. En una ocasión, el abad de Olivet le había escrito que las «academias ahogan siempre el talento en lugar de beneficiarlo», y seguramente el poeta intentaba consolarse con aquellas palabras. Aunque, a decir verdad, tampoco su amigo y antiguo maestro había votado por él, y, además, este,

para mayor inri, pertenecía a diecisiete academias más. ¡Su querido Olivet, garante y defensor acérrimo de la pureza de la lengua francesa, apostando por aquel petimetre impostor de Marivaux! ¡Por aquel autor de la Comédie-Italiene! ¿Cómo se podía caer tan bajo? Voltaire no daba crédito, y pensó en abandonar Francia, en huir lo más lejos posible, quizás a la corte de Prusia, donde Federico seguía reclamándolo, tentándolo con todos los honores. Él sí que sabría apreciar su valía. Por París corrían unos versos indecorosos, titulados M. la Marquise du Châtelet, que precisamente se divertían de las dudas que acechaban al escritor:

Adiós, hermosa Émilie,

A Prusia voy

A difundir mi locura

Y pasear mis miserias…[4]

En París, no solo lo humillaban, también lo calumniaban de la peor manera, insultando a la marquesa con aquella M., llena de sobreentendidos, como si no fuese una mujer.

Pero la muerte del cardenal de Fleury, el todopoderoso ministro de la Guerra, y gran consejero del rey, le proporcionó una nueva oportunidad de entrar entre los Inmortales. Y de nuevo el poeta hizo campaña por su candidatura, lo que motivó que Jean-François Boyer, obispo de Mirepoix, declarase que le parecía indigno que alguien como Voltaire sucediese a un cardenal como Fleury: «Era una ofensa a Dios que un profano como yo quisiese suceder a un cardenal», escribió en sus Memorias. En realidad, al cardenal de Fleury, un hombre modesto y humilde, muy indeciso, algo acomplejado ante la gran responsabilidad que tenía con su cargo, nunca le fue demasiado querido el poeta, que consideraba un loco y un insolente. Eso era de dominio público y la posible elección de Voltaire se consideraba, de algún modo, un agravio a su memoria. Este intentó calmar al obispo de Mirepoix, e incluso le envió una

carta, donde comparaba la persecución que sufría a la de Sócrates y Descartes, y le aseguraba que «podía decir ante de Dios, que me escucha, que soy un buen ciudadano y un verdadero católico, y lo digo únicamente porque lo he sido siempre de corazón. No he escrito ni una página que no respire respeto por la humanidad, y escribo muchas que son santificadas por la religión».[5]

Aquella carta, enseguida filtrada a la opinión pública, divirtió a los católicos, y malhumoró a la secta filosófica, entre ellos al divus Fredericus, que descubría que su autor de cabecera, amado por su libertad y anticlericalismo, se dejaba humillar y adoctrinar por aquel necio de Mirepoix. Hasta el punto de enviarle unos versos divertidos, pero claramente reprobatorios (¡el pupilo aleccionando al maestro!), en donde le preguntaba si el valiente autor de las Cartas filosóficas, en su afán por redimirse, iba a meterse a monje. En definitiva, ¿qué más daba lo que pudiese pensar el obispo de Mirepoix?, le recriminaba Federico. Voltaire dudaba: deseaba tanto ser académico que no quería buscarse ningún enemigo que pudiese tumbar de nuevo su candidatura.

Afortunadamente, el poeta recuperó la autoestima con el rotundo éxito de Merope. Había empezado a escribirla en 1736, y se tomó su tiempo, consciente de que tenía un buen tema y no deseaba desaprovecharlo. En un principio, había pensado traducir la obra de Maffei, de mismo título, publicada en Italia en 1713, pero después se decidió por escribir una Merope francesa. Además, la obra de Maffei le parecía floja, a pesar de ser un tema excelente y de estar escrita con mucha sencillez. Quizá demasiada para el gusto clásico francés: «París y el parterre francés exigen una simplicidad diferente», concluyó Voltaire. El tema es igual de trágico que el de Edipo, con todo tipo de traiciones, despechos amatorios y forzados giros de guion. Mme de Grafigny, que había visto la obra en Cirey, escribía que «si se ha llorado en el tercer acto, en el cuarto te tiras de los pelos, y en el quinto te arañas el rostro». La vieja conocida de Voltaire no le guardaba resentimiento y, además, había conseguido cierta fama en la ciudad del Sena: le había cogido gusto a la escritura, y ya había publicado su primera obra, la Novela española (1745), y pronto sacaría Cartas de una peruana (1747), que la haría famosa, un texto con una fuerte concepción feminista.

Por tanto, Voltaire era un autor afamado, en plena popularidad, gozando de su éxito. ¿Cómo negarle entrar entre los Inmortales? Incluso, durante aquellos meses, había salido publicada en Berlín una versión burlesca de La Henriada, con el título La Henriada travestida (1745), obra del tremebundo Louis-Charles Fougeret De Monbron, autor de versos burlescos y satíricos, y de una novela sobre la prostitución, Margot la remendona (1750), su obra más conocida. En su parodia, el tono elegiaco de La Henriada era grotescamente ridiculizado, y aunque Monbron, en el prefacio, se deshacía en elogios hacia el poeta («honor de las letras y de la poesía»), y aseguraba que aquella obra no haría daño a su reputación, sí que había cierta burla encubierta al tono pomposo y solemne utilizado por este.

Pero, en definitiva, el nombre de Voltaire estaba en boca de todos. Y, finalmente, la protección de Mme de Pompadour y de los hermanos d'Argenson obró el milagro, y en 1746 fue elegido académico. Su buen amigo el abad de Olivet hizo el discurso de bienvenida y Voltaire escogió para el suyo un tema conciliador y fácil: el amor a la lengua. En su parlamento, declaraba la gran deuda que las naciones tenían contraídas con sus poetas, y señalaba a Corneille como quien «enseñó a respetar nuestra lengua a los extranjeros». En definitiva, su discurso de ingreso fue un bello texto en defensa de la lengua francesa y todo lo que se le debía a sus cultivadores. Un discurso recatado y discreto, para evitar críticas y nuevos frentes abiertos. Aun así, Louis Travenol, músico y libelista aventajado, con el que mantenía un largo litigio, publicó la Voltariana, o Elogios anfigúricos (1749), donde recogía, en centenares de páginas, todos los panfletos publicados contra él con motivo de su discurso y su injusta y escandalosa recepción en la Academia Francesa.

Así pues, Voltaire, en aquellos últimos años, había pasado de tener «mil enemigos con muy poca gloria» a ser de nuevo reclamado en todos los salones de París. La suerte por fin se ponía de su parte. Además, el abad Desfontaines, su más contumaz y terrible enemigo, había muerto de una pulmonía. Y Travenol no era Desfontaines, desde luego. Y Monbron, por muy burlescos que fuesen sus versos travestidos, contribuía a su gloria. Aunque el abad Desfontaines, antes de morir, había formado a un discípulo, de nombre Élie

Fréron, que ya apuntaba maneras, y que pronto será su más férreo y contumaz enemigo.

Tampoco Voltaire olvidó al obispo de Mirepoix, al que empezó a llamar «el asno de Mirepoix» (debido a que firmaba sus cartas como «anc. Ev, de Mirepoix»). Y cuando este intentó ser elegido cardenal, hizo circular este epigrama:

En vano la fortuna se esfuerza

En ornarte con nuevo brillo;

Cuanto más bello parezca tu destino,

Más tonto nos parecerás.

Benoît da con gusto un sombrero,

Pero no da en absoluto cabeza.[6]

Y el obispo se quedó con las ganas del capelo cardenalicio. Voltaire triunfaba y ejercía su poder. Todo parecía ir muy bien cuando de nuevo el destino hizo una de las suyas. Jean de Viguerie lo advertía con acierto: «Y, sin embargo, fue ella quien lo traicionó».[7] Como en uno de los forzados giros de guion de sus obras teatrales, de pronto la escena se llenó de lágrimas y desconcierto.

CAPÍTULO XI

EL HUNDIMIENTO

Durante una estancia en Lunéville, «la hermosa Émilie» se encaprichó del marqués Jean-François de Saint-Lambert, que ejercía de ayudante de cámara de Stanislas I. Saint-Lambert era militar y «poeta melancólico muy buscado por las mujeres», según Viguerie. Un «pisaverde bonito», según Savater. Voltaire los sorprendió en plena inclinación amorosa y en un arrebato de ira casi estranguló al galante marqués. «Después se calma y acepta el ménage à trois (a cuatro con el marido)», apostilla Viguerie. Este episodio de la vida de Voltaire ha producido páginas muy entretenidas entre sus biógrafos: la reflexiva autora del Discurso sobre la felicidad dejándose seducir por aquel apuesto poetastro, diez años más joven que ella, ante la estupefacción y furor del Poeta de Francia.

Voltaire, en sus Memorias, pasó muy por encima de los últimos meses vividos con la marquesa. De pronto nos encontramos con esta frase: «La señora du Châtelet murió en el palacio de Stanislas después de dos días de enfermedad». El historiador que es Voltaire no explica qué enfermedad se llevó a su Minerva; más bien intenta ocultar un suceso inesperado y doloroso, que lo traumatizó profundamente: «Estábamos todos tan turbados que a nadie se nos ocurrió llamar a cura o jesuita alguno para que administrase el sacramento. No sufrió los horrores de la muerte; solo nosotros los sentimos».[1]

Voltaire se había retirado con la marquesa a vivir en la corte del rey Estanislao I Leszczynski, el padre de la reina francesa, situada en Lunéville, pequeña ciudad del ducado de la Lorena. Stanislas había sido un monarca desdichado: elegido rey de Polonia el 12 de julio de 1704, gracias al apoyo de Carlos XII, fue destronado por los rusos y buscó refugio en Francia. En 1733, regresó de nuevo a Polonia, donde se le coronó rey, pero al poco tiempo fue de nuevo

expulsado: salvó la vida disfrazándose de campesino y escapó así del asedio de Danzing. Todo ello lo forzó a abdicar, y Francia, en compensación, le había cedido la soberanidad de la Lorena. Y Lunéville, de algún modo, era el Versalles loreno: sus jardines eran muy bellos, con sus fuentes y ambientes chinescos, y el monarca Stanislas era un hombre acogedor y tolerante, considerado como un roi philosophe, magnánimo y magnífico. Junto con su amante, la marquesa de Boufflers, había creado una corte abierta y receptiva a la literatura, y los philosophes hicieron buen uso: no solo Voltaire, sino también Montesquieu, Hénault, Helvétius, Maupertuis y La Condamine (su querido filósofo ambulante) pasaron largos periodos en el ducado. Allí se representaban numerosas obras de teatro, como Merope, con la presencia del rey, que disfrutaba con aquellos espectáculos; incluso la marquesa du Châtelet tuvo su gran momento de gloria cantando en la ópera Issé.

Así pues, ¿qué había ocurrido? Agustín Izquierdo, en la anotada edición española, se ve en la necesidad de iluminar al lector sobre aquel suceso tan grave y doloroso, con un comentario que resulta tan esclarecedor como alarmante: «En Lunéville la señora du Châtelet concibió un amor violento por el marqués de Saint-Lambert, capitán del ejército, diez años más joven que ella. Voltaire montó una escena de celos cuando sorprendió a los nuevos amantes juntos en el sofá, aunque pronto se apaciguó y escribió a Saint-Lambert una amable carta. En enero de 1749, la marquesa descubrió que estaba embarazada. Llamaron al marqués du Châtelet a Cirey —que no se había acostado con su mujer desde hacía más de diez años— para poder endosarle al niño. La marquesa dio a luz el 4 de septiembre, murió una semana más tarde».[2]

Esta historia entraría dentro de una trama de Molière, incluso en una escena de Las mujeres sabias, si no fuese por el dramático final. Parece ser que la marquesa sedujo a su marido nada más llegar a Cirey, y que un mes después le anunció la buena nueva. Los biógrafos de Voltaire no han podido dejar de ironizar sobre el pobre marqués, siempre tan bien predispuesto, «cargado de parabienes por su próxima paternidad»,[3] el feliz padre entusiasmado con aquel hijo que no se esperaba y anunciándolo a todos los amigos,[4] el exultante guerrero quincuagenario victorioso en su hombría.[5] Como bien dice Peyrefitte, esta fue la mejor de todas las comedias de Voltaire.[6]

Tras la muerte de la marquesa, Voltaire se mostró desconsolado: «He perdido la mitad de mí mismo», dijo. ¿Por qué consintió aquella farsa? Sin duda, por cariño a su amante, por sacarla de aquel atolladero. Ahora el poeta es el juicioso y la reflexiva matemática, la imprudente. ¿Y el marido? ¿De verdad se creyó la historia? Mme de Grafigny lo llamaba «le bonhomme», aludiendo a su ingenuidad. En cambio, René Pomeau opina que prefirió creérsela. En el Diccionario filosófico podemos leer en la voz «Adulterio»: «Plinio el naturalista dice que el cuco pone los huevos en el nido de otras aves; de este modo muchos romanos hacen madres a las mujeres de sus amigos. La comparación no es muy adecuada. De cuco, en francés hemos hecho cocu. Pero siguiendo las buenas reglas gramaticales, debería ser el galán el cocu, y no el marido engañado».

Claro que, en este caso, ambos —marido y amante— fueron cocus… Saint-Lambert no solo se cruzó en la vida de Voltaire, sino más adelante también en la de Jean-Jacques Rousseau, convirtiéndose poco después en el amante de Sophie Houdetot, la gran musa rousseauniana (una unión que resistió 51 años, hasta la muerte del poeta, superando el célebre récord de Victor Hugo y Juliette Drouet).[7] Jean de Viguerie es muy rotundo en su juicio de Saint-Lambert, e indica que sin la publicidad que le hicieron sus amigos philosophes este escritor mediocre apenas sería conocido. Y es cierto que ya nadie lee sus obras, y que sus poemas y sus cuentos se venden a saldo. De su poema Las estaciones (1769) se hicieron numerosas ediciones, y Voltaire llegó a decir que sería la única obra del siglo que pasaría a la posteridad. Y aunque es cierto que el poeta se muestra sensible a la armonía de la naturaleza, emulando el gran poema de James Thomson de mismo título (y al que Haydn pondría música), en su caso el tono es tan exaltado y al mismo tiempo tan rígido que resulta antinatural. Diderot concluyó, con ironía, que eso era debido a que el cuerpo del poeta se encontraba en el campo, pero su mente, en la ciudad. Aún así, Saint-Lambert contribuyó en la Enciclopedia, escribiendo entradas como «Frivolidad», «Adulación» y «Genio», y en 1770, dio el paso a la prosa, con Los dos amigos: cuento iroqués, donde dos pieles rojas tienen, precisamente, una especie de ménage à trois con una salvaje.

¿Qué habría escrito Voltaire sin la muerte de Mme du Châtelet? ¿Cómo alteró su vida? El filósofo y «la dama» —como la llamaba el poeta— se habían ido separando progresivamente, aunque esta seguía ejerciendo su autoritaria y juiciosa influencia. Seguramente, Saint-Lambert era una distracción para Émilie, y la divina pareja sabía lo mucho que podía perder si se separaban. La marquesa había escrito, en su Discurso sobre la felicidad, que «para conservar largo tiempo el corazón de tu amante es necesario que el temor y la esperanza actúen sobre él». Quizás aquel Saint-Lambert formaba parte de la estrategia de la marquesa. Porque Voltaire, por su parte, había iniciado una aventura con su sobrina Mme Denis, viuda desde hacía dos años, y dieciocho años más joven que él. Marie-Louise se había casado con un comisario de guerras llamado Nicolas Denis, que había muerto en 1744. Voltaire había visitado a la feliz pareja en Lille, y había mantenido buenas relaciones con su sobrino político. Por aquellas fechas el pintor Van Loo realizó el retrato de su sobrina: una mujer radiante, alegre y hermosa. Puede que intelectualmente estuviese muy por debajo de la marquesa du Châtelet, pero le gustaba leer poesía y novelas, y adoraba el teatro, incluso representar pequeños papeles. Voltaire debió de encontrarse muy a gusto a su lado, junto a la que llamó Rosalie («Vivamos para nosotros, querida Rosalie», le escribía con renovado entusiasmo).

Durante mucho tiempo los biógrafos se negaron a aceptar esta relación carnal con su sobrina, que de algún modo afeaba cualquier hagiografía del poeta. No obstante, a finales de 1950 se descubrió un legajo de cartas en el castillo de Hornoy, cerca de Amiens —algunas de ellas escritas en italiano, la lingua dell'amore—, que no dejaba duda alguna acerca del tipo de relación mantenida: «Baccio il vostro gentil culo e tutta vezzosa persona…» o «Je vous aimerai toujours et tendrement, jusqu'à ce jour oú la loi de la nature sépare ce que l'amour et la nature ont uni».[8] ¿Estaba la autora del Discurso sobre la felicidad al tanto de los petrarquianos escarceos de su Homero? Es muy probable. Quizás eso también explicase sus devaneos con Saint-Lambert.

Retrato de Mme Denis, nacida Marie-Louise Mignot, atribuido a Charles-André van Loo.

Y, sin embargo, la muerte de Émilie supuso el hundimiento del poeta. Voltaire durante los últimos años había recuperado el favor real, se había granjeado la amistad de Mme de Pompadour, había

publicado su poema La batalla de Fontenoy (1745), donde cantaba la gran victoria de los franceses contra las tropas angloholandesas-hanoverianas, que amenazaban con invadir Francia, con Luis XV a la cabeza de las tropas galas, y este poema hagiográfico del monarca también había ayudado a sentirse querido, aunque no tanto como se esperaba. No obstante, su temperamento imprevisible siguió causándole problemas en la corte, en la cual nunca llegó a encontrarse cómodo. Como escribía Louis-Antoine de Caraccioli, en su Diccionario crítico, pintoresco y sentencioso (1768): «La corte es la residencia del soberano, donde todo el mundo desea estar, donde nadie está contento, donde las pasiones se ocultan para mejor jugar su juego, y donde no se respira más que ambición y aburrimiento».[9] Y Voltaire no pudo ser menos. Un elogio suyo muy imprudente a Mme de Pompadour, a finales 1747, como consecuencia de su agradecimiento por haber interpretado un papel en una de sus obras, le causó nuevos problemas: el madrigal con el que el poeta la obsequió hacía pública la relación que la Pompadour mantenía con el monarca, algo que todos sabían, pero que debía mantenerse en estricto secreto. Porque la mala fama del rey iba en aumento: cada vez se criticaba más abiertamente a sus amantes (las oficiales o favoritas: las tres hermanas Nesle, la Pompadour y después la du Barry), como también a sus «pequeñas amantes», aquellas que le proporcionaban en secreto y que eran amores de una noche. ¿La Francia popular, fuertemente cristiana, iba a respetar a un monarca tan depravado? Solo faltaba que, además, se escribiesen madrigales a sus concubinas.

Voltaire era un peligro, porque a todas luces era ingobernable. Y del mismo modo que la marquesa había hecho despedir, por el rey, a los ministros Machault y d'Argenson, cayó Voltaire en desgracia. Quizá Pompadour rimaba con amour, pero también con peine d'amour… Y Mme de Pompadour se quitó de encima al escritor rebelde.

Y a todo ello se sumó, de manera totalmente inesperada, la muerte de la marquesa. Un par de años antes, como consecuencia de sus desgracias en la corte, Voltaire había escrito el cuento filosófico Zadig o el destino (1747), con el subtítulo «Historia oriental», inspirado en las Mil y una noches. Explica la historia de un hombre de Babilonia que lo posee todo para ser feliz (prestigio desde la

juventud, belleza y riqueza, altas cualidades morales y anímicas…), y, a pesar de todo es infeliz, porque su existencia se desarrolla como un encadenamiento de hechos fortuitos, de accidentes absurdos, de causas minúsculas que repercuten sobre él con efectos tan siniestros como inesperados: «Zadig se encaminó hacia Siria [...] reflexionando sobre el destino que se obstinaba en burlarse de él y en perseguirle. "¡Cómo!" se decía, "¡cuatrocientas onzas de oro por haber visto pasar a una perra!; ¡condenado a ser decapitado por cuatro malos versos en alabanza del rey!; ¡a punto de ser ahorcado porque la reina tenía unas babuchas del color de mi bonete!; ¡reducido a esclavitud por haber socorrido a una mujer a la que pegaban!; ¡y a punto de ser quemado por haber salvado la vida de todas las viudas jóvenes árabes!"». Con este cuento mostraba que la virtud no es recompensada más que de tarde en tarde, cuando lo permite la locura de los hombres, más por azar que por otra cosa, y, por tanto, una ciencia de la felicidad como pretendían muchos filósofos (entre ellos, Émilie o el loco de La Mettrie) era del todo imposible, porque no se podía convertir en materia de estudio y conocimiento algo tan sujeto al azar y a la irracionalidad.[10]

En cambio, para la marquesa el amor al estudio era la pasión más necesaria para la felicidad, sobre todo porque era un refugio —un exutorio— en los momentos más dolorosos. Voltaire no osaba contradecirla, pero le parecía muy pobre lenitivo al dolor causado por la absurdidad de este mundo. Mientras escribía Zadig (combinación de Zadoc, en hebreo «hombre justo», y Sadic, en árabe «hombre leal y sabio»), no podía conjeturar que apenas dos años después unas causas minúsculas (aquel poeta Saint-Lambert) tendrían un efecto siniestro e inesperado (la muerte de Mme du Châtelet), que significaría el inicio de su deriva personal. El desgraciado Zadig le sirvió al menos para dar salida a toda su filosofía: sus críticas habituales contra la corrupción política, contra la ligereza de los soberanos demasiado sensibles a las adulaciones, contra la Iglesia, contra las mujeres inconstantes y demasiado preocupadas de su apariencia externa, y contra los ricos, gente cruel y avara.

Voltaire acertó en que una ciencia de la felicidad era imposible, pero también hay en su planteamiento vital algo contradictorio: no es posible criticar a los poderosos y vivir con ellos, mofarse de la

corte y pretender ser cortesano, poner en entredicho tantas cosas de la religión y exigir al mismo tiempo respeto a la Sorbona o al obispo de Mirepoix. Incluso, más adelante, en sus Memorias, escribiría contra Mme de Pompadour, a la que tanto había lisonjeado: «Para hacer la más pequeña fortuna, más valía dirigir cuatro palabras a la querida del rey que escribir cien volúmenes». Esta indecisión, o más bien incoherencia, o ese no predicar con el ejemplo, siempre le provocarán críticas y reticencias, que lo harán infeliz. Poco antes de ser elegido en la Academia Francesa, Montesquieu mostraba con este comentario la ambigüedad que despertaba el poeta: «Voltaire no es bello, tan solo es bonito; sería vergonzoso para la Academia que Voltaire fuese elegido y le será algún día vergonzoso que no lo haya sido».[11] Montesquieu no lo admiraba, lo llamaba con desdén «le Voltaire», y en Mis pensamientos (1889)[12] dejó escrito: «Voltaire no escribirá nunca una buena historia; es como los monjes, que no escriben nunca sobre el tema que tratan, pero para la gloria de su orden; Voltaire escribe para su convento». Posiblemente, Montesquieu no le perdonaba que no le hubiera defendido ante los ataques virulentos de la curia francesa por su publicación de El espíritu de las leyes (1748). Para los jansenistas, aquel libro estaba escrito desde «una razón corrompida y ciega», y lo habían atacado ferozmente.[13]

En definitiva, Voltaire era infeliz porque, en última instancia, no despertaba pasiones entre muchos de sus colegas, porque el rey no lo quería cerca de él, porque no se sentía imprescindible, ni para unos ni para otros. Por más que se esforzaba, la suerte no acababa de sonreírle. Intentaba complacer, pero al mismo tiempo era incapaz de contenerse, de adular más de la cuenta, de plegarse a las exigencias despóticas de los poderosos. En sus Carnets escribía que no hay país en el mundo donde se encuentren tantas contradicciones como en Francia. Y tenía razón: él mismo era un buen ejemplo de ello. Y le constaba que algunos de sus actos podían interpretarse como flagrantes contradicciones entre lo que escribía y lo que finalmente hacía. En Cuestiones sobre la Enciclopedia intentó justificarse: «Un hombre de buen juicio, dicen, debería siempre pensar de igual modo: si estuviésemos siempre reducidos a eso, más valdría no haber nacido…».[14]

La muerte de la marquesa du Châtelet fue, por así decirlo, la gota

del destino que colmó el vaso. El hado malo, el destino aciago que lo cambió todo. Paul Valéry escribía que la vida de Voltaire recuerda a un cuento entre sus cuentos.[15] Y así fue: si el poeta se encarnó antes en Micromegas, ahora es Zadig y pronto será Cándido.

CAPÍTULO XII

ME LIBRO A MI DESTINO

Sería excesivo hablar de autoficción, pero en el personaje Zadig encontramos el alter ego de Voltaire: es enfermizo, idealista, luchador, defensor de las mujeres, y, sobre todo, con el final feliz de la historia, ve su sueño realizado: Zadig se convierte en ministro amado del rey, querido en la corte y respetado por los jueces.[1] Entre la vida de corte y la independencia, Voltaire —y con él Micromegas, Zadig, Cándido, y demás comparsas o trasuntos de sí mismo— tuvo una constante basculación. Deseaba contribuir al gobierno de su país, amaba a su patria y a su soberano, pero era incapaz de someterse a la disciplina de la corte, de ser uno más (un lisonjero más): quería un trato más humano, más próximo, sentirse útil a su país y con su sabiduría contribuir al progreso de su pueblo. Además, no solo quería ser el primero, sino el único escritor de la corte. Quería ser el único «adulador».

Paul Hazard habla de una figura de minué: reverencias de los príncipes a los filósofos y de los filósofos a los príncipes.[2] Y es cierto que hay algo de eso (nadie ganaba a Voltaire al minué), pero también existía un deseo de construir un nuevo orden social, sin por ello alterar el sistema, sino todo lo contrario, enriqueciéndolo, haciéndolo más justo, y, por ende, dotándolo de mayor autoridad y prestigio.

Voltaire era monárquico, porque, como escribía en el Diccionario filosófico, los hombres muy raramente son dignos de gobernarse a sí mismos. Como historiador, se centró en el estudio de los reinados de los reyes que más admiraba, y deseaba fervientemente ser solicitado por el monarca para poner en práctica sus ideas reformadoras, para beneficio y felicidad de todos los súbditos de la nación. Pertenece, si no es el padre, a esa «nación libre y desinteresada de filósofos» que lucha por ilustrar a su pueblo, para

sacarlo de la miseria y hacerlo feliz.[3]

Pero Luis XV, apodado El Bienamado, desconfiaba de él. Y además Mme de Pompadour protegía al viejo Crébillon, que acababa de triunfar con Catilina, tras treinta años de esfuerzo, a pesar de ser —en palabras de Voltaire— una obra «visigoda». Sus tragedias no tenían interés, construía la acción superponiendo escenas grotescas de personajes inverosímiles, pero así mantenía el interés del público. Lo llamaban el Sófocles del siglo. Sus últimas tragedias habían tenido solo una representación, tan grande y rotundo había sido el fracaso. El éxito de Catilina era absolutamente artificial, debido a la protección de la favorita del rey.

Además, la publicación de Catilina iba acompañada de una dedicatoria a Mme de Pompadour: «Madame, osar publicar Catilina bajo vuestros auspicios, es dar salida a un deseo general. Hace tiempo que el público os ha dedicado por sí mismo esta obra, que se debe a vuestras bondades: ¡feliz si se me ha juzgado digno de la Protrectiz! ¿Y quién ignora vuestros desvelos para sacar de las tinieblas a un hombre absolutamente olvidado?».[4] En efecto, se decía Voltaire: ¡un hombre absolutamente olvidado, rescatado por la favorita del rey, exclusivamente para molestarme! Era evidente que no lo querían en la corte de Versalles, o al menos no lo querían de la manera que él deseaba: Mme de Pompadour pensaba que Voltaire se tomaba demasiadas familiaridades y este, para hacerse querer, no encontraba obras suficientes para dedicarle. En Tancredo le decía, el ánimo exultante, en una larga y pomposa dedicatoria: «Os debo mucho, señora, y debo decirlo. Aún oso más, y oso agradeceros públicamente el bien que hacéis a un gran número de verdaderos hombres de letras, grandes artistas, hombres de méritos en más de un género».[5] Pero la favorita del rey seguía protegiendo a Crébillon, publicando sus obras en una edición lujosa, y concediéndole una pensión real y unas estancias en el Louvre. Sin duda, Crébillon era un cortesano mucho más cómodo para el poder que Voltaire. Servil y, sobre todo, disciplinado.

Todo eso fue demasiado para «el colérico gran hombre», como lo llamaban los hermanos Goncourt,[6] que se veía eterno segundón de aquel dramaturgo alóbrogo, como también lo llamaba. A su buen amigo Cideville se quejaba de ser «el bufón del rey con cincuenta

años».[7] Si hasta entonces no había escuchado las ofertas de Federico II de Prusia —sin duda por esa prudencia que le contagiaba la Minerva de Francia—, ahora ya no tenía nada que perder. O al menos eso creía. Quizás el Salomón del Norte se dignaría a escucharle y a tratarle como a un hombre de Estado, como un filósofo consejero en quien confiar los asuntos del reino. Ahora que ya no tenía el obstáculo de la marquesa, podía probar fortuna en Berlín.

Christiane Mervaud escribe que Voltaire y Federico II forman en la memoria colectiva una pareja emblemática, por el juego de imágenes: el rey de los filósofos y el rey filósofo.[8] Federico II amaba las artes, la música (era un excelente intérprete de flauta travesera) y había consolidado una brillante Academia, cuyo cuidado había dejado en manos de un viejo conocido: Pierre-Louis Moreau de Maupertuis. Poco a poco, había ido reuniendo a su alrededor a un variado y heteróclito conjunto de filósofos, matemáticos, poetas y perseguidos, que a menudo cenaban con él y departían durante largas sobremesas, en un ambiente donde todo estaba permitido. Todo salvo las mujeres: el género femenino no tenía entrada en palacio, y no porque como decía Mme de Geoffrin trivializase la conversación (en su salón la única mujer permitida era Mlle Lespinasse), sino sencillamente porque al monarca prusiano no le interesaban. En realidad, era abiertamente misógino y se le atribuye la frase «les femmes sont comme les côtelettes, plus on les bat, plus elles sont tendres».[9]

Voltaire lo explicaba en sus memorias: «Nunca entraban en palacio ni mujeres ni sacerdotes. En una palabra, Federico vivía sin corte, sin consejo y sin culto». En cambio, sentía predilección por los jóvenes oficiales: «Cuando Su Majestad estaba vestido y calzado, el estoico concedía unos momentos a la secta de Epicuro: mandaba llamar a dos o tres favoritos, bien lugartenientes de su regimiento, bien pajes, bien heiducos o jóvenes cadetes. Tomaban café. Al que arrojaba el pañuelo se quedaba a solas con él medio cuarto de hora. Las cosas no llegaban hasta sus últimas consecuencias [...]. No podía interpretar el primer papel; había de contentarse con los secundarios».[10] Incluso Roger Peyrefitte, en su desaforado ensayo Voltaire et Frédéric II, interpreta el recelo del poeta a aceptar las ventajosas ofertas del monarca prusiano por «su temor perpetuo a

ser sodomizado».[11] Según este polémico autor, las enseñanzas del colegio de Louis-le-Grand no solo habrían sido literarias y todos aquellos recelos retrasaron su visita a Berlín.

En cualquier caso, Émilie siempre le había desaconsejado que aceptase las ofertas de aquel monarca, que lo venía tentando desde antiguo. Federico II sabía que tenía en la marquesa una detractora y la antipatía era mutua. Voltaire se resistía, escuchaba a su amante, aunque mantenía una amplia correspondencia con el Salomón del Norte, además de aceptar hacer el papel de interlocutor suyo ante la corte francesa. A Voltaire le gustaba desempeñar ese papel de asesor áulico, de consejero de corte, y también comprobar «sobre qué débiles pivotes discurren los destinos de las naciones». Era como si el poeta aguardase el momento oportuno para reunirse con Federico, como si ambos estuvieran esperando a que se dieran las circunstancias favorables para ese encuentro de «reyes».

Voltaire, como se ha visto, tenía incluso una nueva amante, pero aun así la divina pareja se mantenía porque ambos lamentaban acabar con veinte años de fructífera relación. Pero Saint-Lambert apareció de pronto y…, he aquí la minúscula causa zadigniana que repercute con efectos tan siniestros como inesperados: de pronto Émilie murió a consecuencia de aquel parto desgraciado y Voltaire abandonó Francia. Más bien rompió con Francia: Mme de Pompadour siempre se lo tendría en cuenta y Luis XV no se lo perdonaría jamás. No obstante, la marquesa propició que Charles Duclos, philosophe y amigo de Voltaire, ocupase su lugar como historiógrafo de la corte, y al menos este no lo difamaría. En cualquier caso, de nuevo el autor de La Henriada dejaba su patria, esta vez casi para siempre. Con una frase de Luis XV en el equipaje: «Es un loco más en la corte de Prusia y uno menos en la mía».

Y, desde luego, la corte de Prusia era muy singular. Federico Guillermo I de Prusia, el padre de Federico II, había confeccionado una guardia personal de soldados gigantes, que reclutaba por todo el país y por el extranjero (incluso no dudaba en raptarlos cuando se le resistían). Federico II era todo lo contrario a su progenitor, apodado el Rey Sargento por su marcial severidad. Apuesto, delgado, no demasiado alto, con una mirada viva y penetrante, proveniente de unos ojos azules grandes y sensuales, y con la nariz

algo arqueada, durante su juventud transmitía cierta inseguridad, a la que contribuía sin duda el carácter autoritario y adusto de su padre, que desaprobaba las aficiones artísticas del hijo y lo tildaba de afeminado. Harto de la disciplina y de los malos tratos de su padre (en una ocasión su progenitor había intentado estrangularlo con el cordón de una cortina), a la edad de dieciocho años intentó escapar a Inglaterra con varios oficiales, pero fue descubierto y encarcelado durante varios meses. El implacable Federico Guillermo ordenó decapitar a Hans Hermann von Katte, el principal cómplice de su hijo, y obligó a su vástago a asistir a la ejecución.

Gracias a una gobernanta y un preceptor emigrados de Francia, durante su infancia Federico aprendió la lengua de Molière, hasta el punto de que se comunicaba en esa lengua con su hermana mayor. Federico hizo que en su corte tan solo se hablara en francés, el idioma de la sociedad elegante y de la cultura avanzada en la época, mientras que despreciaba todo lo escrito en alemán. Compuso varios libros en francés, como su tratado Anti-Maquiavelo (1740), corregido y revisado por Voltaire, en el que criticaba con dureza las intrigas y estrategias del autor italiano: «¡Insensatos que somos, todo lo queremos conquistar, como si tuviésemos tiempo para poseerlo todo!», escribía escandalizado.[12] En definitiva, como resumía Pierre Gaxotte: «Federico era un hombre de letras y francés».

Por todo ello, en cuanto fue proclamado rey, se empeñó en atraer a su corte a sabios y escritores franceses. Si su padre había coleccionado gigantes, Federico coleccionaba philosophes. Su pasión se había dirigido hacia los filósofos y eruditos, cuanto más perseguidos, ateos y peligrosos, mucho mejor. Era una corte llena de sabios extravagantes, anticlericales y particularmente pendencieros, encabezados por Maupertuis, al cual el rey llamaba el Papa de la Academia. Este había recibido amplios poderes, y había dado vida a la Academia, que languidecía desde la muerte de Leibniz, su principal creador. Con su llegada, el francés fue la lengua dominante, especialmente en las publicaciones, a pesar de que muchos de sus miembros no lo hablaban con fluidez, y libraban los textos en alemán o en latín, y se tenían que traducir. Maupertuis se había convertido en un personaje autoritario y pagado de sí mismo, que vestía solemnemente, con aparatosas pelucas; en

palabras de Federico II: «Nada se debe hacer que desobedezca sus órdenes; como un general que es un caballero que manda a duques y príncipes en su ejército, sin que nadie se sienta ofendido».[13] Quien desobedezca sus órdenes será castigado, como un militar en el ejército. Así pues, posiblemente no ha habido corte más afrancesada —y antifrancesa al mismo tiempo— en la historia. Ni tampoco monarca más dado a las artes: Federico componía e interpretaba la música más refinada de su tiempo, en especial de su compositor de cámara Johann Joachim Quantz, autor de bellas sonatas y conciertos, y construyó un palacio en Potsdam para disfrute de las artes, que llamó Sans-Souci [Sin preocupaciones]. Más adelante el monarca firmaría sus obras como «le philosophe de Sans-Souci».

La llegada de Voltaire a aquel ambiente fue el broche de oro a aquella soberbia colección de philosophes. El poeta llegó a Potsdam el 21 de julio de 1750, enfermo y agotado. El encuentro con Federico, que le había asegurado que sería recibido como el nuevo Virgilio, no pudo ser más encantador: se sintió adulado, libre, como un poeta del Olimpo. El rey organizó unas fiestas en su honor, representando algunas de sus obras más famosas, a las que acudieron los philosophes, que también le mostraron sus respetos. A su querido amigo d'Argental, le confesaba que se libraba a su destino, consciente de que aquel paso tendría graves consecuencias en su relación con la corte francesa. Aun así, le recalcaba: «Cómo queréis que me resista, cómo queréis que olvide la manera bárbara que me ha tratado mi país? […]»[14]. En cambio allí se sentía como pez en el agua, admirado, valorado, adulado, querido. A su vez, por fin Federico pudo leer La doncella, que tantas veces le había reclamado, al menos en una versión no adulterada, y que este siempre había evitado compartir, siguiendo el prudente consejo de Émilie.

Voltaire en la corte de Federico II, en uno de los habituales y pantagruélicos banquetes, rodeado de filósofos y amigos del monarca. Obra de Adolph von Menzel (c. 1849).

El listado de filósofos en la corte prusiana conforma una excelente nómina de autores prohibidos, y la llegada de Voltaire causó inevitables susceptibilidades. Quizás el más peligroso era Julien Offray de La Mettrie, médico militar, discípulo y traductor del gran

Boerhaave, y un epicúreo irredento. La Mettrie, durante una campaña militar con el ejército francés, y durante un revelador ataque de fiebre, había caído en la cuenta de que un alma independiente del cuerpo no podía ser más que una fantasía, y que todas las funciones y fuerzas mentales se correspondían, en realidad, con los estados corporales. Estas ideas sacrílegas las plasmó en un escandaloso ensayo titulado Historia natural del alma (1745), que prudentemente apareció publicado como una traducción del inglés a cargo de un tal Charp. Aquel libro enfureció a la curia francesa, que de inmediato localizó al osado autor del libelo. Como escribía Federico II, en el Elogio de la Mettrie: «En general, los sacerdotes son como Don Quijote, que creía ver aventuras maravillosas en acontecimientos vulgares […]. La mayor parte de los sacerdotes examinan todas las obras de literatura como si fueran tratados de teología; llenos de este único objeto, ven herejías por todas partes». En cualquier caso, el hereje La Mettrie se vio obligado a abandonar el país, y a huir a Flandes, donde escribió La política del médico de Maquiavelo o el camino de la fortuna abierto a los médicos (1745), un pormenorizado informe de la opinión que tenía de sus colegas. En este caso, consiguió encolerizar a todos los médicos flamencos, por lo que huyó a Holanda, donde escribió su libro más famoso, El hombre máquina (1747), un texto marcadamente materialista, muy influido por Lucrecio, que puso de inmediato en su contra a ambos gremios, el medicinal y el religioso, que ya lo odiaban por separado. Como escribía Federico II: «Calvinistas, católicos y luteranos olvidaron en ese momento que la consustanciación, el libre arbitrio, la misa de los muertos y la infalibilidad del papa les dividían; todos se unieron para perseguir a un filósofo». Su principio básico era de un materialismo radical: «El hombre es una máquina y [...] no hay en toda la naturaleza más que una sustancia diversamente modificada». Y añadía que el hombre no tiene una razón de ser que le sea propia, y que solo sabe que «debe vivir y morir, como esas setas que aparecen de pronto de un día para otro».

La Mettrie era deslenguado, ingenioso, locuaz e irreverente, y pronto encontró en aquel ambiente de Prusia un espacio inmejorable para llevar a cabo todos sus excesos, ganándose así la simpatía del rey. Como Maupertuis, era originario de Saint-Malo, donde había dejado abandonada a su mujer y dos hijos. El

voluptuoso hedonista había llegado a la sabia conclusión de que el fin de la existencia era ella misma, es decir, el mismo placer de existir, por lo que se esforzó cuanto pudo en multiplicar sus goces y placeres, tanto mentales como corporales. El pintor alemán Georg Friedrich Schmidt lo retrató sonriente, con un gorro gris que oculta un cráneo mondo, los ojos centelleantes y algo cansados, como si lo hubiese inmortalizado tras una larga noche de juerga. Algo posiblemente muy cierto. En cualquier caso, La Mettrie debía alegrarse, a priori, de la llegada de Voltaire a Prusia, porque El hombre máquina se abría con una cita suya.

Otro atrevido autor que triunfaba en la corte prusiana era el marqués d'Argens. Músico, soldado, pintor, spinozista convencido y autor de las Cartas judías (1736-1740), una magna obra en seis volúmenes de denuncia de la superstición, que cosechó gran éxito y que agradó mucho a Voltaire por ser un claro exponente de «la causa filosófica». También era autor no confeso de Teresa filósofa (1748), un clásico de la literatura pornográfica, con numerosas ediciones clandestinas, muchas con grabados de Antoine Borel, absolutamente escandalosos, con monjas y curas en plena adoración priápica, y condes y condesas montando trios. Cabe decir que el marqués d'Argens, que era un hombre muy robusto y de casi dos metros de altura, al principio fue reticente a viajar a Prusia por miedo a ser enrolado en la guardia personal del rey. Pero Federico lo tranquilizó y le aseguró que si lo quería allí no era por su físico, sino tan solo por su cerebro impío.

Pero también estaban el divulgador Francesco Algarotti, aquel viejo amigo newtoniano; el matemático Johann Samuel König, el poeta Baculard d'Arnaud… Este último había publicado, en 1741, El arte de joder, o París jodiendo, una pieza de ballet obscena, representada en un burdel parisino, y que fue objeto de la represión policial más severa, acabando el autor y el editor en prisión. Y nada más pudo, el poeta huyó a Prusia, a refugiarse en aquella corte, donde el paso por La Bastilla casi era un requisito.

Por tanto, Voltaire se reunía con muchos viejos amigos y conocidos. Maupertuis, el celebrado achatador de la Tierra, había accedido al cargo de director de la Academia Prusiana gracias a su recomendación, por lo que, también a priori, debería alegrarse de

su presencia y estarle agradecido. Igualmente conocía bien a Baculard d'Arnaud, que había protegido en sus inicios literarios y dado dinero. Pero aquella desaforada obra pornográfica, con seis prostitutas sobre el escenario «dans des postures différentes et prêtes à être foutues», le desagradó profundamente por su vulgaridad y le retiró su apoyo, seguramente para tampoco verse comprometido. Además, Baculard d'Arnaud también había sido amante de su sobrina durante un breve tiempo, por lo que hizo todo lo posible para evitarlo. Evidentemente, también conocía a Algarotti, el «Cisne de Padua», que lo había visitado en Cirey y que había sido uno de los colaboradores newtonianos de Émilie. Aunque, a decir verdad, su libro sobre la doctrina de Newton había defraudado un poco a la divina pareja. En cambio, el apuesto conde enseguida había intimado con el rey prusiano.[15]

¿Qué esperaba encontrar Voltaire en aquel país? ¿La felicidad perdida? ¿Sentirse útil a un monarca? ¿Lo hacía por despecho hacia Luis XV? ¿O como castigo a Mme de Pompadour y al bárbaro Crébillon? ¿Quería mostrar a la monarquía francesa cómo era de admirado y recompensado fuera de su país? Puede que de todo un poco. Voltaire iba de nuevo a la deriva, y, del mismo modo que en Inglaterra, tuvo que empezar una nueva vida, y se esmeró por ser lo más agradable y seductor posible. Federico II se lo comentaba a su hermano Guillermo: «Voltaire es manso como un cordero y divertido como un arlequín».[16] Fue nombrado chambelán, recibió una generosa pensión, se alojó en el apartamento del mariscal de Saxe, se convirtió en el confidente del rey, y le corrigió sus flojos escritos. Con la llave de chambelán recibió la orden del Mérito. Y sobre todo triunfó en las cenas, que se alargaban tanto que a los criados se les hinchaban las piernas. «Nunca se habló en ningún lugar del mundo con tanta libertad de todas las supersticiones de los hombres, y nunca fueron tratadas con más bromas y desprecios», escribía Voltaire en sus memorias. En el transcurso de una de las cenas, se decidió el proyecto de componer un diccionario filosófico: una gran obra, en la que participarían todos los philosophes de la corte prusiana, redactando cada uno de ellos una letra. Voltaire enseguida se puso manos a la obra y en un santiamén escribió la letra A, y después, ante la apatía general del resto de filósofos, decidió completar el abecedario. Es el germen del Diccionario filosófico portátil, un conjunto de entradas directas, ordenadas

alfabéticamente, agudas, absolutamente desprovistas de ornamentos, con el objeto de debatir los grandes temas de la época. Durante un tiempo, esta obra, que reúne 118 entradas ordenadas alfabéticamente, también apareció publicada como La razón por alfabeto (1769), intentando justificar así que el nexo de todas aquellas entradas era el imperio de la razón. Y, a partir de 1770, tomó el nombre definitivo de Diccionario filosófico. Una obra que quizás es donde mejor se resume todo el credo volteriano.

En el Diccionario filosófico, Voltaire ponía a punto su estilo directo y de batalla, que ya se apreciaba en las Cartas filosóficas. Algunos críticos le reprochaban precisamente esa brevedad, esa ligereza, que lo dejaba —según ellos— en inferioridad ante una escritura más apasionada, majestuosa y elaborada, de autores como La Bruyère, Pascal, Fénelon, Massillon, Buffon, Montesquieu o Jean-Jacques Rousseau. Pero para Voltaire era mucho más importante el ingenio (l'esprit) —ese arte de conjuntar dos aspectos alejados, o de separar dos cosas que parecían unidas— que pergeñar grandes pensamientos rebuscados acompañados de palabras rimbombantes. El arte de Voltaire está en su naturalidad, su ligereza, su capacidad para incardinar conceptos aparentemente dispares, su valentía para denunciar y posicionarse antes que nadie, su imaginación, incluso en una cierta musicalidad que impregna toda su prosa. Y, por supuesto, en su constante humor, que se expresaba en citas, en juegos de palabras, en polisemias, en finales abruptos, en todo tipo de piruetas, en sabrosos oxímoros («asesinar santamente», «degollar lealmente», «uso impío piadosamente puesto en uso»). El poeta intentaba dar continuidad a las distintas entradas, anunciado la siguiente, como en la voz «Antropófagos» que es la que sigue a «Amor»: «Hemos hablado del amor. Es duro pasar de gente que se besa, a gente que se come». O a veces el título mismo ya es provocador: por ejemplo, el artículo «Inundación», que trata, en realidad, del diluvio universal de la manera más irónica: «Al ser, pues, la historia del diluvio la cosa más milagrosa de la que jamás se haya oído hablar, sería insensato pretender explicarla: es uno de esos misterios en los que se cree por fe. Y la fe consiste en creer lo que la razón no cree; lo cual es otro milagro». Una prosa escandalosamente moderna y valiente. Y añadía: «Todo es milagroso en la historia del diluvio. [...] es milagroso que Noé haya tenido con qué alimentarse diez meses; es milagroso que hayan

cabido todos los animales y las provisiones en un arca; es milagroso que hayan encontrado alimentos al salir del arca; es milagroso que no se murieran la mayor parte de ellos; e incluso es milagroso, aunque de otra forma, que un tal Pelletier haya encontrado una explicación natural de la manera de mantenerse y alimentarse todos los animales del Arca de Noé».[17]

Por tanto, aquellos años en Berlín fueron muy productivos, literariamente hablando. Y, sin embargo, hay un cierto patetismo en todos estos actos, que resultan algo embarazosos. Laurent Angliviel de la Beaumelle, un nuevo y feroz detractor, escribía en Mis pensamientos (1751): «Ha habido mayores poetas que Voltaire, pero ninguno mejor recompensado. El rey de Prusia recompensa a los hombres de talento precisamente por las mismas razones que mueven a un príncipe de Alemania a recompensar a un bufón o a un enano».[18] ¿Quién era este nuevo enemigo? ¿De dónde había salido? La Beaumelle era un viejo conocido suyo, que ya se había permitido hacer una edición anotada de La Henriada, que empezaba con un comentario de lo más hiriente: «La Henriada ha sido traducida a algunas lenguas de Europa, y no ha tenido el más mínimo éxito. La razón es muy simple: es lo que se dice un poema nacional, y el autor no ha tenido el talento de hacerlo general, con bellezas de primer orden. […] ¿quién en cincuenta años leerá esta recopilación de versos?».[19] Hay una pizca de razón en el severo juicio de La Beaumelle: La Henriada es un poema fuertemente francés y, además, católico (con aquella forzada conversión de Enrique IV al catolicismo), algo que a un crítico protestante como La Beaumelle seguramente disgustaba. Pero si el poema dejaría de ser leído en cincuenta años, ¿qué necesidad tenía el crítico de anotarlo, estudiarlo, corregirlo, en una obra de más de trescientas páginas? Siempre sorprende el volumen de animosidad que despertaba el poeta, y el enorme esfuerzo que realizó su detractor en revisar y comentar hasta los más absurdos aspectos de aquel texto volteriano. Hasta el extremo de que años después Charles-François Bidault de Montigny contestaría uno a uno los comentarios de La Beaumelle, en una nueva edición anotada, titulada La Henriada vengada (1780), y ridiculizando los comentarios de este. La Henriada anotada y La Henriada vengada, ¡qué ímprobos esfuerzos para nada! O casi nada. La Beaumelle, contrariamente a los anti-philosophes, siempre actuará solo contra Voltaire, lo que

explica que llegase a ser una cuestión personal. El pintor Liotard dejó un retrato suyo, un bello pastel donde aparece con los ojos vivos y la boca apretada, en un gesto duro y contenido. Un rostro pirañesco. Un mal enemigo.

Pero Voltaire, poco a poco, en lugar de transformarse en un importante asesor del rey, se convirtió en su corrector («el rey me envía su ropa sucia para que se la limpie», escribía en cierta ocasión), cuando no en su bufón de corte. Entre las nuevas obras que corrigió al rey estaba El arte de la guerra, de más de 1.600 versos alejandrinos: el poeta le rehízo cuando menos trescientos, corrigió impropiedades, oscuridades y versos reiterativos. Y su ortografía, muy deficiente. Y, de este modo, Voltaire pasó de corregirle el Anti-maquiavelo a hacerlo de El arte de la guerra.

Todo aquello lo desesperaba, porque Voltaire esperaba ser influyente, y se quedó en el minué: no consiguió equipararse en autoridad a Maupertuis, ni tan siquiera divertir al rey tanto como La Mettrie, con sus furibundas baladronadas. Hay en aquella corte algo exacerbado, un exceso de descomedimiento, que, si bien al principio distrajo al filósofo, al poco lo cansó y sobre todo lo preocupó, por cuanto temía despilfarrar la tremenda inversión —de energías y prestigio— que había significado el hecho de abandonar Francia. Empezó a pensar que quizá se había equivocado, y que había dado un paso irreparable. Quizá debería haber hecho más caso a los consejos de Émilie, y a aquella advertencia que escribía al inicio de su bello Discurso sobre la felicidad: «Nos vemos arrastrados por las circunstancias y nos entregamos a ilusiones que nunca nos deparan más de la mitad de lo que de ellas esperamos».[20]

Además, tampoco se sentía demasiado querido y no tenía en quién confiar. Maupertuis lo había recibido con cierta frialdad, temiendo tener que disputar su poder con él; con el marqués d'Argens la relación sufría altibajos, cuando no encontronazos desagradables; con La Mettrie no se podía hablar, por su radicalismo; con Algarotti, el cisne de Padua, todo lo contrario: se podía dialogar de todo, pero con una insoportable ligereza; tampoco con el matemático König, que también había estudiado con la marquesa du Châtelet, parecía tener demasiada confianza, entre otras cosas por ser un ardiente discípulo del oscuro filósofo Christian Wolff. Sin embargo, se

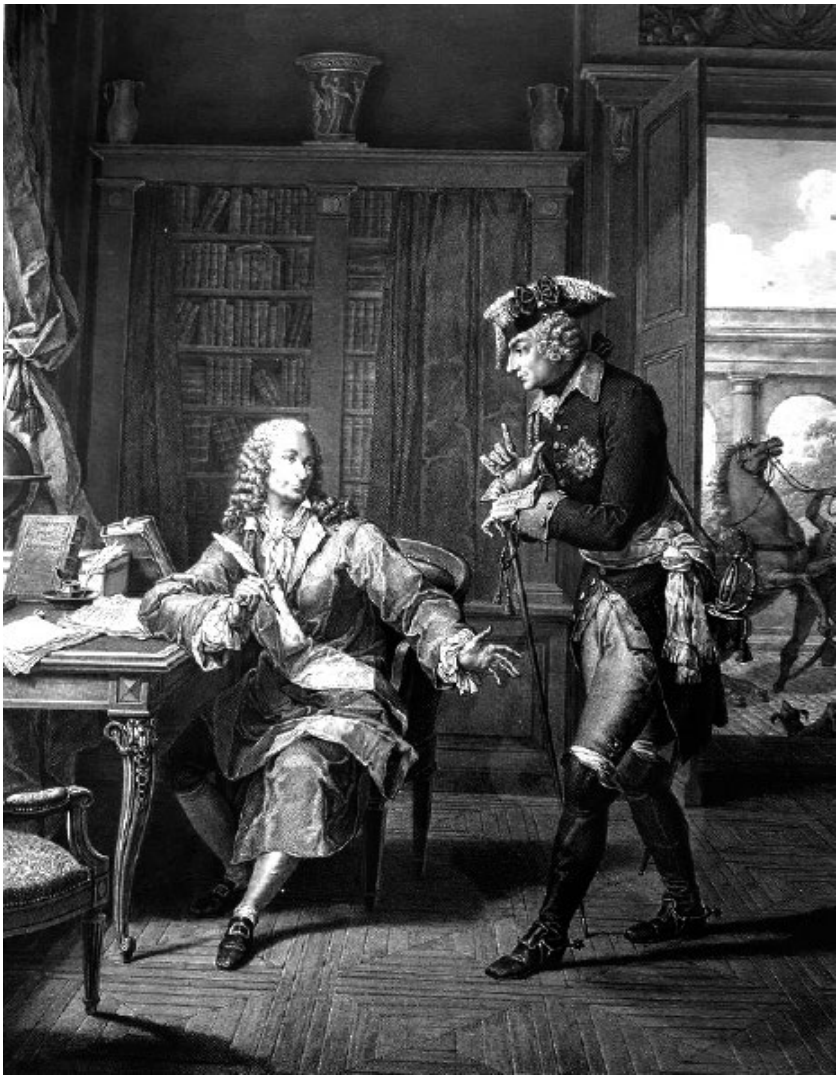
resistía a darse por vencido, y más aún a que algo de todo aquello trascendiese en París y se divulgase que las cosas no le iban tan bien como presumía. A su vieja amiga Mme du Deffand le escribía cartas entusiastas, rogándole que no las enseñase en su salón (lo que, claro, significaba todo lo contrario): «Cuando se tiene la desgracia de ser un hombre público en París en el sentido en el que yo era, ¿sabéis qué hay que hacer? Huir. Figuraos qué agradable es ser libre con un rey, escribir, pensar, decir lo que uno quiere […] y sobre todo comemos fresas, melocotones, uvas, y piñas en el mes de enero».[21] No creo que esta descripción, dudosamente epicúrea, convenciese a la marquesa, entre otras cosas porque ninguno de los dos era un Savarin; ese «sobre todo» es algo decepcionante, porque uno no se exilia —al menos uno llamado Voltaire— para poder comer fresas y piñas en el mes de enero. Seguro que la marquesa hizo una mueca de escepticismo cuando leyó la carta.

En otra carta, más reposada, le decía: «En los dos años que llevo pasados en lo que parece una corte, y que no es en efecto más que un retiro de filósofos, no ha habido ni un solo día que no me haya instruido».[22] Pero la realidad era muy diferente: se sentía solo, decepcionado, muy desanimado, y por más que intentó traer consigo a su sobrina, el rey se lo impidió reiteradamente. Además, La Mettrie, sin duda para fustigarlo, le confesó que había escuchado al rey decir de él: «Lo necesitaré tan solo un año más. Se exprime la naranja y se tiran las mondas».

El rey tenía con La Mettrie mayor intimidad que con Voltaire, y era muy posible que aquel comentario fuese cierto y que lo hubiese dejado caer en sus aposentos privados. Todos los franceses de la corte sentían celos de aquella familiaridad con la que el médico bretón trataba al monarca, no solo como galeno, sino también como amigo y consejero. Cuando este murió de pronto, el 11 de noviembre de 1751, como consecuencia de una indigestión de paté de faisán trufado (y de su correspondiente sangría, ordenada por él mismo), el rey se sintió muy afligido y escribió un elogio fúnebre que leyó en persona en la Academia de Berlín. «La Naturaleza lo había hecho orador y filósofo; pero aún recibió un regalo más preciado de ella, un alma pura y buena», dijo, apesadumbrado.[23] Voltaire solo comentó que había muerto como un verdadero filósofo materialista, atiborrándose de paté. Desde luego, no le tenía

demasiada simpatía.

¿Qué habría sido de su vida con un rey más sensible y amistoso? ¿Cómo habría cambiado el mundo si Voltaire hubiera encontrado a un monarca que lo escuchara? Sin embargo, tanto con Luis XV como con Federico II, el desengaño fue absoluto. Como escribe Elisabeth Badinter, el rey de Prusia era un cínico, un ser perverso y dominador que, bajo la máscara de la libertad, exigía una sumisión absoluta.[24] Si el filósofo preguntaba a Mme du Deffand qué había que hacer cuando se tenía la desgracia de ser un hombre público en París, y la respuesta era huir, ahora, planteada de nuevo esa pregunta, aquel huir también se imponía. Aunque ya no lo tenía tan fácil. Porque, a diferencia de Luis XV, nadie podía abandonar el país sin el permiso real. Además de cínico, Federico II era un déspota.



Las relaciones entre Voltaire y Federico II fueron largas y tormentosas, marcadas por la admiración pero también por la desconfianza. (Voltaire et Frédéric II. Grabado del siglo XIX. BNF).

«No hay en el mundo trabajo tan penoso como el de hacerse un nombre: la vida se acaba apenas hemos esbozado la obra», advierte

La Bruyère en Los caracteres. Esto sin duda es cierto para Voltaire, que con casi sesenta años se veía de nuevo en la necesidad de buscarse un refugio. Y más aún tras una inesperada polémica con Maupertuis. El presidente de la Academia estaba muy orgulloso del descubrimiento de una nueva ley de física, que había llamado principio de mínima acción. No obstante, el matemático König, al que Maupertuis había protegido y ayudado a entrar en la Academia, redactó un informe en el que ponía en entredicho el descubrimiento y citaba una carta de Leibniz como origen de la ley, la cual al mismo tiempo era una refutación de esa ley. Maupertuis exigió a König mostrar de inmediato el original de la carta, pero este tan solo pudo enseñar una copia, y el presidente obligó a la Academia a declarar la carta apócrifa. König se vio forzado a presentar su dimisión, no sin antes hacer pública su protesta por el abuso de autoridad del presidente de la Academia y enviar a todas las academias de Europa un Appel au public en donde se detallaban los dictatoriales modos del «achatador de la Tierra».

Voltaire no sentía demasiada simpatía por König (leibniziano y enemistado con Émilie), pero aún sentía menos amistad hacia Maupertuis (que con tanta frialdad lo había recibido en Prusia y que además le había disputado, tiempo atrás, a su amada). Pero, sobre todo, como dice Pierre Gaxotte, le resultaba imposible resistirse al placer de una venganza. Por tanto, se escandalizó del modo en que se había tratado al pobre matemático leibniziano y escribió una Carta de un académico de Berlín a un académico de París (1753), en la que se exponía el litigio y acababa del siguiente modo: «Varios miembros de la Academia de Berlín han protestado contra esta conducta improcedente y abandonarían la Academia que Maupertuis tiraniza y deshonra si no temieran desagradar al rey que es su protector». Aquella «carta» tuvo de inmediato su eco, una agria réplica donde se tildaba al autor del libelo de escritor mediocre, y que iba encabezada con las insignias del reino: la corona, el cetro y el águila de Prusia. Aquello tomaba mal cariz. Como advierte André Bellessort, Voltaire no había pensado que escribiendo aquella pequeña lettre se mofaba de algún modo de la Academia, el juguete del rey («disparaba sobre los placeres del rey»).[25] O que desobedecía al «general» de la Academia, y que aquello solo se podía denominar amotinamiento. No obstante, desatendiendo a la prudencia más elemental, Voltaire se dispuso a

contestar aquella ofensa, y escribió la Diatriba del doctor Akakia (1753), uno de los ataques más furibundos y desmedidos realizados contra un ilustrado.

De nuevo Voltaire se metía en problemas. «He pasado mi vida con escaramuzas», le confesó a Condorcet, en la vejez. En efecto, la lista de enemigos es larga. Pero todos aquellos ataques hacían poca mella en él, y al cardenal De Bernis le escribía divertido: «Y yo, enclenque de mí, hago la guerra hasta el último momento. Jansenistas, molinistas, Frérons, Pompignans, a derecha, a izquierda, y predicadores, y J.J. Rousseau. Recibo cien estocadas: devuelvo doscientas y me río».[26] Pero, no obstante, de entre todas las batallas, la más ardua y violenta, la que le reportó mayor número de estocadas, la que lo debilitó hasta el punto de ponerlo contra las cuerdas, fue la librada contra Maupertuis. Aquel enfrentamiento tuvo unas consecuencias que durarían toda su vida.

CAPÍTULO XIII

LA QUERELLA

Cuando conocemos todas estas intrigas, todos estos pleitos, estas agrias polémicas, tan gratuitas por otra parte, es lícito volver a preguntarse si Voltaire fue feliz. Como a Zadig, minúsculos accidentes le seguían deparando temibles catástrofes. Era una vida agotadora, amarga, decepcionante. Una vida à rebours, incompleta, en la que no podía demostrar su valía, ni como historiador, ni como hombre de ideas, ni como científico, ni como autor teatral. Siempre huyendo, siempre temiendo por su salud y por su libertad, y siempre metido en polémicas y querellas.

A Maupertuis, años antes, le había dedicado ditirambos: «Teníais que ser vos nuestro mayor poeta y nuestro mayor matemático; si vuestras operaciones son de Arquímedes y vuestro valor de Cristóbal Colón, vuestra descripción de las nieves de Tornea es de Miguel Ángel y la de las auroras boreales es de Albano».[1] De algún modo, el Arquímedes de Francia tiene el dudoso honor de haber sido objeto de los mayores elogios volterianos y de sus más escandalosos vituperios. Por decirlo con una metáfora muy maupertiana, en poco tiempo, pasó de un polo a otro. «Sea Vd. siempre mi maestro en física y mi discípulo en amistad —le escribía en otra ocasión—, porque yo pretendo estimarle mucho, a condición de que Vd. me estime un poco…».[2]

Pero, desde luego, ese pronóstico no se cumplió. La Diatriba del doctor Akakia se publicó por primera vez en español en la excelente traducción de Carlos R. Dampierre, pero sin unas buenas notas para leer entre líneas. Como también ocurre con muchos de los cuentos, si no se dispone de una edición convenientemente anotada, todas las alusiones, imágenes, digresiones y metáforas a veces resultan poco comprensibles, y se extrae poco provecho. Sin embargo, la Diatriba es quizás uno de los panfletos más afilados de la historia de

la literatura. En Las confidencias del conde de Buffon,[3] realicé, de manera novelada, una interpretación del panfleto: Voltaire se inventa a un tal doctor Akakia (en griego, «sin malicia»), supuesto médico del Papa, que reprende a un joven carente de escrúpulos, ignorante y pretencioso, que se ha hecho pasar por el sabio presidente de la Academia de Prusia. En concreto, le acusa de ser el verdadero autor de la Venus física y de las Cartas, dos textos de Maupertuis, publicados anónimamente, repletos de ideas extravagantes. Por ejemplo, en las Cartas proponía excavar un pozo hasta el centro de la Tierra para realizar experimentos de física, untar a los enfermos con resina para evitar su transpiración y así el peligro de contagio, hacer volar por los aires las pirámides de Egipto para ver qué contenían, fundar una ciudad donde solo se hablaría en latín y practicar la vivisección con los condenados a muerte (aseguraba que si se cortaba el cerebro de un hombre vivo se descubriría el mecanismo de las pasiones), o no pagar a los médicos hasta que se consiguiese la sanación del enfermo. En Venus física analizaba el origen del amor en los diferentes animales, y de nuevo se dejaba llevar por su imaginación, y por un lenguaje voluptuoso, con fragmentos realmente chocantes, como el dedicado a los dardos sexuales de los caracoles (una estructura calcárea que el caracol clava en el pie muscular de su compañero durante la cópula): «¿Cuál es la función de este órgano? —preguntaba retóricamente Maupertuis—. Quizás este animal, tan frío y lento en todos sus actos, necesita sentirse excitado por los pinchazos. Los hombres a los que la edad ha vuelto fríos, o que han visto debilitados sus sentidos, recurren a veces a métodos igualmente violentos para despertar en ellos las pasiones del amor. ¡Ay del desgraciado que intenta excitar mediante el dolor aquellos sentimientos que deberían surgir únicamente de la voluptuosidad!... ¡Oh, inocente caracol, quizá seas la única criatura para quien estos métodos no resultan criminales! Recibe, pues, e inflige una y mil veces las heridas de estos dardos con que vas armado».[4]

¡Oh, inocente caracol! Todas estas extravagancias, convenientemente sacadas de contexto, eran una munición excelente para la artillería volteriana, y en la Diatriba el poeta no dejó ninguna de aquellas rarezas sin comentar. Sobre el pozo hasta el centro de la Tierra escribía: «Se le debe asegurar que le será difícil hacer un agujero que llegue hasta el centro de la tierra

(donde, por lo que parece, quiere esconderse, avergonzado por haber escrito este tipo de cosas). Tal agujero exigiría que se excavaran trescientas o cuatrocientas leguas de terreno, cosa que podría deteriorar el sistema de equilibrio de Europa. No lo seguiremos en su agujero. En cuanto a la ciudad latina que quiere fundar, nuestra opinión es que la sitúe al lado del agujero». Y sobre los caracoles: «Aconsejamos al autor que cuando proceda con su mujer, si es que tiene, a la obra de la generación, que no piense que el niño se forma en el útero mediante la atracción; y lo exhortamos, si comete el pecado de la carne, a no envidiar la suerte de los caracoles ni la de los sapos [que realizan la cópula por la cloaca, es decir, por el ano]». Para concluir con crueldad: «Muy a menudo hemos visto a jóvenes que han empezado dando grandes esperanzas, y muy buenas obras, acabar escribiendo locuras; porque han querido ser cortesanos hábiles en vez de ser hábiles escritores; porque han sustituido el estudio por la vanidad, y el recogimiento que fortifica el espíritu por la disipación que lo debilita; los han loado y han dejado de ser loables; los han recompensado y han dejado de merecer recompensas, han querido parecer y han dejado de ser: porque, cuando en un autor una suma de errores equivale a una suma de ridículos, la nada equivale a su existencia».

¿Tenía motivos para dedicarle aquellas duras palabras a su viejo colega? ¿Qué quedaba de aquellos Arquímedes y Cristóbal Colón con los que lo comparaba cuando eran amigos? Jean de Viguerie denuncia la actitud antipática y el arribismo de Maupertuis, pero se sorprende de la «méchanceté des attaques».[5] La marquesa du Deffand también lamentaba la dureza y esterilidad de la disputa: «¿Es posible que los más grandes genios estén tan cerca de la locura, es comprensible arruinar su reputación y su felicidad con una obra como la que ha hecho contra Maupertuis? La vanidad y la envidia mueven a hacer tonterías».[6] El presidente de la Academia de Prusia era un sabio, un matemático importante, un hombre de una sólida cultura científica, comprometido con el estudio y la razón. Incluso, con el tiempo, algunas de aquellas ideas han demostrado ser menos extravagantes de lo que proclamaba la exageración satírica del poeta.[7] Por ejemplo, sus experimentos con las plantas, trabajando la hibridación, permiten considerarlo un precursor de Mendel y uno de los padres de la genética moderna. Asimismo, en el Ensayo sobre la formación de los cuerpos

organizados (1754), su último trabajo de historia natural, aventura algunas ideas que recuerdan mucho a las de la selección natural. Sin duda, era un buen naturalista, y un gran observador y hábil experimentador.[8] No obstante, a pesar de estar cerca de los philosophes, Maupertuis no participaba en sus empresas, no contribuía en la Enciclopedia, se mantenía al margen, no cultivaba la correspondencia con filósofos franceses de importancia (en cambio, entre sus corresponsales había eruditos alemanes y suizos como Haller, Wolff y Euler). Y como sentencia Viguerie, la secta no se lo perdonó.

Sin duda, Voltaire se permitió aquella invectiva porque Maupertuis no era uno de los suyos. Pero aquel panfleto, que publicó sin el permiso real, abusando de la confianza que el rey había depositado en él, le causó, a su vez, innumerables problemas. Si Voltaire no hubiera armado aquella zapatiesta por la expulsión de un oscuro matemático leibniziano, que había acusado a Maupertuis, su protector, bastante gratuitamente, y que, además, en el fondo le resultaba antipático, posiblemente su estancia en Prusia hubiera resultado mucho más apacible. El rey estalló furioso y ordenó quemar el libro; el presidente a punto estuvo de morir del disgusto y se dispuso a replicar con otro panfleto (La querella, que no llegó a publicar), y el poeta, azorado, se vio obligado a firmar una declaración que decía: «Prometo a Su Majestad que mientras me conceda la gracia de hospedarme en palacio, no escribiré contra nadie, sea contra el gobierno de Francia, sea contra el Ministerio, sea contra otros soberanos o contra gentes de letras ilustres, los cuales recibirán los respetos que les son debidos. No abusaré en absoluto de las cartas de Su Majestad, y me comportaré de una manera conveniente a un hombre de letras que tiene el honor de ser chambelán de Su Majestad y que vive entre honnêtes gens».[9] Federico quería un Voltaire enervado y sin dientes.

Entretanto firmaba esta retractación, pensaba en desertar, en abandonar Prusia. A su sobrina Mme Denis le escribía: «Veo que ya han exprimido la naranja, debemos pensar en salvar las mondas». Resulta difícil ser objetivo con estos tres años pasados en Prusia: sin duda, el filósofo se enfrentó a la indomabilidad de su propio ser, pero también a una corte variopinta compuesta fundamentalmente por egoístas y bufones desagradables. En esto, no erraba La

Beaumelle. De no haber sido Maupertuis, la víctima habría podido ser el marqués d'Argens, Algarotti, o incluso La Mettrie (si no se hubiera muerto antes por aquella indigestión). Por otro lado, no todo fue negativo, y el poeta dispuso de tiempo y atenciones para desarrollar su trabajo erudito, y de aquellos años de aislamiento en aquella corte teutona surgieron El siglo de Luis XIV y las primeras entradas del Diccionario filosófico portátil. A pesar de todas aquellas polémicas, allí dispuso de mucho tiempo para el estudio erudito.

En este sentido, El siglo de Luis XIV es una obra impresionante por su organización y por su visión revisionista como historiógrafo. «No es solo la vida de Luis XIV lo que se pretende escribir; nos proponemos un objetivo mucho mayor. Queremos pintar para la posteridad, no las acciones de un solo hombre, pero el espíritu de los hombres del siglo más sabio que existió jamás», escribía en el prefacio, que firmaba como Joseph Du Fresne de Francheville, utilizando el nombre del que entonces era su secretario. Voltaire en este libro se mostraba entusiasta del reinado del rey Sol, y se perfilaba como alguien más próximo al Ancien Régime que otros hermanos philosophes: a decir verdad, Voltaire admiraba al mariscal de Villars, a M. De Caumartin, la corte de Sceaux, e incluso juzgaba con mucha severidad la regencia, cuando en realidad esta se caracterizó por un benévolo aperturismo respecto al absolutismo del reinado de Luis XIV. En su estudio, Voltaire seguía el orden cronológico de la biografía del rey, pero con gran habilidad la iba alternando con descripciones sobre la situación de Francia, de su Administración, de guerras exteriores, y del análisis de los grandes sucesos europeos. El siglo de Luis XIV es una summa mundi del momento, plagado de anécdotas. Voltaire buscaba instruir y deleitar, pero al mismo tiempo se mostraba como un escritor que contrastaba las fuentes, que eliminaba leyendas y supercherías, que buscaba informaciones propias, que repasaba documentos históricos y comparaba diversas versiones. En definitiva, se mostraba como un verdadero historiador moderno. En este sentido, su biógrafo Duvernet escribiría: «Es el más bello monumento alzado a la gloria de ese monarca y que subsistirá cuando la galería de Versalles, así como las estatuas en las plazas de las Victorias y de Vendôme, ya no estén más».[10] Sin duda, el poeta había mostrado en este libro su gran amor por su país. Y por el Grand Roi. Así era: para él, el siglo

de Luis XIV había sido «uno de los cuatro grandes siglos de la civilización».

¿Quizás esperaba con aquella obra imponente ser perdonado en Francia? Si con La Henriada había mostrado ser el gran poeta épico, si con las Cartas filosóficas había enseñado una nueva manera de escribir y de pensar, crítica y sin prejuicios, con esta obra mostraba una nueva manera de enfrentarse a la historia, de estudiarla y contarla. Era una obra radicalmente nueva. En realidad, Voltaire quería revolucionar la historia, de la misma manera que Newton lo había hecho con la física. «Quizá pronto ocurra en la manera de escribir historia, lo que ha sucedido en la física. Los nuevos descubrimientos han vuelto obsoletos los antiguos sistemas [...]. Se querrá conocer al género humano con el mismo rigor alcanzado en la filosofía natural».[11] Para ello, Voltaire fue a la caza de textos inéditos, revolvió correspondencias, memorias y archivos privados, siempre con ese deseo de clarificar y de separar la historia de la fábula. «Ni supongo, ni propongo: expongo», era su máxima favorita. En ocasiones, más que a un historiador, recuerda a un divulgador, tal es la gracia con la que expone sus resultados, evitando siempre un exceso de erudición, y pensando en un público amplio, no especialista. Porque Voltaire fue siempre un escritor: había nacido con ese instinto innato para la búsqueda de la belleza y para la creación literaria. Y el cultivo de la historia le permitió investigar la naturaleza humana y plasmar con bellas frases sus ideas sobre el paso del tiempo.

Pero, en cualquier caso, las cosas en Prusia no habían salido bien. Y se iniciaba de nuevo la peregrinación del poeta: el deseo ardiente de partir, sin saber el destino, porque en Francia, por mucho que loara el reino de Luis XIV, tampoco lo querían. Algunos biógrafos antivolterianos, como Édouard Lepan, concluyen que este triste final es el mejor ejemplo de la proverbial ingratitud del poeta, cuando lo tenía todo a su favor: un monarca entregado, una vida saciada, todos los honores que era posible imaginar…[12] Lepan incluso aventura que Voltaire debería haber escrito una Oda a la ingratitud, para justificar tanto desagradecimiento, y lo acusaba de haber compuesto un libelo contra el monarca prusiano (Vida privada del rey de Prusia), para vengarse de él. También el abad V. Bénard, en un extenso libro sobre Voltaire y Federico, lo acusaba de

haber creado la liga enciclopédica, «la conspiración de letrados franceses al servicio de Prusia contra la iglesia católica».[13] La «camarilla federicana» aparecía a ojos de la Iglesia como un cónclave satánico, con el único objetivo de quebrar la religión, de acabar con el orden establecido. Y, en este sentido, parece ser que el poeta también temía que Federico II publicase una versión «no autorizada» de La doncella, mucho más subida de tono que las que circulaban por París, en copias manuscritas clandestinas. Todo se le ponía en contra, y todo era muy amenazador para sus intereses, incluso para su mera supervivencia. A su amigo d'Argental le reconocía que veía inevitable la publicación del poema de Juana, y que esa amenaza que se cernía sobre él sería «una bomba que explotaría antes o después para destruirlo».[14]

Pero todo esto es cierto tan solo en parte, puesto que Voltaire se sintió más un títere, o un arlequín, que un consejero. Salvo en lo tocante a su trabajo de gramático real —lavandero real, diría él—, nunca se sintió demasiado útil. Incluso, como le escribía a su sobrina, estaba pensando en redactar un diccionario para el uso de reyes: mi amigo significa mi esclavo, mi querido amigo quiere decir me sois más que indiferente, por os haré feliz hay que entender os soportaré hasta que no os necesite, y venid a cenar esta noche significa me reiré de vos esta noche. Y el filósofo se sinceraba con su sobrina: «Todo esto me oprime el corazón. ¿Todo lo que he visto es posible? ¡Y pensar que lo he llamado el Salomón del Norte!... El problema ahora es salir de aquí...».[15]

Así era: a Federico no le gustaba que lo abandonaran, era reacio a perder piezas de su colección de filósofos, y más aún una joya tan preciada como Voltaire. Pero en vano intentó retenerlo; el poeta deseaba abandonar la corte a toda costa y puso como pretexto su mala salud, y en especial un ataque de escorbuto que le había hecho perder casi todos los dientes. La caricatura volteriana —aquella cara chupada, llena de muecas y de tics— se acabó de forjar durante aquellos días neuróticos. Voltaire estaba aterrado, temía caer prisionero del rey; asimismo, Maupertuis había hecho llegar a las autoridades de París una sátira titulada La sepultura de la Sorbona, asegurando que el autor de tal procacidad era el mismo rufián que el de las Cartas filosóficas. Como dice René Pomeau, en esa lucha que es la biografía de Voltaire, por primera vez su vida cobró una

dimensión europea: se tradujo la diatriba al alemán, en París se discutía sobre la autenticidad del tombeau (al que le seguiría una segunda parte: Flores sobre la sepultura de la Sorbona), en Holanda König publicaba una defensa de su causa, por toda Francia corría la sátira anti-Maupertuis.

Al mismo tiempo, La Beaumelle volvía a atacarlo y editaba ilegalmente una versión comentada de El siglo de Luis XIV (1755), con una introducción odiosa,[16] marcando página tras página sus observaciones, «a menudo juiciosas y útiles, pero en general satíricas e injuriosas».[17] Las críticas de su correoso detractor eran demoledoras, hasta llegar a afirmar que el libro estaba mal hecho. Para justificar su sentencia señalaba que el autor «presenta una historia sesgada del reinado de Luis XIV, en lugar de una historia del espíritu de los hombres en el siglo de Luis XIV, tal como había prometido».[18] Voltaire le contestó a través de un Suplemento al Siglo de Luis XIV (1754), pero La Beaumelle poco después le replicó con una Respuesta al Suplemento al Siglo de Luis XIV (1754). Y, en 1763, publicaba unas supuestas cartas al poeta, que se iniciaban del siguiente modo: «Todo el mundo os abandona, Monsieur Voltaire», y lo trataba de ingrato ante su benefactor, el rey de Prusia, y su viejo amigo Maupertuis. «¿Qué dirá el futuro cuando os vea en la indigencia y el oprobio? Habéis divertido a los hombres y estos os rehúyen. Los habéis iluminado, y estos os detestan. Habéis enseñado a los reyes, y estos os dan caza».[19] El intercambio de críticas y descalificaciones se prolongó hasta la muerte de La Beaumelle, en noviembre de 1773.[20] Más adelante este dejaría escrita, en unas supuestas cartas a lord Bolingbroke, la mala impresión que le había causado el poeta cuando lo conoció en Potsdam: «Quedé alarmado de la perfidia de su sonrisa, de la ligereza de su humor, de la brusquedad de su tono, de las espinas de su carácter».[21] Incluso después de muerto siguió atacándolo (y Voltaire también hizo lo mismo).

En definitiva, el poeta se veía incapaz de combatir en tantos frentes. Pero, aun así, no renunció a defenderse, a denunciar el carácter apócrifo del tombeau (escrito seguramente a cuatro manos con el abad De Prades, aunque este asunto aún genera controversia entre los historiadores), a buscar reconciliarse con París e intentar su regreso. «Es más difícil salir de aquí que de Siberia», le escribía a su

sobrina con desesperación, pero tendría que haber añadido que regresar a París también lo era. El tombeau había causado su efecto, y, como confesaba a su sobrina, con su difusión buscaban su perdición en París. Finalmente, el 26 de marzo de 1753, Voltaire dejaba Potsdam, y tomaba la ruta de Leipzig, a la espera de una señal favorable para entrar en Francia.

Mientras reposaba en Leipzig —y se reunía con los sabios que editaban las Acta eruditorum— recibió una carta amenazante de Maupertuis, en la que le advertía de lo sigüiente si proseguía con su campaña de desprestigio: «[...] haré caer sobre vos la venganza más completa. Agradeced el respeto y obediencia que han retenido hasta ahora mi brazo. Temblad». Voltaire no lo dudó ni un instante y aceptó el duelo de Maupertuis, y le contestó: «Además, todavía estoy muy débil; me encontrará postrado en el lecho, y solo podría lanzarle a la cabeza mi jeringuilla y mi orinal; pero en cuanto tenga una pizca de fuerza, cargaré mis pistolas cum pulvere pyrio; y multiplicando la masa por el cuadrado de la velocidad hasta reducir a cero la acción y a usted, os pondré plomo en el cerebro; parece necesitarlo».

Asimismo, escribió una adenda al Akakia, que envió a la prensa, y donde indicaba al matemático mosquetero: «Si me matáis, tened la bondad de recordar que M. de La Beaumelle me ha prometido perseguirme hasta el infierno». Y precisaba que aquel agujero que, por orden suyo, tenía que conducir al centro de la Tierra, y que llevaría a dicho infierno, no estaba ni empezado.

CAPÍTULO XIV

EL PRUSIANO

Sainte-Beuve escribe que el viaje a Prusia de Voltaire y su intento de establecerse en Berlín fueron una muy triste campaña, «de la cual tanto el lector como el poeta desean salir lo antes posible».[1] La lectura de todas estas intrigas, bajezas, cuando no chiquilladas y fanfarronadas, proyecta una triste imagen de todos aquellos philosophes, Voltaire incluido. También es cierto que toda aquella artillería de epigramas ofensivos y panfletos denigrantes entra muy bien en lo que se podía denominar Zeitgeist, es decir, el espíritu de su tiempo. Porque el siglo XVIII no solo es el siglo de la razón, el Siglo de las Luces, sino también es el siglo de la gran pugna intelectual entre muchas posturas antagónicas (jansenistas, jesuitas, protestantes, deístas, ateos materialistas…), y para librar aquella batalla feroz que caracterizó aquel tiempo, y que culminó con aquellos años de terror de la Revolución francesa, no había reglas y todo servía para afianzar la causa, fuese cual fuese esta. Por ello, Voltaire difundió un nuevo panfleto titulado Apunte sobre la persona, la manera de vivir y la corte del rey de Prusia, que el rey decidió ignorar, no sin confesar a Maupertuis su profundo desengaño con el autor de las Cartas filosóficas: «Los libelos que corren por París son de él. Para disfrazar su estilo, los ha hecho traducir al alemán y del alemán retraducirlos al francés».[2]

La Mettrie pensaba que todos los hombres nacen criminales y desaforados como bestias, y quizá no iba tan desencaminado. De haberse encontrado cara a cara Maupertuis y Voltaire, se habrían apuñalado, tan sumidos estaban en un pleito sin remisión, aunque sin conocer demasiado bien los motivos de tanta inquina. Años antes, en el discurso preliminar de Alzira, el poeta se preguntaba: «¿Es necesario que el arte de pensar, el más bello don de los hombres, se transforme en una fuente de ridículo y que las gentes de talento sean los bufones de un público del que deberían ser los

maestros?». Y, sin duda, aquella riña a muerte entre el «Lapón» Maupertuis y Zadig-Voltaire había divertido a media Europa.

Aun así, cabe preguntarse si Voltaire era un hombre veraz. La lectura de su correspondencia crea dudas de hasta qué punto fue infeliz en Prusia. Para Elisabeth Badinter, es un «snob», que disfruta alternando con el rey, y que sabe que en Francia jamás le será posible un trato igual.[3] Si tan incómodo se encontraba, ¿por qué no intentó regresar antes?, se preguntan algunos biógrafos. Si tanto echaba de menos a su sobrina, ¿por qué no forzó su llegada como condición sine qua non de su permanencia en la corte? ¿Podía más la superbia vitae que la prudencia y la humildad? Sin embargo, hay otro elemento que los biógrafos raramente contemplan, el de la inadaptación. Voltaire pertenecía a una nueva estirpe, a una nueva estirpe de hombres libres, por decirlo de esta manera tan pomposa, y en ese constante tránsito de corte en corte se fue fraguando la materialización del drama. Quería ser cortesano, pero nunca tuvo éxito, amaba a su país, pero era incapaz de amoldarse a su Gobierno y a su disciplina, hasta convertirse en su ciudadano más crítico. Sin llegar a saber por qué, se transformó en un eterno inadaptado, estigmatizado por sus fracasos, que acentuaban su carácter de marginado. Como toda gran metamorfosis, todas aquellas peregrinaciones fueron las fases de su desarrollo, en busca de su lugar en el mundo: frustrado en sus intentos de ser inglés, alemán o francés, ahora, abandonando Prusia, dudaba sobre su próximo destino. ¿Regresar a París? ¿Aceptar su fracaso, con la humillación que comportaba? Además, ¿le estaba permitido regresar?

Pero dudó demasiado. Voltaire, a su paso por Fráncfort del Meno, fue detenido por orden del rey, con el pretexto de que devolviese una obra que pertenecía al monarca. Fue puesto en arresto y custodiado por diez soldados. Se ha especulado mucho acerca del contenido de aquella Oeuvre de Poeshie du roi, son gracieux maître, como le fue exigida en un francés macarrónico por un tal Freytag. Pierre Gaxotte[4] comenta que quizá se trataba de Le Palladion, una obra irrespetuosa sobre santa Hedwige, patrona de Prusia, y que se asemejaría a La doncella. En cambio, René Pomeau indica que dicha obra fue destruida en su totalidad por Federico. En cualquier caso, Voltaire había dejado el conflictivo libro en Leipzig, en un baúl para ser embarcado rumbo a Francia. Freytag le exigió que se lo

entregara, y hasta que la obra no fuera recuperada tendría que permanecer en Fráncfort.

Voltaire y su sobrina habían decidido reunirse en Estrasburgo: llevaban tres largos años sin verse. Cuando supo de su arresto, Mme Denis corrió a su encuentro en Fráncfort, y lo acompañó en su cautiverio. Voltaire escribió una carta patética al residente del rey de Prusia, pidiendo su inmediata liberación: «Estoy moribundo: protesto ante Dios y los hombres, que no estando más al servicio de Su Majestad, el Rey de Prusia, no estoy para nada obligado a este Monarca, ni tampoco sometido a sus voluntades para el poco tiempo que me queda de vida. [...] No espero nada en el estado cruel en el que estoy más que la compasión que debe su grandeza de alma a un hombre moribundo, que lo ha sacrificado todo, y que lo ha perdido todo para unirse con él, al que ha servido con un celo que le ha resultado útil, que nunca ha fallado a la persona, y que contaba con la bondad de su corazón. Me veo obligado a dictar todo esto, no pudiendo escribir, y lo firmo con el más profundo respeto, la más pura inocencia y el dolor más vivo».[5]

Cuando por fin llegó todo el equipaje, tras veinte días de espera, Freytag dudó sobre el libro que debía requisar y solicitó nuevas instrucciones. El poeta se impacientó y decidió escapar, pero lo reconocieron en las puertas de la ciudad: los fugitivos fueron reconducidos a una pensión de mala muerte, custodiados por una docena de soldados y separados en habitaciones distintas. Y durante la noche, uno de los vigilantes, se presentó ebrio en la habitación de Mme Denis, «y pasó con ella toda la noche».[6]

Sí, sin duda tenía razón La Mettrie cuando decía que todos los hombres nacen criminales y desaforados como bestias. Lo que ocurrió aquella noche, el poeta y la sobrina decidieron ocultarlo. En sus memorias, pasa por alto todos los trágicos sucesos de Fráncfort, y tan solo una frase proporciona una cierta información del drama francfortiano: «Generalmente se respetan los derechos de las damas en los horrores de la guerra; pero el consejero Schmid y el ministro residente Freytag, actuando para Federico, creían hacerle la corte arrastrando al pobre sexo femenino por el fango».

El descubrimiento de un legajo de cartas inéditas de Voltaire, conocidas como Cartas de Alsacia, abrió nuevas e inesperadas líneas

de investigación: en ellas se nos descubría que Mme Denis quedó embarazada durante su cautiverio, y que el causante no parecía ser Voltaire (aunque algunos biógrafos tampoco lo descartan). El poeta le recomendaba discreción: «Os lo ruego, mi querida niña, que consideréis que en ocasiones hay que esconderse del mundo, y esconder las desgracias que la gente desea siempre redoblar. Se disfruta hurgando en las heridas de los infelices, hay que ocultarlas».[7] Elisabeth Badinter, en un artículo titulado «La violación de Mme Denis: ¿hipótesis o leyenda?», se sorprende del silencio que envuelve todos aquellos sucesos: ¿es por la falta de pruebas, o porque —con violación o sin ella— el episodio no trueca sustancialmente la vida de Mme Denis y de Voltaire?, se pregunta Badinter.[8] En realidad, aquel episodio sí que alteró la vida de Voltaire; en otra carta le escribía que le gustaría mitigar el recuerdo de la barbarie de Fráncfort «consagrándoos todos los momentos del resto de mi vida».[9] A partir de Fráncfort, Voltaire y su sobrina decidieron vivir juntos, a pesar de perder el niño en un aborto, puede que forzado. A su vez, le escribía a su amiga Mme du Deffand: «Resignémonos a nuestro destino que se burla de nosotros y nos arrastra. Vivamos tanto cuanto podamos y como podamos. No seremos nunca tan felices como los idiotas, pero intentémoslo a nuestra manera. ¡Intentémoslo… vaya expresión! Nada depende de nosotros; somos relojes, como máquinas».[10] Y la marquesa le contestaría: «Todas mis observaciones me llevan a concluir lo siguiente: cuanto menos se piensa más feliz se es [...]. Incluso lo sé por experiencia».[11] Sin duda, no deja de ser paradójico que, en pleno siglo de la razón, estos dos grandes pensadores llegaran a esta conclusión.

Salvo casos muy concretos, los biógrafos de Voltaire han sentido escasa simpatía por Mme Denis. Tampoco entre sus contemporáneos tuvo demasiado éxito (Mme du Deffand la detestaba). Pero se conservan algunos comentarios favorables, que quizá perfilan mejor su verdadero carácter: «Mme Denis me ha parecido —escribía Mme de Bentinck— de un comercio seguro y agradable. Es natural. Dice cosas acertadas, y no se escucha hablar […]. He visto, que además de espíritu, todo el mundo le reconoce sentimientos, generosidad, delicadeza; su corazón me ha parecido decididamente bueno…». Y,

en los últimos años, se ha intentado recuperar la figura de la mujer que acompañó al poeta en el destierro, con el que convivió resignadamente más de veinte años.[12] «La heroína de la amistad y la víctima de Fráncfort», como la llamaba Voltaire, fue su más fiel compañía en el exilio. Las Cartas de Alsacia muestran que el poeta la amó con pasión, y que esa pasión fue más fogosa que intelectual: si a Émilie lo unía el estudio, a su sobrina, el más instintivo deseo carnal. Algunas de las cartas son incluso de una procacidad inédita en el gran corresponsal que es Voltaire: «Je voudrais être le seul qui eût le bonheur de vous foutre, et je voudrais à présent n'avoir eu que vos faveurs, et n'avoir déchargé qu'avec vous. Je bande en vous écrivant, et je baise mille fois vos beaux tétons et vos belles fesses».[13] El amante sesentón se mantenía en plena forma. Pero sin la escena de Fráncfort, ¿habría Voltaire normalizado aquella unión? Un sexagenario liado con una sobrina dieciocho años menor… En el Diccionario filosófico escribía en la entrada «incesto»: «Vougland opina que deben morir quemados en la hoguera el primo y la prima que hayan tenido un momento de debilidad. Muy riguroso es el abogado Vougland. ¡Qué galo más terrible!».[14] Desde luego, a Voltaire solo le faltaba el incesto entre sus numerosos méritos para ser merecedor del auto de fe.

Pero «ese destino que lo hace todo», contra el que no se puede luchar, los había unido. Por fin, Voltaire entendió que no podía volver a Francia, que su trato con Federico le había hecho caer en desgracia, hasta el extremo de que en Versalles lo conocían abiertamente como «el prusiano». El poeta se preguntaba dolido: «¿Pueden pretender con seriedad que el autor del Siglo de Luis XIV no es francés? ¿Osarán decir eso ante las estatuas de Enrique IV y de Luis XIV?».[15] Preguntas vanas; ese apodo —tan certero— era para torturarlo, para mofarse de él y para escamotearle sus éxitos. Él mismo se había puesto en el disparadero, prestándose a chirigota. Aunque su secretario Collini, en sus memorias, reconoce que Voltaire había llegado a considerar Prusia como su patria.[16] Y quizás el mote no estaba tan mal puesto.

Así pues, el prusiano no tenía donde ir. Es muy posible que durante aquellos días recordase aquel verso de su obra Catilina: «Quien sirve a su país, sirve con frecuencia a un ingrato». Fuese cual fuese «su país». Durante un par de años vagó por las tierras de Alsacia en

busca de una residencia donde instalarse, del ansiado angulus ridet donde reiniciar su vida: «[...] es duro ser tan vieja ave y no tener ningún nido», escribía amargado durante aquellos días de peregrinación forzosa. Su sobrina se esforzaba ante sus viejos amigos para que obrasen algún milagro, y que desde Versalles llegase algún signo de perdón. En vano escribieron a todos sus amigos en la corte, en especial al conde d'Argenson, alias «la Cabra», ministro de la Guerra, y con el que Voltaire tenía una vieja y estrecha relación de amistad.

En su periplo, pasó por Estrasburgo y Colmar y durante un mes recaló en la abadía de Senones, donde lo recibió el sabio benedictino Dom Calmet. Voltaire trabajaba en su Ensayo sobre las costumbres y la biblioteca de la abadía, de treinta mil volúmenes, le fue de gran utilidad para ese propósito. Así como las largas tertulias con el benedictino. Augustin Calmet era autor de una obra monumental titulada Comentario literal sobre todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento (veintiséis volúmenes publicados desde 1707 hasta 1717). Voltaire quedó impresionado de como aquel sacerdote, de rostro tan humilde y común, trabajando con pergaminos y viejas ediciones, transcribiendo él solo todos aquellos pasajes y anotaciones, y entregando luego esas hojas manuscritas al impresor, había podido completar tamaña empresa. También le sorprendió su profunda erudición, sabia y algo ingenua; toda aquella ciencia teológica a su entender era tan asombrosa como inútil y periclitada. Aquella obra de Dom Calmet, que había empezado a leer con avidez con Mme du Châtelet, lo acompañó toda su vida, y le sirvió para ridiculizar y subvertir muchos pasajes de la Biblia. Pero a la muerte del sabio benedictino, acaecida unos pocos años después, Voltaire escribió unos versos en su honor, mezcla de ternura y humanidad. En definitiva, Calmet representó siempre para Voltaire la erudición más vasta y compleja consagrada a lo más abstracto y estéril.[17]

Además, durante aquellos días de forzoso y caótico peregrinaje, su detractor Alexis Piron había sido elegido miembro de la Academia Francesa. No obstante, su viejo amigo y profesor, el abad de Olivet, protestó por la elección del autor borgoñés, bajo el pretexto de que en su juventud este había escrito versos licenciosos, y en especial una Oda a Príapo, absolutamente indecente. ¿Estaba la mano de

Voltaire detrás de todo aquello? Es muy probable. Voltaire había intervenido en el nombramiento de otros académicos, todos ellos filósofos de las Luces, como Duclos, d'Alembert, Suard, Delille… ¿Se merecía Piron ser académico? Sin duda alguna. Era uno de los poetas más ingeniosos y divertidos de Francia. Sea como fuere, Luis XV fue informado, y quedó estupefacto por lo desorbitado de la oda de Piron, que oportunamente alguien le había hecho llegar:

Los seres se sacian y se reproducen

Por el placer que llamamos fornicio.

El hombre, el cuadrúpedo, el pájaro, el pez,

Ya no existirían quitando tal vicio.

En jo… nuestro mundo se funda

El jo… es la fuente fecunda

Que nuestro universo puede eternizar.

Y este todo grande que la gente admira,

El bello universo, sin decir mentira,

No es sino un enorme y noble lupanar.[18]

El monarca debió de pensar que el poeta borgoñés exageraba con aquello de que el universo no es más que un enorme y noble lupanar. Pero muchos franceses decían eso mismo del palacio y de la corte. Además, el nombramiento de Piron venía recomendado por Mme de Pompadour, por lo que el rey rápidamente revocó su admisión, lógicamente preocupado por las evidentes conexiones. De hecho, su confesor, el jesuita Desmarets, un hombre estricto y flaco como un clavo, le negaba la absolución por su relación adúltera con la bella Pompadour. Solo le faltaba al monarca que además se hiciese público que la preferida había sostenido a aquel autor

licencioso, que hacía aquellas escandalosas odas a Príapo, y que el rey lo veía con agrado. En su lugar salió elegido el conde de Buffon, al que Voltaire llamaba el Arquímedes II. Y Piron se consoló escribiendo uno de los epitafios más famosos de su siglo:

Aquí yace Piron, quien nada fuera,

Ni académico siquiera.[19]

Y por fin, en enero de 1754, le llegó la prohibición de volver a París. Desde ese momento, Voltaire era un apátrida, sin tener donde descansar y poder trabajar con tranquilidad. Además, la disputa entre el rey de los filósofos y el rey filósofo había decepcionado a los hermanos de la secta filosófica. D'Alembert escribía: «El trato íntimo de los grandes con las gentes de letras termina demasiado a menudo con alguna sonora ruptura, que deriva casi siempre del olvido de las recíprocas atenciones, a las que se falta por una parte o por otra, o quizás incluso por las dos».[20] D'Alembert aprendería la lección y evitaría aceptar las tentadoras proposiciones del monarca prusiano, a pesar de visitarlo brevemente en 1762. También rechazaría la oferta de Catalina II de ser el preceptor del gran duque, heredero de Rusia. La sentencia que Diderot había escrito en la Enciclopedia, en la entrada «Filósofo» («¡Qué felices serán los pueblos cuando los reyes sean filósofos, o cuando los filósofos sean reyes!»), no parecía estar tan clara. Quizá no era tan sencillo.

Al fin y al cabo, no se vivía tan mal en Francia. Fénelon había escrito que «cada uno de nosotros debemos incomparablemente más al género humano, que es la parte más grande, que a la zona donde se ha nacido». Pero, seguramente, visto lo visto, no había mejor destino que el territorio galo. El género humano quizá pudiese hacer las veces de una gran patria adoptiva, pero más bien parecía un deseo bienintencionado que una realidad. Que se lo dijeran a Voltaire, que había trotado por media Europa, sin hallar su lugar en el mundo. De momento, el poeta necesitaba encontrar un refugio. Y ya preparaba su venganza: se desquitaría de Federico en sus Memorias, donde contaría con pelos y señales lo extravagante y

malvada que era aquella corte.

Pero, entonces, se produjo otra de aquellas causas zadignianas que lo trastocan todo y que marcan un nuevo rumbo. El 1 de noviembre de 1755, Lisboa fue destruida por un terremoto, de los más violentos que se recordaban en Europa, que causó cerca de treinta mil víctimas. Cuando Voltaire conoció el terrible suceso, se puso de inmediato a escribir un poema, y a principios de diciembre casi lo tenía acabado: 234 versos alejandrinos, acompañados por un prefacio y de numerosas notas, algunas muy extensas. El seísmo había provocado tal impresión en el mundo que se habían producido centenares de publicaciones teológicas, filosóficas y científicas tratando aquella catástrofe natural. Como escribió irónicamente el periodista Fréron: «Las convulsiones de Cibeles dan juego a Calíope».

Porque, como era de esperar, la religión interpretó aquella catástrofe como un castigo divino debido a la relajación de la moral y a los pecados de la humanidad. En cambio, el poema de Voltaire se centró en desautorizar aquel pensamiento leibniziano que proclamaba que todo está bien, y que el poeta Pope había popularizado en su Ensayo sobre el hombre, donde un verso célebre había dado lugar a todo tipo de interpretaciones: «One truth is clear: whatever is, is right». Si todo estaba bien, si este mundo era el más feliz posible, no había de qué inquietarse: todo cuanto acaeciese, incluso las más terribles tragedias, era para bien. El poema de Voltaire se oponía al optimismo leibniziano reinante y cargaba duramente contra los designios divinos. Voltaire no ponía en duda la existencia de Dios, sino que tan solo dudaba de que este estuviese pendiente de la humanidad. Creía en un Dios bondadoso, y no en uno cruel y vengativo, un «noir Typhon» o un «barbare Arimane». El poema oscilaba constantemente entre esas dos ideas, la de un Dios indiferente a la desgracia humana y la de la angustia humana ante la incertidumbre de la vida. Con una fuerte visión materialista de la existencia. En una de sus notas escribía: «¿Cómo hemos recibido la vida? ¿Qué fuerzas la mantienen? ¿Cómo tiene ideas y memoria nuestro cerebro? ¿Cómo nuestros miembros obedecen sin rebelarse a nuestra voluntad? Etc. No sabemos nada. ¿Este globo es el único habitado? ¿Ha sido hecho después de otros planetas, o en el mismo instante? ¿Cada género de plantas viene, o

no, de una primera planta? ¿Cada género de animales es producto, o no, de dos primeros animales? Los más grandes filósofos no saben de estos temas más que los más ignorantes de los hombres».[21]

Voltaire tenía sesenta años. A pesar de todo, creía en el futuro del hombre, pero sin recurrir a causas sobrenaturales. La duquesa de Saxe-Gotha, con la que mantenía correspondencia desde su estancia en su castillo de Gotha, tras la tragedia de Fráncfort («la mejor princesa de la tierra, la más dulce, la más sabia, la más igualitaria», la homenajeó Voltaire en sus Memorias), le escribió que había leído el poema con «una emoción indescriptible». Y eso que era una leibniziana convencida. Pero un mes después le volvió a escribir: «Más que nunca, señor, creo que todo es para bien». Voltaire le contestaría poco después con los Anales del Imperio (1755), un libro sobre la historia de Alemania y donde insistía en su visión de un Estado ilustrado, benefactor, pacífico y culto. Y en este sentido manifestaba su profundo pesimismo, agravado por la crisis prusiana: «La ambición que se gasta en el gran nombre de los Estados, y que no hace más que la desgracia de los Estados; las pasiones feroces, que han conducido casi siempre la política, dejan poco espacio a las virtudes afables, que no se cultivan apenas salvo en exiguos periodos de tranquilidad. Por doquier hay conflictos, crímenes; y la historia no es más que un cuadro de los crímenes del mundo».[22] De este modo, ¿cómo se podía pensar que todo aquello era para bien? El hombre pudiendo encontrar la paz solo buscaba la guerra, como demostraba la historia. Ante tal situación, poco podían hacer las mentes pacíficas, ilustradas. Él habría deseado ser un hombre de Estado, un Cicerón, que rindiese tributo a su patria. Pero había fracasado: la pulsión humana por el fanatismo y la destrucción era muy superior a sus fuerzas. Y poco después insistiría de nuevo a la duquesa con Cándido o el optimismo. Esta vez, abandonó el tratado de historia y decidió escribir un cuento. Quizás así le creyese su querida y sabia duquesa.

CAPÍTULO XV

ME HE HECHO REY YO MISMO

Finalmente, Voltaire y su sobrina se instalaron en Ginebra, en una bella casa que el poeta bautizó como «Les Délices». Había tenido que esperar a cumplir sesenta años para tener su propia casa. Pero, de pronto, se sintió un hombre liberado, que por fin podía respirar con libertad. Tras tantas vacilaciones, y tras toda suerte de equivocaciones, torpezas y momentos trágicos, volvía a reír, volvía a poner en escena obras de teatro, volvía a trabajar en sus ensayos, comenzaba a reconstruir su biblioteca, perdida en parte tras tantos traslados forzados. Y concluía en sus Memorias: «Después de haber vivido en casa de los reyes, me he hecho rey en la mía a pesar de sufrir pérdidas inmensas».[1]

Algunos biógrafos han denominado los años anteriores, desde 1744 a 1758, como «el tiempo de las desilusiones». Y no está mal encontrado. Desde la muerte de la marquesa, a causa de la desgraciada aventura con Saint-Lambert, Voltaire sufrió todo tipo de desengaños: la decepción de la corte francesa, la desilusión de Federico, la sorpresa del adulterio de su amante, su posterior muerte, tan inesperada como absurda… El mundo era mucho más maquiavélico de lo que creía el poeta, y la felicidad se le resistía. En sus Carnets, escribió dos pensamientos que podrían resumir estos años de desilusiones: «Los hombres que buscan la felicidad son como los borrachos que no saben encontrar su casa, pero que saben que tienen una», y «La felicidad recuerda a la isla de Itaca, que huía delante de Ulises».[2] Voltaire como Ulises…

En cambio, se sentía feliz en aquel ambiente sano que había descubierto en los pies de los Alpes. La república de Ginebra lo recibió afectuosamente, con aquella fascinación que despierta la llegada de un famoso. Además, era la ciudad de sus editores, los hermanos Gabriel y Philibert Cramer, y de su médico de cabecera,

el doctor Théodore Tronchin. Si bien los primeros publicarían casi todas sus obras de los siguientes años (con la salvedad de aquellas más peligrosas, que correrían a cargo de Gabriel Grasset), en cambio, el galeno se convertiría en su más preciado amigo y consejero: no solo le era útil como médico, sino también de coartada para establecerse en Suiza y no en Francia. A sus corresponsales parisinos escribirá que su salud tan precaria hacía absolutamente necesario tener al doctor cerca. Y este, en efecto, recetará una serie de tratamientos basados en el buen sentido y en el comedimiento, hasta el punto de que el eterno enfermo mejoró su salud de manera sustancial. Pronto tuvo que imaginar nuevas argucias para que el doctor tomase en serio algunas de sus crisis y recaídas, tan propenso a inventárselas.

Lucien Perey y Gaston Maugras, en La vida íntima de Voltaire, explican que la opinión de la sobrina fue decisiva en la elección de la casa: «Mme Denis era una parisina que aún no había renunciado a las vanidades del mundo, que le eran necesarias bellas mansiones y amplios jardines».[3] Es muy posible que sin la parisina ese monumental y tan atractivo escaparate de la personalidad de Voltaire que son Les Délices y más adelante el castillo de Ferney nunca hubieran existido. Mme Denis esperaba regresar pronto a París, pero entretanto deseaba sobrellevar el exilio con una vida lo más mundana y alegre posible. Y Voltaire, como decía, se dispuso a «fundar Cartago», a crear una nueva vida con su sobrina, con todo lujo, y bajo su celebrado adagio de «lo superfluo, esa cosa tan necesaria».

Voltaire se estrenó como patriarca, y empezó a disfrutar de su propia corte: magistrados, médicos, librepensadores, aristócratas y viajeros de paso por Ginebra se disputaban su compañía. Es el inicio de la leyenda: Mme Denis hacía los honores cuando llegaba una visita y Voltaire improvisaba versos, chistes y anécdotas, cuando no se producían sonadas rabietas. Las sobremesas se alargaban y el patriarca brillaba de tal manera que la condesa de Bentinck, tras visitarlo en Les Délices, escribía: «Habla como nadie haya nunca jamás hablado». La condesa era una de esas almas libres («la signora errante e amabile», la calificaba el poeta), que se había separado de su marido, tras un matrimonio desgraciado, y que se había transformado en una librepensadora. Algunos acudían al

pequeño teatro que había hecho construir, y en el cual acababan actuando todos los visitantes: era la casa del arte, de la amistad, del libertinaje amable, sin las estridencias de Berlín. Puro siglo XVIII: la feliz conjunción de la creación y el estudio con la joie de vivre. Voltaire le había escrito a su sobrina, poco antes de vivir juntos: «¿Sería una contradicción que por la bondad que sentís por mí me dijeseis si os dignaríais a pasar la vida con un enfermo y un hombre tan desgraciado como yo? ¿Qué placeres, qué sociedad, qué diversiones, qué ocupaciones os podría procurar en el retiro?».[4] Claro que nunca podría rebasar o igualar el marco de París, pero Les Délices era un bello y atractivo retiro, con unas espectaculares vistas sobre el lago de Ginebra y los glaciares de los Alpes. No obstante, no todo era tan idílico, y como explicaba Collini, el secretario de Voltaire, la climatología a menudo era espantosa: «Este lago Léman es terrible. Los vientos reinan [...] de manera que el filósofo se ha encerrado y calafateado, y está asombrado. La dama parisina, poco acostumbrada a los lagos y a los vientos, muere continuamente de miedo debido a los ruidos de los aquilones [...]. Oigo gritar, por un lado: “Encended un buen fuego”; por otro, “Cerrad todas las ventanas”. Una pide un abrigo forrado; el otro se pone cinco o seis gorros; y yo voy y vengo, y me muero de frío y de rabia».[5]

Pastel de Charles-Nicolas Cochin de Voltaire y su sobrina Mme Denis, al inicio de su relación sentimental.

A pesar de todo, desde aquel desierto helado, el autor de La Henriada reinaba en París. Para bien y para mal. En 1755, había aparecido una edición pirata de La doncella, en catorce cantos, bajo el nombre de Monsieur de V****, aparentemente editada en Lovaina, aunque según el poeta se trataba de Fráncfort. Voltaire negó toda autoría y se puso a trabajar en una versión revisada y lo más recatada posible, para intentar atajar las críticas y contraatacar de algún modo. Pero siguieron las ediciones piratas, y en una nueva versión de 1756 se la enriquecía con una Epístola del Padre Grisbourdon (aquel que había intentado sobrepasarse con Juana), y que comenzaba citando a Voltaire y reconociendo que era un digno patrón de la camarilla luciferina. Un librero, de nombre François Grasset, quiso extorsionarlo, asegurándole que disponía de uno de esos manuscritos robados, y que a menos que se lo comprase se vería obligado a publicarlo. Voltaire escribió a la Academia Francesa, solicitando que pusiesen fin a todos aquellos desmanes

editoriales. El secretario de esta, M. Duclos, con quien el poeta mantenía un trato cordial (al fin y al cabo, había hecho campaña por su candidatura), le respondió que aquellos robos eran propios de la celebridad: «Lo que debe consolaros es saber que los lectores capaces de sentir el mérito de vuestros escritos jamás os atribuirán obras que la ignorancia y la malicia os imputan, y que toda la gente honrada comparte vuestra pena».[6]

Sin duda, esas versiones piratas eran de lo más comprometidas. No solo porque lo señalaban directamente, sino también porque declaraban abiertamente el carácter sacrílego y demoníaco de la obra. Otra edición, de 1757, publicada clandestinamente en Ámsterdam, venía con la cita de Virgilio: «Non vultus, non color unus». Con esta fórmula se hacía referencia a un viejo retrato satírico anónimo, difundido después del escándalo de las Cartas filosóficas, que presentaba a Voltaire como «non vultus, non color unus», es decir, cambiando sin cesar de rostro y de color. Por tanto, se sugería así que se trataba del mismo autor. En esta misma edición clandestina, en un aviso a los lectores se advertía de lo siguiente: «El señor de Voltaire en lugar de agradecer a los primeros editores de este poema los esfuerzos que han hecho, se ha quejado a la Academia [...]. Esto es lo que nos ha animado a publicarlo tal cual está, siguiendo una copia que él mismo ha dado a un amigo suyo [...]. Puede que así se calle».[7] No solo le robaban su obra, sino que también lo criticaban. A su amigo Thieriot le escribía (con el deseo de que hiciese circular la carta por los ambientes parisinos que este frecuentaba) que él no era el autor de «esa infame rapsodia, llena de versos insípidos y groseros que la estupidez e ignorancia hayan podido jamás generar, y de las insolencias más atroces que el descaro haya podido producir».[8] Incluso en otra carta posterior intentaba involucrar a su enemigo La Beaumelle, «el desgraciado que ha querido enriquecerse publicando ese libro abominable titulado La doncella de Orleans». Aunque nadie le creyó y no pudo cargarlo con el mochuelo. Y él, en el fondo, lo sabía: todo era una mise en scène para cubrirse las espaldas.

En 1756, d'Alembert fue a visitarlo, y pasó tres semanas alojado en Les Délices. Voltaire lo consideraría siempre su hombre en la ciudad del Sena, su embajador entre los philosophes (lo llamaba Protágoras por su elocuencia, y Monsieur Proteo por la variedad de sus

intereses). De Jean le Rond d'Alembert le gustaba no solo su seriedad y capacidad intelectual (había sido elegido en la Académie des Sciences con tan solo veinticinco años, debido a su talento por la geometría), sino también su origen ilegítimo. Su apellido Le Rond procedía de la iglesia en la que había sido abandonado por Mme de Tencin, y el nombre de d'Alembert era un pseudónimo literario, como el mismo de Voltaire. El escritor Caraccioli, en su curioso diccionario, escribía en la voz «bastardo»: «Hijo ilegítimo que la moda casi ha hecho un honor». Así pues, ambos tenían mucho en común y se jactaban de su origen ilegítimo. El pintor La Tour realizaría en 1753 un soberbio retrato al pastel del filósofo de la Enciclopedia: sonriente, los ojos vivaces, la nariz respingona, vestido con elegancia y a la moda. Y, en Les Délices, tomaría notas para su artículo Ginebra, que causaría un justo escándalo, publicado en octubre de 1757. Es muy probable que buena parte de las ideas le fuesen sugeridas por Voltaire, y en especial aquellas sobre la prohibición de llevar a cabo representaciones teatrales. Incluso sus más ilustres visitantes escribían a su dictado.

Fueron días muy felices. Mme d'Épinay describía maliciosamente aquel ambiente doméstico de la residencia volteriana: «Mme Denis es para morirse de risa; es una pequeña gruesa mujer, toda redondita, de alrededor de cincuenta años, mujer como no se puede ser más, fea y buena, mentirosa sin quererlo y sin maldad; sin ingenio y aparentando tenerlo; gritando, decidiendo, politiqueando, versificando, razonando, y desrazonando, y todo eso sin demasiadas pretensiones, y sobre todo sin sorprender a nadie. Adora a su tío, al que quiere como tío y como hombre; Voltaire la mima, se ríe de ella, y la venera: en una palabra, esta casa es el refugio y la unión de los contrarios, y un espectáculo encantador para el visitante».[9] Voltaire estaba encantado con Mme d'Épinay, a quien llamaba «mi bella filósofa» y de quien decía también que era como «un águila en una jaula de gasa».[10] Sin duda, se trataba de una de las musas más queridas de los filósofos, aunque Diderot, con algo de razón, la consideraba falsa e indiscreta. Había acudido a Ginebra a visitar al doctor Tronchin, por quien sentía una inmensa admiración, y su estancia se prolongó durante casi un par de años, desde el otoño de 1757 hasta el final del verano de 1759.[11] Era la amante de Grimm, y durante un tiempo había protegido a Jean-Jacques Rousseau, a quien había alojado en un pequeño refugio situado en el parque de

su castillo de La Chevrette, bautizado por el filósofo como «L'Ermitage». Mme d'Épinay lo llamaba «mi oso», y la riña entre ambos surgió como consecuencia de negarse este a acompañarla a Ginebra, a visitar al galeno. Rousseau decía que deseaba tener en ella una amiga y no una patrona que le dictase sus movimientos. Pero ella no quería llevar a cabo a solas un viaje tan largo, y, además, se trataba de regresar a la patria de su admirado Rousseau… Pero el citoyen Rousseau era orgulloso, y no quería aparecer por su ciudad como el acompañante de aquella señora, más bien como su criado (aunque estuviese bajo su protección y alojado en su casa). Por tanto, nada podía satisfacer más a Voltaire que recibir a aquella pequeña amante de la filosofía, «séduisante créature», según Mlle d'Ette, y aprovechar los paseos por sus jardines para poner verde al loco vanidoso de Jean-Jacques. Este, a su turno, escribía al marqués Saint-Lambert: «Detesto el dinero como el fango y nada podrá poner precio a mi libertad […]. Prefiero quedar como un ingrato que como un cobarde».[12] Y así fue.

Y puede que Mme d'Épinay estuviese en lo cierto cuando escribía que Mme Denis era para morirse de risa. Sobre su fealdad, hay testimonios para todos los gustos. También se había dicho de la marquesa du Châtelet, o incluso Julie de Lespinasse, la musa de la coterie filosófica, amiga íntima de d'Alembert, con el rostro muy afectado por un ataque de viruela. Durante el siglo XVIII, la belleza de la mujer seguía siendo un activo importante en el juicio de las personas, y entre ellas se estudiaban y criticaban sin cesar. Pero también es muy probable que en esas críticas a las amantes de Voltaire hubiese más rivalidad y envidia que verdad. Se conserva un retrato de Mme Denis de aquellas fechas, realizado por Joseph-Siffred Duplessis, donde aparece con un gesto amable y próximo, con la misma mirada confiada de la juventud: un gesto un poco expectante, como si aún esperase grandes aventuras en la vida.

En cualquier caso, creo que se ha juzgado injustamente a Mme Denis. Posiblemente, un Voltaire más erudito y aplicado solo al trabajo —solitario en alguna habitación prestada por algún aristócrata libertino— no resultaría tan atractivo: el renacimiento de Les Délices, como lo tilda Sainte-Beuve, se lo debemos a la parisina, a aquella sobrina a la que Voltaire se vio obligado a compensar no solo por la barbarie de Fráncfort, sino por seguirlo

abnegadamente en su destierro. Mme Denis no necesitaba dote ni belleza, ni tampoco una gran inteligencia, como la marquesa du Châtelet: su fidelidad fue suficiente para el poeta. Pero, en cambio, le aportó estabilidad, cariño y diversión. Y también amor, un amor abnegado, espontáneo, sincero, carnal. Como dice Mme d'Épinay, lo amaba como hombre. Seguramente, si Voltaire se hubiese instalado en París, habría sido habitual de los salones del momento, y es muy probable que se hubiese dispersado en mil asuntos, dando poca coherencia a su obra (algo que les sucedió a los habituales de dichos salones, como Fontenelle, Marmontel, Grimm, Morellet o La Harpe). En cambio, el retiro en las montañas suizas tuvo su equilibrio justo entre lo mundano y lo erudito: a las fiestas y distracciones que organizaba su sobrina, les seguían días de aislamiento y recogimiento, a menudo forzados por el clima, pero que fueron de gran fecundidad para el autor. Y así escribía a Mme Denis: «Es de la corte que hay que huir, es en el campo que hay que vivir».[13]

Asimismo, intentó vengarse de Federico II, tras la afrenta de Fráncfort, e ideó un carro de guerra, un prototipo de lo que después sería conocido como tanque, basado en el «carro de Cyrus». La guerra de los Siete Años se había iniciado durante el otoño de 1756: sin previa declaración de guerra, el ejército prusiano había invadido Sajonia y ocupado aquel territorio. El autor de Anti-Maquiavelo era maquiavélico y ponía en práctica sus nuevas ideas manifestadas en El arte de la guerra. Voltaire escribió al conde d'Argenson, proponiéndole la idea y enviándole algunos dibujos, y este incluso llegó a mandar realizar un modelo a un miembro de la Academia de Ciencias. El poeta deseaba derrotar a su viejo amigo con su nuevo artilugio, que llevaba un cofre para las granadas, y un blindaje especial para proteger al caballo. Al marqués de Florian le escribía: «Tengo vergüenza, yo poetastro pacífico, pensando en estas máquinas de destrucción, pero son para defender a las buenas gentes que disparan muy mal contra los malvados que lo hacen muy bien: desgraciadamente se descubrirá demasiado tarde que no hay otra solución».[14] Finalmente, no se llegó a construir aquella «pequeña broma», según la definió el mariscal Richelieu, comandante del ejército de Alemania. No era un proyecto de poca monta. Voltaire siempre conservó la idea, y más tarde se la ofreció a Catalina II, emperatriz de Rusia, en su guerra contra los turcos, advirtiéndole de antemano de que no estaba en absoluto «del bando

de los homicidas». Pero deseaba tanto derrotar a los vándalos… En cualquier caso, así es como nació el tanque, y, por extensión, todos los vehículos blindados y armados, de una riña enconada entre dos viejos amigos filósofos.

En cambio, el poeta se vengó escribiendo sus memorias (Mémoires pour servir à la vie de M. de Voltaire), que empezó a redactar esos años de finales de la década de los cincuenta. Es su texto más personal y próximo, donde explica su vida en Cirey, sus piruetas como cortesano, sus relaciones con Federico II, sus días infelices en Prusia, la barbarie de Fráncfort y la paz encontrada en Les Délices… En sus memorias, desvela la homosexualidad del monarca prusiano, su debilidad por los jóvenes oficiales y su carácter falso. El libro se publicó póstumamente en 1784, pero su redacción arranca en estos años, cuando encontró un lugar de descanso, y tuvo tiempo de mirar atrás. De mirar atrás y de, por fin, sentirse a salvo.

CAPÍTULO XVI

CÁNDIDO O VOLTAIRE

«Mi destino era correr de rey en rey, aunque amase mi libertad con idolatría», reconocía en sus Memorias. Del rey de Francia al rey de Prusia. Puede que fuese una suerte que finalmente abandonase el papel cortesano, y se refugiase en sus libros y estudios. Porque es posible que toda aquella actividad desbordante cortesana lo hubiera agotado, y que el poeta no hubiera podido sobrevivir tantos años. Voltaire a menudo estaba enfermo y se sentía morir, y la vida en aquel retiro forzoso debió de sentar muy bien a su salud. A su amigo Cideville le escribía: «Estoy con una debilidad extrema, diga lo que diga M. Tronchin, y mi alma que llamo Lisette se encuentra muy a disgusto en mi cuerpo cacoquímico. Le digo a veces a Lisette: "¡Venga, estad hoy alegre, como la Lisette de mi amigo!". Y me responde que no hay nada que hacer y que es necesario que el cuerpo esté a gusto para que ella pueda estarlo también».[1] La Lisette de Cideville: ese gran amigo, con el que se carteó más de cuarenta años. Voltaire siempre fue fiel a sus amigos, y muy generoso con ellos, y como escribía en el cuento Jeannot y Colin (1764): «Todas las grandezas del mundo no valen un buen amigo».

Y así, junto con los años de Cirey, los de Les Délices serán los más fértiles y felices, donde Lisette se encontró más a gusto. Tan solo el punzante deseo de regresar a París —donde se estrenaban y triunfaban sus obras— oscureció en algún momento la radiante alegría de aquellos años. Esto lo ha percibido con clarividencia André Maurois, cuando sugiere que el Voltaire de la leyenda es el de estos años, el malicioso exiliado, flacucho, con risa burlona, pero doblado como un resorte presto a saltar.[2] En aquellas tierras recoletas, Voltaire recuperó fuerzas, y a los pocos meses se completó la metamorfosis: en febrero de 1759 apareció Cándido o el optimismo, ese trasunto novelado de sí mismo, su gran obra maestra. Tenía sesenta y cinco años, y había cantado a Enrique IV,

comentado la obra de Newton, elogiado a Luis XIV y versificado quince tragedias. Y, de pronto, surgió un texto vital, directo, lleno de ironía.

De inmediato, la crítica percibió que estaba ante algo nuevo, tan nuevo que el propio Voltaire evitó durante un tiempo aceptar la autoría, y las primeras ediciones se publicaron con la única indicación de «traducido del alemán por M. el Dr. Ralph». Cuando el Journal Enciclopédique, sospechando quién podría ser el verdadero autor, designó no a Voltaire, sino tan solo a M. de V., el filósofo se opuso, y con su guasa característica envió una carta negando cualquier posible autoría: «Decís en vuestro diario que una especie de pequeña novela titulada Cándido o el optimismo es atribuible a M. de V. No sé quién es M. de V.; pero declaro que ese pequeño libro es de mi hermano, M. Demad, actualmente capitán del regimiento de Brunswick».[3] Quizá pueda sorprender la actitud burlesca de Voltaire ante su obra y este tema merece cierto rodeo explicativo.

La Enciclopedia, en la edición de 1754, define el cuento como «una narración fabulosa, en prosa o en verso, el mérito principal del cual consiste en la variedad y la verdad de las escenas, la finura y la gracia, la vivacidad y la conveniencia del estilo, el contraste picante de los hechos. Su objetivo es menos el de instruir que el de divertir». La definición es útil tal vez para los cuentos de Dufresny, de Crébillon hijo, de Duclos o, incluso, de Marmontel, pero parece insuficiente para definir los cuentos de Voltaire. Condorcet, en la Vida de Voltaire, afina más en el momento de hablar de estas narraciones: «Se precisa un talento extraño, aquel de saber expresar con una ocurrencia, o con el trazo de la imaginación o con los propios elementos novelescos, los resultados de una filosofía profunda sin cesar de ser natural, y picante sin dejar de ser verdadera... Es necesario ser filósofo y no parecerlo».[4] Y, sin duda, Voltaire lo consigue, ser filósofo y no parecerlo. En realidad, los cuentos eran para él divertimentos, pequeños entretenimientos que redactaba para relajarse y divertirse, mientras preparaba obras más eruditas, de historia o de filosofía, de pesada elaboración y de mayor documentación. Como buena parte de la producción volteriana, desde los versos a la correspondencia, estos cuentos nacieron en los entreactos, en un rato libre, cuando la mente del

filósofo, en plena producción literaria, derivaba hacia el diletantismo y el gozo de la creación sin barreras de tipo academicista. Es el Voltaire más fresco, malévolo y espontáneo, que servía «para hacer reír a la filosofía». El propio autor no hablaría de «cuentos» hasta el año 1771; para él eran menudencias, pequeñas narraciones «que animaban la filosofía», cuando no una tontería sin más interés (une coïonnerie), lo que explica ese asomo de desdén cuando habla de ellos. En especial, tenía una particular estima por la parodia del cuento oriental (El mozo de cuerda tuerto, Carta de un turco, Así va el mundo, Historia de un buen brahmín, La Princesa de Babilonia...), pero también imitaba el género epistolar de Richardson (Las cartas de Amabed), o incluso el contenido moral de Marmontel (Jeannot y Colin). El propio Cándido nació como una especie de relato picaresco a la moda de Le Sage, hasta alcanzar un volumen que lo separa del resto de las otras narraciones, y tratarse, en palabras del propio autor, de una pequeña novela. Este relato constituyó su mayor éxito literario, y, a pesar de figurar enseguida entre los libros prohibidos en París y Ginebra, al mes de su aparición ya se habían vendido 6.000 ejemplares. No obstante, para Voltaire estos relatos no constituían en absoluto una parte verdaderamente sustancial de su obra, y se asombraría de haber pasado a la posteridad como el autor de Cándido, y de que esta coïonnerie fuera su chef-d'oeuvre.

Y, sin embargo, ¿qué tiene de especial esta obra para que los críticos hayan dicho que «tout le génie français est là»? ¿Para que Flaubert afirmase que era el resultado de la condensación de sesenta volúmenes y de medio siglo de esfuerzo?[5] En Cándido está lo mejor de Voltaire: un cuento divertido, pero con trasfondo triste, que denuncia lo disparatado y cruel del mundo. «¿—Qué es el optimismo? —preguntaba Cacambo. —¡Ay! —contestaba Cándido —, es el valor de sostener que todo va bien cuando todo va mal». Cándido es una burla de la filosofía de Leibniz y de su lema «todo es para bien»: al protagonista y a sus amigos les suceden las más aparatosas desgracias, e intentan sobrellevarlas con los apurados sofismas leibnizianos. Hasta el punto de sostener el doctor Pangloss que «las desgracias particulares hacen el bien general, de suerte que, cuantas más desgracias particulares hay, tanto mejor va todo». Voltaire llevaba consigo una buena nómina de desgracias particulares, como la muerte de Mme du Châtelet, la ruptura con el

rey de Prusia, la barbarie de Fráncfort y su exilio de París, y a estas se sumaban las desgracias colectivas, como el terremoto de Lisboa, la guerra de los Siete Años, el reciente atentado de Damiens en París, que tanto lo había conmocionado… No solo el atentado, sino la brutal ejecución con la que se castigó al regicida.

Un apunte sobre este último suceso: Robert-François Damiens era un fanático que había intentado atentar contra el monarca, hiriéndolo superficialmente en un costado con un cuchillo, y por ello fue condenado a la pena de los regicidas, y a ser descuartizado por cuatro caballos en la plaza pública, tras ser previamente sometido a todo tipo de suplicio por el verdugo real, el célebre Charles-Henri Sanson. Giacomo Casanova, de paso por París, dejó un apunte de aquel terrorífico suceso: «Tuvimos el valor de presenciar durante cuatro horas enteras el horrible espectáculo [...]. Damiens era un fanático que creyendo hacer una buena obra había tratado de asesinar a Luis XV. Solo le produjo un arañazo en la piel, pero fue igual. El pueblo convocado a su suplicio lo llamaba monstruo que el infierno había vomitado para asesinar al mejor de los reyes que adoraban, y que habían llamado el Bien-Aimé. [...] El pueblo de Francia, como afirma Voltaire, es el más abominable de todos los pueblos. [...] En varias ocasiones me vi obligado a apartar la cara y taparme los oídos mientras oía sus desgarradores alaridos, después de que la mitad de su cuerpo se hubiese separado de él».[6] En este sentido, concluía Voltaire, por necesidad debía de vivir en el mejor de los mundos.

En definitiva, en Cándido está resumida toda la filosofía volteriana. Y no solo eso, también tout le génie français: no solo enlaza con la novela picaresca (Le Sage), sino también con el texto educativo (Fénelon), con la novela cómica (Scarron, Rabelais), con el cuento dentro del cuento (abad Prévost)… Y, al mismo tiempo, el filósofo aprovechó para saldar cuentas pendientes: el rey de los búlgaros, cuyos soldados violan a Cunegunda (la novia de Cándido), no puede ser otro que Federico II; las alusiones anticlericales se concretan en virulentos ataques contra la Inquisición, los jesuitas, y en general contra los monjes y los curas, que aparecen como vulgares ladrones; y una sátira mordaz contra la nobleza impregna todo el texto. En efecto, Cándido es la confirmación de la máquina de guerra volteriana, una burla general de las pobres y fatuas pretensiones del

mundo; de algún modo encumbra el siglo XVIII: todo el ingenio francés está ahí. Por ello, cuando el hijo de lord Chesterfield le preguntó a su padre si tenía que comprar la Enciclopedia, este le contestó: «La compraréis, hijo mío, y os sentaréis encima para leer Cándido».

Asimismo, esta obra tenía el mérito de introducir reflexiones nuevas y arriesgadas, como, por ejemplo, la denuncia de la esclavitud. En el capítulo XIX, Cándido y Cacambo encuentran por el camino a un negro que han mutilado por haber querido escapar: primero le han cortado un brazo y después una pierna. Es un fragmento dramático, con el esclavo postrado, y que quiere servir de escarmiento. Porque, contrariamente a lo esperable, Francia no había tenido un Bartolomé de las Casas y a la Iglesia francesa la esclavitud le parecía bien. Bossuet escribía que «el origen de la servitud proviene de las leyes de una guerra legítima». Incluso durante todo el reinado de Luis XV se especuló con la posibilidad de traer esclavos para trabajar en la conservación de los caminos y en la industria de la seda. En este sentido, se creía que se les hacía un favor a los negros, pues, como escribía Mellier, alcalde de Nantes: «La negritud es una gran región de África cuyos pueblos son tan numerosos que les sería muy difícil subsistir si no fuese por el tráfico de esclavos que les libra todos los años de una parte de los que habitan en aquellas tierras». De este modo, se calcula que Francia, entre 1715 y 1789, envió más de un millón de negros a las Antillas.

Montesquieu, en El espíritu de las leyes, ya se había mostrado claramente contrario, y advertía de que «la esclavitud era igual de contraria al derecho civil como al derecho natural». Montesquieu siempre fue esquivo con Voltaire, incluso algo mezquino. Pero este rindió en estas páginas un claro homenaje al señor de La Brède, muerto cuatro años antes. En realidad, el poeta tenía sus dudas, y pensaba que los negros eran brutos, pero posiblemente por influencia de Montesquieu escribió aquel pasaje tan famoso y emotivo de Cándido, un grito de atención a toda Francia.[7]

Por todo ello, como bien señala Etienne Calais, esta «especie de pequeña novela» marca el inicio de la cruzada volteriana contra el fanatismo, contra todas las formas de superstición y de alienación.[8] Y, entre ellas, proyecta aquella imagen de la crueldad infinita de los

blancos hacia los negros. Con la frase demoledora, que sirve de pie al grabado de Moreau le Jeune: «¡Es a este precio que tomáis azúcar en Europa!». Voltaire, pocos años después, en su Ensayo sobre las costumbres (1761), volverá a escribir contra la esclavitud, y contra la crueldad de la explotación humana: «Les decimos que son hombres como nosotros [...] y después les hacemos trabajar como bestias de carga; los alimentamos mal; si quieren huir, les cortamos una pierna, y les obligamos a girar a mano el molino de azúcar, cuando les hemos dado una pata de palo».[9]

La fórmula Écrasons l'Infâme (Aplastemos al Infame) servirá de grito de guerra al partido de los filósofos. De algún modo, esta obra supone para Voltaire el paulatino abandono del mundo de la belleza (la poesía), y su consagración al imperio de lo útil (al alegato filosófico y combativo). A partir de Cándido, Voltaire es más filósofo que poeta; y también a partir de aquel momento dará a su independencia —a su libertad— mayor importancia. Al mismo tiempo se fue construyendo la imagen pública moderna del filósofo: el librepensador, el luchador contra las injusticias, contra el abuso del poder, el defensor, a la postre, del pueblo. Es posible que sin la persecución alemana este Voltaire más batallador y entregado nunca hubiera existido. Prusia (o «Vandalie», como escribía a veces) y, en especial, la barbarie de Fráncfort fueron su Rubicón, ese paso que dividió su biografía en dos mitades. El pensador se transformó en un activista, orgulloso de su condición de exiliado, de haber sido apartado, cultivando la imagen de proscrito, de refugiado, de escritor amenazado por denunciar las grandes injusticias del mundo. Desde su exilio, trabajó una inmensa correspondencia con sus contactos por toda Europa, que al parecer de algunos de sus biógrafos constituye su obra maestra.[10] De este modo, Voltaire recuperó la respetabilidad —nunca perdida del todo, pero sí algo maltrecha tras su paso por Prusia—, y por fin se vio reconocido en su condición de gran señor y filósofo.

CANDIDE,

OU

L'OPTIMISME,

TRADUIT DE L'ALLEMAND.

DE

MR. LE DOCTEUR RALPH.

MDCC LIX.

Seaton 3° Mss. 5. 9

Primera edición de Cándido, publicada bajo el pseudónimo del Doctor Ralph, con el que Voltaire quería protegerse de la censura.

No obstante, y como era de esperar, Cándido no gustó a la Iglesia. El libro fue puesto en el Índice el 24 de mayo de 1762, y curiosamente bajo el nombre de su supuesto autor: «Mr. le docteur Ralph». El abad Claude Joannet, de la Société Royale des Sciences et Belles Lettres de Nancy, y que firmaba como periodista de Su Majestad, escribía al respecto en el Journal Chrétien de 1759: «Una obra de estilo bajo, que no expresa más que costumbres aún más bajas, ese conjunto de indecencias pueriles y absolutamente inverosímiles, de porquerías y obscenidades elevadas a la máxima potencia, y expresadas en el mismo tono; repleto sobre todo de hechos insultantes contra los poderes; a uno le sorprende hasta qué punto el autor se ha desentendido del buen gusto por las costumbres y la decencia que hombres mucho menos escrupulosos tienen como un deber. [...] Pero callémonos: dejemos entrar a Cándido en la oscuridad de donde jamás debería haber salido».[11] Pero el abad Joannet era incapaz de predicar con el ejemplo, y durante cerca de treinta páginas más se explayaba criticando con dureza la obra del filósofo. Para acabar concluyendo: «[...] es un misántropo, con toda la energía del término, que no se presta precisamente al ridículo, como el misántropo de la comedia, sin dejar pasar ni un solo defecto a los hombres, sino repartiendo hiel y amargura. ¡Qué pruebas odiosas nos suministran La doncella y Cándido!».[12] De este modo, para este abad aquel cuento filosófico era igual de pecaminoso que su poema satírico sobre Juana de Arco. Tanto daba si era en prosa o en verso.

Pruebas odiosas... Voltaire se había convertido en el enemigo número uno de la Iglesia. Los panfletos en su contra se sucedían, y en 1761 apareció uno titulado Crónica de la enfermedad, de la confesión, del fin de M. de Voltaire, firmado por un tal Joseph Dubois, pseudónimo de Nicolas-Joseph Selis, que era una violenta sátira contra el poeta. En esta se explicaba que el filósofo, después de haberse confesado, perdía el conocimiento y era llevado al infierno por el diablo, donde seguía escribiendo versos, mofándose de los demonios. También el abad Claude-Marie Guyon había

publicado El oráculo de los nuevos filósofos, con el subtítulo esclarecedor de «Para servir de continuación y de aclaración a las obras de M. de Voltaire». En la misma página del título otra frase advertía del triunfo de la religión frente a sus enemigos: «Tan pronto como los enemigos del Señor hayan sido honrados y exaltados entre los hombres, caerán y se desvanecerán como el humo». En esta obra, el abad Guyon, simulando ser un hurón, se dejaba adoctrinar por el señor de Ferney, y este se mostraba enemigo de todas las religiones, de todos los Estados, y de casi todos los hombres de letras. Para demostrarlo, el hurón-Guyon había ido recogiendo fragmentos de sus obras, a menudo sacados de contexto, cuando no tergiversados. El hurón-Guyon estaba escandalizado: «He quedado extremadamente sorprendido de oírlo asegurarme que los paganos, los musulmanes, los voluptuosos, los incrédulos no tenían que temer ningún castigo eterno; que la justicia de Dios no podía tener ninguna de aquel tipo; que por el contrario, tenían que contar como sus verdaderos y fieles adoradores en la eternidad de sus beneficios. Cuando se mantiene ese lenguaje, es que se teme por uno mismo, y que se desearía ahogar el grito de la conciencia, para dar un libre auge a las pasiones, prometiéndose cuanto menos la impunidad».[13] ¿De dónde había salido aquel nuevo detractor? ¡Qué inmenso esfuerzo poner en limpio y publicar todos aquellos ataques a lo largo de más de trescientas páginas! El oráculo de Voltaire… El poeta pronto averiguó que aquel Guyon también era discípulo del abad Desfontaines, y sus observaciones y embates le importaron muy poco. Solo lamentó el dinero que debía de haber costado aquel mal libro, que tendría como mucho una docena de lectores ociosos. Pero en eso se equivocaba: el Oráculo fue un gran éxito, tuvo varias ediciones y fue traducido a varias lenguas, entre ellas el español. Además, el éxito fue tal que al año siguiente el abad publicó un nuevo libro como adenda al anterior: Continuación del oráculo de los nuevos filósofos (1760), donde el buen hurón era informado sobre el contenido de Cándido y de la impiedad de dicho libro. Quinientas cuatro páginas de nuevas objeciones y descalificaciones. Todo lo relativo a Voltaire era negocio. Lo volteriano y lo antivolteriano movían pasiones.

Pero también a Jean-Jacques Rousseau le disgustó Cándido. Las desavenencias entre ambos filósofos se habían ido incrementando

durante los últimos años: Rousseau había escrito una réplica al gran poema de Voltaire sobre el terremoto de Lisboa, donde defendía la Providencia contra el ataque volteriano. También responsabilizaba a los hombres de sus desgracias por el mal uso que hacían de su libertad. El pensamiento de Rousseau se había radicalizado con el tiempo, y se había ido separando del de los philosophes, rompiendo todo tipo de relación con Diderot y con Grimm. Y en un rapto de ofuscación, Rousseau le escribió, el 17 de junio de 1760: «No os aprecio en absoluto, Señor […]. En realidad, os detesto, vos lo habéis querido». De algún modo, Rousseau culpaba a Voltaire de sus males, de la persecución que sufría, de sus problemas con sus compatriotas. Él, el ginebrino, veía como el autor de Cándido vivía plácidamente instalado en su país. En realidad, no era así, y Voltaire ya había decidido abandonar Ginebra, para librarse de las censuras y acusaciones de los pastores protestantes ginebrinos, entre ellos el peligroso y severo Jacob Vernet.[14] Pero Rousseau descubría enemigos por todas partes.

Voltaire quedó estupefacto con aquella carta, posiblemente la más violenta e inesperada que había recibido nunca, más propia de un trastornado que de un filósofo. Quizá tras tanta animadversión estaba aquel asunto de Mme d'Épinay, que había acabado de la manera más violenta posible. Rousseau se había sentido «su esclavo» durante dos años, por haber tenido que atender a sus constantes requerimientos, por el simple hecho de estar ocupando un refugio de su castillo... El filósofo del Contrato social le había escrito a su benefactora: «Cuando no me queráis más tener como esclavo, me tendréis siempre como amigo». Y así acabó todo. En cualquier caso, al Rousseau holandés ahora Voltaire tenía que sumar al Rousseau suizo. Y para diferenciarlo lo llamaría siempre por su nombre de pila. A Paul-Claude Moultou le confesaría: «Todo filósofo me es querido, excepto Jean-Jacques, porque ha renunciado a la filosofía en favor del orgullo y la demencia». Como escribe Gaston Maugras, ambos filósofos llegaron a una enemistad tan feroz que nada pudo apaciguarla, y eso sin haberse visto nunca.[15]

Louis Bériot, en Un café con Voltaire (2017), imagina con gran acierto un encuentro ficticio entre ambos escritores, que acaba como el rosario de la aurora: «Así os lo había ya escrito, monsieur, no os aprecio en absoluto», le espeta un Rousseau trastornado, que

había ido a visitarlo. «Me habéis hecho los males que más dolor podían causarme. Me alejasteis de mis conciudadanos por el precio de los aplausos que os prodigué entre ellos. Hicisteis que mi estancia en mi país me resultara insoportable, y sois vos quien me hace morir en tierra extranjera, arrojado por todo honor a una cuneta, mientras que, vivo o muerto, todos los honores que un hombre puede esperar os acompañarán. Os odio; finalmente, vos lo habéis querido. ¡Pero os odio como a hombre todavía más digno de ser amado si lo hubierais querido!».[16]

Ni perdido en aquel rincón de los Alpes podía evitar hacerse nuevos y rabiosos enemigos. Le surgían por doquier, a veces de la manera más inesperada. Aunque ciertamente también se los buscaba, y jamás evitaba el envite. Aquel año de 1762, publicó la versión «oficial» de La doncella, pasando de los quince cantos de las ediciones piratas a veintiuno, cada uno de ellos precedido por un bello grabado atribuido a Hubert-François Bourguignon, alias Gravelot. El libro, publicado de manera anónima, y sin indicar el lugar de edición ni el nombre de los editores (se trataba de Ginebra y de los hermanos Cramer, sus editores más fieles), se abría con un prefacio firmado por «Don Apuleius Risorius, benedictino», texto evidentemente escrito por Voltaire, en el cual se indicaba que aquel poema era el auténtico y no el de las ediciones anteriores, horriblemente desfiguradas. Y eso sin desvelar en ningún momento el nombre del autor. También advertía, en una excusatio non petita, de que los célebres cuentos de La Fontaine eran mucho más inmorales que aquel poema, por lo que no había que alarmarse tanto ni montar tanto revuelo.

Aun así, La doncella fue condenada por la Iglesia católica, e incluida en el Índice el 20 de enero de 1767.[17] Pero dicha prohibición produjo una auténtica efervescencia de ediciones clandestinas, publicadas en París, Londres, Glasgow, e incluso en lugares ficticios como «Tabesterahn», «Conculix», «Aux Délices», «Buckingham» o «Corculia». Con editores clandestinos con nombres tan extravagantes como Pyr Mardechanburg, que adjudicaban la obra a un tal «Mr. De V-------». En este sentido, Voltaire estaba absolutamente anonadado por el éxito de su poema «anónimo» y

por la explosión de ediciones adulteradas. Algunas de ellas, como la edición publicada en Londres en 1775, con grabados obscenos sin firmar, pero atribuidos a Claude-Louis Desrais, eran abiertamente pornográficas. Esta edición, además, venía acompañada por unas notas apócrifas de M. de Morza, un pseudónimo suyo, utilizado en Las leyes de Minos. Los editores clandestinos se divertían a su costa, e incluso empleaban sus propias trampas y a veces llegaban hasta el extremo de publicar como apéndice la carta del poeta a la Academia Francesa y la respuesta sensata de Duclos. Cada edición aparecía con nuevas ilustraciones (Duplessis-Bertaux, Drake, Marillier…), y, a su vez, más escabrosas. Sin duda, es el libro más veces ilustrado de Voltaire. Además, se inventaban nuevos poemas (como una respuesta falsa del poeta contra La Beaumelle) o introducían un cuento como Apothéose du Roi Pétaut (1775), como si fuese también de su cosecha, imitando su estilo más socarrón. Todo aquello se le había ido de las manos. La doncella era un monstruo que campaba a sus anchas, comprometiéndolo constantemente, y dando origen a todo tipo de panfletos y exabruptos contra él.

Grabado erótico de La doncella, el irreverente poema de Voltaire sobre Juana de Arco, de una edición pirata y clandestina.

Como ya había pronosticado, era una bomba que lo destruiría. En Neuchâtel, se publicó un extraño libro titulado Confesión de Voltaire (1775), con el subtítulo «Traducido del español por M ***», y dedicado al rey de Prusia. En este panfleto, el pecador Voltaire reconocía todas sus faltas: «No he seguido con mis sarcasmos blasfemos más que la impresión del libertinaje y de la corrupción; he puesto al culpable y al inocente en la misma balanza; he enarbolado el estandarte de una incredulidad tan perjudicial para el estado como contrario al bien de la sociedad, como peligroso para la virtud. […] Demasiado inquieto para tener la verdad por guía, mi presunción, mi orgullo, un patético espíritu de parcialidad, fueron mis únicos oráculos». No parece casualidad que el anónimo autor de este texto dijera que se había traducido del español: para Voltaire y para los volterianos el país de Cervantes era la cuna del catolicismo más intransigente, la patria de la Inquisición. Como se indicaba en una nota introductoria: «El autor ha utilizado esta lengua por ser la más majestuosa para ofrecer a Dios la confesión de sus pecados e imperfecciones».[18]

Pero los problemas no solo le venían desde el sector de los fanáticos religiosos. También había tenido un importante encontronazo con Charles de Brosses, por una desagradable cuestión de dinero. De Brosses era presidente del Parlamento de Dijon, aficionado a la arqueología y autor de Historia de las navegaciones a tierras australes (1756), que le valió la admiración de Buffon, y de Cartas familiares escritas sobre Italia (1799), unos textos encantadores sobre el país vecino, que se publicó póstumamente. Era un hombre pagado de sí mismo y de su buen criterio, algo fanfarrón, de lengua rápida y ocurrente, algo que le hacía ganar fácilmente importantes enemigos, y bien conocido por su libertinaje («ese viejo lascivo disfrazado de Catón», escribe Gaxotte). Para su desgracia, Voltaire había alquilado durante un tiempo, después de largas negociaciones, su castillo de Tourney, con un contrato que se reservaba los derechos de explotación de los bosques. El poeta, haciendo caso omiso del contrato, mandó hacer leña en los bosques

y se vio obligado a pagar al presidente 281 libras… Por unas cargas de leña. Que seguramente eran mucho más que eso y el filósofo había hecho negocio a sus expensas. De Brosses escribía, desesperado: «¡Prefiero antes batirme con una pulga!». Voltaire no se lo perdonaría y pocos años después haría fracasar su candidatura a la Academia Francesa, como también había hecho fracasar la de su paisano Piron. Más tarde, de Brosses hizo todo lo posible para entorpecer los esfuerzos de Voltaire para aligerar de impuestos el país de Gex y beneficiar a los campesinos de aquellas pobres tierras. Donde las dan, las toman. Todo París se divirtió con aquellas querellas entre dos viejos cascarrabias que no tenían remedio.

CAPÍTULO XVII

CULTIVEMOS NUESTRO HUERTO

«El final de Cándido: “Cultivemos nuestro huerto”, es la mayor lección moral que exista», le escribió Gustave Flaubert a Edmond de Goncourt. En otra carta insistía: «El final de Cándido es para mí la prueba más llamativa de un genio de primer orden. La garra del león está marcada en esta conclusión tranquila, tonta como la vida». En contra de lo que algunos detractores volterianos han afirmado, no se trata de una sentencia de renuncia, o de egoísmo, sino tan solo de una advertencia sobre la necesidad de confiar tan solo en uno mismo, en el propio trabajo, en el fruto del esfuerzo. Tras deambular por medio mundo, tras ver la burda crueldad con la que millones de hombres se dejan degollar (que diría Micromegas), ora en Alemania, ora en América, ora en la India, el antaño cándido optimista —y ahora desengañado— concluye solipsistamente que tan solo cabe creer en uno mismo. La fórmula de Martín «Trabajemos sin razonar, es la única manera de hacer la vida soportable» también es volteriana, y nos remite a los viejos y queridos consejos de Mme du Châtelet. El trabajo es el mejor lenitivo contra este absurdo y enconado mundo; dediquémonos a él en cuerpo y alma, y seguro que atenuará nuestros sufrimientos en este valle de lágrimas. Y bajo esa proclama, Voltaire fundó Cartago. En diciembre de 1760, se instaló en el señorío de Ferney, en la tierra franca de Gex, una tierra de nadie entre Ginebra y Francia, y se convirtió en amo y señor, con súbditos bajo su protección. Quien fuera azote de la aristocracia se veía así convertido en noble (sin título, pero con vasallos), en una de sus características contradicciones, en uno de aquellos secundum quid que tanto han dado que hablar. Y, no obstante, ¡con qué ilusión llevó mejoras a aquellos pobres siervos del valle de Gex! ¡Cómo se preocupó por ellos, cómo los protegió, cómo les prestó dinero (sin intereses y en los momentos de mayor penuria)! De algún modo, el filósofo puso en práctica los ideales de las Luces y se transformó en un agricultor

empedernido, atento a las innovaciones, que experimentaba en los huertos de Ferney, en un pequeño trozo de tierra que tenía reservado para sus propias prácticas; en un ganadero, en un pequeño y aplicado empresario. Cuando lo visitaban, le gustaba presentarse como un pequeño agricultor, como recoge esta crónica de Saverio Bettinelli, un literato italiano, famoso en su país: «"¡Cómo!, exclamó, ¡un italiano, un jesuita, un Bettinelli! Es demasiado honor para mi pequeña choza. No soy más que un campesino, como bien podéis ver", añadió, enseñándome su bastón, que tenía una azada en un extremo y un rastrillo en el otro; "es con estas herramientas que planto mi trigo y mis lechugas, grano a grano; pero mi cosecha es más abundante que la que siembro en mis libros por el bien de la humanidad". Su singular y grotesca figura hizo sobre mí una impresión a la que no estaba preparado. Bajo un gorro de terciopelo negro que le descendía hasta los ojos, se veía una gran peluca que cubría las tres cuartas partes de su rostro; lo que volvía su nariz y su mentón aún más sobresalientes de lo que estaban en sus retratos…».[1]

«Mi cosecha es más abundante que la que siembro en mis libros por el bien de la humanidad», decía Voltaire a Bettinelli, que sería uno de los introductores de la Ilustración en Italia. Sin duda, era pura pose: sabía muy bien del alcance fabuloso de sus ideas. Pero, a decir verdad, el poeta hizo el bien cuanto pudo en Ferney: llevó el agua potable (la primera fuente del pueblo), fundó un colegio, creó una industria de relojes, crio gusanos de seda y construyó una fábrica de terciopelos (incluso contrató a un jardinero para que se encargara de las moreras necesarias para el cultivo de los gusanos de seda). Como indica René Pomeau,[2] uno de los motivos de comprar Ferney fue poder ayudar a aquellos pobres campesinos, que, durante una breve visita de paso, tanto lo habían impresionado en la rotundidad de su miseria, abandonados por todos y, a su vez, tiranizados por todos. Se trataba de poner en práctica las ideas que pregonaban los ilustrados.

Castillo de Voltaire en Ferney, donde el filósofo pasó casi veinte años de exilio.

Visitar el castillo de Ferney es una experiencia gratificante. Emplazado sobre una loma, aún lo rodean amplios campos donde pastan los rebaños y se conserva una forma de vida que el patriarca conoció y protegió. El castillo es noble, de dos alturas, con amplias terrazas que permiten divisar los impresionantes horizontes que cierran los Alpes y las montañas del Jura. Los jardines son agradables, con algunos de los árboles que plantó el propio Voltaire —muy aficionado a plantar árboles, hasta el extremo de transformarse en un «plantómano»—, con fuentes, paseos y parterres. Como dice Romain Rolland, es «el gran paisaje clásico de antes de Rousseau, de antes del romanticismo, de armonía plena y calma, con los acordes consonantes, finamente instrumentados, visión clara, dibujo neto, y razón voluptuosa…».[3] En este ambiente apartado de todo, Voltaire se sintió cómodo, se abandonó, y empezó a vestir de una manera informal. Si Jean-Jacques Rousseau —«el perro de Diógenes», como ahora lo llamaba el patriarca— vestía con un estrambótico atuendo de armenio, Voltaire abandonó la moda de Versalles, reutilizó viejos y deslucidos trajes, y se coronó con «un innoble gorro bermellón, que produce un efecto muy diferente al que deberíamos esperar de tal sujeto», como reportó otro

escandalizado viajero.[4] Es el Voltaire vivo y siempre alegre que fijó el pintor Jean Huber en sus numerosos óleos, y que Garry Apgar ha estudiado en un bello libro.[5] La emperatriz Catalina II había pedido al artista suizo un conjunto de pinturas costumbristas sobre la vida del filósofo y Huber realizó un trabajo impresionante, fijando para la posteridad la actividad del escritor en aquellos lares montañosos. Y así, la leyenda fue cobrando forma: Voltaire cultivaba su huerto, ponía en práctica los ideales de las Luces, escribía teatro, dictaba su inmensa correspondencia, ensayaba nuevos métodos de cultivo, pedía favores para sus pobres campesinos, plantaba sus árboles, recibía viajeros (entre ellos, «tres o cuatrocientos ingleses»), financiaba una fábrica de relojes... Poco a poco, a pesar de su aislamiento, Ferney devino uno de los lugares más fascinantes de Europa y el símbolo de la philosophie del siglo.[6] Le Roi Voltaire —como será llamado por el rimbombante Arsène Houssaye— reinaba en sus tierras: la marquesa du Deffand se lo confirmaba con clarividencia: «Habéis sido deificado en vida y Ferney es el templo al que acuden desde todos los rincones del universo a homenajearos».[7] El propio patriarca así se lo acabó creyendo, y en la pequeña iglesia adyacente al castillo, tras su restauración, hizo poner la siguiente inscripción: «Deo erexit Voltaire». («Elevada para Dios por Voltaire»). De rey a rey, de Dios a Dios. El deísta Voltaire solo trataba con Dios.

En realidad, Voltaire con esta iglesia no solo mostraba su deísmo (en un principio barajó poner la incripción «Deo soli»), sino también su poder. Para ello, invirtió una pequeña fortuna en su construcción, adquirió un gran Cristo dorado, e hizo las gestiones para que incluso contuviese una reliquia enviada desde Roma: un trozo del cilicio de san Francisco de Asís, a la sazón, patrón del señor del lugar. Con todo ello deseaba tener su propio templo, su propio crucifijo, su propio culto, su propia reliquia. Y no solamente para guardar las apariencias; en el fondo, todo aquello le divertía, ser señor feudal y actuar a su antojo.

Y, a pesar de todo, el exilio resultó particularmente fecundo. Voltaire era informado de cuanto acontecía en París y Francia; sus constantes visitantes le transmitían todos los sucesos europeos, y con la correspondencia, que cada mañana dictaba a su fiel secretario Jean-Louis Wagnière, conseguía intervenir e influir en «la

opinión pública». Habermas ha mantenido en una de sus tesis que el nacimiento de la opinión pública ilustrada, por un lado, estuvo ligado a la formación de un espacio público burgués, y, por otro, fue paralelo a la afirmación del capitalismo.[8] Voltaire, desde su autonomía económica y su conseguido bienestar burgués, se podía permitir aquel combate ideológico, con mayor libertad que de estar al servicio de cualquier monarca; deseaba que «esa gente que está tan orgullosa de sí misma viajase un poco y escuchase lo que dicen de ellos por Europa». Y, en este sentido, el patriarca les facilitaba el trabajo divulgando lo que pensaba de aquellos sujetos tan ridículos y pagados de su persona: su correspondencia con la emperatriz de Rusia, con el rey de Prusia, con el rey de Polonia, con el rey de Dinamarca, con el landgrave de Hesse, con la duquesa de Saxe-Gotha, con la princesa de Nassau-Sarrebruck, con la margrave de Bade, con la princesa de Darmstadt, con altos dignatarios de la república de Berna, y con todo aquel que tuviese un cierto peso en el mundo de las Luces, lo convertía en un temible adversario para el más poderoso de los mortales.

Pero, aun así, o quizá por ello, los ataques contra los philosophes no cesaban. Y no solo desde el partido de la Iglesia. El mismo año de su establecimiento en su nuevo refugio de Ferney, Charles Palissot había representado en el Théatre-Français la obra Les philosophes, calcada de Las mujeres sabias de Molière, y una crítica feroz contra los ilustrados, en especial contra Diderot, Rousseau y Helvétius. La obra había sido un gran éxito y todo París hablaba de ella. Malesherbes y Morellet acudieron a la segunda representación y salieron desanimados, no solo por la manera soez en la que se ridiculizaba a los philosophes, sino muy especialmente por el fervor y regocijo que dichas burlas movían en el populacho, que aplaudió a rabiar. Daniel Delafarge, en La vie et l'oeuvre de Palissot (1971), indica que el éxito se debió a la oportunidad de la obra, y que si esta, además de ser una cruel sátira, hubiese tenido un mínimo de calidad literaria, entonces el éxito se habría vuelto prodigioso.[9] Así pues, aunque dista mucho de ser una obra maestra, el argumento es divertido y muy molieresco: Cidalisa, una dama de la alta sociedad que se las da de filósofa, expulsa de su salón a todos sus amigos para poder dedicarse únicamente a sus estudios preferidos, en compañía de tres filósofos: Dortidio, Teofrasto y Valerio. Estos son, en realidad, tres pillos consumados que, con la excusa de la

filosofía, han hallado la manera de vivir a costa de la incauta dama. Y así, la pobre Cidalisa va perdiendo el sentido común; instigada por los tres compadres, se le ha metido en la cabeza escribir un libro, y, a su vez, se ha propuesto casar a su hija Rosalía con Valerio, que es el más bribón de los tres, rompiendo su noviazgo con Damis, oficial que la ama y que es correspondido por ella. Ante este peligro, los dos jóvenes, ayudados por la camarera de Rosalía, Marta, y por Crispín, criado de Damis, concertan un plan secreto. Los conspirados consiguen interceptar una carta en la que Valerio se burla de su futura suegra. Crispín se la lee audazmente a la desolada Cidalisa, y ella manda a paseo a los filósofos, que se van a buscar fortuna a otra parte. Y Rosalía finalmente se casa con su fiel amado Damis.

Las alusiones estaban claras: Dortidio era Diderot (un burdo anagrama de su nombre), y mantenía afirmaciones inmorales y burlescas, e incluso citaba fragmentos directos de la Enciclopedia. Y el tal Crispín, que aparecía en escena caminando a cuatro patas, no podía ser otro que Rousseau. Los versos que recitaba en la escena tercera del tercer acto provocaron la hilaridad del público:

Señora, no tiene nada de qué preocuparse.

Ya no me conformo con opiniones,

Y este es el feliz fruto de mis reflexiones.

Para la Filosofía un gusto al que todo cede,

Me hizo elegir el estado cuadrúpedo a propósito:

Sobre estos cuatro pilares se apoya mejor mi cuerpo,

Y veo menos tontos haciéndome daño en los ojos.

Y, más adelante, Crispín explicó su «sistema»:

Al civilizarnos, todo lo hemos perdido,

Salud, felicidad, virtud incluso.

Por tanto, me limito a la vida animal;

Ya ve mi cocina, es sencilla y frugal.[10]

Voltaire había protegido a Palissot, que unos meses antes había pasado una semana en Les Délices. Era un hombre algo retraído, de larga nariz y ojos pequeños, mentón corto y labios estrechos: un rostro de musaraña. A Voltaire, descubrir a Rousseau a cuatro patas lo había divertido, pero, por otro, lado presentía la traición que significaba no desautorizar a su protegido. El poeta se sintió incómodo, y temió que los philosophes creyesen que había animado a su pupilo a aquella vendetta antirrousseauniana. Algo que no era en absoluto descabellado. Palissot le escribió diciendo que El padre de familia de Diderot era una bazofia, para nada comparable a la luz y belleza que desprendían sus obras. De alguna manera, intentaba atraer hacia él la figura del escritor, como si este estuviese al margen del movimiento filosófico. Como si Voltaire no fuese un ultra, para nada comparable a los ateos materialistas amigos de Diderot. Entre ellos, Helvétius, autor de Del espíritu (1758), libro que había sido quemado en la plaza pública por orden de Luis XV, por su intolerable materialismo.

Más adelante, Palissot volvería a la carga con La guerra de los idiotas (1769), donde los necios son los enciclopedistas, y también con El hombre peligroso (1770), donde aparecía Diderot transformado en Tartufo. Asimismo, con el periodista Fréron, acusó a Diderot de plagiario, y de haber tomado las ideas de sus obras del teatro de Goldoni: El hijo natural estaría pillado de Il vero Amico, y El padre de familia, de Il padre di famiglia. Pero el propio Goldoni, que asistió a una actuación en París, negó tal extremo, como reconocía en sus memorias. Diderot, por su parte, se vengaría de Palissot y sus amigos en El sobrino de Rameau (1821), ridiculizándolo, diciendo que en el mejor de los casos este «solo será un buen escolar», y tratándolo de ingrato, puesto que Helvétius, al que tanto criticaba en la obra y mostraba como un «malhonnête homme», le había prestado dinero y sacado de un apuro económico.[11]

Por otra parte, Palissot era amigo del periodista Fréron, con el que Voltaire había tenido fuertes encontronazos, hasta convertirse en uno de sus enemigos más implacables. El director de L'Année littéraire utilizaba su publicación para atacar al poeta, acusándolo de todas las maneras posibles: de mal versificador, de plagiario, de «inclemente» (por sus descalificaciones de Jean-Marie Clément, otro detractor volteriano), de mil turpitudes. Voltaire le dedicaría una obra de teatro, titulada El café o La escocesa (1760), donde se mofaba abiertamente del periodista de L'âne littéraire [El asno literario], y un año después un panfleto demoledor, de doce páginas, titulado Anécdotas sobre Fréron escritas por un hombre de letras, y donde recogía todo tipo de rumores sobre el periodista, como que habría cometido robos y sacrilegios durante su tiempo como jesuita. Y la verdad es que Élie Fréron era un periodista brillante, con una pluma muy afilada y uno de los creadores de la crítica moderna. Los grabados que se conservan de él muestran a un hombre elegante y seguro de sí mismo. Su prosa también lo es, cultivada y sutil: ejerció un periodismo valiente, «campeón de la lucha anti-filosófica», lo llama Didier Masseau.[12] Y del mismo modo que años antes había hecho con Desfontaines, Voltaire utilizaba el panfleto para desacreditar a sus peores enemigos. Y de paso envió unos versitos a sus amigos, para que los hiciesen correr por París:[13]

El otro día, en el fondo de un valle,

Una serpiente mordió a Jean Fréron.

Qué creéis que pasó

Fue la serpiente la que murió.[14]

Pero, ciertamente, los philosophes se batían en retirada. A toda esta ofensiva contra el clan filosófico había que sumar varios ataques anteriores, que habían preparado el éxito a la obra de Palissot. El 1 de octubre de 1757 se había publicado en el Mercure de France, el segundo periódico más importante de Francia, con cerca de dos mil abonados, un texto anónimo titulado Memoria para servir a la

historia de los cacouacs. Se trataba de una sátira contra el partido filosófico. Aunque no se atacaba de manera directa a Voltaire, con el término cacouac se buscaba interpelar grosso modo a los malvados (la palabra cacouac combina el adjetivo griego kakos —malvado— y el francés couac —cobarde—). Evidentemente, estos cobardes malvados eran los enciclopedistas, presentados como un pueblo atroz, vil y venenoso. El autor era Jacob Moreau, literato del partido devoto y fiero adversario de los philosophes. El inicio del panfleto era divertido y ocurrente: «Hacia cuarenta y ocho grados de latitud septentrional, se ha descubierto de nuevo una nación de salvajes, más feroz y temible que las del Caribe lo hayan sido nunca. Se les llama Cacouacs…». La «guerra de los cacouacs», como así se empezó a conocer, fue un ataque directo a la línea de flotación de la tribu enciclopedista. El panfleto describía a los cacouacs como salvajes, que detestaban todo tipo de virtud, haciendo daño solo por el placer de hacerlo, y lanzando cobardemente desde lejos «un veneno oculto bajo su lengua: a cada palabra que arrojan, incluso en el tono más jocoso, ese veneno se lanza, se escapa y se extiende a lo lejos».[15] Y proseguía con la parodia: «Con la ayuda de la magia que cultivan cuidadosamente, tienen el arte de lanzarlo a cualquier distancia. Como no son menos cobardes que malvados, solo atacan de cara a aquellos de quienes creen no tener nada que temer; la mayoría de las veces arrojan su veneno por detrás. Entre los desdichados que se ven afectados, hay algunos que perecen repentinamente; otros conservan la vida, pero sus heridas son incurables y nunca sanan; todo el arte de la medicina no puede hacer nada contra ellos: además, a menudo se cree que son naturales. Quienes son golpeados por ellos se convierten en objeto de horror, de desprecio y, las más de las veces, de una burla no menos cruel: todos huyen de ellos; sus mejores amigos se sonrojan al conocerlos y salir en su defensa». El éxito de este texto fue tal que en poco tiempo surgió una Nueva memoria para servir a la historia de los cacouacs y en 1758 se publicó el Catecismo para el uso de los cacouacs, supuestamente impreso en Cacopolis… Era la guerra.

CAPÍTULO XVIII

EL DICCIONARIO DIABÓLICO

Voltaire debió de sentirse a salvo en Ferney, lejos de todos aquellos ataques renovados, de aquella violenta y surrealista ofensiva de los cacouacs, de los insultos de Palissot. Aunque no se le interpelaba directamente (algo que sí que ocurría con Diderot y otros enciclopedistas), sí que se aludía a un «patriarca de los cacouacs», sumo pontífice de aquella raza de salvajes, que recibía a un nuevo acólito… De alguna manera, se sugería que los enciclopedistas querían sustituir el catecismo por su propia liturgia materialista, impía, cívica y republicana. Afortunadamente, el poeta podía escribir libremente, dado que no dependía ni de Ginebra ni de Francia, y se retiró en su estudio. Y así, el patriarca de Ferney se sintió a gusto, ejerciendo su libertad, tanto intelectual como económica. Hasta el extremo de escribirle a Mme du Deffand: «Existe un placer preferible a todos: es el de ver reverdecer las vastas praderas y ver crecer bellas cosechas. Es la verdadera vida del hombre. Todo el resto es ilusión».[1] El filósofo estaba orgulloso de sus tierras, de las que decía abastecerse totalmente: el pan, que se elaboraba con su trigo, el vino, procedente de sus viñedos, los terneros, que pastaban en sus prados… «No soy más que un campesino», decía modestamente a los visitantes, mientras les mostraba sus campos y sus granjas. Fernand Caussy comenta que su celo y su asombro eran los del neófito, pero ante los parisinos aquel Voltaire entregado a sus tierras y a sus campesinos, que se ponía por encima de Abraham y Jacob, se había ganado con toda justicia el título de patriarca de Ferney.[2]

Voltaire se sentía querido, y, a pesar del exilio, siempre se sentía acompañado. Todo lo contrario a Maupertuis, muerto en Basilea el 27 de julio de 1759, abandonado y más solo que la una. Los ataques de Voltaire le habían perseguido incansablemente, y su nombre se asociaba a ideas extravagantes, como no pagar a médicos que no

sanasen, o hacer un agujero hasta el centro de la Tierra. Además, Diderot había escrito con admiración que su sistema filosófico ponía en peligro los fundamentos básicos de la religión, por lo que también había recibido ataques de los sectores más reaccionarios. Maupertuis murió fustigado desde todos aquellos frentes. En vano, Federico II le dedicaba versos, de lo más elocuentes, intentando consolarlo:

Oh Maupertuis, querido Maupertuis

¡Qué poca cosa es nuestra vida!

Esta flor que brilla hoy,

Mañana se marchita apenas florida...[3]

Nuestra vida es poca cosa, le escribía el monarca prusiano. Tiene mérito esta reflexión, viniendo de uno de los hombres más poderosos del mundo. ¿Qué sería, pues, la vida de sus campesinos, o la de sus soldados, destrozados en el campo de batalla? En cualquier caso, Maupertuis murió olvidado por todos: sus ideas se ridiculizaron y ocultaron al gran científico que fue. Pasó a la posteridad como un sabio algo mochales. Por el contrario, Voltaire pareció rejuvenecer en aquellas tierras recoletas. Su actividad era desbordante, vivaz, indoblegable. En 1760, había recogido a Marie-Françoise Corneille, nieta de un primo del gran escritor, y que malvivía en la miseria. Voltaire se encaprichó de ella, y se propuso proporcionarle un futuro digno. Para ello, decidió reeditar las obras de teatro de Corneille, acompañadas con un comentario suyo, y con la ayuda de sus editores ginebrinos llevó a cabo una vasta campaña de suscripción: en 1764 consiguió que hubiese 1.176 personas que se habían suscrito, con 4.009 ejemplares encargados. Todo ello reportó pingües beneficios que recayeron en parte en Mademoiselle Corneille, que recibió 40.000 libras para su dote. ¿Por qué lo hizo? Sin duda, por admiración al autor de El Cid o Medea. Pero también como una nueva lección a Francia, que permitía que alguien que llevaba la sangre del gran escritor malviviese en la más absoluta

pobreza.

Y, a pesar de aquel gesto tan noble, Voltaire no pudo reprimir su carácter travieso, e introdujo en los comentarios críticos observaciones en las que Corneille no salía demasiado bien parado. Señaló errores gramaticales, solecismos, pensamientos en exceso atrevidos, razonamientos capciosos, amores insípidos… Los fanáticos de Corneille se rebelaron en masa, y el poeta se defendió introduciendo en la segunda edición un mayor número de comentarios denigratorios, en ocasiones de una sorprendente mala fe. ¿Por qué lo hizo?, cabe preguntarse de nuevo. ¿No se trataba de homenajear al gran Corneille? Era su naturaleza: una vez conseguido su objetivo de dotar a la descendiente de Corneille, a quien llegó a considerar su hija adoptiva, se sintió libre para decir lo que de verdad pensaba de este escritor (por ejemplo, que ninguna de sus obras era perfecta y que ¡solo cinco se podían leer!). Y que, en el fondo, prefería a Racine, a quien consideraba el verdadero heredero de la tradición clásica. Incluso Condorcet, en la Vida de Voltaire, reconocía que quizás el poeta había ido demasiado lejos: «Una multitud de literatos le recriminó haber querido envilecer a Corneille por una baja envidia, mientras que, por todos lados, en el comentario, parece buscar la ocasión para propagar su admiración por Racine, rival peligroso, que no ha superado más que en algunos momentos del arte trágico, y que en la cima de su gloria pudo haber envidiado "su perfección desesperante"».[4]

Es cierto, Voltaire nunca superó a Racine: la armonía de sus versos, la naturalidad con que fluyen, su musicalidad, su proverbial elegancia que disimulaba los defectos. El poeta se sabía de memoria todo Racine. En su estilo, era insuperable. Con todo, ayudar a la nieta de Corneille significó para él un gran triunfo, y al duque de Bouillon le escribía:

A los pies de mis roquedos, en las hondonadas de mis valles,
¿Podría añorar las orillas del Sena?

La hija de Corneille atiende mis lecciones.[5]

En cambio, la prosa de Voltaire era algo totalmente nuevo y fresco. En 1764, se publicó la primera edición del Diccionario filosófico portátil, de manera anónima y falseando el lugar de edición: Londres por Ginebra. Al poco salió otra edición clandestina, también falsificando el lugar de impresión, Londres por Aviñón. Las dos eran muy modestas, puras letras de batalla. En realidad, Voltaire atribuyó ese diccionario anónimo «a un joven bastante instruido llamado Dubut… un aprendiz de cura que ha renunciado a su oficio». Esto era muy propio de él, que seguía su propio precepto de «Frappez, et cachez votre main». Las reacciones fueron inmediatas y contundentes. El magistrado Omer Joly de Fleury, que había dicho que no moriría tranquilo hasta que no hubiese colgado a algún filósofo, escribía en su requisitorio: «Misterios, dogmas, moral, disciplina, culto, verdad de la religión, autoridad divina y humana, todo está cuestionado bajo la pluma sacrílega de este autor».[6] Voltaire, furioso, se defendía diciendo que el magistrado no era «ni Homère, ni joli, ni fleuri». Aun así, estaba muy satisfecho del resultado final y advertía en el prefacio de que «este libro no exige una lectura seguida; pero en cualquier lugar por el que se abra, se encontrará de qué reflexionar». De qué reflexionar contra la religión y contra la Biblia, contra los dogmas absurdos, contra el pueblo elegido, contra la Iglesia, contra los fanáticos… Como había anunciado reiteradas veces, aquel libro olía a escándalo, y tenía razón. Al poco fue conocido, en los ambientes más religiosos, como «el diccionario de Satán», y también como «una abominación alfabética». El peligro, en realidad, no venía de sus ataques renovados a la religión, sino más bien del hecho de que animaba a los lectores a pensar por ellos mismos. Algo demasiado peligroso: el libro fue desgarrado y quemado en la plaza pública en Ginebra el 26 de septiembre de 1764, condenado por el Parlamento de París el 19 marzo de 1765 y por decreto de la corte de Roma el 8 julio de ese mismo año. Voltaire, inquieto, escribía: «No vivo para nada en Francia, no tengo nada en Francia que me puedan arrebatar, tengo un pequeño fondo para los tiempos de tormenta. Repito que el parlamento no puede hacer nada sobre mi fortuna, ni sobre mi persona ni sobre mi alma, y añado que tengo la verdad conmigo». Y reincidía en su deseo de combatir la tiranía: «Ved aquí el tiempo en que mi sangre bulle, ved aquí el momento de hacer algo. Hay que afanarse, la edad apremia. No hay ni un momento que perder».[7] Desde Ferney, quería cambiar el mundo.

Pero en Ferney también hallamos un Voltaire profundamente humano, muy familiar. A aquel ambiente doméstico contribuía la presencia del padre Adam, un exjesuita que durante más de doce años acompañó al escritor en su destierro, y con el que jugaba al ajedrez, como reporta James Boswell en un divertido episodio.[8] El padre Adam administraba el culto de la iglesia del castillo de Ferney, hasta que las presiones de las autoridades eclesiásticas le obligaron a renunciar, primero a confesar (1765), y después a decir misa (1768). De nada le sirvió la carta dirigida a monseñor Biord, en la que el sacerdote aseguraba: «[...] mi religión aquí no corre ningún peligro. Soy tan libre en el cumplimiento de mis obligaciones como en cualquiera de nuestras casas». Pero que el autor de La doncella o del diccionario diabólico tuviese en su casa a un párroco oficiando misa en su pequeña parroquia era algo que inquietaba de manera insoportable al statu quo religioso. Así pues, el padre Adam hacía cuanto podía por conllevar aquella situación tan embarazosa y se defendía de los ataques diciendo que rezaba todos los días por la conversión del viejo pecador. Aunque parece que el jesuita acabó descubriendo las bondades de la philosophie. Voltaire se encargó de enseñársela personalmente y también de darle lecciones de inglés, hasta el punto de que lo aprendió tan bien que al poco impartía lecciones a Mme Denis. Al final, acabó corrigiendo pruebas de imprenta de su benefactor, y Voltaire escribió a Damilaville, triunfante: «Es uno de los nuestros».

La última cena (c.1772) de Jean Huber, con Voltaire rodeado por sus fieles amigos enciclopedistas, entre los que reconocemos a d'Alembert, Diderot, Saint-Lambert, Marmontel, Condorcet... También está el padre Adam, de negro y con sombrero, que contrasta con el gorro bermellón del filósofo.

Jean Huber realizaba estas siluetas con la ayuda de unas tijeras muy afiladas y con una maravillosa capacidad para captar el gesto de sus personajes. (Jean Huber, Voltaire à Ferney, c. 1760).

Como escribe André Magnan, soñamos con unas memorias del padre Adam, contando aquella intimidad compartida con el poeta, durante tantos años. Las bromas que se gastaban (Voltaire decía de él que «no era el primero de los hombres»), las discusiones, las dudas, el gusto del religioso «por la vida material». Jean Huber pintó muchas de aquellas escenas costumbristas, y entre ellas a Voltaire jugando al ajedrez con el sacerdote. Este, tranquilo, vestido solemnemente, está a punto de mover alguna pieza, mientras que el poeta se inclina sobre el tablero, la cabeza gacha, coronada por su gorro bermellón: todo indica que el padre va a ganarle la partida. Y Voltaire aceptaba muy mal la derrota… El juego era seguido por dos visitantes, a buen seguro ingleses, que sonreían, divertidos, presagiando la tormenta que estaba a punto de estallar. Jean Huber pintó muchas otras escenas de la vida del escritor en Ferney: visitando sus caballos, plantando árboles, hablando con los campesinos, recibiendo a los visitantes, tomando clases de

equitación, actuando en el escenario del pequeño teatro, bebiendo una taza de chocolate que le sirve su bella doncella Agathe; hay en cada uno de aquellos cuadros una veracidad que los hace encantadores. Incluso cuando se inventaba el acontecimiento, como en La Santa Cena de Voltaire, en la cual aparece el patriarca —con su gorro bermellón encasquetado— rodeado por sus discípulos (Saint-Lambert, Diderot, d'Alembert, Grimm, La Harpe…), la escena es tierna y divertida. O cuando directamente recortaba siluetas de Voltaire y sus amigos (a veces con las manos en la espalda), estas son asombrosamente parecidas y emotivas.También lo pintaría Béat de Hennezel, un diletante de una buena familia de la Lorena, durante el transcurso de una breve visita. Además de ser un buen artista, tenía buena pluma, y dejó este comentario en uno de sus cuadernos de viaje: «Mientras yo me debatía con su fisionomía, [Voltaire] me decía, entretanto jugaba al ajedrez, "os agradezco, señor, de que queráis pintar una sombra, un esqueleto. Los Boufflers, los Huberts, lo Belprés también han querido fijar mi figura y cuanto más la vilipendiaban más decían: ¡Ah! ¡Es Voltaire!"».[9]

Es la consumación del volterianismo, término que acuñó Grimm —o al menos lo divulgó, pues Desfontaines ya lo había utilizado con propósitos distintos— en su revista manuscrita Correspondance littéraire:

Que al fin en Europa el feliz volterianismo

De todo buen espíritu sea el catecismo.

CAPÍTULO XIX

EL DERECHO DE LOS TIGRES

Los versos de Grimm provienen de un poema del propio Voltaire, de su Epístola al autor del Libro de los tres impostores (1770), pero donde se podía leer, en lugar de feliz volterianismo, feliz tolerantismo. El cambio que se operó en la mente del filósofo durante estos años lo hizo mucho más sensible a las injusticias sociales, pero desde las Cartas filosóficas el término tolerancia fue unido a su causa favorita de Aplastad al infame. Desde joven, Voltaire se manifestó convencido de la necesidad de relativizar los dogmas, que dividían y destruían a los hombres. Había combatido el dogmatismo religioso en el Examen importante de milord Bolingbroke o la tumba del fanatismo (1736), y en diferentes entradas del Diccionario filosófico (en los artículos «Concilios», «Dogmas», «Tolerancia»). En el Poema sobre la ley natural (1756), había ridiculizado la crueldad e hipocresía del clero, asociado al instrumento represor del Estado: «Un dulce inquisidor, crucifijo en mano, / Al fuego, por caridad, echa a su hermano». Pero, quizá desde su trance de Prusia, cualquier forma de violencia evocaba y removía en él la necesidad de la tolerancia, como mayor bien de la humanidad. «¿Qué es la Tolerancia? —escribía en el Diccionario filosófico—. Es la prerrogativa de la humanidad. Todos los hombres estamos llenos de debilidad y de errores y debemos perdonarnos recíprocamente».[1] Lo que nos separa de las bestias es la capacidad de perdonar, o al menos de no responder con violencia, el uso de la razón y de la misericordia.

La detención de la familia Calas, su tortura y posterior condena a muerte lo apenaron y enfurecieron sobremanera. Ian Davidson, en Voltaire in exile,[2] ha reconstruido con precisión todo el proceso. Jean Calas era un próspero comerciante textil, que vivía con su esposa en Toulouse, posiblemente la ciudad más clerical de Francia. Eran protestantes, pero Louis, su tercer hijo, se había convertido al

catolicismo, y había abandonado el núcleo familiar. La noche del 13 de octubre de 1761, después de cenar, la familia Calas encontró en la tienda del comercio de telas el cuerpo sin vida de su hijo mayor, de nombre Marc-Antoine. Cuando los médicos lo inspeccionaron, descubrieron que su corbata ocultaba marcas de estrangulamiento. Después de tres días de interrogatorio, la familia admitió que su hijo se había ahorcado, y que lo habían ocultado para así evitar que tuviera que sufrir el trato de los suicidas (ser arrastrado por un caballo por la ciudad hasta quedar completamente desfigurado y lanzado al basurero). El magistrado que instruyó el caso, David de Beaudrigue, escuchó la versión de la familia Calas y también atendió a algunos insidiosos comentarios de los vecinos. Finalmente, dejándose influenciar por el ambiente antiprotestante de Toulouse, el magistrado acusó a la familia Calas de haber asesinado a su hijo para evitar su conversión al catolicismo. Davidson comenta que actualmente una conclusión así nos parecería disparatada, y que muy seguros tendríamos que estar de dicho filicidio para atrevernos a avanzar por un camino tan escabroso. Pero Beaudrigue desatendió las dudas más razonables —entre ellas que otro hijo ya se había convertido sin haber sido asesinado por ello—, e inició el proceso contra toda la familia. Al mismo tiempo, se consideró a Marc-Antoine un mártir y se organizó en su honor un funeral aparatoso, con el féretro acompañado por 46 monjes, y por una solemne procesión de los Penitentes Blancos.

Todo ello contribuyó a crear en la ciudad de Toulouse un clima de histeria colectiva, y a reforzar la culpabilidad de la familia Calas. El historiador norteamericano David Bien justifica aquel estado de psicosis por las dificultades de la guerra de los Siete Años, la carestía de la vida y el temor de un desembarco de las tropas inglesas en las costas del Languedoc.[3] En cualquier caso, la justicia decidió que Jean Calas y su otro hijo, Pierre, debían ser torturados en la rueda, y despedazados vivos, y la madre, ahorcada. El juez concluía que este castigo era una reparación debida a la religión, por la conversión de su hijo, que seguramente (vraisemblablement) había sido la causa de su muerte. Al final, la máxima sentencia se aplicó tan solo al padre, y su hijo fue expulsado del reino, y sus dos hijas, Nanette y Rose, fueron encerradas por una lettre de cachet en sendos conventos parisinos. El 9 de marzo de 1762, sometieron al pobre Jean Calas al potro, le aplicaron el suplicio del agua, lo

expusieron encadenado frente a la catedral, le rompieron los huesos con una barra de hierro y, por último, lo ahorcaron y quemaron su cuerpo en la plaza pública. Este sufrió todo el martirio con entereza y nunca confesó ser el asesino de su hijo.

Voltaire fue informado de la «horrible aventura» por un viajero de paso por Ferney. Al principio se mostró escéptico: tanto le desagradaban los protestantes como los católicos. El Gobierno de Luis XV, como antes el de Luis XIV, había sido siempre represor de los hugonotes, y entre 1717 y 1774 más de diez mil personas sufrieron persecución por su fe religiosa. Y quince pastores protestantes habían sido ahorcados. Pero, en este caso, Voltaire se escandalizó de la falta de pruebas con la que habían condenado «al buen hugonote» y empezó a recabar información. En su correspondencia empezó a divulgar el infortunio de aquella familia y a pedir ayuda a sus amigos para aquella pobre viuda y sus hijos desamparados («si a pesar de todo esa mujer tuviese alguna cosa que reprocharse —le escribía a d'Argental, su gran amigo, con quien intercambió más de mil cartas—, que la quemen, pero si como lo creo es la más virtuosa y desgraciada del mundo, en nombre del género humano protegedla»).[4] Poco a poco, Voltaire se fue transformando en el bienhechor de aquella familia perdida y olvidada, y durante tres años vivió absolutamente obsesionado por todo el proceso.[5] La maquinaria de guerra volteriana se puso en marcha para la reparación de una injusticia, sufrida por una familia desconocida, y, en definitiva, de un intolerable abuso del Estado contra uno de sus súbditos. Y, finalmente, consiguió que se reabriese el proceso, y el 9 de marzo de 1765 los magistrados de la Corte real restablecieron todos los derechos de la viuda y rehabilitaron la memoria de su difunto marido. Asimismo, se indemnizó a la familia.

A los filósofos les sorprendió aquel acto de valentía, aquella lucha tan desinteresada, que conllevaba importantes riesgos —amén de una notable inversión de tiempo. Algún historiador ha recalcado como Voltaire anteriormente había rehuido ese tipo de affaires (con el pastor protestante Rochette, por ejemplo, ejecutado el 19 febrero de 1762, también en Toulouse). Diderot le escribía a su amiga Sophie Volland, en una de esas cartas tan profundas que conforman uno de los libros más bellos del autor: «Es Voltaire quien ha escrito

a favor de la pobre familia. ¡Oh, amiga mía! ¡Qué maravilloso despliegue de la inteligencia! Este hombre debe tener alma, después de todo, una sensibilidad que se subleva ante la injusticia y que se siente atraída por la virtud. Porque… ¿quiénes son los Calas para él? ¿Por qué tendría que interesarse? ¿Por qué habría de interrumpir el trabajo que ama para salir en su defensa? Si existiera Cristo, os aseguro que Voltaire será salvado».[6]

Si existiese Cristo, os aseguro que será salvado. Al defensor de los Calas esta jaculatoria le habría divertido y le habría compensado tanto sacrificio desinteresado, sobre todo viniendo de Platón-Diderot, como lo acostumbraba a llamar, y con el cual, contra lo que pudiera parecer, no tenía unas relaciones demasiado fluidas. Voltaire censuraba su materialismo y ateísmo, y Diderot lo consideraba un entrometido, un intrigante, «el niño malicioso y extraordinario de Les Délices, el ilustre bandolero del lago».[7] No había ido a visitarlo a Ferney, a pesar de las diferentes invitaciones que había recibido del filósofo de los Alpes. En una carta de 1776, Voltaire aún le escribía, esperanzado, aludiendo a la visita que había hecho Diderot a Catalina II: «Si alguna vez volvéis a Rusia, permitíos pasar por mi tumba». ¡Como si Ferney estuviese de paso de San Petersburgo!

Diderot, como Voltaire, había pasado un año entero en prisión, en su caso en Vincennes, acusado de haber escrito la Carta sobre los ciegos (y también de ser el autor de una obra erótica titulada Los dijes indiscretos, un auténtico disparate literario) y había quedado traumatizado por aquel periodo. Eso lo hacía actuar con mucha prudencia, no fuese el caso de que volviese a encontrarse entre rejas. Pero la pregunta del director de la Enciclopedia no es baladí, máxime porque, al decir de Philipp Blom, tras estas líneas parece haber una nota de pesar por no haber sido él quien hubiera saltado en la defensa de un acusado injustamente. De nuevo, Voltaire lo había superado en valentía.

En definitiva, es lícito preguntarse por qué Voltaire se interesó por los Calas. Creo que no se ha remarcado suficientemente el antes y el después que significó este proceso, y cómo el patriarca de Ferney —con su imparable capacidad de persuasión y arrebato— contribuyó a evitar nuevos atropellos; fue él quien descubrió a la opinión

pública lo repugnante, lo siniestro y grotesco de aquel proceso: no es tan solo algo injusto, sino algo impropio del hombre dieciochesco, algo que avergüenza su siglo. El filósofo abrió los ojos de su sociedad ante una justicia anacrónica, y la sociedad quedó atónita ante lo que descubrió: las más horribles y atroces amputaciones y despellejamientos. Voltaire insistió tercamente hasta que se produjo el triunfo de la razón en tiempos irracionales (que diría Blom), hasta que la sociedad tomó cruda conciencia y, finalmente, se organizó una suscripción nacional a favor de la viuda del ejecutado, en la que contribuyó el propio rey.

Ese triunfo vino, además, refrendado por el informe de Antoine Louis, un importante y respetado médico, colaborador de la Enciclopedia, que en abril de 1763 presentó la Mémoire sur une question anatomique relative à la jurisprudence, en la que se establecían los principios para distinguir durante la inspección de un cuerpo ahorcado el signo de suicidio de aquellos que habían sido asesinados. El informe demostraba que los ahorcados no morían por falta de respiración, sino más bien por la compresión asfixiante de la vena yugular, explicando así que Marc-Antoine Calas pudo haberse suicidado y que, por tanto, no hubo tal filicidio.

En definitiva, fue el triunfo de lo bello frente a lo siniestro, la victoria de la luz del Renacimiento y de la Ilustración frente al periodo de oscuridad y de ausencia de la Edad Media. «Hay horribles desgracias de las que nos lamentamos un momento para olvidarlas inmediatamente», escribía al cardenal De Bernis.[8] Este intentaba calmarlo, y sobre todo deseaba que su amigo no fuese demasiado lejos, y le advertía: «No puedo creer como la mayoría de mis colegas que vuestro proyecto sea erradicar la religión de la faz de la tierra: habéis sido siempre el enemigo del fanatismo, y pensáis sin duda que si el fanatismo que se arma a favor de la religión es peligroso, el que resulta para destruirla no es menos funesto».[9]

Pero Voltaire no solo quería denunciar de facto un caso concreto, sino que quería ir mucho más lejos, aspiraba a que aquella muerte sirviese de ejemplo para que nunca más volviese a producirse un episodio semejante, y para ello era necesario que se operara un cambio en la mentalidad del hombre occidental. Que no se olvidara jamás. Y con tal incitación escribió el Tratado de la tolerancia con

motivo de la muerte de Jean Calas, una nueva obra de batalla ideológica. Carlos Pujol, en el prólogo de la edición española de los Opúsculos satíricos y filosóficos, comenta que Voltaire, con un optimismo ya muy zarandeado, tan solo aspiraba con este Tratado a amansar el cristianismo y hacerlo tolerante. «¿Y si entonces la Humanidad llegase a ser feliz, viviendo en paz y olvidando tantos tenebrosos asuntos inexplicables?».[10] Quizás era así de fácil: acaso sin el cristianismo, y sin las religiones, los hombres serían capaces de vivir en paz: «[...] al viejo Voltaire le gustaría que las cosas fuesen así de sencillas y no regatea esfuerzos para persuadirse y persuadirnos de que así es», apostilla Pujol. De todos modos, en estas palabras del prologuista hay un deje de ironía que no nos parece lícito, por cuanto valora el Tratado desde una época moderna, sin considerar que aquel escrito fue de inmediato puesto en el Índice y que su autor sufrió de nuevo la persecución por ello. De hecho, un año después, un ejemplar del Diccionario filosófico fue quemado en la hoguera, durante la atroz ejecución de la sentencia al caballero La Barre, consumando de este modo el contenido herético del libro, símbolo de perdición (según algunas fuentes se clavó el diccionario en el torso del condenado antes de ser quemado con él).

TRAITÉ

SUR

LA TOLÉRANCE,

A l'occaſion de la mort de Jean Calas.

CHAPITRE PREMIER.

Hiſtoire abrégée de la mort de Jean Calas.

LE meurtre de *Calas*, commis dans Toulouſe avec le glaive de la Juſtice, le 9me Mars 1762, eſt un des plus ſinguliers événements qui méritent l'attention de notre âge & de la poſtérité. On oublie bientôt cette foule de morts qui a péri dans des batailles ſans nombre, non-ſeulement parce que c'eſt la fatalité inévitable de la guerre, mais parce que ceux qui meurent par le ſort des armes, pouvaient auſſi donner la mort à leurs ennemis, & n'ont point péri ſans ſe défendre. Là où le danger & l'avantage ſont égaux, l'étonnement ceſſe, & la pitié même s'affai-

Con el Tratado sobre la tolerancia, Voltaire se erigió como el gran defensor de los oprimidos y luchador infatigable contra los excesos y desmanes del estado francés.

Además, en el caso del caballero de La Barre hay muchas semejanzas con la brutal sentencia de los Calas. El pulso de Voltaire contra la justicia más ciega y cruel seguía en pie. El joven François-Jean Lefebvre, caballero de La Barre, era huérfano y había sido acogido por Mme Feydeau, tía suya y abadesa de Willencourt. La vida en la abadía era muy entretenida y el joven caballero invitaba a sus amigos, y Mme Feydeau participaba en aquellas cenas galantes. Allí se mezclaban libertinaje e irreligión, y era bien sabido en toda la región. Cuando durante la noche del 8 agosto de 1765 fueron profanados dos crucifijos en la localidad de Abbeville, uno decapitado y el otro lleno de inmundicias, las miradas se dirigieron de inmediato hacia La Barre y sus amigos. Algunos testigos añadieron que durante una procesión religiosa aquellos jóvenes habían pasado cerca del santo sacramento sin descubrirse y sin arrodillarse. Así pues, sin más pruebas, fueron detenidos: La Barre fue apresado primero, y, después, otro de sus amigos más próximos, de nombre Moisnel. La justicia los condenó a muerte, al primero por decapitación, y al segundo, a morir en la hoguera. Finalmente, solo se ejecutó la sentencia de La Barre: a las seis de la mañana empezó la tortura en la plaza pública de Abbeville y, tras un largo suplicio, a las cinco de la tarde, fue decapitado. Después su cuerpo fue quemado, junto con libros impíos que habían descubierto en su domicilio, entre ellos ese Diccionario filosófico de Voltaire. El caballero de La Barre solo tenía diecinueve años.

Y añade Carlos Pujol: «No es esta la ocasión de insistir en el desenfado con que se esgrimen los argumentos, el poco escrúpulo de Voltaire en este aspecto ya es proverbial; todo lo que favorece a sus propósitos le parece bueno y se utiliza sin ningún reparo (en lo cual no se diferencia de la mayor parte de sus antagonistas), acumulando errores, sofismas, extrapolaciones de puro valor propagandístico». Y aun así, siendo cierto que para Voltaire aquellos textos eran de batalla (y, en efecto, a veces más cerca de un libelo que de un tratado filosófico), cómo rebatirle frases como:

«Tenemos demasiada religión para odiar y perseguir, pero no tenemos la suficiente para amar y socorrer» o «Hay gente que pretende que la humanidad, la indulgencia y la libertad de conciencia son cosas horribles. Pero, de buena fe, ¿estas habrían producido calamidades comparables [a las que ha producido el fanatismo religioso]?». Cabe decir que Jacques Bridaine, uno de los predicadores más famosos y seguidos de aquellos años, había quemado en la plaza pública de Grenoble las obras de Molière y el Don Quijote de La Mancha de Cervantes. La intransigencia religiosa era tal que llevaba a considerar a estos autores como un gran peligro para la fe.

En realidad, en el Tratado de la tolerancia, con su estilo directo e ingenioso, Voltaire proponía al lector reflexionar si la tolerancia podía ser nociva para una nación, y si era la causa de guerras civiles, como tantas veces se había esgrimido. El autor de Cándido exponía que más bien era al revés, y que las guerras de religión francesas y alemanas eran ejemplos evidentes de que la intolerancia era el germen de las más grandes desgracias («nueve guerras civiles llenaron Francia de matanzas»). Según Voltaire, cuantas más sectas o tendencias religiosas albergara una nación, mucho mejor, porque entre ellas se debilitarían, convirtiéndose en movimientos mansos como corderos. Para él la tolerancia era un derecho natural y humano, cuyo principio básico era que no hagas al prójimo lo que no desearías que te hiciesen a ti mismo.

Así pues, en el Tratado sobre la tolerancia ponía en juego toda su artillería retórica, y aparecía el historiador, el filósofo de las religiones, el poeta conmovedor, el provocador panfletario, el sarcástico burlón. Por ejemplo, cuando escribía en el capítulo V: «Hubo un tiempo en que se creyó obligatorio promulgar decretos contra los que enseñaban una doctrina contraria a las categorías de Aristóteles, al horror al vacío [...]. Tenemos en Europa más de cien volúmenes de jurisprudencia sobre la brujería, y sobre la manera de distinguir los falsos brujos de los verdaderos. La excomunión de los saltamontes y de los insectos nocivos para las cosechas ha sido empleada profusamente y todavía subsiste en algunos rituales. La costumbre ha caducado; se deja en paz a Aristóteles, a los brujos y a los saltamontes».[11] Resulta difícil leer la prosa volteriana, tan persuasiva y al tiempo emotiva, y no pensar que cualquiera podría

ser la siguiente víctima de un Estado ciego y cruel, intolerante y monstruoso. Y advertía: «El derecho de la intolerancia es, por lo tanto, absurdo y bárbaro: es el derecho de los tigres, y es mucho más horrible, porque los tigres solo matan para comer, y nosotros nos hemos exterminado por unos párrafos».

El derecho de los tigres, el derecho de la selva; o sea, el sálvese quien pueda. Nadie está completamente a salvo, en cualquier momento las cosas pueden torcerse y ser víctima de un sistema despótico e irracional, cruel y monstruoso. Para ello era necesario evitar el fanatismo, y para que esto pudiese ocurrir en una nación era importante que todo se relativizase, y solo se castigase aquello que conmocionara fuertemente a la sociedad. Como escribía en el capítulo XVIII: «Para que un gobierno no tenga derecho a castigar los errores de los hombres es menester que esos errores no sean crímenes; y son crímenes únicamente cuando perturban a la sociedad: perturban a esa sociedad desde el momento en que inspiran el fanatismo; por tanto, es preciso que los hombres empiecen por no ser fanáticos para merecer la tolerancia». Especialmente emotivo era el último capítulo, titulado «Oración a Dios» (las más bellas páginas no solo de la literatura francesa, sino del pensamiento humano, escribe Adrien Lachenal):[12] «¡Ojalá todos los hombres se acuerden de que son hermanos! ¡Que odien la tiranía ejercida sobre sus almas como odian el latrocinio que arrebata a la fuerza el fruto del trabajo y de la industria pacífica!». Y en un rapto de deísmo practicante incluso interpelaba a Dios: «Ya no es por lo tanto a los hombres a los que me dirijo, es a ti, Dios de todos los seres, de todos los mundos y de todos los tiempos: si está permitido a unas débiles criaturas perdidas en la inmensidad e imperceptibles al resto del universo osar pedirte algo, a ti que lo has dado todo, a ti cuyos decretos son tan inmutables como eternos, dígnate mirar con piedad los errores inherentes a nuestra naturaleza; que esos errores no sean causantes de nuestras calamidades. Tú no nos has dado un corazón para que nos odiemos y manos para que nos degollemos; haz que nos ayudemos mutuamente a soportar el fardo de una vida penosa y pasajera».[13]

Voltaire prometiendo su ayuda a la familia Calas. (Toulouse, musée Paul-Dupuy).

Voltaire conocía al dedillo las grandes religiones del mundo. Había estudiado en profundidad la Biblia, pero también el Corán, las religiones de la India y de las divinidades de los pueblos antiguos. Como tantos filósofos de las Luces, como Turgot o Diderot, era profundamente sinófilo, y admiraba el deísmo que transmitía la cultura china. Buscó principios comunes entre todas las religiones, y denunció sus dogmas y ritos. Tras tanto estudio no se ocultaba un ateo ni un incrédulo, sino un deísta, un verdadero creyente. Y sobre todo un estudioso de textos sagrados: «Un hombre que recibe la religión sin preparación no difiere de un buey al que se le coloca el yugo», escribía en el Tratado. Todo su ensayo rezumaba esta

percepción deísta de la religión, un deísmo que le venía desde su estancia en Inglaterra, y por la influencia de autores como John Toland, Anthony Collins o incluso su amigo Bolingbroke. Y concluía: «La superstición es a la religión lo que la astrología a la astronomía, la hija muy loca de una madre muy cuerda. Esas dos hijas han subyugado hace mucho tiempo a toda la tierra».

El Tratado de la tolerancia sigue siendo un símbolo de la lucha de la razón contra el crudo fanatismo religioso, y un texto en el que refugiarse cada vez que la sinrazón sacude el mundo. Y es precisamente aquella «cínica indiferencia confesional», como la tildaba el teólogo Gijsbert Bonnet,[14] lo que lo imanta de una energía que resiste el paso del tiempo. Voltaire no temía decir lo que pensaba, y si se alzó en defensa de los Calas, unos años antes ya lo había hecho en recuerdo del médico Miguel Servet,[15] que murió quemado, a fuego lento, en la plaza de Ginebra, sacrificado por el celo fanático de Calvino. En el Ensayo sobre las costumbres le dedicó unas páginas muy elogiosas: «Miguel Servet, médico muy sabio, merecería gozar de una pacífica gloria por haber, mucho tiempo antes que Harvey, descubierto la circulación de la sangre». Y poco después publicó en el Mercure de France una carta en la cual llamaba a Calvino «asesino de Servet» y donde afirmaba que tenía «un alma atroz». Estos escritos le produjeron muchos problemas, pero Voltaire replicó de nuevo con versos valerosos:

No, no me engaño por decir

Lo que piensan las buenas gentes;

Y el sabio, que nada teme,

Tiene derecho de todo escribir.

[...]

No me engaño cuando detesto

A esos asesinos religiosos

Que utilizan el hierro y el fuego

Para servir al Padre celestial.[16]

Voltaire no temía decir lo que pensaban las gentes de bien, y así lo hizo en otros muchos casos. Y a La Barre siguió Sirvien (acusado sin pruebas de haber asesinado a su hija), y el almirante Byng (fusilado por no haber sabido impedir la caída de la isla de Menorca en poder de los franceses),[17] y muchos otros.

Como escribe René Pomeau, con su habitual clarividencia, el affaire Calas imprimirá una orientación nueva a la moral francesa, como más adelante también lo hará el caso Dreyfus.[18] En definitiva, abrirá los ojos a los franceses ante el espectáculo inhumano de la tortura. Sin duda, su paulatino abandono fue un éxito de los ilustrados, y, en especial, de Voltaire, que denunció en muchos de sus escritos lo absurdo de obtener una confesión bajo tortura. Como en su Diccionario filosófico, en la nueva edición ampliada de 1769, donde volvió a tratar este tema: «Cuando el caballero de La Barre [...] estuvo confeso y convicto de haber cantado canciones impías y de pasar por delante de una procesión de capuchinos sin quitarse el sombrero, los jueces [...] mandaron no solo que le arrancaran la lengua, que le cortaran la mano y que lo quemaran a fuego lento, sino que también lo torturasen, para averiguar exactamente cuántas canciones cantó y cuántas procesiones vio sin quitarse el sombrero».[19]

Por eso, más que los versos irrespetuosos —como el poema sobre Juana de Arco—, a la Iglesia le preocupaba este nuevo Voltaire «farsante de tolerancia y de filantropía», como lo tildaba monseñor Dupanloup, obispo de Orleans.[20] Si a los ojos de un creyente Voltaire se desacreditaba él solo con sus versos y epigramas irrespetuosos e impíos, en cambio, esta nueva etapa, en la que daba ejemplo en Ferney, en la que socorría a los pobres, en la que ponía su pluma al servicio del inocente y del oprimido, incomodó al poder, y de manera muy especial, y eso hasta nuestros días, al catolicismo más recalcitrante. Incluso el todopoderoso ministro Choiseul, con el que Voltaire mantenía una correspondencia de lo más amigable (el ministro lo llamaba «mi querida marmota»), le

reconoció el valor de aquel texto, y cómo había agradado a Mme de Pompadour y a Mme de Gramont: «[...] todos se dicen, después de haberlo leído: hay que reconocer que lleva razón; y siempre he pensado igual».[21]

El Tratado de la tolerancia fue puesto en el Índice de Roma el 3 de febrero de 1766. En su esencia era un verdadero panfleto anticristiano, y este hecho no pasó desapercibido al censor. No obstante, la influencia de Voltaire fue tan poderosa que, según el historiador Jean de Viguerie, a partir de 1770 «todo el mundo es tolerante, o pretende serlo». Incluso los autores cristianos acusaban a los filósofos de propagar una tolerancia que después ellos no practicaban. «Los verdaderos tolerantes, los tolerantes razonables y sensatos son, hoy en día, nuestros obispos», escribía Jacob-Nicolas Moreau, aquel autor de la Memoria para servir a la historia de los cacouacs. Moreau, para justificar los excesos cometidos en nombre de la religión cristiana, no culpaba a la Iglesia, sino a los gobernantes: «Es al Príncipe y no a la Iglesia a quien se le debe imputar la intolerancia y la persecución que han hecho la desgracia de varios Estados cristianos».[22] Y, de este modo, en un giro argumental digno del mejor Molière, la Iglesia se desentendía de sus crímenes y acusaba a reyes y soberanos (y por extensión a todos sus cruzados en Tierra Santa) de su inmerecida mala reputación.

Pero las repercusiones fueron muchas y variadas. El filósofo y jurista milanés Cesare Beccaria, muy marcado por la filosofía de las Luces, y lector de Montesquieu y Helvétius, publicó De los delitos y las penas (1764), que fue recibido en Francia con entusiasmo y traducido por el abad Morellet. Voltaire resumió las tesis de Beccaria en un nuevo ensayo titulado Comentario sobre el libro De los delitos y las penas por un abogado de provincias (1766), en el que demostraba la inutilidad de la pena de muerte, así como la necesaria reforma de la justicia, de tal modo que el acusado no fuese considerado culpable de inicio. Esta se cebaba en los más débiles, como una madre celibataria que había abandonado a su hijo, que fue acusada de infanticidio y ahorcada. Pero también sufrían sus excesos los oficiales del ejército, como el teniente general y gobernador de la India, de origen irlandés, Thomas Arthur Lally, que fue condenado a muerte por el fracaso de su campaña en el país indio y decapitado, aquel mismo año de 1766. Antes de la

pena máxima lo habían torturado, a bayonetazos.[23] Incluso Luis XV se mostró horrorizado: «Lo han masacrado», dijo, culpando de este modo a los jueces.

Gracias a su esprit, Voltaire hizo del panfleto una obra maestra.[24] Supo unir la literatura con la política y la facilidad del estilo con la contundencia del mensaje. De este modo, constituyó un punto de referencia para otras obras críticas y de combate contra la religión y el poder, desde Jean-Jacques Rousseau al materialismo del barón de Holbach, e impregnó todo el trasfondo intelectual que conducirá a la Revolución francesa. Aquel cambio social que impregnaba el ambiente de aquellos días lo percibía la marquesa du Deffand, que escribía al poeta, en una carta fechada en abril de 1772: «Querría saber por qué la naturaleza no está más que formada por seres desgraciados; porque estoy persuadida de que no hay ni uno solo verdaderamente feliz y estoy convencida de que no envidio la suerte ni el estado de nadie, ni de ninguna especie de individuo, cualquiera que pueda ser, desde la ostra hasta el ángel».[25] No imaginaba la marquesa (o quizá sí) lo que estaba a punto de llegar. Voltaire con sus escritos y panfletos luchaba por una sociedad más justa, más tolerante, menos fanática, pero, como la marquesa, no creía en exceso en la igualdad social. Uno de los motivos por los que se declaraba deísta, y no ateo como tantos otros philosophes, era por el efecto tan útil de contención que la religión ejercía sobre las masas. «Si Dios no existiese habría que inventarlo», decía. Además, estaba convencido de que la desigualdad era consustancial a la naturaleza humana: «El género humano, tal como está conformado no puede subsistir a menos que existan una infinidad de hombres útiles que no poseen nada en absoluto», escribía en el Diccionario filosófico.[26] Un pensamiento pesimista e incluso algo cínico, y más viniendo de aquel abanderado de la tolerancia, pero que también compartía Diderot, para el cual los hombres en su mayoría no eran suficientemente inteligentes para merecer ser iguales.

Pero, en cualquier caso, Voltaire seguía siendo el azote de la religión. En 1767, publicó Las honestidades literarias, donde ajustaba cuentas con el jesuita Nonnotte. Doscientas páginas repartiendo palos, a diestro y siniestro. ¿Quién era este nuevo detractor? ¿Por qué dedicarle tanta atención y esfuerzo? Claude-

Adrien Nonnotte había escrito Los errores de Voltaire (1762), un ensayo de más de mil páginas, en el que recopilaba todas sus equivocaciones. La obra tuvo tanto éxito que pronto se tradujo al alemán, italiano e incluso al español. Algunos de los errores que señalaba eran ridículos; por ejemplo, cuando decía que María Estuardo no había mandado quemar a ochocientas personas (cifra de Voltaire), sino a 224. Nonnotte era un hombre pequeño, de cara ancha y rostro chato, de nariz carnosa, grandes ojos saltones, labios gruesos, gesto ceñudo y hombros caídos. Voltaire, en Las honestidades literarias, desvelará el origen humilde del jesuita, rebatirá las críticas y se divertirá de lo lindo con el nombre tan sonoro de su detractor. Constantemente lo interpelará con un condescendiente: «Escucha, Nonnotte…».

En 1767, también había aparecido de manera anónima el Diccionario anti-filosófico, obra del benedictino Louis Mayeul Chaudon, que refutaba entrada a entrada el ya famoso y diabólico diccionario volteriano. Dos gruesos volúmenes donde, como se indicaba en el subtítulo, quería servir de correctivo al diccionario volteriano y a otras obras contra el cristianismo. «Se ha puesto el error en diccionario, es necesario que se ponga la verdad. Los apóstoles de la impiedad toman todo tipo de forma para repartir su veneno; ¿los defensores de la religión no tienen que buscar también sus cauces para hacer llegar sus remedios? El orden alfabético está de moda, hay que someterse a él si queremos tener lectores».[27]

Panfletos, cuentos, epigramas, obras de teatro, libelos, diccionarios… La batalla filosófica es cruenta y apasionada. Y todo servía para la gran causa. En este sentido, Voltaire había vuelto a escribir cuentos durante el invierno de 1763-1764, con casi setenta años. Fruto de este nuevo impulso narrativo, publicó en Ginebra, de manera anónima, en la editorial de los hermanos Cramer, Cuentos de Guillaume Vadé (1764), quizá su mayor éxito después de Cándido. En este libro se alternaban cuentos en verso con otros en prosa; el público apreciaba en los primeros esa mezcla de delicadeza y atrevimiento, unas libertades que chocarían en los escritos en prosa. No obstante, fueron los editores los que decidieron combinar ambos registros, puesto que, si bien en los relatos en verso Voltaire era más atrevido, en los de prosa tenía mayor aceptación entre un público más amplio y literariamente

menos exigente. El aumento de lectores experimentado a lo largo del siglo iba relegando la poesía en favor de la prosa.

Voltaire remachó su crítica social y ese llamamiento a la tolerancia con la publicación de El ingenuo. Historia verdadera, sacada de los manuscritos del padre Quesnel (1767), donde un indio norteamericano (de la tribu de los hurones) viaja a París, y describe pormenorizadamente todas las injusticias de las que es testigo. El hurón, como también fue conocida esta pieza, guarda muchas semejanzas con Cándido: también su personaje se guía por su buena fe, en este caso materializada en el mito del buen salvaje. Además, el hurón está dotado de una memoria excelente y su concepción de las cosas es mucho más ajustada a la realidad que la de los parisinos, «puesto que sin haberse visto sometido durante la infancia a las inutilidades y estupideces que atormentan la nuestra, las cosas entraban en su mente sin filtros».[28] Evidentemente, Voltaire se aprovechaba de aquella mente pura e ingenua para cargar contra el absolutismo, los jesuitas y los jansenistas (el buen hurón es encerrado en La Bastilla con un jansenista y se espanta de su radicalismo). Y, como no podía ser de otro modo, satirizaba a la sociedad francesa, la Biblia y la religión («todo creyente es un fanático en potencia»), el papel político que desempeñan las mujeres en la corte, los encarcelamientos arbitrarios y la falta de garantías de los ciudadanos, la incompetencia de los médicos y, sobre todo, la teoría rousseauniana del primitivismo: el salvaje solo se humaniza cultivándose con la lectura. La cultura hace al hombre, es el verdadero leitmotiv de este nuevo relato. Y, al fin y al cabo, ¿no eran preferibles aquellos vulgares salvajes a aquellos «pillos refinados» que abundaban en la corte?

Si en el Tratado de la tolerancia el poeta denunciaba una brutalidad impropia de su siglo, en El ingenuo atacaba las malas prácticas políticas, proclamando su fe en el progreso de la civilización, como resultado del cultivo de la ciencia y de la cultura.[29] Nunca podría estar de acuerdo con Jean-Jacques Rousseau, ni con su frase: «Nuestras almas se ven corrompidas a medida que nuestras ciencias y artes avanzan hacia la perfección», expresada en su famoso Discurso sobre las ciencias y las artes (1750). Voltaire fue siempre un positivista, y las luces de la razón, su único credo.

Aunque no exactamente. A finales del año 1767, publicó un diálogo titulado La comida del conde de Boulainvilliers, donde, alrededor de una mesa bien nutrida con toda suerte de delicatessen, un ateo, un spinozista y un jansenista discuten sobre la religión, y la conversación pronto deriva hacia todo tipo de herejías, en una especie de revival de las cenas de la corte de Federico II. Aun así, Voltaire acababa aquel diálogo con un elogio apasionado del deísmo, y con afirmaciones como «una religión de philosophes no está hecha para los hombres». La razón por sí sola no era suficiente para explicar el mundo, o al menos para poder controlar a los hombres. Se necesitaba algo más, un colchón espiritual al cual aferrarse y que diese consuelo a las mentes sencillas, menos robustas para soportar los grandes embates de la vida. Dios era necesario.

CAPÍTULO XX

TODO EL RESTO ES ILUSIÓN

Y, sin embargo, los problemas vinieron por otro lado. Es decir, por el irracional. Voltaire era muy sensible a las muestras de admiración que le profesaban los jóvenes. A veces rayanas en la adulación. Desfontaines, Palissot y Clément habían sido protegidos suyos, y habían dejado de serlo, e incluso se habían transformado en enemigos declarados. Pero el poeta continuaba en su empeño de ampliar la comunidad de hermanos filósofos y animaba a los nuevos talentos a convertirse y a visitarlo en su refugio alpino. En 1763, Jean-François de La Harpe había debutado en la escena trágica con la obra El conde Warwick, que, aunque no cosechó un gran éxito, sí que mostró aptitudes interesantes y prometedoras. El autor solo tenía veinticuatro años, por lo que se le consideró una joven promesa, y Voltaire lo invitó a Ferney, y este, naturalmente, aceptó de inmediato. Y enseguida se fraguó una gran amistad: para La Harpe, el poeta pasó a ser «papá gran hombre» y para Voltaire, «hijo mío». Y escribió a Marmontel, con entusiasmo ante el nuevo descubrimiento: «M. de La Harpe un día será bien digno de ser recibido in nostro docto corpore […]. Tiene el temperamento perfecto, […] su gusto es muy depurado y sus costumbres son muy honestas».[1]

Jean-François de La Harpe era un joven muy apuesto, de rostro algo aniñado, de mirada viva y, al mismo tiempo, soñadora. Es comprensible que Voltaire se ilusionase con él, y desease que se integrase en el docto corpore. Este enamoramiento aún se agrandó más si cabe cuando conoció a su esposa, de gran belleza y con buenas aptitudes para el teatro. El poeta la comparó a Mlle Clairon, su musa predilecta. Incluso le permitió introducir correcciones en la obra en que estaba trabajando aquellos días. Y, de este modo, abrió no solo su castillo al matrimonio La Harpe, sino también su gabinete, donde la joven promesa podía corregir algunos de sus

textos, y, por supuesto, hurgar en sus papeles.

Sorprende la ingenuidad de Voltaire, y al mismo tiempo resulta reveladora de su buen fondo, de su confianza en la bondad de la naturaleza humana. ¿De qué conocía a La Harpe? ¿Cómo consintió que aquel recién llegado trajinase por el castillo como Pedro por su casa? Y así fue como en febrero de 1768 descubrió que un texto suyo inédito circulaba por París; en concreto, el segundo canto de La guerra civil de Ginebra, o los amores de Robert Covelle, un poema burlesco en el que se veían ridiculizados buena parte de los gentilhombres de la república ginebrina: había sido escrito con motivo del juicio instruido contra Robert Covelle, por haber dejado embarazada a su criada y por haberse negado a arrodillarse para escuchar la sentencia.

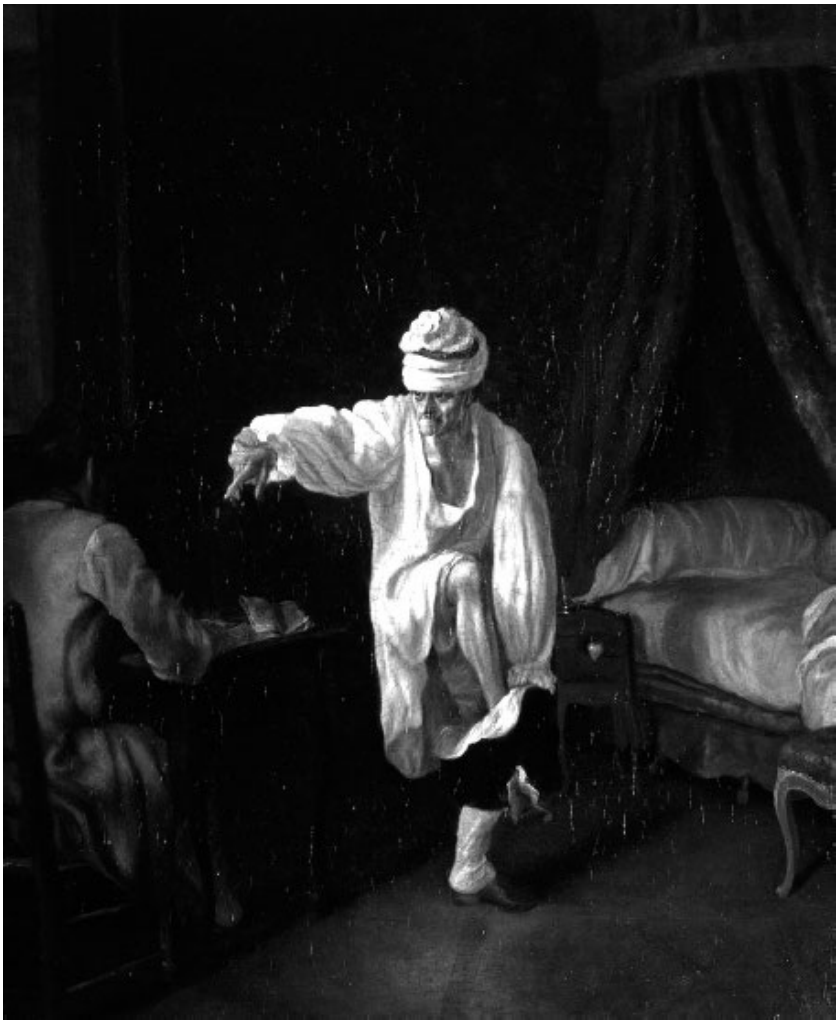
Voltaire no daba crédito a aquel hurto y tardó un tiempo en descubrir al culpable. Y cuando lo hizo su desilusión fue inmensa. A su amigo Damilaville le escribía: «He ahogado mi justo resentimiento y no le he hecho ningún reproche a La Harpe. Pero es muy triste tener en tu casa a un hombre que me ha traicionado de una manera tan esencial. Y lo peor es que La Harpe no parece sentirse culpable de su deshonestidad y turpitud [...]. Todo esto es aún mucho más cruel puesto que viene de un hombre que amaba».[2]

La Harpe intentó disculparse asegurándole que había recibido el manuscrito en París, y que, por tanto, no lo había sustraído sin su permiso. En cualquier caso, esta situación tensó la relación del poeta con su sobrina, con aquella vida de gasto desenfrenado y de recepciones, de fiestas y banquetes. Wagnière, en sus memorias, confirma que Voltaire solo deseaba la soledad, retirarse a sus aposentos, o al menos una pizca más de serenidad y no aquella vida mundana, donde cada día, a la hora del almuerzo o de la cena, había nuevas caras a las que divertir y entretener. Nuevos curiosos dispuestos a revelar al mundo sus secretos y, de ponerse a tiro, a pisparle sus papeles y manuscritos. Wagnière también reporta en sus memorias discusiones subidas de tono entre ambos, y el deseo del poeta de que su sobrina abandonase el castillo durante un tiempo y regresara a París. El secretario incluso llega a insinuar que había sido «maman Denis» la que había proporcionado bajo mano aquel manuscrito a la joven promesa. Y, finalmente, tras una

discusión particularmente violenta, Mme Denis decidió abandonar Ferney, sin despedirse de su tío, y la mañana del 1 de marzo de 1768, en compañía de Mme Dupuits (la hija de Corneille), salieron a toda marcha del castillo. Haciéndose realidad los deseos del escritor.

Y, no obstante, Voltaire se quedó aterrado cuando se descubrió solo en Ferney. Enseguida escribió a su sobrina, rogándole que regresara, y esta le respondió que la había cazado del castillo, que no había tenido otra salida, y que eso era lo que le había producido «la muerte en el corazón», descubrir lo mucho que le molestaba su presencia. Estaba muy dolida, porque consideraba que había invertido sus mejores años (o al menos algunos de ellos) haciéndole compañía en aquel rincón del mundo, donde nada la retenía. Voltaire le replicó que estaba desesperado, que no sabía en qué emplear veinte criados, que el futuro que le esperaba sin ella era muy siniestro, y le imploró de nuevo que regresara. Pero Mme Denis ya estaba en París, poniéndose al día y explicando a todos sus viejos amigos la alegría que tenía de estar de nuevo en casa. Lejos de aquellas horribles montañas.

Durante los dieciocho meses que Mme Denis estuvo en París, tío y sobrina no dejaron de escribirse. Ambos se dedicaban palabras afectuosas: Voltaire redescubría la pasión profunda que le ligaba a su «querida amiga», y en cada carta le manifestaba su error por haberla animado a partir y su profundo deseo de verla de nuevo. La sobrina amagaba con no regresar, y el poeta incluso barajaba vender Ferney y retirarse a algún aposento más discreto y menos oneroso. En el fondo, pensaba que así coaccionaba a Mme Denis a regresar y a reinstalarse junto a él.



El despertar de Voltaire (1772), por el pintor suizo Jean Huber, que captó numerosas escenas de la vida cotidiana del filósofo en Ferney.

Durante las Pascuas de aquel año se confesó y recibió la absolución en la iglesia del castillo. Para ello, había mandado llamar al prior de los carmelitas de Gex: una vez confesado y absuelto, pudo comulgar con el resto de sus paisanos. Pero, en el momento de la homilía, Voltaire tomó la palabra y sustituyó al oficiante: recriminó a los

parroquianos por algunos asuntos, pidió que se rezase por la salud de la reina e informó de algunos hurtos cometidos en la parroquia. Aquello provocó un auténtico terremoto de críticas. El autor de La doncella no podía recibir el cuerpo de Cristo tan a la ligera, y el obispo de Annecy, el pugnaz Mons. Biord, le dirigió una carta sarcástica en la que le manifestaba que si tan devoto se había vuelto de pronto esperaba una retractación de todos sus ataques al cristianismo. Voltaire replicó de inmediato, y le envió un certificado, firmado por el padre Adam y el cura de Ferney, y realizado ante notario, en el cual se certificaba que cumplía con todas sus obligaciones cristianas y que se había transformado en un benefactor del país. En esta escaramuza de acusaciones y de réplicas, Mons. Biord dio un paso más, y envió su queja a Versalles, por lo que a los pocos días le llegó al poeta una amonestación del conde de Saint-Florentin, secretario de Estado para las cuestiones religiosas, que le recriminaba su actitud y le recordaba que «ningún laico puede hacer una especie de sermón en la iglesia y menos aún durante el servicio divino». Voltaire quedó anonadado de la jugada de Mons. Biord y se retiró prudentemente.

No obstante, al año siguiente volvió a la carga. En esta ocasión, para evitar las críticas de la Iglesia, y en concreto las maniobras de Mons. Biord, que había prohibido a toda la curia eclesiástica confesarlo y administrarle la comunión, desarrolló una treta con la que nadie había contado. Durante los días anteriores a las celebraciones de Pascua, simuló estar muy enfermo y reclamó los sacramentos. Por ley, la Iglesia estaba obligada a administrarlos a un moribundo. Llevando su estrategia hasta el extremo, aceptó firmar una declaración en la que se proclamaba súbdito fiel de la santa Iglesia católica, «religión en la que dicho enfermo ha nacido, vivido y desea morir». De este modo, consiguió obtener de un capuchino del país de Gex la confesión y la absolución, y del cura Gros, que se presentó en el castillo, la imposición de la extremaunción. En el momento de la comunión, ante notario, hizo la siguiente declaración: «Teniendo a Dios en la boca, declaro que perdono sinceramente a los que han escrito al rey calumnias contra mí», en evidente alusión a Mons. Biord. Cuando acabó el acto religioso, y ya todos los testigos retirados, se levantó, se vistió y salió a pasear por los jardines, acompañado por Wagnière, y celebrando con risas el éxito de su estrategia.

Aquel acto sorprendió en Versalles, y el rey y la reina manifestaron su satisfacción. En cambio, incomodó a los hermanos philosophes, que no entendían los vaivenes del patriarca. En definitiva, aquella comunión pascual podía interpretarse de muchas maneras, e incluso acalló a monseñor Biord, que publicó toda la correspondencia que había mantenido con el filósofo, para mostrar su victoria a sus feligreses. Una victoria pírrica, en cualquier caso. Y el poeta escribía a su sobrina, justificando aquellos bandazos: «He declarado que quería morir y que siempre había vivido en la religión de mi rey y de mi patria, la cual forma parte del Estado. Es la declaración de un hombre honesto; acalla el fanatismo y no puede irritar la filosofía».[3]

¡Escurridizo Voltaire! ¿A qué venía aquella comedia? Todos estaban desconcertados. Pero aquellos ataques le incitaron a redoblar su actividad literaria y a sacar a la luz numerosos panfletos sacrílegos.[4] Sin duda, la ausencia de Mme Denis fue bien aprovechada. Porque, además, había acabado el Resumen del siglo de Luis XV, que se presentaba como un complemento de El siglo de Luis XIV. Con la publicación de esta obra no solo buscaba completar la anterior, sino congraciarse de nuevo con Versalles. Su relación se había deteriorado de nuevo con el caso de La Barre y el poeta buscaba otra vez un acercamiento. En este nuevo libro, realizaba una amplia visión del reinado del monarca actual, de sus grandes éxitos, exaltando su victoria de Fontenoy, pero también introducía algunas quejas, como las grandes pérdidas francesas en América. Y de paso aprovechaba para dejarle un recadito a Jean-Jacques, ese «charlatán salvaje», ridiculizando el Emilio, y su Discurso sobre los fundamentos de la desigualdad: «Se ha sido lo bastante loco como para mantener que lo tuyo y lo mío son crímenes, y que no se debe disfrutar de los frutos de su trabajo…».[5] En cualquier caso, como que el libro se publicó anónimamente, el padre Berthier, en el Journal de Trévoux, atribuyó malévolamente aquel panegírico a algún estudiante mediocre deseoso de hacer méritos. Voltaire había atacado años antes a Berthier por sus ideas contra los filósofos («teólogos del infierno», los denominaba el influyente jesuita)[6] y ahora este se vengaba, ridiculizando el estilo de aquel libro «anónimo» sobre Luis XV.

Y, sin embargo, el poeta se sentía terriblemente solo. Además, en diciembre de 1768, había fallecido su buen amigo Damilaville,

víctima de un cáncer de garganta, y se había quedado sin uno de sus principales valedores en París. Y, por más que insistía, su sobrina no daba su brazo a torcer: su última ocurrencia había sido pensar en comprar algunas tierras próximas a Ferney, para así no volver a vivir con su tío. Este intentaba hacerle cambiar de opinión, recordándole que ella no sabía nada de agricultura, que sería un desastre, una catástrofe económica. Y le recordaba que él podía vivir solo, pero que ella… ¿Qué podía hacer sola en el campo? «La felicidad de un búho no es la misma que la de una curruca», le escribía. Al final, el 28 de octubre de 1769, Mme Denis regresó a Ferney, después de año y medio de ausencia. Voltaire estaba radiante. Con ella venían tres criados, y el castillo volvió a llenarse de risas y visitantes, de vida y espectáculos teatrales. Y, claro, también de numerosos gastos. Pero, al fin, el viejo búho de los Alpes respiraba tranquilo.

CAPÍTULO XXI

LA MARMOTA DE LOS ALPES

Voltaire vivió dieciocho años en Ferney. Si sumamos los años pasados en la residencia anterior de Les Délices y el periodo prusiano, estuvo fuera de París casi treinta años. No obstante, en la capital del Sena se estrenaban todas sus obras, cosechando éxitos, uno tras otro. El filósofo vivía para París, para triunfar en París, y toda su correspondencia tiene como objeto ese estar presente en París —que es la capital cultural del mundo. Tratase con quien tratase en sus cartas, París aparecía como telón de fondo. Jamás consiguió trasplantarse ni hacerse ginebrino, aunque a veces firmase como suizo; las montañas grandiosas lo dejaban indiferente y la naturaleza salvaje le interesaba poco. No hay en su obra una percepción romántica del paisaje; nada más lejos de su disposición natural que escribir un poema ensalzando los Alpes, como hizo Albrecht von Haller: para el autor de La Henriada la naturaleza más bella era la ordenada en el jardín, y la mejor geografía era la abancalada, con una buena producción agrícola. Aquellas montañas, como escribió en una bella epístola, «aplastan los infiernos y tocan los cielos», pero en verdad no le sugerían mucho más.[1]

Y, aun así, la presencia inmediata de los «sublimes horrores» alpinos le animó a reflexionar sobre la naturaleza. Voltaire creía en un «Gran Relojero», supremo e inaccesible al hombre. El materialismo biológico le desagradaba, así como las tesis del barón de Holbach, expresadas en Sistema de la naturaleza: «A causa de desconocer la naturaleza, el género humano creó dioses que se transformaron en los únicos motivos de sus esperanzas y de sus temores», escribía el barón. Este y sus amigos propugnaban una visión de la naturaleza fuertemente materialista, que arrancaba en De rerum natura, el poema seminal de Lucrecio, y recorría los siglos, influyendo en figuras trascendentales de la historia de las ideas como Francis

Bacon o Galileo.[2]

En cambio, Voltaire estaba más cerca del abad Raynal y de su visión panteísta: creía en el Dios geómetra, que había establecido un orden matemático, y que el buen científico podía aprehender (y para ello, ¡quién mejor que Newton!). Creía en ese orden del universo, y en un Hacedor todopoderoso, que lo crea y modula, en la causa final de un mundo sometido al orden newtoniano, que demostraba la existencia de un Dios creador. En 1769, mientras el ateísmo hacía sus grandes progresos, Voltaire escribió Los adoradores o las alabanzas de Dios, donde de nuevo expresaba su deísmo, y donde intentaba hacer creíble e inteligible la existencia de Dios. Y ese mismo año, aprovechando que el barón de Holbach había reeditado el Tratado de los tres impostores, el más clandestino de los textos ateos (y donde los impostores no son otros que Jesús, Mahoma y Moisés), Voltaire replicó con su Epístola al autor de los tres impostores, acusándolo de ser el cuarto. Y donde se encuentra su famosa sentencia: «Si Dios no existiese, habría que inventarlo».

Los filósofos materialistas se divertían de sus esfuerzos para conciliar la ciencia y la religión, y lo acusaban de panglosianismo: según Laurent Loty, Voltaire no era más que «un deísta newtoniano para quien el mundo es el mejor de los relojes posibles».[3] La Mettrie consideraba que ser philosophe era sinónimo de ser materialista, pero Voltaire creía en Dios no solo porque era una manera de poder entender quién había detrás de las leyes matemáticas que regían el mundo, sino también por una simple cuestión de utilidad política. En la entrada «Ateo, Ateísmo» del Diccionario filosófico (1764) se mostraba sorprendentemente pragmático: «No me gustaría tener que vérmelas con un príncipe ateo, que estuviera interesado en machacarme en un mortero; con seguridad me machacaría. No me gustaría, si fuera soberano, tener que vérmelas con cortesanos ateos, interesados en envenenarme: por si acaso tomaría todos los días un antídoto. Es muy imprescindible para el príncipe y para los pueblos que tengan bien grabado en el espíritu la idea de un Ser supremo, creador, gobernador, remunerador y vengador».[4] Así pues, si Dios no existiese habría que inventarlo para poder gobernar el mundo. Una visión que incluso a veces lo hace más teísta que deísta: es decir, que interviene en el curso del mundo y recompensa a los buenos creyentes, un Dios remunerador.[5] En este sentido, a pesar de

admirar la obra del filósofo Pierre Bayle, hasta el extremo de considerarlo «padre de la Iglesia de los sabios», en Cuestiones sobre la Enciclopedia (1770-1772), criticó su ateísmo, y concluyó: «Si Bayle hubiese tenido tan solo a quinientos o seiscientos campesinos que gobernar, no hubiera dudado en anunciarles un Dios beneficioso y vengativo».[6]

Al mismo tiempo, su racionalismo le impedía dar crédito a teorías poco contrastables, entre ellas a las nacientes tesis transformistas o evolucionistas. Desde muy joven, se negó a aceptar que los fósiles que se encontraban en las montañas fueran restos de un tiempo pretérito; en 1748 plasmó su particular punto de vista en una Disertación sobre los cambios acaecidos a nuestro globo, que publicó de manera anónima, y donde ridiculizaba las concepciones catastrofistas de los naturalistas ingleses: a su parecer era mucho más verosímil que aquellas conchas que se encontraban en las montañas fueran restos del paso de algún peregrino que sostener que allí hubo alguna vez un mar. El conde de Buffon, seguramente sin sospechar que el autor de aquella tesis estrambótica era Voltaire, replicó con guasa en el primer volumen de la Historia natural (1749): «Los peces petrificados no son, a su parecer, más que peces extraños despachados de la mesa de los romanos porque no estaban frescos; y en cuanto a las conchas dice que son de los peregrinos de Siria que las han traído de los mares de oriente… ¿Por qué no ha añadido que son los monos los que las han subido a las cimas de las montañas?... ¿Cómo es posible que personas cultivadas y que incluso se las dan de filósofos tengan aún ideas tan falsas sobre este tema?».[7]

¡Que se las dan de filósofos! Las relaciones entre Buffon y el poeta nunca fueron demasiado buenas (aunque fue de los pocos philosophes que lo visitó en Cirey), y a partir del altercado de los fósiles —episodio que coincidió con la muerte de la marquesa du Châtelet—, se volvieron muy tirantes. El naturalista se excusó ante el autor de La Henriada y este cerró la polémica con una frase tajante: «No quiero enemistarme con M. de Buffon por unas conchas». Pero, en su fuero interno, no se daba por vencido, y siguió con frialdad la publicación de la Historia natural, y tan solo el volumen dedicado a la Historia natural del hombre recibió elogios suyos: «Esta pequeña obra nos enseña físicamente a vivir y

morir». Posiblemente, buena parte de su animadversión hacia el origen de los fósiles era consecuencia de su escepticismo ante el diluvio universal, y ante la idea de que la tierra hubiese estado sumergida durante un tiempo, por los motivos que fuesen, como había sugerido Buffon en Teoría de la Tierra (1749).

En cualquier caso, siempre siguió interesado en la historia natural, con aquella tenacidad y obstinación que tanto lo caracterizaban; nunca se daba por vencido, y aunque no estaba dispuesto a enemistarse con Buffon por unas conchas, tampoco daba su brazo a torcer. On n'échappe pas à sa nature, podría decir el poeta parafraseando a La Fontaine. Por eso, aun aceptando lo extravagante de su tesis del origen de los fósiles, más inaudita le parecía la propuesta de los naturalistas catastrofistas. Además, a su parecer, su tesis alcanzaba un monto de verdad mayor por cuanto se basaba en una concepción fijista e inmutable de las especies, propugnada por naturalistas como Linneo. Así pues, siguiendo esta línea argumentativa, Voltaire se mostró en total desacuerdo —y en este caso, acertadamente— con la generación espontánea, y se opuso a los resultados del abad Needham, protegido del conde de Buffon, que creía haber descubierto el surgir la vida en el trigo en putrefacción.[8] Voltaire lo ridiculizará llamándolo «l'anguillard» («el anguilero»). También se mostró contrario a Charles Bonnet, que en La palingénesis filosófica (1769) había demostrado la partenogénesis de los pulgones, y que no era necesaria la unión de los dos sexos para producir vida. Voltaire, en Dios y los hombres (1769), respondía al sabio suizo: «No sé qué soñador llamado Bonnet, en una recopilación de bromas llamadas por él Palingénesis, parece persuadido de que nuestros cuerpos resucitarán sin estómago, y sin las partes de delante y de detrás, pero con las fibras intelectuales y con excelentes cabezas. La de Bonnet me parece un poco agrietada». Así pues, su lógica fijista, sobre la cual construía su deísmo, también lo conducía a oponerse a la extinción y transmutación de las especies, y a fenómenos como la partenogénesis.

No obstante, su interés por la historia natural denota cuando menos una considerable curiosidad intelectual. Voltaire experimentaba por su cuenta, y reprodujo los ensayos con babosas de Spallanzani,[9] que había demostrado la capacidad de regeneración de las cabezas: «Un

buen día —escribe Pomeau— el señor de Ferney hace recolectar un lote de babosas y caracoles (20 babosas y ocho caracoles). Corta o hace cortar la cabeza de esos pequeños animales, y los deja en observación. Al cabo de quince días, la mitad de los caracoles ha muerto. En cambio, las babosas aguantan bien y ¡oh maravilla, en dos de ellas se regeneran las cabezas!».[10] El señor de Ferney le comunicó los resultados de «sus cabezas renacientes» a Spallanzani, con el que mantenía desde el asunto de Needham una amable y cálida correspondencia, y de inmediato los hizo públicos en su opúsculo titulado Los caracoles del reverendo padre L'Escarbotier (1768), en el que atacaba no solo a las órdenes religiosas, sino también a los partidarios de la generación espontánea, e introducía cuñas malévolas contra el origen de los fósiles y contra los caracoles amorosos de su eterno enemigo Maupertuis. Ese mismo año, escribió Sobre las singularidades de la naturaleza, un compendio de sus dudas y de sus propios experimentos, que, trufado de errores (aunque también con notables aciertos), es una excelente muestra de las disquisiciones intelectuales del momento sobre el origen de la vida y las leyes que actúan sobre ella. Voltaire, como diría Mme du Deffand, pertenecía al Ancien Régime, y por más que lo intentara no podía columbrar el brillante futuro que le aguardaba a las ciencias naturales. Las ideas materialistas de Diderot, que osaba ver la naturaleza como una sustancia única, de moléculas en continuo movimiento, le parecían más propias de un visionario, como el loco De Maillet, que de un filósofo serio y reflexivo.[11] De Maillet, en Telliamed, o entrevistas de un filósofo indiano con un misionero francés sobre la disminución del mar, la formación de la Tierra, el origen del hombre, etc. (1748), un libro extraordinario y único en su género, proponía que las montañas habían sido formadas por las corrientes marinas, que la Tierra se aproximaba al Sol y que algún día se desintegraría, que hay diferentes clases de hombres (hombres con colas, hombres tan veloces que es imposible alcanzarlos nunca, hombres que tienen tan solo una pierna…), que todas las especies habían surgido del mar, y que esto se había hecho sin dificultad porque «se puede pasar de la respiración acuática a la aérea (et vicissim)». Buena prueba de ello, concluía De Maillet, es que «tenemos diferentes ejemplos de hombres recubiertos de escamas visibles».[12]

Para Voltaire, los materialistas eran discípulos de aquel

cantamañanas de Telliamed (De Maillet, al revés), y ahí incluía a científicos evolucionistas (como Buffon) y a filósofos lucrecianos (Diderot, el barón de Holbach, Naigeon, etc.). Sin olvidar al loco de La Mettrie, que en El hombre máquina afirmaba que de los animales al hombre la transición no había sido violenta. En última instancia, lo veía como un dogma peligroso (así aparece definida la palabra materialismo en el Dictionnaire de Trévoux), absolutamente indemostrable, más propio de la divagación filosófica que de la ciencia. Su concepción del mundo, fundada exclusivamente sobre la física y la matemática, permaneció así cerrada a las ciencias de la vida; para él, la formación del reino vegetal y animal reposaba sobre leyes matemáticas mucho más complejas que las que afectaban a la materia inanimada, y resultaba muy arriesgado aventurar cualquier hipótesis explicativa sobre los misterios de la vida. Y en El hombre de los cuarenta escudos (1768) ridiculizó cuanto pudo las ideas de Telliamed, y en las Singularidades insistía en su visión retrógrada: «El gran Ser que ha formado el oro y el hierro, los árboles, la hierba, el hombre y la hormiga, ha hecho el océano y las montañas». Y asunto zanjado.

Sobre las singularidades de la naturaleza es, pues, un texto de batalla contra preevolucionistas, epigenistas y materialistas. Tan orgulloso estuvo de él que se lo envió triunfante a Catalina II (que a los pocos meses recibiría la visita de Diderot). Permanece inédito en español, pero su interés es evidente, toda vez que muestra no solo la percepción social de la naturaleza durante aquellos años de cambio, sino también las ideas religiosas de Voltaire, siempre favorables a un Creador, a un Gran Arquitecto que habría creado el mundo y todos sus seres vivos con unas leyes inmutables, y totalmente contrario al materialismo ateo.

En este sentido, Voltaire casi coincidía con Nicolas-Sylvestre Bergier, opositor suyo y autor de un brillante libro contra el deísmo,[13] y que había escrito que el Sistema de la naturaleza del barón de Holbach era, a su parecer, «el libro más atrevido y terrible que se haya escrito desde la creación del mundo».[14] Y digo «casi» porque para el padre Bergier Voltaire era el padre de todos, «el patriarca de los incrédulos», y el poeta incluso le dedicó un panfleto titulado Consejos razonables a M. Bergier (1768). Grimm, en la Correspondance littéraire, lo resumía del siguiente modo: «Machacad al doctor en teología Bergier y a todos sus compadres en

un mortero, destiladlo todo seguido en un alambique, obtened la quintaesencia, y si se encuentra una respuesta satisfactoria a los Consejos razonables, me haré predicador de mentiras para el resto de mi vida».[15] El abad Bergier era un claro producto de su tiempo: en un principio mantuvo ideas ilustradas, hasta que, por cuestiones religiosas, se transformó en uno de sus adversarios más temidos y respetados, por su sólida formación y por conocer a los philosophes desde dentro. Había pasado de acompañar a Diderot y a De Holbach en sus excursiones a convertirse en un adversario temible y escuchado. Era un hombre grueso, de rostro lozano y mofletudo («esa gorda calabaza de Bergier», escribirá Diderot), de prosa densa y erudita. Además, estaba instalado en Versalles, con un alojamiento en el mismo castillo, donde trabajaba siete horas diarias, que dedicaba principalmente a contestar las obras de los enciclopedistas, hasta realizar un total de dieciocho libros. El resto del día lo ocupaba dando largos paseos y ejerciendo su influencia como cabeza de lanza contra los enemigos de la religión, siendo su mejor apologista y el gran detractor del materialismo ilustrado. Porque desde el barón de Holbach a Charles Darwin la distancia cada vez era menor y la religión percibía los peligros de una explicación científica del mundo y del hombre. Bergier los combatiría con tesón y fundamento.

Por tanto, Voltaire también se alejaba de aquella visión materialista y preevolucionista de la naturaleza. Por decirlo así, se encontraba en medio: entre los fanáticos materialistas y los fanáticos religiosos. Como indicaba Emil Du Bois-Reymond, en las Singularidades, como en todos sus estudios historiográficos, reinaba un espíritu escéptico, que no se dejaba amilanar por ninguna autoridad, que solo creía en lo que había visto con sus propios ojos.[16] Del mismo modo que había desmontado la generación espontánea de Needham y Buffon,[17] seguía dudando del origen marino de los fósiles, de que el coral fuese fruto de «insectos» y no fuese una planta, de que el pólipo de agua dulce fuera un animal, e incluso ponía en solfa las diferentes castas de abejas, que decía haber estudiado a fondo en sus cuatrocientas colmenas de Ferney. Con su habitual desparpajo, y su estilo burlón inconfundible, volvía a la carga: «Un médico me ha escrito a propósito de una ostra petrificada que ha encontrado por el Monte Cenis. Debo creerle, y en verdad estoy muy asombrado de que no se hayan encontrado centenares. Los lagos vecinos dan vida

a gruesos mejillones cuya concha recuerda la de las ostras; las llaman incluso pequeñas ostras en más de un cantón. ¿Es por otra parte tan novelesco reflexionar sobre la multitud innumerable de peregrinos que partían a pie desde Santiago en Galicia, y de todas las provincias, para ir a Roma pasando por el Monte Cenis, con sus sombreros cargados de conchas?».[18] Y si eso no le parecía demasiado novelesco, en cambio, sí que se lo sugería el sistema de castas de los himenópteros sociales descrito por Réaumur: «No sé quién fue el primero que dijo que las abejas tenían un rey. No es probablemente un republicano quien tuvo esa idea. No sé tampoco quién les dio después una reina, ni quién supuso que esta reina era una Mesalina que tenía un prodigioso harén, que se pasaba la vida haciendo el amor y dando a luz, que ponía e incubaba alrededor de 40.000 huevos por año. Incluso han ido más lejos y se ha pretendido que engendraba tres especies diferentes: reinas, zánganos y criadas llamadas obreras, lo cual no está de acuerdo con las leyes de la naturaleza».[19]

Voltaire, como también sucede con Goethe y con otras mentes enciclopédicas, no está en un solo libro, sino en la suma y contraste de todos ellos. Sobre las singularidades de la naturaleza nos descubre su «sistema»: el de un gran Ser, que todo lo ha hecho, y que ha dado a cada elemento, a cada especie, a cada género, su forma, su sitio, y sus funciones eternas. Su deísmo, como señala René Pomeau,[20] se opone a la idea de la evolución, y como afirma con rotundidad en las Singularidades: «[...] no creo descender de un lenguado o de un bacalao». Voltaire, para eterna decepción de sus seguidores, estaba muy lejos de Charles Darwin. Incluso de Diderot. Algunos estudiosos como Emile Guyénot son mucho más duros: «Es realmente difícil ocultar bajo la excusa de ser ingenioso tanta ignorancia, mala fe, suficiencia y simple estupidez».[21]

Y, ciertamente, en este libro se amontonan muchas de las manías del poeta, de sus batallas libradas, para bien o para mal. No obstante, sería del todo injusto ridiculizar el deísmo volteriano. También Jean-Jacques Rousseau fue deísta, y el ateísmo era usufructo casi exclusivo de la coterie del barón de Holbach (de los «energúmenos ateos», como los tildaba el señor de Ferney). El barón de Holbach acusaba a los deístas de ser contradictorios y les planteaba una lancinante pregunta: «¿Cómo un Dios habría creado

esta cloaca espantosa repleta de dramas y miserias?». El defensor de los Calas no encontraba palabras suficientemente elocuentes para replicar, y se veía ahora sitiado no solo por los fervientes religiosos, sino también por los energúmenos. Voltaire lidiaba ahora con un grupo de dogmáticos que de algún modo (y esa era la opinión de los muchos fervientes católicos) había contribuido a crear. Como advierte divertido René Pomeau, el poeta se vio en la necesidad de reclamar tolerancia a este grupo de exaltados ateos, que todo lo reducían al movimiento de los átomos. Incluso el buen Charles Duclos concluyó que la obra de estos autores del partido de la intolerancia lo incitaba a ir a misa. De pronto, los enciclopedistas parecían tan intolerantes como los jansenistas. Como indica Alain Sandrier, los golpes que Voltaire había ido asestando implacablemente a la religión cristiana habían acabado sirviendo a una causa que él siempre se había negado a defender: el ateísmo.[22]

Jesuitas, jansenistas, molinistas, luteranos, calvinistas, deístas y ateos configuran un escenario perfecto para un nuevo cuento de Voltaire. El poeta no solo defendía a Dios por ser una idea útil para la sociedad, sino también porque creía que era un sentimiento necesario para su ser moral. Como dice André Maurois, Voltaire fue el escritor consagrado de los adversarios de la Iglesia, y según el diccionario de Littré un volteriano es un hombre «que experimenta sentimientos de incredulidad burlona respecto al cristianismo».[23] Pero, en puridad, nunca un enemigo de Dios. Todo lo contrario, a un paso de la Revolución francesa declaraba bien alto que era «adorador de un Dios amigo de los hombres». Es importante este matiz, para evitar una fácil tergiversación de la personalidad religiosa del filósofo.

Pero, sin duda, son matices que en su época se entendían con dificultad. En 1776, publicó La Biblia por fin explicada por varios capellanes de Su Majestad el rey de Prusia, es decir, el texto de la Biblia con sus comentarios. Voltaire llevaba más de cuarenta años leyéndola y anotándola. La obra erudita de Dom Calmet, la mayor enciclopedia bíblica de su tiempo, Comentario literal sobre todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, es citada por Voltaire con mucha frecuencia, a veces sin poder contener la ironía. El poeta la lee y relee, copia fragmentos, transforma otros o los subvierte, en definitiva, la utiliza a su antojo. En el fondo, veía la ciencia

teológica inútil y periclitada. Calmet también era autor del Tratado sobre las apariciones de ángeles, de demonios y de espíritus, y sobre los fantasmas y vampiros de Hungría, de Bohemia, de Moravia y de Silesia (1751), destinado sobre todo a combatir las supersticiones al respecto. No obstante, lo hacía con tanta meticulosidad, recogiendo tantos casos y tratándolos de una manera tan natural, que le valió las burlas de los enciclopedistas. Asimismo, recopiló tantos casos de vampirismo, describió con tanto detalle sus víctimas y los ataques de estos, y cómo combatirlos cortándoles la cabeza y clavándoles una estaca en el corazón, que sin quererlo los popularizó. Voltaire lo había admirado, pero su juicio sobre él también cambió tras leer esta obra, y en el Diccionario filosófico, en el artículo «Vampiros», escribió: «Este ingenuo compilador de tantas supercherías e imbecilidades [...] trata a los vampiros como antes había hecho con el Antiguo y Nuevo Testamento».[24] Tenía razón Voltaire: incluso la figura del conde Drácula fue creada basándose en truculentos testimonios recogidos en el libro de Calmet.[25]

De este modo, en La Biblia por fin explicada realizaba una exegesis del texto bíblico bajo la lupa de la filosofía. Pura dinamita para la causa enciclopédica. El deísta Voltaire divertía a la secta filosófica. Por ejemplo, cuando critica la célebre frase «Y dijo Dios: Hágase la luz; y la luz se hizo»: «El autor sagrado sitúa aquí la formación de la luz antes de crear el sol; pero toda la Antigüedad ha creído que el sol no generaba la luz, sino que tan solo la empujaba y ayudaba a repartirla».[26] O cuando comenta la creación de Eva de una costilla de Adán: «[...] se trataría aparentemente de una de sus falsas costillas, porque hacerlo de una de las de verdad hubiese sido en exceso peligroso; se hace difícil entender cómo se le arrancó una costilla a Adán sin que lo sintiese».[27] De este modo, proponía que más bien se trataba de una alegoría, que no había que tomar al pie de la letra, «un símbolo de la unión que debe reinar en el matrimonio».

Voltaire solo comentó el Antiguo Testamento. Condorcet lamentaba que no hubiese acabado el trabajo, y que no hubiese continuado con el Nuevo Testamento. Grimm celebraba la publicación en la Correspondance littéraire: «El Patriarca de Ferney finalmente ha decidido entregarnos la Biblia explicada por los capellanes de Su Majestad el Rey de Prusia. Nos han asegurado que esta obra estaba

en la cartera de M. de Voltaire desde hacía mucho tiempo, y que era fruto de los loisirs de Cirey, donde cada mañana se leía un capítulo de la Historia Santa durante el almuerzo sobre los cuales cada uno hacía observaciones a su manera; y el cantor de La doncella se ha encargado de ser su editor».[28]

El cantor de La doncella se divirtió con este largo comentario sobre la Biblia, remarcando todas sus absurdidades y anacronismos, y además su escritura le retrotraía a los días felices en Cirey, cuando la marquesa y él estudiaban y anotaban juntos el Antiguo Testamento. Voltaire mostraba su gran erudición, pero aun así cabe preguntarse si tanto esfuerzo está realmente justificado. Al fin y al cabo, la Biblia no necesita ninguna exegesis nacida de la razón.

Y, sin embargo, cuando ya todo hacía presagiar que la vida del filósofo se consumiría entre aquellas montañas alpinas, se produjo aquel giro del destino tan propio de su vida. La muerte de Luis XV, como consecuencia de la viruela, y la llegada al poder de Luis XVI, con un equipo de ministros más próximo a los ilustrados, trastocaron todos sus planes vitales. ¿Y si intentaba regresar a París? Aunque solo fuera durante unos pocos días. Volver a ver el Sena, asistir a la Comédie-Française, abrazar a sus viejos amigos… La idea no podía ser más tentadora. Llevaba casi treinta años en el exilio, y todos sus esfuerzos por regresar habían sido en vano. Incluso había mantenido correspondencia con la condesa du Barry, la última amante del rey, a quien había dedicado el Resumen del siglo de Luis XV y enviado un reloj de diamantes, realizado por los relojeros de Ferney. La condesa había hablado al rey de la manera más elogiosa, pero Luis XV, fiel a su costumbre, no dijo ni una palabra. Y de pronto, de manera inesperada, el monarca había enfermado y se había abierto una puerta…

Voltaire tenía ochenta y cuatro años y quizá ya era demasiado tarde para aquel viaje. La condesa du Bary había partido al exilio «como una actriz, que desaparece en el tercer acto», escribió el poeta. Pero sus viejos amigos lo aguardaban y lo alentaban a dar el paso. A la marquesa du Deffand hacía poco que le había asegurado que nunca regresaría: «Haréis de mí cuanto queráis, salvo hacerme regresar a París. Mi imaginación me transporta a veces allí, porque vos estáis;

pero la razón me dice que debo acabar mi vida en Ferney. Hay que ocultarse del mundo cuando se ha perdido la mitad del cuerpo y del alma, y dejar paso a la juventud».[29] Pero la muerte de Luis XV lo cambiaba todo. Además, ¿qué podían hacerle? ¿Encerrarlo de nuevo en La Bastilla? Quizá sí. ¿Acaso no habían encerrado al abad Lenglet-Dufresnoy, por saltarse la censura, con sesenta y ocho años? Lo habían encerrado cinco veces, al buen abad. En su caso, sería la tercera. El poeta dudaba si dar el paso. Sus amigos lo animaban, lo tentaban. Las informaciones que le llegaban sobre los nuevos tiempos eran bastante halagüeñas… De nuevo su suerte estaba en manos del destino.

Los años transcurridos en Ferney lo habían purificado de sus desmanes prusianos. De algún modo, entre aquellas montañas nevadas durante nueve meses del año, «la marmota de los Alpes» —como le gustaba llamarse— había llevado a cabo su purga, su catarsis, una higiene anímica que le había permitido sobrellevar la barbarie de Fráncfort, la indiferencia de París, la muerte de la marquesa du Châtelet, sus periodos en prisión, la persecución y la maledicencia. En Ferney había renacido, se había producido un giro en la fortuna, el paso de una situación desgraciada a una venturosa: hay en la vida de Voltaire la constante peripecia del héroe que batalla contra fuerzas desconocidas e indomeñables, con una vida escalonada por periodos de paz a los que siguen momentos álgidos, algunos especialmente trágicos. Pero Ferney, como antes Cirey, le había permitido recuperar la autoestima, y el temor y la compasión habían quedado sublimados por un inmenso poder. Es el poder de un anciano de ochenta y cuatro años, pero de un anciano llamado Voltaire, con su prestigio internacional a cuestas. Era el escritor vivo más célebre del mundo.

Además, había sobrevivido a gran parte de sus adversarios. Élie Fréron había muerto en 1776, tras la llegada de los philosophes al poder y perder las ayudas para publicar L'Année Littéraire: eso, según sus biógrafos, junto con su mala salud, lo remató. También Piron había fallecido unos pocos años antes. A su entierro no se personó ningún académico. El viejo y correoso Piron, que tantos quebraderos de cabeza le había causado, había muerto abandonado por todos, como también Maupertuis, el achatador de la Tierra. Piron, antes de morir, había escrito estos versos:

Mi ruta aquí abajo acabo.

De cabeza fue un rompedero.

Vi aquí claro, no vi nada;

Sabio fui, loco aquí fui.

Paso a paso llego al hueco

Del que no escapa sabio ni loco,

Para ir quién sabe adónde.

Adiós Piron, y ¡buen viaje![30]

En cambio, Voltaire se había convertido en una celebridad, que trascendía lo literario: era un personaje público, un icono de la libertad y de los nuevos tiempos. Esos nuevos tiempos que ahora parecían querer instalarse en París. Hacía unos pocos meses, el poeta había publicado su última obra de batalla, titulada Premio de la justicia y de la humanidad (1777), con un fuerte contenido de crítica social. Esta obra era consecuencia de la convocatoria realizada por un benemérito mecenas, que había lanzado un premio para el autor de la memoria más brillante sobre las mejoras necesarias de las leyes criminales. Voltaire se interesó por la convocatoria, incluso parece ser que sufragó parte de la dotación, y animó a sus amigos a presentarse, y, sin poder resistir la tentación, se puso a escribir él mismo un ensayo sobre el tema.

En realidad, las ideas que expresaba en este nuevo libro son parecidas a las de Beccaria y a sus propuestas sobre la tolerancia y la libertad religiosa. No obstante, es de interés por la naturalidad con la que aborda los distintos temas, la ironía que anima su prosa, sus pullas a sus enemigos (no se olvida de Desfontaines), el elenco de atrocidades: los Calas, Sirven, Montbailli… En veintiocho breves artículos, Voltaire trata temas comunes como el robo, el asesinato, el duelo, el suicidio, las madres infanticidas, etc. Siempre presto a

poner cara y rostro a los excesos, denuncia nuevos casos concretos, algunos muy recientes, como el del predicador inglés Dod, acusado de haber robado al conde de Chesterfield, y que fue ahorcado a pesar de las súplicas de más de veinte mil personas, que pidieron la absolución de la condena. Voltaire aceptaba que muchos de estos crímenes merecían castigo, pero que este debía ser útil y proporcionado, puesto que, «si han pintado a la justicia con un velo en los ojos, es necesario que la razón sea su guía».[31] Y añadía: «Con demasiada frecuencia, un príncipe dispone de dinero para hacer una guerra injusta, que devasta y ensangrienta media Europa, pero carece de este para las reformas más necesarias que consolarían al género humano». También se mostraba contrario a los severos castigos a causa de adulterio o bigamia. Y de nuevo exhibía una mirada muy avanzada a su tiempo: «El adulterio es delito entre todos los pueblos de la tierra; se comprende el adulterio de la mujer; ya que los hombres han hecho las leyes. Se consideraban dueños de sus esposas». Voltaire, hasta sus últimos días, se mostró como un autor abiertamente aliado de los derechos de la mujer. Y a favor de una moral mucho más laxa en relación con el incesto. «¿Es hora de dejar de ver los matrimonios entre primos hermanos como incestuosos?», se preguntaba. ¿Y entre tío y sobrina?, se preguntaría también para sus adentros.

Pero donde Voltaire se mostraba mucho más combativo era ante casos de fanatismo religioso, y realizaba una larga lista de los excesos de la Iglesia. Y concluía: «Cuando se piensa todo el daño que ha causado el fanatismo nos enrojecemos de ser hombres». Y ponía como ejemplo de esa barbarie a la Inquisición española: «Es ella quien admite la denuncia de un hijo contra su padre, o de un padre contra su hijo. Es ella quien arroja a los acusados a las mazmorras, sin decirles nunca de qué se les acusa. Es ella quien condena sin confrontación. Fue ella quien finalmente encendió tantas piras desde el estrecho de Cádiz hasta las costas de la India». La Inquisición española lo obsesionaba de manera particular, ya que encarnaba, en su forma institucional y represiva, la intolerancia católica y la confusión entre la jurisdicción civil y eclesiástica. De algún modo, simbolizaba las tinieblas contra las que combatían las luces de la Ilustración. Como historiador, Voltaire había estudiado su implantación en Europa: su fracaso en Francia, y su extensión por Italia, sobre todo en Venecia. Había leído estremecido la

crónica de Charles Dellon, Relation de l'Inquisition de Goa (1687), con aquellos excesos de la Inquisición portuguesa, tan bien representados en los numerosos grabados de la obra. Pero fue en España donde sin duda arraigó más profundamente: Torquemada, el gran inquisidor, «durante catorce años procesó a cerca de ochenta mil personas, e hizo quemar a seis mil, con gran pompa y boato», escribía en el Ensayo sobre las costumbres.

Al inicio de este nuevo libro, Voltaire mandó poner su retrato con su «innoble gorro bermellón» que había inmortalizado Jean Huber. Asimismo, indicó Ferney como lugar de edición del ensayo, cuando, en realidad, se trataba de Ginebra. Pero, de este modo, quiso dejar para la posteridad aquella imagen del patriarca de Ferney, garante de la libertad, abanderado de la justicia, prohombre del optimismo y de la confianza en la humanidad, que caracterizaron su tiempo en aquellas tierras. Desde Ferney, había cambiado el mundo, lo había hecho un lugar más bello y justo. Ferney era sinónimo de tolerancia y de libertad.

Así pues, ¿qué necesidad tenía de abandonar su refugio? ¿Qué necesidad tenía de arriesgarlo todo? ¿Por qué volver a París?

CAPÍTULO XXII

EL REGRESO DE VOLTAIRE

Y, sin embargo, volvió a París. En la novela El regreso de Voltaire (2007), recreo el momento en el que el poeta anciano sube a su carroza —azul, con estrellas doradas y tirada por seis caballos negros— para retornar a París.[1] Es uno de los episodios más bellos de su biografía, y acaso también del siglo XVIII: el patriarca de Ferney abandonando sus tierras una fría mañana de febrero de 1778 y los campesinos despidiéndolo con lágrimas en los ojos. El pretexto era asistir al estreno de Irene, su última obra teatral, y su deseo, regresar a Ferney en un par de meses. En realidad, a Mme du Deffand le escribía unos años antes: «De hecho, soy tan insolente en mi manera de pensar; tengo a veces expresiones tan temerarias; odio tanto a los pedantes; tengo tanto horror a los hipócritas; me encolerizo tanto con los fanáticos, que no podría estar en París más de dos meses».[2] Esa era su intención: como máximo dos meses, los suficientes para hartarse de los pedantes y de los hipócritas que pululaban por la capital de Francia.

Gustave Lanson escribe que «se moría de ganas de disfrutar su gloria», y es cierto; morir sin ver por última vez París, donde, además, la nueva reina, María Antonieta, lloraba con sus tragedias, le resultaba insoportable.[3] Pero también lo hería el pensamiento de abandonar sus tierras y no regresar; el temor al cambio y, sobre todo, a la reacción del nuevo rey, que, aunque más permisivo, no había retirado la orden de exilio. El poeta se exponía a peligros que no sabía cuantificar: la posibilidad del arresto, de una nueva persecución, la enfermedad, el descrédito. Y, aun así, aquel octogenario, que tantas veces se había dado por muerto, aceptó su destino, y con valentía se enfrentó a lo que sabía que rubricaba una de las biografías más brillantes de su siglo. El regreso a París significó un nuevo y último Rubicón: no había vuelta atrás —aunque quería engañarse y dejó sus libros y papeles en Ferney—, y

mientras veía alejarse la silueta de los Alpes, y en especial aquella mella en la cordillera del Jura que tanto había definido su paisaje, le embargaba la doble emoción de partir y de regresar. Volver a París.

Durante el camino, Voltaire pudo comprobar que su popularidad era mucho mayor de lo que había imaginado. La gente aplaudía a su paso, los campesinos se acercaban al camino y lo saludaban, oía gritos y vítores: «¡Viva Voltaire!», «¡Viva el defensor de los Calas!». Lo acompañaba el fiel Wagnière, que no podía contener la emoción ante aquella multitud que los vitoreaba. El poeta, apartado en aquel rincón del mundo, no había podido disfrutar de su popularidad, del cariño del pueblo, que lo reconocía como uno de los suyos, o al menos como un aliado. A la llegada a la aduana de París, tras seis largos días de viaje, la policía preguntó al cochero si tenían algo que declarar: Voltaire contestó que allí el único contrabando era él. La policía lo miró y no vio nada sospechoso, tan solo un anciano vestido de manera extraña y con ganas de bromear. Y así entró en París, de contrabando, igual que lo había hecho cincuenta años antes, a su regreso de Londres.

Se alojó en el palacio del marqués de Villette, casado con «Belle et Bonne», nombre que le daba el poeta a la dulce Mlle de Varicourt.[4] Como indicaba el apodo dado por Voltaire, Belle et Bonne era muy guapa y buena, pero muy pobre. En cambio, el marqués era alguien de cuidado, que el poeta tenía el gusto de decir que había reformado y cambiado sus malos hábitos. Charles Michel du Plessis-Villette, oficial de caballería e hijo de un financiero, era, pues, un viejo conocido suyo. El patriarca lo consideraba un philosophe en potencia, aunque demasiado perezoso para hacer nada de provecho. Era libertino y aventurero, jugador empedernido y ahogado por las deudas. La amistad entre ambos se remontaba a 1765, cuando, como consecuencia de un exilio de París durante dos años, se dirigió a Ferney, donde enseguida encandiló a todos, por su buen humor y picardía. Voltaire intentó interceder por él ante su padre para retirarle la prohibición de regresar a París, pero todo fue en vano. Cuando por fin el marqués accedió a la herencia paterna, la dilapidó en poco tiempo, sucediéndose los escándalos de todo tipo, y no solo financieros, sino también sexuales. Voltaire intentaba en vano aleccionarlo: «Os invito más que nunca a libraros al estudio»,

le escribía en vano. Tras una nueva deuda de juego, el marqués se volvió a refugiar en Ferney, y allí descubrió a Belle et Bonne, de la que cayó prendidamente enamorado, un coup de foudre, casándose con ella a los pocos meses, en la iglesia del castillo, con el deseo de por fin sentar la cabeza.[5] Si Belle et Bonne no podía redimirlo, nadie ni nada lo conseguiría.

Así pues, la pareja se volcó con su huésped, y de pronto aquel palacio, situado enfrente del Louvre, fue visitado por un sinfín de amigos, admiradores y curiosos, deseosos de reunirse con el patriarca de los filósofos: el marqués d'Argental (su querido ángel, con quien se había carteado durante cincuenta años), el secretario de la Academia Francesa y viejo amigo d'Alembert, Diderot (que tardó en visitarlo, pero al final hizo acto de presencia, y evitaron hablar sobre Dios), incluso Benjamin Franklin, de paso por París buscando alianzas para su causa política, acudió al palacio para inmortalizar el encuentro. Voltaire volvió a hablar en inglés y bendijo al hijo de Franklin y, de paso, la Revolución. Incluso el poeta se desplazó a casa de Mme du Deffand, produciéndose uno de los reencuentros más conmovedores y emotivos de aquellos días, recorriendo la marquesa, con sus largos y retorcidos dedos, el rostro del viejo amigo, y reconociendo así la fisionomía de aquel que hacía más de cuarenta años que no había visto.[6]

No obstante, no todo fueron buenas noticias. A su llegada a París, supo que su actor principal, Henri Louis Lekain, acababa de morir. Este fue el primer mazazo de muchos otros que recibiría aquellos días. Lekain era un actor que había participado en muchas de sus obras dramáticas y lo consideraba esencial para el éxito de Irene. Y, ciertamente, se trataba de un actor fuera de serie, que conseguía llenar toda la escena con la fuerza de su voz y su capacidad para ponerse en la piel de los distintos personajes. Incluso Luis XV, poco dado a expresar sus emociones, dijo tras verlo actuar, algo sorprendido: «Me ha hecho llorar, yo que no acostumbro a hacerlo». Por tanto, su muerte, rápida e inesperada (ocho días antes había hecho de Vendôme en Adélaïde du Guesclin), fue interpretada por el poeta como un mal augurio. No obstante, se dejó llevar, acudió a los ensayos, posó para los artistas, visitó l'Académie Française, se convirtió de nuevo en aquel joven ocurrente, lleno de energía, que deslumbraba en todos los salones. Voltaire se sintió rejuvenecer y

allá donde iba era vitoreado. El célebre artista Houdon realizó una escultura del filósofo sentado, vestido à l'ancienne, con una túnica, y tocado con la cinta de la inmortalidad, que culminaba una de las iconografías más vivas, fecundas y divertidas de un escritor.[7]

El célebre escultor Houdon realizó una escultura del filósofo sentado, vestido à l'ancienne, con una túnica, tocado con la cinta de la inmortalidad, y que culmina una de las iconografías más vivas, fecundas y divertidas de un escritor. Desde Latour a Pigalle y Houdon, no hay imagen de Voltaire que no irradie su irresistible personalidad.

En cualquier caso, como no podía ser de otro modo, su obra Irene triunfó, fue una auténtica apoteosis. De camino al teatro, el pueblo ya lo aclamaba, con entusiasmo: «¡Viva la Henriada!», «¡Viva Mahoma!», «¡Viva la doncella!», gritaba la gente a su paso. Mme du Deffand escribió, con su sagacidad característica, que nunca una obra había sido tan y tan aplaudida y tan poco escuchada. Aquellos aplausos, y aquella coronación con gran pompa del busto de Voltaire en el escenario —mientras el poeta lloraba en el palco y exclamaba que querían matarlo de placer—, no eran solo por la tragedia Irene, con el potente personaje de Alexis (ese último trasunto suyo), sino por el hombre de los Calas, por el defensor de los oprimidos, por el escritor «que ha enseñado a pensar». La gloria unida al patetismo; porque Voltaire mostrándose y regresando a sus orígenes conoció en persona su gran popularidad, pero, al mismo tiempo, y en contrapartida, también percibió que aquellos tiempos ya no eran los suyos, que se había quedado algo anticuado, no solo en la forma de vestir, sino también en la manera de pensar. Aquel París prerrevolucionario, que le aplaudía a rabiar, ya no era su París: él quizá les había enseñado a pensar, pero el pueblo había seguido su camino, y él se había quedado algo al margen.

Los biógrafos de Voltaire no han prestado suficiente atención a la obra Irene, su último gran éxito teatral. Extraviados en los mágicos, y después dramáticos, momentos del retorno, han despreciado este último trabajo, que consideran más bien un divertimento, pero en absoluto una obra maestra.[8] En realidad, se trata de una pieza particularmente corta, con tan solo 1.164 versos (cuando lo establecido es que tuviesen una media de 1.640, que era la media de Racine), y que mostraba la dificultad del poeta para llegar a alcanzar aquel reto, y también reflejaba la decadencia del viejo dramaturgo (y, como apunta malévolamente Henri Lagrave, puede

que también de la misma tragedia como género). Por tanto, aunque es cierto que Irene es una obra menor, una lectura atenta descubre innumerables ecos sobre el destino y el destierro, y sobre la necesidad de regresar y de mostrarse: Alexis, el principal protagonista de la obra, vuelve a su país, para recuperar su trono y a su mujer, Irene, que le ha arrebatado un déspota impostor. Su regreso es un acto de valentía; el héroe se muestra y vence, y recupera a su amada; pero lo bello y lo siniestro se complementan, y Alexis entiende que ya es tarde, que ya le han arrebatado lo que más ama, y que, como diría Benjamin Constant, el daño es irreparable. Y, de algún modo, con el regreso de Voltaire se produce algo semejante, la emoción profunda de reconocer la ciudad amada y, al mismo tiempo, una incapacidad de volver a integrarse, una turbación que se junta con el odio por haberle sido negada la vida que se merecía. En realidad, ¿qué había hecho para recibir aquel castigo?

Irene fue su última gran obra teatral, el broche de una larga carrera en los escenarios, autor de una cincuentena de textos, entre obras dramáticas, tragedias, comedias y óperas. Dejó inédita otra tragedia, Agathocle, que se estrenó el 31 de mayo de 1779, primer aniversario de su muerte. Voltaire escribía a Michel-Jean Sedaine que «es un gran arte hacer feliz a los hombres durante dos horas; y aunque moleste a los señores de Port-Royal, ser feliz es sentir placer». A Sedaine también le reconocía que «no sé de nadie que entienda mejor el teatro y que haga hablar con naturalidad a sus actores». Este había triunfado en el Théâtre-Français con una comedia en cinco actos en prosa titulada El filósofo sin saberlo (1765), y Voltaire se había mostrado entusiasta de la naturalidad con la que transcurría la obra. A pesar de estar en prosa, anatema para la vieja escuela que representaba Voltaire. Y quizá lo que el poeta descubría en Sedaine es lo mismo que nosotros hoy en día echamos tan de menos en su teatro, que ha quedado demasiado encorsetado en la rigidez del verso, y en una pomposidad muchas veces antinatural y forzada. Aquella exigencia de escribir las obras en verso, en rígidos alejandrinos que mostraban las dotes del escritor y la «dificultad vencida», fue a la larga en contra del mismo teatro: la teatromanía del siglo XVIII, donde todo giraba alrededor de la escena, no tendría la misma vigencia durante el siglo siguiente. «La rima es necesaria a los versos franceses», escribía el abogado y editor Jacques Lacombe, en su Poética de M. de Voltaire, en 1766. «Es más, tantos

grandes maestros la han utilizado, como los Corneilles, Racines o Despréaux, que han acostumbrado nuestros oídos a dicha armonía, que no podríamos soportar otras», insistía.[9] *Pero se equivocaba Lacombe: pronto el pueblo francés no podría soportar tanta versificación…*

Voltaire cosechó su último gran éxito teatral con su obra Irene, que representó en la Comédie-Française. Tras la obra, lo homenajearon y coronaron su busto con una corona de laurel (El triunfo de Voltaire. Moreau le jeune. c.1800).

En este sentido, Voltaire pertenecía más al Antiguo Régimen, a la estela de Racine y Corneille, que a los nuevos tiempos. Puso todo su empeño en reanimar la tragedia francesa, pero para algunos críticos no hizo más que rematarla. Para Gustave Lanson, le faltaba imaginación, o al menos no sabía dar forma a todas sus ideas. Y cada vez tuvo que hacer más uso de artificios para entretener al público (fantasmas en Ériphyle y Semíramis; un cañonazo en Adélaïde du Guesclin; el actor Lekain saliendo del ataúd con los

brazos ensangrentados en Semíramis; gritos de Clitemnestra entre bastidores…). Y no solo eso, sino que sus imitadores aún empeorarán más las cosas y el teatro francés decaerá por completo. Para el historiador Jean de Viguerie tan solo Marivaux y Beaumarchais renovarán la escena, algo milagroso, a su juicio, tan mal estaba. Precisamente, Voltaire escribía de Marivaux que «es un hombre que conoce todos los senderos que llevan al corazón humano, pero que desconoce la gran ruta». En el fondo, no le perdonaba que se le hubiese avanzado en la Academia Francesa. Y, sin embargo, Marivaux aún hoy triunfa en la escena, en cambio, él… Voltaire no daría crédito, tan convencido estaba de su inmortalidad como autor teatral. ¡Marivaux! ¡El simploide de Marivaux!

Así pues, ¿con qué fin había vuelto a París?, se preguntaban inquietas las autoridades. ¿Qué urdía? ¿Qué tramaba el patriarca de los cacouacs? María Antonieta deseaba conocerlo, pero Luis XVI estaba furioso, porque el filósofo había regresado sin obtener el permiso real, forzando la situación, y el monarca se había mantenido por completo al margen de los homenajes que había recibido el poeta. Y, sin embargo, muchas de las ideas políticas volterianas estaban siendo aplicadas durante su reinado. Pero el rey no lo quería en París. Representaba el triunfo de la filosofía y la pérdida del poder absoluto real.

Los biógrafos explican que tantas emociones hicieron enfermar al eterno moribundo y que al final sucumbió a tanta presión. Algunas biografías pasan muy rápidamente por estos últimos días, y en Francia este asunto siempre ha producido una cierta incomodidad. Los hechos ocurrieron del siguiente modo. A partir del 25 de febrero, Voltaire empezó a escupir sangre. Llamado el doctor Tronchin, que desde hacía años residía en París, se le realizó una fuerte sangría. Sintiéndose empeorar, hizo llamar al abad Gaultier, un capellán de los Incurables, con el deseo de confesarse. Tal como había hecho en Ferney, buscaba encontrar una manera lo más honrosa posible para pasar el trance, si es que la situación se agravaba. El abad le pidió que su confesión fuese por escrito, y Voltaire lo aceptó, y escribió en una cuartilla: «Yo Voltaire declaro

que estando atacado desde hace cuatro días por vómitos de sangre, a la edad de ochenta y cuatro años, y no habiendo podido ir a la iglesia, me he confesado con el abad Gaultier, y que si Dios dispone de mí, muero en la santa religión católica en la que he nacido, esperando de la misericordia divina que consentirá perdonar todas mis faltas, y que si he escandalizado a la Iglesia pido perdón a Dios y a ella».

Si he escandalizado a la Iglesia… Al abad Gaultier aquella retractación le pareció muy insuficiente. Asimismo, Voltaire evitó comulgar, aduciendo que tenía accesos de tos y que no quería que durante la comunión le sobreviniese uno y expulsar sin querer el cuerpo de Cristo. De nuevo, Voltaire ponía a punto su estrategia. Por París corrieron epigramas sobre lo imposible de la misión del abad de los Incurables, para alguien «que no tenía cura posible». A su secretario Wagnière, el poeta le había confesado que era todo era una farsa para que lo dejasen tranquilo, por si acaso se complicaba su enfermedad. Incluso le había escrito, con su letra picuda, una nota en la que mostraba su verdadero pensamiento: «Muero adorando a Dios, queriendo a mis amigos, no odiando a mis enemigos, y detestando la superstición». Y firmaba la nota con su nom de plume, y aquella pequeña rúbrica final, que nacía de la e de Voltaire.

Por tanto, ¿a qué venía tanta comedia? Montesquieu en su lecho de muerte se había confesado, y también Toussaint, más conocido como el «capuchino de la secta filosófica», había recibido los sacramentos y muerto declarando su fe, a pesar de haber pasado buena parte de su vida en el exilio en la corte de Prusia, como consecuencia de su libro Las costumbres. También el marqués d'Argens, aquel autor del pornográfico Teresa filósofa y de tantos otros libros prohibidos, pidió ser enterrado «como verdadero cristiano» en el panteón familiar de Aix, en la iglesia de los Padres Mínimos. Con Voltaire se buscaba un ejemplo comparable, que mostrase a los materialistas y escépticos philosophes que llegado el momento todos se amilanaban y se acababan rindiendo ante Dios. Por su parte, el poeta siempre había tenido en cuenta estos gestos del último momento, quién había muerto en philosophe y quien, en el lecho de muerte, se había acoquinado y había muerto en poule mouillée. Y ahora, por decirlo así, intentaba nadar y guardar la

ropa.

Aquellos días compuso el poema Adiós a la vida, unos versos que recuerdan a sus primeros poemas ligeros del Temple y también, por qué no decirlo, a la despedida de su rival Alexis Piron:

Adiós ya para siempre, mis amigos,

No me echaréis en falta a diario.

Sin duda se reirán mis enemigos;

Consiste en esto el réquiem ordinario.

Pero también algún día vosotros

Lo probaréis, y a la orilla funesta,

Cuando andéis a encontrar la obra vuestra,

Despertaréis la risa de los otros.[10]

Tras unos días de calma relativa, que le permitieron gozar del éxito de Irene, y del cariño del pueblo francés, volvió a sentirse mal. Durante la noche del 10 de mayo, había trabajado con tesón en un diccionario para la Academia, y se había excedido en el consumo de café (algunos testigos aseguran que tomó cerca de cincuenta tazas). Al día siguiente, se vio afligido por fuertes dolores de estómago, que debieron de ser tan intensos y prolongados que a los dos o tres días aceptó una dosis de lo que le presentaron como el «elixir de Richelieu», que no era más que una fuerte infusión de opio. Todo lo que rodea estos últimos días es confuso y extraño. Porque, a partir de este momento, el poeta cayó en una especie de delirio, con alucinaciones y fuertes dolores. El 25 de mayo, después de más de diez días de agonía, el sobrino de Voltaire, el abad Mignot, hermano de Mme Denis, al comprobar la situación extrema en la que se encontraba su tío, y temiendo las consecuencias evidentes de su muerte, fue a buscar de nuevo al abad Gaultier. Cuando por fin

llegó, el enfermo yacía en un estado casi letárgico: el sacerdote inició un discurso sobre la misericordia de Dios y añadió que, habiendo muerto Jesucristo por los hombres, nadie debía perder la esperanza de recibir el perdón divino. El abad insistió reiteradas veces al enfermo en si reconocía la divinidad de Jesucristo, y este, cogiéndolo violentamente de la sotana, contestó, extenuado: «¡En nombre de Dios, no me habléis de ese hombre! ¡Dejadme morir en paz!».

Voltaire murió el 30 de mayo, a las once y cuarto de la noche, después de veinte largos días de agonía. Como le habían augurado sus peores enemigos, murió torturado por dolores espantosos. Los cirujanos que embalsamaron el cuerpo se quedaron el cerebro, y el marqués de Villette, con el consentimiento de Mme Denis, conservó el corazón. A la autopsia no acudió ningún amigo del filósofo; tan solo el escultor Houdon, que sacó un molde de sus manos, de aquellos dedos largos y nudosos. Durante aquellos días, el marqués de Villete y Mme Denis habían hecho correr la noticia de que el poeta iba a regresar a sus tierras. De este modo, a las once de la noche del día siguiente, pusieron el cuerpo amortajado en su carroza: lo habían embutido en uno de sus trajes, con la pelliza dejada caer sobre los hombros, el cráneo suturado y recubierto con su gran peluca. En la carroza lo acompañaba un criado, que vigilaba que el cuerpo se mantuviese erguido, y no se tumbase durante alguno de los vaivenes del carruaje. Cuando llegaron a la aduana, tras la preceptiva inspección, la policía le deseó un buen viaje al filósofo. De nuevo, Voltaire salía de contrabando.

El plan urdido por Villette funcionó y se dio por hecho que el patriarca regresaba a sus tierras. No obstante, el destino era la abadía benedictina de Scellières, a siete leguas de Troyes, de donde era abad el sobrino del poeta. Lo enterraron en un ataúd de pino y al sepelio no asistieron ni la sobrina ni ninguno de sus amigos. En la tumba, solo mandaron grabar la inscripción: «V. 1778». De este modo, deseaban preservarla de posibles saboteadores. La Providencia divina, en la que tanto creía Voltaire, y que tanto había defendido —corifeo del deísmo, lo tilda André Laurel—,[11] no le ahorró ningún sufrimiento. En Ferney tenía su sitio preparado, en un nicho situado en su ermita, medio dentro y medio fuera, en un postrer guiño volteriano. Su muerte en París trastocó sus planes, y

sus últimos días los pasó acongojado, intentando alcanzar un final digno, que no lo deshonrara ni como filósofo ni como hombre. El poeta temía que le pasase como a su amiga la actriz Adrienne Lecouvreur y acabar sus días enterrado en un descampado. Y a punto estuvo de ser así. Su sobrina Mme Denis no supo llevar bien la situación, ocultó la enfermedad al secretario Wagnière (que se había desplazado a Ferney y que sin duda hubiera organizado de inmediato su regreso a sus tierras), dificultó la visita de los amigos, y no estuvo presente en el entierro de aquel al que había amado «como tío y como hombre».

Algunos biógrafos tampoco le han perdonado que a los pocos meses de la muerte vendiera la biblioteca a Catalina II, que se volviera a casar (con un hombre diez años más joven y que para muchos fue un «adulterio moral») y que a los pocos años se deshiciera de Ferney.[12] En cambio, André Magnan se ha mostrado mucho más comprensivo, y ha recordado la actitud vital del poeta y su epicúreo lema de «vivir la vida».[13] Mme Denis recibió 30.000 rublos por los libros, así como algunas pieles magníficas y un retrato de la zarina, rodeado de diamantes.

Por su parte, Wagnière, en sus emotivas Memorias, acusaba a la sobrina de pensar exclusivamente en ella y muy poco en uno de los mayores escritores de la historia.[14] El secretario consagró el resto de su vida a su antiguo patrón, se desplazó a San Petersburgo y ordenó la biblioteca[15] —de cerca de seis mil volúmenes— para la zarina Catalina, donde aún se conserva para sonrojo de Francia.

Durante la Revolución francesa, la tumba de Voltaire fue profanada, y por París circularon sus reliquias, en especial algunos dientes, con el lema: «Los curas han causado tanto daño a la tierra / Que he guardado contra ellos un diente de Voltaire».[16] Durante aquellos días revolucionarios, los restos del poeta fueron transportados al Panteón, en un acto multitudinario. En el trayecto, la comitiva se cruzó con la carroza de los reyes, que conducían prisioneros desde Versalles hasta el Louvre, con las cabezas de dos de sus guardias clavadas en el extremo de unas picas. Puede que una lívida María Antonieta mirase a su marido y le dijese algo así como quizá si lo hubieseis recibido ahora no estaríamos en esta angustiosa situación. Aunque no imaginaban los monarcas de Francia el terrible futuro

que les esperaba, el mismo que el de sus pobres guardias. O que el del abad Gaultier, que murió en la guillotina durante los días de terror de 1792, y fue beatificado por Pío XI, en 1926. O que el del duque du Châtelet, el hijo varón de Émilie y del comprensivo marqués, que también fue guillotinado, el 13 de diciembre de 1793, como tantos otros aristócratas franceses.

En el catafalco del poeta se podían leer tres inscripciones: «Vengó a los Calas, La Barre, Sirven y Monbailli»; «Poeta, filósofo, historiador, dio el mayor ímpetu al espíritu humano, y nos preparó para ser libres», y finalmente: «Combatió a los ateos y a los fanáticos. Inspiró la tolerancia. Reclamó los derechos del hombre contra la esclavitud y el feudalismo».[17] Tres inscripciones que de algún modo sintetizan la rica, apasionante y novelesca vida de François-Marie Arouet, alias Voltaire. El escritor que nos enseñó a pensar y, de este modo, nos mostró el camino de la libertad.

EPÍLOGO

VOLTAIRE EN ESPAÑA

El título de este epílogo es casi un oxímoron. Voltaire ha sido un autor temido e impugnado en la totalidad de la geografía española, y su éxito ha sido muy circunstancial, y siempre asociado a movimientos sociales radicales y anticlericales. Como escribe Christopher Todd, desde el inicio de la Guerra Civil hasta 1963 no apareció en España traducción alguna de Voltaire; casi treinta años de un silencio muy significativo. Y Francisco Lafarga, en Voltaire en España, donde lleva a cabo un brillante y exhaustivo trabajo de las relaciones de este autor con la cultura española, indica que a partir de 1762 se aplicó la prohibición in totum para sus obras, «incluso para los que poseían licencia para leer libros condenados».[1] Por tanto, la difusión de Voltaire ha sufrido prolongados silencios, penosamente quebrados por tímidos periodos de aperturismo, todos ellos ligados a los movimientos liberales.

Sin duda, el teatro fue lo más apreciado en España, y lo más traducido y comentado en los círculos culturales contemporáneos. Las obras de Voltaire a menudo se representaban sin indicar el nombre del autor y falseando incluso el título de la tragedia (Alzira apareció como El triunfo de la moral cristiana y Zaira, como La fe triunfante del amor y cetro), y aun así, a pesar de estas cautelas, en ocasiones algunas obras fueron denunciadas a la Inquisición.[2]

El teatro era en cualquier caso lo más tolerado del autor francés, y el botánico Antonio José Cavanilles, durante su estancia en París, reconocía que leía y disfrutaba con las tragedias de Voltaire. Pero no todos los ilustrados estaban a favor, algunos incluso veían en el teatro una escuela de vicio, y el carmelita Onofre de Asso advertía de la imprudencia: «Si los Heroes del Teatro Tragico de Francia, Corneille, Racine, Crebillon, Voltaire, y Marmontel llenaron el Templo de Apolo de palmas, y laureles, hollaron impunemente en el

de la Religión. Estos grandes hombres se dejaron arrastrar del furor poético, hasta consumir la libertad en el fuego de la imaginación; y no siendo delincuentes en sus personas, brindan en copas de oro à los emulos de su gloria, el veneno mas sutil».[3]

Pero, sobre todo, a Voltaire no le perdonaban sus «errores en materia de Religión», y numerosos autores españoles se manifestaron contrarios a sus planteamientos y lamentaban que tanto ingenio y tan bella pluma se hubieran prestado a aquel juego indecente e impropio de un gran hombre. El propio Feijoo lo citaba tan solo en una ocasión en el Teatro crítico español, y lo tildaba de «discreto autor de la Historia de Carlos», y Juan Pablo Forner, famoso como polemista y por su virulenta línea antifrancesa, se despachaba tratándolo de «escritor extravagante, arrojadizo y poco docto en lo íntimo de las ciencias».[4] En realidad, son pocos los autores españoles del siglo XVIII que alzaron su voz en defensa del escritor francés, y que escribieran con admiración e, incluso, se declararan discípulos. Tan solo Leandro Fernández de Moratín, en una de las notas de la Relación del auto de fe de Logroño de 1610 —que, al parecer de Menéndez Pelayo, «respiran finísimo volterianismo»—, puso una cita del Diccionario filosófico sobre el tormento dado a Micaela Chaudron (quemada en la plaza pública de Ginebra, acusada de ser hechicera). Incluso el erudito valenciano Gregorio Mayans, que mantuvo una corta correspondencia con Voltaire, no podía dejar de manifestar a sus otros corresponsales su inquietud por el trato epistolar con el filósofo: «[...] bien sabe V.S.Ilma. que es uno de los mayores ateístas que viven hoy. Y así, habré de estudiarle para impugnarle cuando quiera Dios que yo escriba sobre el derecho natural»[5].

Si Voltaire fue poco leído durante el siglo XVIII español, en cambio, sus detractores fueron bien aupados por diversas traducciones: el feroz ataque de Sabatier de Castres (Tableau philosophique de l'esprit de M de Voltaire, 1771) se imprimió en dos versiones y las mil páginas de Nonnotte encontraron a un esforzado traductor y a un dispuesto editor (Los errores históricos y dogmáticos de Voltaire)[6]. Asimismo, el libro de Guyon fue traducido por fray Pedro Rodríguez Morzo, comendador de los conventos de Toledo y Madrid, de la orden de la Merced Descalza, predicador del rey y censor de sus libros, con el título El oráculo de los nuevos filósofos,

M. Voltayre impugnado y descubierto en sus errores (1769), con un gran éxito de recepción, y con varias ediciones. En el prólogo, el traductor ponía su granito de arena antivolteriano: «Debemos suponer en Voltaire el odio mas impecable y considerarle como un atleta que hace profesión y gala de no desnudarse de las armas mas sangrientas, hasta ver si puede abrir brecha por donde introducir el veneno contenido en sus libros y doctrinas».[7]

También el abad Barruel encontró editor para sus gruesos volúmenes de las Memorias para servir a la historia del jacobinismo (Palma, 1813-1814), e Historia del clero en tiempo de la Revolución (Palma, 1814), ambas traducidas por Ramon Strauch, obispo de Vic, absolutista y fusilado a finales del Trienio Liberal. En el primer capítulo de Memorias para servir a la historia del jacobinismo Barruel escribía, en versión de Strauch: «A mediados del siglo XVIII se dieron a conocer tres personajes poseídos de un odio el mas irreconciliable contra la Religión Cristiana. Fueron estos Voltaire, d'Alembert, y Federico II, Rey de Prusia. Voltaire aborrecía el cristianismo porque aborrecía á su autor y á los héroes, que son su gloria. D'Alembert lo aborrecía, porque su insensible corazón era incapaz de amar. Y Federico lo aborrecía, porque solo fué amigo y tuvo trato con sus enemigos. A estos tres se agregó Diderot, que aborreció la Religión, porque era naturalmente loco, y porque entusiasmado con el caos de sus ideas, le era mas grato forjarse desatinos y quimeras, que someter su fé al Dios del Evangelio».[8] Las ideas del abad Barruel tuvieron mucho eco en España, y ejercieron su influencia sobre los propagandistas monárquicos absolutistas, los carlistas y tradicionalistas españoles, y fueron repetidas incesantemente por numerosos abanderados de la causa católica. Entre ellos hay que destacar al jerónimo fray Fernando de Ceballos, autor de La falsa filosofía o el ateísmo, deísmo, materialismo y demás nuevas sectas convencidas del crimen de Estado contra los soberanos y sus regalías, y a su discípulo Rafael de Vélez, autor de Preservativo contra la irreligión o los planes de la filosofía contra la religión y el Estado, realizados por la Francia para subyugar a la Europa, seguidos por Napoleón en la conquista de España y dados a luz por algunos de nuestros sabios en perjuicio de nuestra Patria. También a Francisco Alvarado, más conocido como «el filósofo rancio», y acérrimo adversario de toda innovación filosófica o política ilustrada, liberal, afrancesada, jansenista, masónica o

librepensadora. La antipatía que despertaba el movimiento ilustrado en España llegó a tal punto que Agustín de Castro, monje jerónimo y periodista del periódico reaccionario Atalaya de La Mancha en Madrid (1813-1814), llegó a escribir: «Tres mil o cuatro mil enemigos de vuestra majestad, mandados los unos a una hoguera y los otros a una isla incomunicable, en nada disminuyen el número de vuestros vasallos. [...] No, la multitud de reos no debe ser un estorbo al castigo; al contrario, por lo mismo que son tantos es necesario más rigor».

Así pues, quizá no resultaría impropio afirmar que el tímido volterianismo español produjo una dosis ingente de antivolterianismo,[9] y que, a su vez, las obras del «herege Voltaire» recibieron los peores epítetos de la Inquisición, convirtiéndose enseguida en un autor de la llamada primera clase, formada casi exclusivamente por heresiarcas. Las Cartas filosóficas fueron condenadas por «sus proposiciones hereticas, abusivas de la Sagrada Escritura, injuriosas al Sumo Pontífice, i execrablemente torpes i deshonestas», y Cándido porque bajo «el velo de una satira […] oculta este impio Autor el designio formal y seguido de establecer el Deísmo, y no como quiera, sino un Deísmo epicureo, que presenta un Dios sin Providencia, y que dejando al acaso todos los acontecimientos de este Mundo, liberta a los hombres de la esperanza, y de el temor de los castigos, y de los premios de la otra vida, arruinando por consiguiente todos los principios de la Religión, de la Sociedad, y de la moralidad de las acciones humanas».[10] En especial, la sátira de Voltaire contra la Inquisición, bien presente en varios capítulos de Cándido, no podía pasar inadvertida al censor, calificándola de «sangrienta, llena de imposturas, blasfemias, falsedades, torpezas, calumnias y chocarrerías». El peligro de Voltaire (o Volter, como lo castellaniza fray Nicolás de Aquino) llevó al arzobispo de Santiago, Francisco Alejandro de Bocanegra, a escribir una tremebunda carta pastoral, que tuvo un éxito inmenso, con numerosas ediciones: «Una Nación tan Católica como la Española, esta hoy, si no sumergida, à lo menos à pique de sumergirse en un abismo. […] ¡O! siglo corrompidisimo, quanto has trocado la fáz de esta Nacion, introduciendo en ellas las abominables maximas, y engañosos modos de pensar de Roseau, y Voltayre!».[11]

Con todo, Voltaire aparece como capitán de una conspiración anticristiana, acompañado por otros «sofistas de la impiedad», entre ellos, Diderot, Rousseau, d'Alembert y Federico II de Prusia. Pero el poeta es el peor de todos ellos, pues «es fluido, noble, fácil, rico y elegante quando quiere serlo; […] atrevido hasta la desvergüenza, arrostra, niega, afirma, inventa, falsifica la Escritura, los Padres, la historia: usa igualmente del sí y del nó; da golpes por igual en todo, sin importarle en dónde, con tal que haya herido». Todos estos ejemplos muestran el temor que produjo en España el autor de Cándido. Voltaire y Rousseau («Roseau» o incluso «Rosó», según la peculiar ortografía de Bocanegra) pasan a ser «las dos más firmes columnas de la impiedad».

Su muerte también sirvió a sus detractores para divulgar el calvario que sufren los incrédulos. En El éxito de la muerte correspondiente a la vida de los tres supuestos héroes del siglo XVIII, Voltaire, D'Alembert y Diderot se advertía de que, «en medio de tanto padecer, el desgraciado Voltaire no fue filósofo ni cristiano, por el contrario se mostró aun menos que hombre». Y fray Fernando de Ceballos, en el Juicio final de Voltaire (1856) (publicado con el subtítulo prometedor de «Escrita por el viagero de Lemnos según la oyó y copió de los filósofos infernales en los abismos de antiparos»), hacía esta descripción del patriarca a su llegada a la laguna Estigia, donde le aguardaba un tribunal compuesto por Sócrates, Epicuro, Cicerón, Virgilio y Lucrecio, con Luciano de Samósata actuando como relator: «Un momento después vi llegar un espectro o fantasma formidable. […] La cabeza era de una serpiente con orejas, y en ellas respiraba humo, como por las rasgadas narices y por la boca, que tenía armada con dos hileras de colmillos. […] En la frente tenía dos cuernos de color y textura del hierro, y entre sus arrugas se entreveían impresas con una marca de fuego estas palabras abreviadas: Ecrasez l'Infâme, Destruid al Infame».[12]

También el antivolterianismo fue la punta de lanza de la Iglesia franquista, y la revista El Mensajero del Corazón de Jesús publicaba el año 1949 un opúsculo titulado La muerte de Voltaire, que se iniciaba con unas frases tremendas: «El emperador satánico de todos los anticlericales y anticatólicos de nuestros días es Voltaire. No fue él el fundador de ellos: antes existieron Anás y Caifás. Pero fue un jefe notable».[13]

En cambio, durante el breve periodo del Trienio Constitucional —de marzo de 1820 hasta octubre de 1823—, la supresión de la censura y el clima de libertades permitieron nuevas versiones de Voltaire. Entre ellas, la traducción del Brutus debida al conde de Teba, personaje de talante liberal, con un prólogo de cierto B. F. C., dedicado «al pueblo español»: «Ojalá se consiga el objeto de este trabajo, ojalá no se olvide nunca que Si un pueblo libre es, se hace invencible. Esto te hará amar la libertad: con ella adquirirás la gloria que habías perdido y aún más libre y más noble que los mismos romanos, irás a las naciones, no a sojuzgarlas como aquellos, sino a libertarlas de los tiranos. A ti vendrán los pueblos oprimidos y tú, no desmintiendo la heroicidad y dulce carácter español, digno siempre de este nombre, serás el terror de los déspotas. El universo te bendecirá; esta es la verdadera gloria: sigue la marcha que emprendiste y la conseguirás».[14] Cuando, dos años después, se publicó una segunda edición, fue el propio conde de Teba quien redactó una dedicatoria de tono muy parecido al de su amigo: «Al pueblo español. El deseo de extender en el pueblo español ciertas verdades de que depende su felicidad me hizo emprender esta traducción, sin arredrarme tamaña empresa, persuadido de que siempre quedarían grabados en el corazón de mis compañeros los dogmas políticos en que se funda su bienestar. […] Seguro, pues, de que no ha sido enteramente inútil mi trabajo, me he animado a hacer esta segunda impresión. Plegue al cielo contribuya eficazmente a inspirar a mis compatriotas el horror al despotismo en cualquier especie de gobierno, pues no hay alguno, por libre que sea, que borre del hombre la idea de sobreponerse a los demás, si le es posible».[15] Por tanto, traducir a Voltaire y ponerlo al alcance del pueblo español se consideraba un acto patriótico, con el objeto de modernizar la nación y alejarla de Gobiernos despóticos.

En cualquier caso, el traductor y gran difusor de la obra de Voltaire en España fue el abad Juan Marchena. La primera edición de las Novelas data de 1819, y desde entonces se reeditaron en multitud de ocasiones, hasta bien entrado el siglo XX (la editorial Iberia reutilizaría la traducción de Marchena en su edición de los cuentos de 1967,[16] y algunos cuentos sueltos se publicarían hasta 1998).[17] Este dato es de sumo interés por cuanto es indicativo de la pereza de los editores españoles, que hasta hace muy poco forzaban a los

lectores a conocer la obra del escritor francés a través de una traducción cuanto menos variopinta, cuando no plagada de errores, de giros anticuados y de invenciones.

Marchena tuvo una biografía agitada y novelesca: perseguido por el Santo Oficio, se trasladó a París y asistió a la Revolución francesa, trabó amistad con Robespierre, y, proclamado rey de España José Bonaparte, fue nombrado director de los Archivos y Bibliotecas del Reino. En suma, fue un ilustrado valeroso, que no solo tradujo a Voltaire, sino también a otras «columnas de la impiedad», como Montesquieu (Cartas persianas) y Rousseau (Contrato social). Y es muy posible que esta biografía de gran adalid de las Luces haya contribuido a la permanencia de sus rocambolescas versiones. Al inicio de estas páginas, indicaba que no puede decirse que Voltaire goce entre nuestros contemporáneos de un especial favor, y que su obra es tan respetada como desconocida; quizás en este desconocimiento también ha desempeñado su papel la falta de buenas versiones, y la incomprensible vigencia de adaptaciones inexactas y periclitadas.

Pongamos un ejemplo significativo sobre las versiones del abad Marchena. En Micromegas, cuando Voltaire dice «sé muy bien que el padre Castel escribirá, incluso con mucha gracia, contra la existencia de estas dos lunas», Marchena lo traduce como: «Bien sé que el abad Jiménez escribirá con mucho donaire contra la existencia de dichas lunas». De este modo, borra de un plumazo al padre Castel, singular personaje de su siglo, inventor de un clavecín ocular (muy admirado por los ilustrados), y hombre de mucho ingenio, hasta el punto de que en 1753 se publicó Esprit, saillies et singularités du P. Castel, donde se recopilaban muchas de sus sonadas ocurrencias y descubrimientos. Desconozco quién era el abad Jiménez, pero el padre Castel bien se merecía un poco más de respeto. O cuando Voltaire advierte, en este mismo cuento: «Nuestros filósofos le plantaron un gran árbol en un lugar que el doctor Swift explicitaría, pero que yo me cuidaré mucho de nombrar a causa de mi gran respeto por las damas», Marchena dice: «[…] y nuestros filósofos le plantaron un árbol muy grande en cierto sitio que Torres o Quevedo hubieran nombrado por su nombre». Y, de esta manera, el nombre del autor de Gulliver y de tantas otras historias conmovedoras y sarcásticas es eliminado sin ningún

miramiento. Esta aparatosa manera de castellanizar el texto no deja de ser grotesca. ¿Quién es este Torres? ¿Y aquel Jiménez? ¿Por qué Quevedo en lugar de Swift? Qué duda cabe de que a Voltaire todos estos nombres, tan castizos, lo habrían divertido de lo lindo.

Algunos editores se han visto en la necesidad de explicar tan excepcional actitud: «Hemos preferido la traducción de Cándido que hizo el célebre abad Marchena á las demás que existen en castellano, por ser la más fiel y acabada; no habiendo variado ni uno solo de sus giros, aun cuando algunos resulten hoy anticuados, para que puedan saborear sus bellezas los inteligentes».[18] Y Emiliano M. Aguilera, en el prólogo de la edición de Iberia, piensa que no tienen demasiada importancia las infidelidades en las que incurre el traductor «con el deseo de hacerse más comprensible a los lectores españoles, por ejemplo, de acuerdo con este propósito sustituye algún lugar de París por otro, de fisonomía o carácter parecidos, de Madrid».[19] En ocasiones la apatía editorial llega al extremo de no precisar la autoría de la traducción, cuando sigue siendo del propio abad, más o menos adaptada a los «nuevos» tiempos.[20]

Leandro Fernández de Moratín también realizó una versión de Cándido, que ha sido reeditada casi hasta nuestros días porque «al interés filosófico se añade el interés literario que indudablemente presenta el rico castellano del traductor».[21] Hasta el punto de que el editor no duda en afirmar que «la hermosa traducción del Optimismo de Voltaire que presentamos al público tiene más sal y más gracia que el original mismo». No obstante, como la del abad Marchena, está llena de invenciones y de adaptaciones al público español. Si comparamos el último y famoso párrafo de Cándido, las diferencias son tan sorprendentes como divertidas. En la versión de Marchena podemos leer: «Todos los sucesos están encadenados en el mejor de los mundos posibles; porque si no te hubieran echado á patadas en el trasero de una magnífica quinta por amor de Cunegunda, si no te hubieran metido en la Inquisición, si no hubieras andado á pie por las soledades de América, si no hubieras pegado una buena estocada al barón, y si no hubieras perdido todos tus carneros del buen país del Dorado, no estarías ahora comiendo azamboas en dulce y alfónsigos. —Bien dice vuestra merced —respondió Cándido—; pero es menester labrar nuestra huerta». Y en

la versión de Moratín: «Todos los acaecimientos están encadenados en el mejor de los mundos posibles; porque (ve aquí la razón) si no te hubieran echado a puntillones del más hermoso de los castillos por aquel ósculo que diste a la señorita Cunegunda; si no te hubieran cogido la Inquisición; si no le hubiere fustigado después; si no hubieras viajado a pie por América; si no hubieras perdido los carneros que sacaste de aquel bienaventurado país, no regarías ahora las coles, ni comerías espárragos y alcachofas, ni las venderías en la ciudad de Constantinopla. —Todo eso es muy bueno —respondió Cándido—, pero lo que importa es no disertar, no argüir y cultivar la huerta».

¿Qué es lo que come Cándido con tanto deleite? ¿Azamboas en dulce y alfónsigos o espárragos y alcachofas? Hasta principios del siglo XXI, el lector español no pudo resolver el enigma, hasta que dispuso de una versión fidedigna en español, a cargo de Mauro Armiño, el excepcional traductor de los cuentos volterianos: «Todos los acontecimientos están encadenados en el mejor de los mundos posibles; porque, en última instancia, si no hubierais sido expulsado de un hermoso castillo a puntapiés en el trasero por amor a la señorita Cunegunda, si no hubierais caído en manos de la Inquisición, si no hubierais recorrido América a pie, si no hubierais propinado una buena estocada al barón, si no hubierais perdido todos vuestros carneros del buen país de Eldorado, no comeríais aquí cidros confitados ni pistachos. —Eso está muy bien dicho, respondió Cándido, pero tenemos que cultivar nuestro huerto».

Hay que reconocer que, a pesar de todo, el abad Marchena estaba mucho más acertado que Moratín, ya que las azamboas y los alfónsigos son denominaciones antiguas de los cidros y de los pistachos («cédrats confits et des pistaches», que es lo que aparentemente despertaba la gula del patriarca de Ferney).[22] En cualquier caso, tanto Marchena como Moratín se muestran muy poco modernos con sus versiones, en exceso partidarios de una traducción libre, apegada a la corriente de las Belles Infidèles; una actitud duramente rebatida a finales del siglo XVIII, especialmente por Goethe y Humboldt,[23] que propugnaban la máxima fidelidad al texto original.

Ahora bien, quizá Voltaire habría estado de acuerdo con estas

versiones. En las Cartas filosóficas, después de traducir a su manera el monólogo de Hamlet, advertía: «No creáis que he traducido palabra por palabra; malditos sean los traductores que traduciendo literalmente enervan los sentidos. A este respecto puede decirse justamente que la palabra mata y el espíritu vivifica». Y así es, en efecto, su traducción de Shakespeare no tiene nada que envidiar en invenciones a las de Marchena o Moratín; como le recriminaba el abad Prévost, Voltaire con su traducción vivificadora de Hamlet había hecho de Shakespeare un autor anticlerical y anticristiano…[24]

Afortunadamente, estos últimos años han aparecido excelentes versiones de la obra de Voltaire. Carlos R. de Dampierre, Francisco Lafarga o el ya citado Mauro Armiño han vertido al español, muy escrupulosamente, buena parte de la obra del patriarca de Ferney. En catalán, también cabe destacar la bella versión de algunos cuentos llevada a término por Pere Gimferrer, así como las versiones de Cándido de Carles Soldevila (1928) y Jordi Llovet (1981), La tomba del fanatisme, en versión de Rubén Talavan Gironella (2008) o la reciente traducción de los cuentos filosóficos por Joan-Lluís Lluís (2022). La poca simpatía de Cataluña hacia lo volteriano (y, por ende, hacia lo anticlerical) se manifiesta en una sorprendente falta de títulos traducidos. En cualquier caso, resulta ilustrativo del retraso de España que para emular al hijo de lord Chesterfield y poder leer sobre la enciclopedia una buena versión castellana del Cándido hayan tenido que pasar doscientos años. A Voltaire no le habría sorprendido: el país de la Inquisición no podía ser volteriano.

NOTAS

I. OIGO HABLAR DE LIBERTAD

1Berl, Emamnuel, Voltaire et la liberté , À l'Enseigne du Cheval Ailé, 1948, pág. 29.

2Voltaire, Memorias para servir a la vida de Voltaire escritas por él mismo , trad., prólogo y notas de A. Izquierdo, Valdemar, 1994.

II. MÁS FEO QUE UN MONO

1Raynaud, Jean-Michel, Voltaire soit disant , Presses Universitaires de Lille, 1983, pág. 30.

2Gallo, Max, «Moi j'écris pour agir», Vie de Voltaire , Fayard, 2008, pág. 13.

3Orieux, Jean, Voltaire ou la royauté de l'esprit , Flammarion, 1966, pág. 85.

4Capefigue, Baptiste, La marquise du Châtelet et les amie des philosophes , Amyot, ed., 1868, pág. 19.

5«Dans tes vers, Duché, je te prie,

Ne compare point au Messie

Un pauvre diable comme moi :

Je n'ai de lui que sa misère,

Et suis bien éloigné, ma foi,

D’avoir une vierge pour mère».

6Como indica Albert Monod, en De Pascal à Chateaubriand. Les défenseurs français du christianisme (1970), La religión es un poema amable, que respira amor por la humanidad, que descubre la brutalidad de las cruzadas, que trata con respeto a los heréticos y que incluso critica la persecución de Galileo (Monod, págs. 346-347).

7«C’est notre père Tournemine Qui croit tout ce qu’il imagine».

III. QUIERO SER HOMBRE DE LETRAS

1Hope, J. B., Voltaire poète , Paul Paclot & Cie. s. f., pág. 17.

2Carta de Voltaire al marqués d’Argenson (28 de julio de 1739).

3Voltaire, Le sottisier , Librairie Garnier Frères, s. f., pág. 142.

4Delille, Jacques, La conversation , Chez Michaud frères, 1812, pág. 7.

5Espina, Antonio, Voltaire y el siglo XVIII , Júcar, 1974, pág. 55.

6«Enfin, je vous ai vu, charmant objet que j’aime,

En cavalier deguisé dans ce jour,

J’ai cru voir Vénus elle-même

Sous la figure de l’amour».

7Citado en L’Anné littéraire de 1774.

IV. LA BASTILLA

1Sainte-Beuve, Charles Augustin, Causeries du Lundi , Garnier Frères, s. f., tomo XIII, pág. 9.

2Pomeau, René, Voltaire en son temps , Fayard-Voltaire Foundation, 1985-1995, tomo I, pág. 68.

3El verdadero autor era Antoine-Louis Lebrun, nacido en París, en 1680.

4Voltaire y La Beaumelle, Laurent Angliviel de, Monsieur de Voltaire peint par lui même ou lettres de cet écrivain , Compagnie des Libraires, 1767, pág. 11.

5Pauvert, Jean-Jacques, Sade: una inocencia salvaje , Tusquets, 1989.

6Peyrefitte, Roger, Voltaire. Sa jeunesse et son temps , Albin Michel, 1985, pág. 291.

7En la traducción de Pedro Bazán de Mendoza (1816), que realizó en Burdeos durante su exilio como afrancesado. En el original francés:

«Je chante ce héros qui régna sur la France

Et par droit de conquête et par droit de naissance ;

Qui par de longs malheurs apprit à gouverner,

Calma les factions, sut vaincre et pardonner,

Confondit et Mayenne, et la Ligue, et l'Ibère,

Et fut de ses sujets le vainqueur et le père.

Descends du haut des cieux, auguste Vérité !

Répands sur mes écrits ta force et ta clarté».

V. YO COMIENZO MI NOMBRE, MIENTRAS QUE VOS…

1Voltaire cambió el título de este poema en varias ocasiones, además de alterarlo considerablemente. Al principio, se tituló Épitre à Julie , y después, Épitre à Uranie (1726). A partir de 1772, tomó el nombre definitivo de Le Pour et le Contre .

2Carta de Voltaire a Thieriot (11 de septiembre de 1722).

3Benítez, Miguel, «Voltaire libertin: l'Épître à Uranie», Approches voltairiennes des manuscrits clandestins , PUPS, 2008.

4Le Bossu, René, Traité du poème épique , André Pallard, 1677.

5Dos años después, en la place de Grève, quemaron a Benjamin Deschauffors, un colega del abad Desfontaines. La acusación contra este fue mucho más grave que la de Desfontaines, al demostrarse durante el juicio pedofilia y tráfico de niños.

6Lepape, Pierre, Voltaire le conquérant , Éditions du Seuil, 1994, pág. 291.

VI. EL DESTINO ES EL QUE HACE A LOS HOMBRES PRUDENTES

1Pearson, Roger, Voltaire Almighty. A life in pursuit of freedom , Bloomsbury, 2005.

2Voltaire ridiculizaría este episodio de su vida en dos textos: en Questions sur l'Encyclopedie (1770-1772), en el artículo «Judío», y en Un chrétien contres six juifs (1776). Sobre las acusaciones de antisemitismo, Christiane Mervaud, en Le Dictionnaire philosophique (op. cit.), demuestra que son infundadas, y responden en todo caso a su oposición a cualquier tipo de fanatismo religioso. El colaboracionista Henri Labroue, en su libro Voltaire antijuif (1942), sacó de contexto muchas de las frases que se citan, anotadas y ampliadas por Céline o los hermanos Tharaud, y utilizadas por el Gobierno de Vichy. Como indica Mervaud, «la obra de Labroue solo merecería el olvido si no hubiese impuesto un

obstáculo a la lectura de Voltaire».

3Orieux, Jean, op. cit. , pág. 207.

4Pomeau, René, La religion de Voltaire , Librairie A.-G. Nizet, 1995, pág. 122.

5Bologne, Jean-Claude, Le frère à la bague , Editions du Rocher, 1999.

6«La vida no es más que un sueño lleno de comienzos de locura, y de miserias imaginadas y verdaderas. La muerte nos despierta de este sueño doloroso, y nos da una existencia mejor o ninguna existencia».

7Starobinski, Jean, Jean-Jacques Rousseau. La transparencia y el obstáculo , trad. S. González Noriega, Taurus, 1983.

8Picca, P., Medici e medicine di Voltaire , Fabbrica romana prodotti chimici, 1938.

9Carta de Voltaire a Damilaville (21 de diciembre de 1763).

VII. LAS CARTAS DIABÓLICAS

1Carta de Voltaire a Thieriot (1 de mayo de 1731).

2«Que direz-vous, race future,

Lorsque vous apprendrez la flétrissure injure

Qu'à ces Arts désolés font des hommes cruels ?

Ils privent de la sépulture

Celle qui dans la Grèce aurait eu des autels».

3Ravenel, Jules, Lettres de Mademoiselle Aïssé à Madame Calandrini , Gerdès, ed., 1846. Aquella muerte tan trágica dio lugar

a una obra de Eugène Scribe y a una ópera de Francesco Cilea.

4En cambio, durante la Revolución francesa sería una de las obras más representadas y aplaudidas. Sobre todo cuando el cónsul proclama: «Aún libre y sin rey». La obra de Voltaire fue una de las pocas permitidas durante aquellos años revolucionarios (junto con Guillermo Tell y Caïus Gracchus), mientras que se advertía de que cualquier otra pieza de teatro que mostrase «la vergonzosa supersitición de la monarquía sería cerrada, los directores encarcelados y castigados con arreglo a la legalidad vigente».

5Voltaire le dedicaría un poema entusiasta:

«Ô très singulière Martel,

J'ai pour vous estime profonde ; C'est dans votre petit hôtel,

C'est sur vos soupers que je fonde

Mon plaisir, le seul bien réel

Qu'un honnête homme ait en ce monde»

(«Oh, singularísima Martel,

Tengo por vos un profundo afecto;

Es en vuestra pequeña mansión,

Es en vuestras cenas que baso

Mi placer, el único bien verdadero

Que un hombre honesto tiene en este mundo»).

6Carta de Voltaire a Jean Baptiste Nicolas de Fromont (27 de enero de 1733).

7Traducida al castellano por el poeta y dramaturgo Vicente García de la Huerta (1784).

8Jaubert, Jacques, Mademoiselle Clairon, comédienne du Roi , Fayard, 2003, pág. 83.

9Voltaire, La doncella de Orleans , trad. de Juan Victorio, prólogo de José María Merino, Rey Lear, 2008.

10 De Condorcet, Nicolas, Vie de Voltaire , Londres, 1791, pág. 46.

11 Magnan, André, Inventaire Voltaire , Gallimard, 1995, pág. 838.

VIII. AMORES FILOSÓFICOS

1Mitford, Nancy, Voltaire amoureux , trad. J. Brousse, Librairie Stock, 1959, pág. 59.

2«Sans doute vous seres célèbre

Par les grands calculs de l'algèbre

Où votre esprit est absorbé.

J'oserais m'y livrer moi-même;

Mais, hélas! A + D – B

N'est pas = à je vous aime».

3Prefacio de su traducción de La fable des abeilles , del inglés Bernard Mandeville (1714).

4Capefigue, op. cit. , pág. 55.

5Badinter, Élisabeth, Emilie, Emilie. L'ambition féminine au XVIII ème siècle , Flammarion, 1983.

6Iliffe, Rob, «Ce que Newton connut sans sortir de chez lui: Maupertuis et la forme de la terre dans les années 1730». Histoire & Mesure , vol. 8, n.º 3-4, 1993, «La mesure de la terre», págs. 355-386.

7Carta de Voltaire a Maupertuis (Cirey, octubre de 1734).

8Kant, Immanuel, «Observations on the feeling for the beautiful and sublime», Kant (ed. G. Rabel), Clarendon Press, 1963, págs. 61-63.

9Peyrefitte, Roger, Voltaire et Frédéric II , Albin Michel, 1992, pág. 19.

10 Badinter, Elisabeth, op. cit. , pág. 255.

11 Carta de Voltaire a Mme du Deffand (22 de julio de 1761).

12 Voltaire, Cuentos completos en prosa y verso , trad. de M. Armiño y M. Domínguez, Siruela, 2006, págs. 600-601.

13 Stéphanie Genand, en su reciente biografia sobre Sade (Folio), considera que la lectura de las obras del marqués también puede llevarse a cabo desde una mirada abiertamente feminista: sus principales protagonistas son mujeres (Justine, Juliette, Aline…), que, además, descubren su sexualidad. Por ello, «es una lectura emancipadora que pone la sexualidad femenina en el mismo plano que la masculina».

14 Goncourt, Edmond y Jules, La femme au XVIII ème siècle , Charpentier, ed., 1882.

15 Carta de Voltaire a Cideville (16 de abril de 1735).

16 «J'avouerai qu'elle est tyrannique

Il faut, pour lui faire la tour,

Lui parler de métaphysique

Quand on voudrait lui parler d'amour».

17 Grafigny, Françoise, Vie privée de Voltaire et Mme du Châtelet pendant un séjour de six mois à Cirey , Treutzel et Wurtz, 1820.

18 Carta de Voltaire a Thieriot (3 de noviembre de 1735).

19 «De ce vin frais l'écume pétillante

De nos Français est l'image vivante».

20 Carta de Mme Denis a Thieriot (10 de mayo de 1738).

21 Voltaire, Memorias , op. cit. , págs. 87-88.

IX. LA VOLTAIROMANÍA

1Luchet, Jean Pierre, Histoire littéraire de monsieur de Voltaire , Chez Moutard, 1781, tomo 1, pág. 112.

2La Voltairomanie, ou Lettre d'un jeune avocat, en forme de mémoire. En réponse au libelle du sieur de Voltaire, intitulé: Le préservatif, &c , pág. 48.

3«Cependant je vous attendrai,

Tranquille admirateur de votre astronomie,

Sous mon méridien, dans les champs de Cirey, N'observant desormais que l'astre d'Émilie».

4Voltaire y La Beaumelle, Laurent Angliviel de, Monsieur de Voltaire peint par lui même ou lettres de cet écrivain Compagnie des Libraires, 1767, págs. 38-39.

5Ibídem, pág. 41.

6Carta de Voltaire a Thieriot (4 de febrero de 1737).

7Charbonneau, Frédéric, L'art d'écrire la science. Anthologie de textes savants du XVIII e siècle français , Presses Universitaires de Rennes, 2006, pág. 153.

8Carta de Voltaire a Maupertuis (22 de mayo de 1738).

9Gleick, James, Isaac Newton , trad. A. Puigròs, RBA, 2003, pág. 193.

10 Westfall, Richard S., Never at rest : a biography of Isaac Newton , Cambridge University Press, 1980, pág. 155.

11 Savater, Fernando, El jardín de las dudas , Planeta, 1993, pág. 64.

12 De Viguerie, Jean, Histoire et dictionnaire du temps des Lumières , Robert Laffont, 1995, pág. 992.

13 Wade, Ira Owen, Voltaire's Micromégas. A study in the fusion of science, myth and art , Princeton University Press, 1950, págs. 12-37.

14 Niderst, Alain, Fontenelle , PLON, 1991.

15 Badinter, Elisabeth, Émilie, Émilie. L'ambition féminine au XVIII siècle , op. cit. , pág. 259.

16 Du Châtelet, Émilie, Discurso sobre la felicidad , ed. I. Morant, trad. A. Martorell, Cátedra, Universitat de València, Instituto de la Mujer, 1996, pág. 118.

17 Mme du Châtelet, op. cit. , pág. 97.

18 Léouzon le Duc, Louis, Voltaire et la police: dossier recueilli à Saint-Pétersbourg, parmi les manuscrits français originaux enlevés à la Bastille en 1789 , Ambroise Bray Libraire-Éditeur, 1867, págs. 94-95.

19 Marquesa du Châtelet, Disertación sobre la naturaleza y la propagación del fuego , trad. Carmen Mataix, Excerpta Philosophica, Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense, 1994, pág. 9.

X. LOS INMORTALES

1Piron, Alexis, Oeuvres completes , Imprimerie M. Lambert, 1776, tomo 7, pág. 56.

«Ci git l'illustre et malheureux Rousseau [...]

Voici l’abrégé de sa vie,

Qui fut trop longue de moitié:

Il fut trente ans digne d’envie,

Et trente ans digne de pitié».

2Voltaire y La Beaumelle, Laurent Angliviel de, Monsieur de Voltaire peint par lui même ou lettres de cet écrivain, Compagnie des Libraires, 1767, pág. XX.

3También llamado irónicamente Destouches-Canon.

4«Adieu, belle Émilie,

En Prusse je m’en vas

Étaler ma folie

Et promener mes rats.

Dans cette cour polie,

On connaît mieux le prix

Des beaux esprits».

5Carta de Voltaire al obispo de Mirepoix (marzo de 1743).

6«En vain la fortune s’apprête

À t’orner d’un lustre nouveau;

Plus ton destin paraîtra beau,

Et plus tu nous paraïtras bête.

Benoît donne bien un chapeau,

Mais il ne donne point de tête».

7Viguerie, Jean de, op. cit. , pág. 827.

XI. EL HUNDIMIENTO

1Voltaire, Memorias , op. cit. , pág. 71.

2Voltaire, Memorias , op. cit. , pág. 120.

3Bellessort, André, Essai sur Voltaire , Librairie Académique Perrin, 1950, pág. 151.

4Bertaut, Jules, Voltaire , Société des Éditions Louis-Michaud, s. f., pág. 75.

5Orieux, Jean, op. cit. , pág. 390.

6Peyrefitte, Roger, Voltaire et Frédéric II , op. cit. , tomo II, pág. 51.

7Trousson, Raymond, Jean-Jacques Rousseau , Tallandier, 2011, pág. 342.

8Besterman, Theodore, Lettres d'amour de Voltaire à sa nièce , Librairie Plon, 1957.

9De Caraccioli, Louis-Antoine, Dictionnaire critique, pittoresque et sentencieux , Benoît Duplain, 1768.

10 Mauzi, Robert, L'idée du bonheur au XVIII e siècle , Armand Colin, 1960, pág. 65.

11 Orieux, Jean, op. cit. , pág. 359.

12 Montesquieu, Pensées et fragments inédits de Montesquieu , Barckhausen Henri (ed.), G. Gounouilhou, 1899.

13 Lacouture, Jean, Montesquieu. Les vendanges de la liberté , Seuil, pág. 95.

14 Voltaire, Oeuvres complètes , P. Dupont, 1825, tomo 39, pág. 527.

15 Valéry, Paul, Variétés I , Pléiade, 1957, pág. 522.

XII. ME LIBRO A MI DESTINO

1Maille, Anick, « Zadig », Le conte philosophique voltairien , Ellipses, 1995, pág. 56.

2Hazard, Paul, El pensamiento europeo en el siglo XVIII , trad. J. Marías, Alianza, 1998.

3Ventura, Francisco, Los orígenes de la Enciclopedia , Crítica, 1980, pág. 45.

4Crébillon, Oeuvres , Chez les libraires associés, 1771.

5Voltaire, Le Théatre de Voltaire , Chez François-Caut Richoff, 1754, tomo 5, págs. 57-63.

6Goncourt, Edmond y Jules, Madame de Pompadour , Bibliothèque Charpentier, 1899.

7Carta de Voltaire a Cideville (31 de enero de 1745).

8Mervaud, Christiane, «Frédéric II», Inventaire Voltaire , Gallimard, 1995, pág. 571.

9«Las mujeres son como chuletas, cuanto más las golpeas, más tiernas quedan».

10 Voltaire, Memorias , op. cit. , pág. 57.

11 Peyrefitte, Roger, Voltaire et Frédéric , op. cit. , tomo I, pág. 279.

12 Se imprimió en 1740, sin indicar la autoría, aunque especificando que era «publicado por Mr. de Voltaire». Incluso en algunas ediciones posteriores aparecería con el retrato del poeta, induciendo a confusión. Pero, de este modo, se preservaba la

identidad del monarca, y muchos philosophes interpretaron esta obra, así como otros opúsculos libertinos y anticlericales, como una operación de seducción del Apolo del Norte hacia la Europa ilustrada. Voltaire ocultó al librero Van Duren, de La Haya, la identidad del verdadero autor de aquellos comentarios, diciéndole tan solo que se trataba de uno de los hombres más considerables de Europa.

13 Terrall, Mary, The man who flattened the earth. Maupertuis and the sciences in the enlightenment , The University of Chicago Press, 2002, pág. 241.

14 Carta de Voltaire al conde d'Argental (28 de agosto de 1750).

15 Carta de Federico II a Voltaire (10 de octubre de 1739). A su muerte, en 1764, Federico II erigió a Algarotti un imponente monumento en el cementerio de Pisa.

16 Gaxotte, Pierre, Frédéric II , Librairie Arthème Fayard, 1953, pág. 266.

17 Voltaire, Oeuvres complètes , P. Dupont, 1825, tomo 40.

18 La Beaumelle, Laurent Angliviel de, Mes pensées ou le qu'en dira-t-on , Berlín, 1751, págs. 391-392.

19 La Beaumelle, Laurent Angliviel de, Commentaire sur La Henriade , Berlín, 1775, pág. 1.

20 Marquesa du Châtelet, op. cit. , pág. 95.

21 Lepape, Pierre, op. cit. , pág. 227.

22 Voltaire, Oeuvres complètes. Correspondance générale , P. Dupont, 1825, tomo 59, pág. 219.

23 Graber, Bernard, «La Mettrie (1709-1751)», Raison présente , vol. 172, 2009, págs. 107-117.

24 Badinter, Elisabeth, Les passions intellectuelles. Exigence de dignité , Fayard, 2002, pág. 47.

25 Bellessort, André, op. cit. , pág. 182.

26 Voltaire, Oeuvres complètes. Correspondance générale , P. Dupont, 1825, tomo 65, pág. 219.

XIII. LA QUERELLA

1Callot, Émile, Maupertuis. Le savant et le philosophe , Bibliothèque philosophique Marcel Rivière et cie., 1964, pág. 11.

2Lafuente, Antonio y Peset, José Luis, Introducción a El orden verosímil del cosmos de P. L. Moreau de Maupertuis , Alianza, 1985, pág. 8.

3Domínguez, Martí, Las confidencias del conde de Buffon , Península, 1999, pág. 122.

4Maupertuis, Vénus physique , 1751, págs. 87-88.

5De Viguerie, Jean, op. cit. , pág. 1173.

6Badinter, Elisabeth, Les passions intellectuelles. Exigence de dignité, op. cit. , pág. 93.

7Bellessort, André, op. cit. , pág. 183.

8Ostoya, Paul, «Maupertuis et la biologie», Revue d'histoire des sciences et de leurs applications , tomo 7, 1954, págs. 60-78.

9Henriot, Émile, Voltaire et Frédéric , Librairie Hachette, 1927, pág. 91.

10 Duvernet, Théophile Imarigeon, Vie de Voltaire, suivie d'anecdotes qui composent sa vie privée , Chez F. Buisson, 1797, págs. 175-176.

11 Voltaire, «Nouvelles considérations sur l'histoire», Oeuvres historiques (ed. R. Pomeau), Gallimard, 1957, pág. 46.

12 Lepan, Édouard-Marie-Joseph, Vie politique, littéraire et morale de Voltaire , Société Catholique des Bon Livres, 1825, pág. 95.

13 Bénard, abbé V. Frédéric II et Voltaire, dédié à la commission du Centenaire , 1878, pág. 46.

14 Carta de Voltaire a d'Argental (8 de septiembre 1754).

15 Henriot, Émile, op. cit. , pág. 92.

16 Pomeau, René, op. cit. , pág. 707.

17 Lanson, Gustave, op. cit. , pág. 112.

18 La Beaumelle, Laurent Angliviel de, Le Siècle de Louis XIV par M. de Voltaire, nouvelle édition, augmentée d'un très grand nombre de remarques par M. de La B*** , Knoch et J.-G. Eslinger, 1753, tomo 1, pág. 24.

19 La Beaumelle, Laurent Angliviel de, Lettres de Monsieur La Beaumelle à M. de Voltaire , Chez J. Nourse, 1763, págs. 6-8.

20 Ratto, A., «La polémica entre Voltaire y La Beaumelle: a propósito del Supplément au Siècle de Louis XIV», Ingenium. Revista Electrónica de Pensamiento Moderno y Metodología en Historia de la Ideas , vol. 10, 2016, págs. 129-141.

21 Bolingbroke, Henri Saint-Jean de. Le siècle politique de Louis XIV. Avec les pièces qui forment l'Histoire du siècle de M. F. de Voltaire, et de ses querelles avec Mrs. De Maupertuis et de la Beaumelle, suivies de la disgrace de ce fameux Poëte , Chez George Conrad Walther, 1755, pág. 312.

XIV. EL PRUSIANO

1Sainte-Beuve, Charles Augustin, op. cit. , pág. 21.

2Terrall, Mary, op. cit. , pág. 308.

3Badinter, Elisabeth, Les passions intellectuelles. Exigence de dignité , op. cit. , pág. 50.

4Gaxotte, Pierre, Frédéric II , Librairie Arthème Fayard, 1953.

5Bolingbroke, Henri Saint-Jean de, op. cit. , págs. 395-397.

6Voltaire, Du Roy de Prusse , Les Editions Oubliés, 1946, pág. 50.

7Voltaire, Lettres d'Alsace , Librairie Gallimard, 1938, pág. 77.

8Badinter, Elisabeth, «Le viol de Mme Denis: hypothèse ou roman?», Cahiers Voltaire , vol. 3, 2004.

9Voltaire, Lettres d'Alsace , op. cit. , pág. 100.

10 Carta de Voltaire a Mme du Deffand (2 de julio de 1754).

11 Carta de Mme du Deffand a Voltaire (29 de mayo de 1764).

12 Magnan, André, «Pour Marie-Lousie Denis», Cahiers Voltaire , vol. 1, 2002, págs. 9-36.

13 Voltaire, Lettres d'Alsace , op. cit. , pág. 83.

14 Voltaire, Oeuvres completes , P. Dupont, 1825, tomo 40, pág. 356.

15 Voltaire, Du Roy de Prusse , op. cit. , pág. 54.

16 Collini, Cosimo Alessandro, Mon séjour auprès de Voltaire et lettres inédites que m'écrivit cet homme célèbre jusqu'à la dernière année de sa vie , Chez Léopold Collin, 1807.

17 Banderier, Gilles, «Un cas particulier de «tolérance»: Voltaire et dom Calmet», Voltaire, la tolérance et la justice , Éditions Peeters, 2011.

18 «Tout se repaît & se succède

Par le plaisir qu'on nomme abus,

Homme, oiseau, poisson, quadrupède

Sans ce plaisir ne seroient plus.

Le f..... est la base du monde,

Le f..... est la source féconde

Qui rend l'univers éternel.

Et ce grand tout que l'on admire,

Ce bel univers, à vrai dire,

N'est qu'un vaste & noble b.....».

19 Barbotte, Marcel, Piron qui ne fut rient… , Editions de Saint-Seine-l'Abbaye, 1984.

20 Venturi, Franco, Los orígenes de la enciclopedia , Crítica, 1980, pág. 108.

21 Voltaire, Oeuvres completes , P. Dupont, 1825, tomo 12, pág. 192.

22 Voltaire, Oeuvres completes , P. Dupont, 1825, tomo 24, pág. 3.

XV. ME HE HECHO REY YO MISMO

1Voltaire, op. cit. , pág. 88.

2Voltaire, op. cit. , págs. 292-293.

3Perey, Lucien y Maugras, Gaston, La vie intime de Voltaire, aux Délices et à Ferney , Calmann Lévy, 1885, pág. 49.

4De Stern, Jean, Voltaire et sa nièce Mme Denis , La Palatine, 1957, pág. 83.

5Carta de Collini a Sébastien Dupont (31 de enero de 1755).

6La Pucelle formó parte de «l'Enfer» de la Bibliothèque Nationale de France.

7La Pucelle d'Orléans . Poème héroï-comique en dix-huit chants. Epître du Père Gribourdon , Ámsterdam, 1757.

8Carta de Voltaire a Thieriot (26 de marzo de 1757).

9Perey, Lucien y Maugras, Gaston, op. cit. , pág. 69.

10 Sainte-Beuve, Charles Augustin, Causeries du Lundi , Garnier Frères, s. f., tomo X, págs. 187-207.

11 Madame d'Épinay, Mémoires , Charpentier Libraire-Éditeur, 1863.

12 Citado en Raymond Trousson, Jean-Jacques Rousseau , Tallandier, 2003, pág. 359.

13 Voltaire à Mme Denis, Sur l'agriculture , (1761).

14 Carta de Voltaire al marqués de Florian (1758).

XVI. CÁNDIDO O VOLTAIRE

1Carta de Voltaire a Cideville (10 de mayo de 1764).

2Maurois, André, Voltaire , trad. Th. Scheppelmann, Juventud, 1938, pág. 67.

3Pilon, Édmond, Préface de Candide ou l'optimisme , Le Livre Français, 1924, pág. 10.

4De Condorcet, Nicolas, Vie de Voltaire , op. cit. , pág. 149.

5Coudreuse, Anne, «Flaubert, lecteur du XVIIIe siècle: pathos, ironie et apathie dans la Correspondance », La Licorne , vol. 43, diciembre de 1997, pág. 12.

6Casanova, Giacomo, Histoire de ma vie , Robert Lafont, 1993, volumen 5, págs. 46-47. El suplicio de Damiens también es descrito detalladamente en el primer capítulo de Vigilar y castigar , del sociólogo y filósofo Michel Foucault.

7Sus detractores hicieron correr, a partir del siglo XIX , la noticia de que Voltaire había hecho negocios con empresas negreras, establecidas en Nantes. Jean-François López, en «Les investissements de Voltaire dans le commerce colonial et la traite négrière: clarifications et malentendus» (Cahiers Voltaire , vol. 7, 2008, págs. 124-139), ha demostrado la falsedad de dicha información, malintencionada, creada con el único objeto de desprestigiarlo.

8Calais, Etienne, «Candide», Le conte philosophique voltairien , Ellipses, 1995, pág. 65.

9Voltaire, Oeuvres completes , P. Dupont, 1825, tomo 17, págs. 434-435.

10 Craveri, Benedetta, La cultura de la conversación , Siruela, 2001.

11 Joannet, Abbé, Journal Chrétien , Chez Lambert, 1759, pág. 14.

12 Ibídem, pág. 27.

13 Guyon, Claude-Marie, L'oracle des nouveaux philosophes . Pour servir de suite et d'éclaircissement aux oeuvres de M. de Voltaire , À Berne, 1760, págs. 26-27.

14 Gargett, Graham, Jacob Vernet, Geneva and the philosophes , Studies on Voltaire and the eighteenth century, 1994.

15 Maugras, Gaston, Voltaire et J.J Rousseau: querelles de philosophes , LEVY, 1886, pág. 1.

16 Bériot, Louis, Un café con Voltaire , Arpa, 2017, pág. 236.

17 Index librorum prohibitorum , 1786, pág. 135.

18 Confession de Voltaire, traduite de l'espagnol. Par M. ***, À Neuchatel, 1775. Christine Matthey, en «L'Ombre et les Lumières.

Une vision française de l’Espagne au 18e siècle», Dix-huitième siècle , vol. 40, 2008, págs. 413-430, cuestiona la visión estereotipada de España de los ilustrados franceses, desde Montesquieu a Voltaire, y la injustificada aceptación de la leyenda negra .

XVII. CULTIVEMOS NUESTRO HUERTO

1Milza, Pierre, Voltaire , Perrin, 2007, pág. 547.

2Pomeau, René, Préface à Voltaire chez lui , Cabédita, 1999, pág. 7.

3Choudin, Lucien, Le château de Voltaire. Deux siècles d’images , Association Voltaire, 2002, pág. 2.

4Oulmont, Charles, Voltaire en robe de chambre , Calmann-Lévy, 1936, pág. 8.

5Apgar, Gary, L’art singulier de Jean Huber , Adam Biro, 1995.

6Masseau, Didier, Inventaire Voltaire , op. cit. , pág. 543.

7Carta de Mme du Deffand a Voltaire (1766).

8Tortarolo, Edoardo, «Opinión pública», Diccionario histórico de la Ilustración (eds. Vincenzo Ferrone y Daniel Roche), trad. J. L. Gil Arista, Alianza, 1998, pág. 236.

9Delafarge, Daniel, La vie et l’oeuvre de Palissot , Slatkine reprints, 1971, pág. 128.

10 Palissot, Les philosophes , edition critique de T. J. Barling, University of Exeter, 1975.

«Madame, elle n’a rien dont je me formalise.

Je ne me règle plus sur les opinions,

Et c’est-là l’heureux fruit de mes réflexions.

Pour la Philosophie un gout à qui tout cede,

M'a fait choisir exprès l'état de quadrupède:

Sur ces quatre piliers mon corps se soutient mieux,

Et je vois moins de sots qui me blessent les yeux.

[...]

En nous civilisant , nous avons tout perdu,

La santé, le bonheur, et même la vertu.

Je me renferme donc dans la vie animale;

Vous voyez ma cuisine, elle est simple et frugale».

11 El sobrino de Rameau se publicó póstumamente, tras su traducción al alemán por Goethe en 1805, y Palissot seguramente nunca lo conoció, puesto que no se «tradujo» al francés hasta 1821, desde la versión alemana. Diderot era un gran escritor, quizás el más moderno de todos los philosophes , pero no era tan combativo como Voltaire.

12 Dictionnaire des anti-Lumières et des antiphilosophes (France, 1715-1815) , Didier Masseau (ed.), Champion, 2017.

13 «L'autre jour, au fond d'un vallon,

Un serpent mordit Jean Fréron.

Que croyez vous qu'il arriba

Ce fut le serpent qui creva».

14 Élie Catherine era el verdadero nombre de pila de Fréron: aquel «Jean» era para rebajarlo.

15 Moreau, Jacob-Nicolas, Mémoire pour servir à l'Histoire des Cacouacs, suivi d'un supplément à l'Histoire des Cacouacs jusqu'à nos jours , Société Catholique des Bons Livres, 1828, pág. 54.

XVIII. EL DICCIONARIO DIABÓLICO

1Oulmont, Charles, op. cit. , pág. 153.

2Caussy, Fernand, Voltaire, seigneur de village , Librairie Hachette, 1912, pág. 139.

3«O Maupertuis, cher Maupertuis

Que notre vie est peu de chose!

Cette fleur qui brille aujourd'hui,

Demain se fane à peine éclose…».

4Condorcet, op. cit. , pág. 174.

5«Aux pieds de mes rochers, aux creux de mes valons,

Pourrais-je regretter les rives de la Seine?

La fille de Corneille écoute mes leçons».

6Mervaud, Christiane, Le Dictionnaire Philosophique de Voltaire , Voltaire Foundation, 1994.

7Carta de Voltaire a los Argental (29 de junio de 1763).

8Boswell, James, Encuentro con Rousseau y Voltaire , ed. J. M. de Prada, Mondadori, 1997, pág. 62.

9De Herdt, Anne, «Voltaire vu par Béat de Hennezel», Voltaire chez lui , SKIRA, 1994.

XIX. EL DERECHO DE LOS TIGRES

1Voltaire, Oeuvres complètes , P. Dupont, 1825, tomo 42, pág. 378.

2Davidson, Ian, Voltaire in exile , Atlantic books, 2004, págs. 90-95.

3Bien, David, L'Affaire Calas: hérésie, persécution, tolérance à Toulouse au XVIII ème siècle , Éché, 1987.

4Voltaire, Oeuvres complètes. Correspondance générale , P. Dupont, 1825, tomo 62, pág. 323.

5Goulemot, Jean, Inventaire Voltaire , op. cit. , pág. 187.

6Blom, Philipp, Encyclopédie. El triunfo de la razón en tiempos irracionales , trad. J. Calzada, Anagrama, 2007, pág. 344.

7Furbank, Philip Nicholas, Diderot. Biografía crítica , trad. M. Teresa La Valle, Emecé, 1994, pág. 185.

8Carta de Voltaire al cardenal De Bernis (21 de julio de 1762).

9Carta del cardenal De Bernis a Voltaire (24 de junio de 1765).

10 Pujol, Carlos, Prólogo a Opúsculos satíricos y filosóficos, Alfaguara, 1978, pág. XXXII.

11 Voltaire, Traité sur la tolérance , À l'Enseigne du Cheval Ailé, 1948, pág. 106.

12 Lachenal, Adrien, Préface à Voltaire. Traité sur la Tolérance, Les Éditions du Cheval Ailé, 1948, pág. 11.

13 Voltaire, op. cit. , págs. 233-234.

14 Rotondò, Antonio, Tolerancia en Diccionario histórico de la Ilustración (eds. V. Ferrone y D. Roche), op. cit. , pág. 65.

15 Ferrer Benimeli, José Antonio, Voltaire, Servet y la tolerancia , Instituto de Estudios Sijenenses Miguel Servet, 1980.

16 Aiguader, Jaume, Miquel Servet , Teide, 1981, pág. 235.

«Non, je n'ai point tort d'oser dire

Ce que pensent les gens de bien;

Et le sage, qui ne craint rien,

A le beau droit de tout écrire. [...]

Je n'ai point tort quand je déteste

Ces assassins religieux

Employant le fer et les feux

Pour servir le Père céleste».

17 Este caso del almirante Byng fue, seguramente, el que más lo conmovió, y el que lo inició en aquella misión de defensor del pueblo. Voltaire había conocido al padre del almirante durante su estancia en Inglaterra, y al propio oficial, entonces un joven capitán de la armada. Voltaire recopiló toda la información que pudo sobre la pérdida de Menorca por el almirante, gracias a los informes que le facilitó su amigo el mariscal Richelieu. En estos quedaba clara la superioridad de las fuerzas francesas, y que la decisión del almirante no había sido errónea. El poeta remitió todo ello a la defensa del almirante, pero fue en vano: el 14 de marzo de 1757 fue fusilado en el puente Monarch de Portsmouth. Voltaire quedaría conmocionado, hasta el extremo de introducir un pasaje muy parecido en Cándido , donde este asiste a la ejecución de un almirante. Cuando Cándido conoce los detalles, le parece todo tan absurdo que la persona interpelada le da la razón y le dice: «En este país es bueno matar de tarde en tarde a un almirante para animar a los otros».

18 Pomeau, René, La religión de Voltaire , op. cit. , pág. 333.

19 Voltaire, Oeuvres complètes. Correspondance générale , P. Dupont, 1825, tomo 42, págs. 402-403.

20 Dupanloup, Félix, El centenario de Voltaire. Cartas dirigidas a los señores concejales de París , Espasa Hermanos, 1878.

21 Carta de Choiseul a Voltaire (27 de noviembre de 1763).

22 Moreau, Jacob Nicolas, Sur les principes, les règles et les bornes de la tolérance , Lausanne et Paris, 1785, pág. 120.

23 Voltaire luchó el resto de su vida por la rehabilitación de la figura de Lally. Escribió diversos textos en su defensa, entre ellos Fragments sur l'Inde, sur le général Lalli et sur le comte de Morangiès (1773). Cuatro días antes de su muerte, supo que el proceso de Lally iba a ser revisado.

24 Mornet, Daniel, El pensamiento francés en el siglo XVIII . El trasfondo intelectual de la Revolución francesa , Encuentro, 1988, pág. 27.

25 Carta de Mme du Deffand a Voltaire (28 de octubre de 1759).

26 Voltaire, Oeuvres complètes , P. Dupont, 1825, tomo 39, pág. 13.

27 Chaudon, Louis-Mayeul, Anti-dictionnaire philosophique. Pour servir de Commentaire & de Correctif au Dictionnaire Philosophique, & aux autres Livres qui ont paru de nos jours contre le Christianisme , Chez Saillant & Nyon, 1775, pág. IX.

28 Voltaire, Oeuvres complètes , P. Dupont, 1825, tomo 43, pág. 373.

29 Masson, Nicole, L'Ingénu de Voltaire et la critique de la société à la veille de la Révolution , Pierre Bordas et fils, 1989.

XX. TODO EL RESTO ES ILUSIÓN

1Carta de Voltaire a Marmontel (12 de febrero de 1767).

2Carta de Voltaire a Damilaville (19 de febrero de 1768).

3Carta de Voltaire a Mme Denis (17 de abril de 1769).

4Entre ellos, Relation du bannissement des jésuites de la Chine

(donde reincidía en la absurdidad de los dogmas y en la negación de la divinidad de Cristo, y rechazaba el valor simbólico de la eucaristía), Profession de foi des théistes (donde el poeta oponía la tolerancia de los teístas al fanatismo de los judíos y de los cristianos), Homélie du pasteur Bourn (donde promulga que lo principal es amar a Dios y ser justo) y el A.B.C., ou dialogues entre A.B.C., traduits de l'anglais par M. Huet , donde expone muchas de sus ideas sobre el buen gobierno: C. es partidario de un régimen aristocrático y absolutista, B. se inclina por la democracia, y A. (el alter ego del poeta) se pronuncia a favor del modelo inglés, el único que puede preservar la libertad. A toda esta producción desatada también habría que añadir L'Épitre aux Romains , Remontrances du corps des pasteurs du Gévaudan à A.-J. Rustan y Discours aux confédérés catholiques du Kaminieck en Pologne , sin olvidar Les Guèbres , una tragedia sobre la resistencia de una secta de fieles al culto de Zoroastro y las abominables persecuciones de los «sacerdotes de Plutón».

5Voltaire, Oeuvres complètes , P. Dupont, 1825, tomo 21, pág. 433.

6Voltaire había escrito, en 1759, un libelo titulado Relation de la maladie, de la confession, de la mort, et de l'apparition du jésuite Berthier , donde directamente enterraba en vida al pugnaz jesuita.

XXI. LA MARMOTA DE LOS ALPES

1Mornet, Daniel, Le sentiment de la nature en France. De J.-J. Rousseau à Bernardin de Saint-Pierre , Librairie Hachette, 1907, pág. 273.

2Domínguez, Martí, El somni de Lucreci. Una història de la llibertat de pensament , Pòrtic, 2013.

3Loty, Laurent, «Causes finales», Inventaire Voltaire , Gallimard, 1995, págs. 217-218.

4Voltaire, Oeuvres complètes , P. Dupont, 1825, tomo 37, pág. 200.

5Onfray, Michel, Els ultres de les llums , trad. Anna-Maria Corredor, Edicions de 1984, 2010.

6Voltaire, Oeuvres complètes , P. Dupont, 1825, tomo 37.

7Roger, Jacques, Buffon, un philosophe au Jardin du Roi , Fayard, 1989, pág. 262.

8Roe, Shirley A. «Voltaire Versus Needham: Atheism, Materialism, and the Generation of Life», Journal of the History of Ideas , vol. 46, n.º 1, enero-marzo de 1985, págs. 65-87.

9Spallanzani, Prodromo di un'opera sopra le reproduzioni animali , 1764, pág. 60.

10 Pomeau, René, Voltaire et son temps , Fayard, 1995, tomo II, pág. 307.

11 Lepape, Pierre, Diderot , Flammarion, 1991, pág. 345.

12 De Maillet, Telliamed ou Entretiens d'un philosophe indien avec un missionaire français sur la disminution de la mer, la formations de la Terre, l'origine de l'homme, etc ., Ches les Libraires Associés, 1749. À Basle.

13 Bergier, Nicolas, Le déisme réfuté par lui-même , París, 1766.

14 Bergier, Nicolas, Examen du Matérialisme. Réfutation du Système de la Nature , París, 1772.

15 Citado en «Un apologiste abolitionniste: l'abbé Bergier et les nègres de 1767 à 1789», de Patrick Graille y Andrew Curran, Dix-huitième siècle , vol. 48, 2016, págs. 517-532.

16 Du Bois-Reymond, Emil, Voltaire considéré comme homme de science : discours prononcé en séance publique de l'Académie royale des sciences de Berlin pour la fête commémorative de Frédéric II, Librairie internationale, 1869.

17 Pichot, André, Histoire de la notion de vie , Gallimard, 1993, pág. 433.

18 Voltaire, Oeuvres complètes , P. Dupont, 1825, tomo 30, pág. 564.

19 Voltaire, Oeuvres complètes , P. Dupont, 1825, tomo 30, pág. 546.

20 Pomeau, René, La religion de Voltaire , op. cit. , pág. 408.

21 Guyénot, Emile, Correspondance inédite entre Réaumur et Abraham Trembley , Ginebra, Maurice Trembley, 1943, pág. XXXVII.

22 Sandrier, Alain, Epílogo a Escritos anticristianos de Voltaire, Laetoli, 2021, pág. 593.

23 Maurois, André, op. cit. , pág. 104.

24 Voltaire, Oeuvres complètes , P. Dupont, 1825, tomo 42, págs. 423-430.

25 Agustí, Carme, «La aportación de Calmet a la creación de tópicos en la literatura vampírica», Cedille , vol. 14, 2018, pág. 15.

26 Voltaire, Oeuvres complètes , P. Dupont, 1825, tomo 33, pág. 3.

27 Voltaire, Oeuvres complètes , P. Dupont, 1825, tomo 33, pág. 10.

28 De Grimm, Baron, Correspondance littéraire, philosophique et critique, adressée a un souverain d'Allemagne , Chez Buisson, 1812, tomo 3, pág. 260.

29 Carta de Voltaire a Mme du Deffand (30 de marzo de 1775).

30 «J'achève ici-bas ma route

C'était un vrai casse-cou

J'y vis clair, je n'y vis goutte,

Je fus sage, je fus fou.

Pas à pas j'arrive au trou

Que n’évite fou ni sage.

Pour aller je ne sais où.

Adieu, Piron, bon voyage!».

31 Voltaire, Prix de la Justice et de l’Humanité, par l’auteur de la Henriade, avec son portrait , Ferney [Ginebra], 1778 [1777].

XXII. EL REGRESO DE VOLTAIRE

1Domínguez, Martí, El regreso de Voltaire , Destino, 2007.

2Carta de Voltaire a Mme du Deffand (15 de enero de 1761).

3Lanson, Gustave, Voltaire , Librairie Hachette, 1906, pág. 198.

4Ferrero, Monique, La Marquise de Villette Voltaire la nommait Belle et Bonne , M&G, 2007.

5Stern, Jean, Belle et Bonne. Une fervente amie de Voltaire (1757 - 1822) , Librairie Hachette, 1938.

6Benedetta Craveri, en Madame du Deffand et son monde (Éditions du Seuil, 1982), comenta la prodigiosa habilidad que tenía la marquesa para hacerse una idea de la fisionomía de las personas palpándoles el rostro. Aunque no siempre salía bien: cuando le presentaron al historiador Edward Gibbon, quedó tan desconcertada por una superficie tan perfectamente oronda que, creyendo haber tocado otra parte de su anatomía, protestó enfadada: «¡Qué broma de tan mal gusto!».

7Van Heuvel, Jacques, Album Voltaire , Gallimard, 1983, pág. 288.

8Lion, Henri, Les tragédies et les théories dramatiques de Voltaire , Librairie Hachette, 1895.

9Lacombe, Jacques, Poétique de M. de Voltaire ou Observations

recueillies de ses ouvrages; concernant la Versification française, les différens genres de Poësie et de stile poëtique, le Poëme Epique, l'Art Dramatique, la Tragédie, la Comédie, l'Opéra, les petits Poëmes, & les Poëtes les plus célèbres anciens & modernes , Chez Lacombe, 1766.

10 «Pour jamais adieu, mes amis,

Qui ne me regretterez guère.

Vous en rirez, mes ennemis;

C'est le requiem ordinaire.

Vous en tâterez quelque jour;

Et lorsqu'aux ténébreux rivages

Vous irez trouvez vos ouvrages,

Vous ferez rire à votre tour».

11 Laurel, Allain, Voltaire , Balzac, 1943, pág. 5.

12 Jyl, Laurence, Drôle de nièce: 30 ans avec M. de Voltaire , J.-C. Lattès, 1985.

13 Magnan, André, «Pour Marie-Lousie Denis», Cahiers Voltaire , vol. 1, 2002.

14 Longchamp, Sébastian G. y Wagnière, Jean-Louis, Mémoires sur Voltaire et ses ouvrages , Aimé André Libraire-éditeur, 1826.

15 Karp, Sergueï, Quand Catherine II achetait la bibliothèque de Voltaire , Ferney-Voltaire, Centre International d'étude du XVIIIe siècle, 1999.

16 Orieux, Jean, op. cit. , pág. 908. («Les prêtres ont causé tant de mal à la terre/ Que j'ai gardé contre eux une dent de Voltaire»).

17 Davidson, Ian, op. cit. , pág. 305.

EPÍLOGO. VOLTAIRE EN ESPAÑA

1Lafarga, Francisco, Voltaire en España , Universitat de Barcelona, 1982, pág. 29.

2Lafarga, Francisco, op. cit. , pág. 32.

3Lafarga, Francisco, op. cit. , pág. 42.

4Borrego, Antonio, Cartas de un español residente en París a su hermano residente en Madrid sobre La oración apologética por la España y su mérito literario de Don Juan Pablo Corner, Madrid, 1788, pág. 24.

5Mestre Sanchis, Antonio, Correspondencia entre Voltaire y Mayans sobre el teatro , Diputación de Valencia, 1998, pág. 19.

6Lafarga, Antonio, op. cit. , pág. 37.

7Guyon, Claude-Marie [Anónimo], El oráculo de los nuevos filósofos, M. Voltayre impugnado y descubierto en sus errores por sus mismas obras: con la refutación del Emilio o Libro de la educación de Juan Jacobo Rousseau , Gabriel Ramírez, 1769.

8Barruel, Agustín, Memorias para servir a la historia del jacobinismo. Escritas en francés por el Abate Barruel, traducidas al castellano por F. R. S. V. Observante de la Provincia de Mallorca , tomo I, Conspiración anti-cristiana, pág. 17.

9Herrero, Javier, Los orígenes del pensamiento reaccionario español , Cuadernos para el diálogo, 1977.

10 Lafarga, Francisco, op. cit ., pág 57.

11 De Bocanegra, Francisco Alexandro, Declamación oportuna contra el libertinaje de el tiempo que en forma de carta pastoral dirigió a su rebaño el Ilustrissimo señor Don Francisco Alejandro de Bocanegra y Xivaja , Imprenta de Antonio Fernández, 1779, págs. 22-25.

12 Lafarga, Francisco, «La muerte del filósofo», Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII , n.º 10/11, 2002, pág. 63-74.

13 La muerte de Voltaire , El Mensajero del Corazón de Jesús, 1949, segunda edición, pág. 5.

14 Lafarga, Francisco, «Teatro y traducción a las puertas del romanticismo: presencia de tragedias de Voltaire durante el Trienio Constitucional», Anales de Literatura Española , vol. 18, 2005, págs. 243-251.

15 Lafarga, Francisco, « La muerte de César y otras tragedias de Voltaire publicadas durante el Trienio Constitucional», Ética y política de la traducción literaria , Gráficas San Pancracio, 2004, pág. 147.

16 Voltaire, Novelas escogidas , trad. José Marchena, modernizada y anotada por A. de C. y E. M. A, con unas notas prologales de E. M. Aguilera, Iberia, 1967.

17 Voltaire, Tres cuentos orientales , trad. José Marchena, Lípari, 1998.

18 Voltaire, «Una explicación», Cándido o el optimismo , Imprenta popular, s. f.

19 Aguilera, Emiliano A., Notas prologales a Novelas escogidas de Voltaire , Iberia, 1967, pág. XIV.

20 Voltaire, Obras selectas , Librería El Ateneo, 1958.

21 Voltaire, Cándido , Orbis, 1984, pág. 7.

22 En la versión de Cándido de Antonio Espina (1974) se habla de «azambogos confitados y pistaches».

23 Lafarga, Francisco, «José Marchena y la traducción», Quaderns de Filologia. Estudis Lingüístics , vol. VIII, págs. 171-179.

24 Deloffre, Frédéric, Préface et notes à Lettres philosophiques , Folio, 1986, pág. 251.

BIBLIOGRAFÍA

1. PRINCIPALES EDICIONES

DE LAS OBRAS COMPLETAS DE VOLTAIRE

Oeuvres complètes, Ginebra, Cramer y Bardin, (edición «encuadrada»), 1775, 40 volúmenes.

Oeuvres complètes de Voltaire, De Kehl (a cargo de Beaumarchais), 1784, 70 volúmenes (in 8º) o 92 (in 12º).

Oeuvres complètes de Voltaire, París, P. Dupont, Libraire-éditeur, 1825, 71 volúmenes.

Oeuvres complètes, Oxford y París, The Voltaire Foundation, (desde 1969, en vías de publicación; se han publicado un centenar de volúmenes y se prevén unos ciento cincuenta).

Correspondance, Gallimard, París. Bibliothèque La Pléiade, 1978-1993. 13 volúmenes.

2. PRINCIPALES TRADUCCIONES AL ESPAÑOL DE VOLTAIRE

Novelas de Voltaire, trad. J. Marchena, Beaume, Burdeos, 1819 (reedición: 1823, 1836, 1967), 3 volúmenes.

Optimismo de Voltaire, trad. L. Fernández de Moratín, Cádiz, Imprenta de Santiponce, 1834.

Obras completas de Voltaire con un prólogo de Victor Hugo, vertidas por primera vez al castellano y precedidas de la «Vida de Voltaire» por Condorcet, Valencia, La propaganda democrática, M. Senent,

1892-1894.

Diccionario filosófico, F. Sempere y compañía, 6 volúmenes.

Crítica religiosa, trad. M. Gil de Oto, Editor Antonio Roch, 1924.

Burlas y sátiras, trad. M. Gil de Oto, Editor Antonio Roch, 1924.

Cándido y otros cuentos, selección y nota preliminar de P. Garagori, trad. A. Espina, Madrid, Alianza, 1974 (última reimpresión: 2005).

Opúsculos satíricos y filosóficos, prólogo de C. Pujol, trad. y notas de C. R. Dampierre, Alfaguara, 1978.

Cándido y otros cuentos, Edición, introducción y notas de M. D. Picazo y F. Gutiérrez, Madrid, S.G.E.L., 1982.

La princesa de Babilonia, trad. C. Pujol, Barcelona, Bruguera, 1982.

Micromegas y otros cuentos, selección y prólogo de Jorge Luis Borges, trad. F. Lafarga, Madrid, Siruela, 1986.

Novelas y cuentos, trad. C. Pujol, Barcelona, Planeta, 1988.

La princesa de Babilonia; El toro blanco, trad. J. Marchena, Madrid, Lípari, 1990.

Memorias para servir a la vida de Voltaire escritas por él mismo, trad., prólogo y notas de A. Izquierdo, Valdemar ,1994.

Diccionario filosófico, trad. A. Martínez Arancón, Madrid, Temas de Hoy, 1995, 2 volúmenes.

Así va el mundo. Cuentos orientales, trad. M. Armiño, Madrid, Valdemar, 1996.

Cartas filosóficas, trad. F. Savater, Madrid, Alianza, 1998.

El ingenuo y otros cuentos, prólogo de F. Savater, trad. M.T. Gallego y F. Lafarga, Madrid, Siruela, 1999.

Cándido o el optimismo, trad. M. Armiño, Madrid, Espasa Calpe, 2001.

El hombre de los cuarenta escudos y otros cuentos, trad., prólogo y notas de M. Armiño, Madrid, Edaf, 2005.

Cuentos completos en prosa y verso, trad. M. Armiño y M. Domínguez, Siruela, 2006.

Diccionario filosófico, trad. J. Arean Fernández y L. Martínez Drake, Madrid, Akal, 2007.

La doncella de Orleans, trad. J. Victorio, prólogo de J. M. Merino, Rey Lear, 2008.

Obras de Voltaire, prólogo de F. Savater, introducción de M. Domínguez, Gredos, 2010.

Escritos anticristianos, trad. Bernat Castany Prado, Laetoli, 2021.

3. PRINCIPALES ESTUDIOS Y BIOGRAFÍAS

SOBRE LA OBRA DE VOLTAIRE

APGAR, Gary, L'art singulier de Jean Huber, Adam Biro, 1995.

BADINTER, Elisabeth, Emilie, Emilie. L'ambition féminine au XVIIIème siècle, Flammarion, 1983.

BADINTER, Elisabeth, Les passions intellectuelles. Exigence de dignité, Fayard, 2002.

BEAUNE, Henri, Voltaire au collège, F. Amyot, Libraire, 1857.

BELLESSORT, André, Essai sur Voltaire, Librairie Académique Perrin, 1950.

BERTAUT, Jules, Voltaire, Société des Éditions Louis-Michaud, (s. f.).

BESTERMAN, Theodore, Lettres d'amour de Voltaire à sa nièce, Librairie Plon, 1957.

BOIXAREU, Mercè, Los cuentos filosóficos de Voltaire, Madrid, Síntesis, 2006.

CALAIS, Etienne (ed.), Le conte philosophique voltairien, Ellipses, 1995.

CAUSSY, Fernand, Voltaire. Seigneur de village, LibrairieHachette, 1912.

CHOUDIN, Lucien, Le château de Voltaire. Deux siècles d'images, Association Voltaire, Ferney-Voltaire, 2002.

CONDORCET, Nicolas de, Vie de Voltaire, 1791.

DAVIDSON, Ian, Voltaire in exile, Atlantic books, 2004.

ESPINA, Antonio, Voltaire y el siglo XVIII, Júcar, 1974.

GOULEMOT, Jean; MAGNAN, André y MASSEAU, Didier, Inventaire Voltaire, Gallimard, 1995.

HENRIOT, Émile, Voltaire et Frédéric, Librairie Hachette, 1927.

HILLEMACHER, Frédéric, Galerie historique des portraits des comediens de la troupe de Voltaire, N. Scheurin éditeur, 1861.

HOPE, J. B. Voltaire poète, París, Paul Paclot et Cie, (s. f.).

HOUSSAYE, Arsène, Le roi Voltaire, París, Dentu, 1878.

JYL, Laurence, Drôle de nièce: 30 ans avec M. de Voltaire, J.-C. Lattès, 1985.

KARP, Sergueï, Quand Catherine II achetait la bibliothèque de Voltaire, Centre International d'étude du XVIIIe siècle, 1999.

LAFARGA, Francisco, Voltaire en España, Universitat de Barcelona, 1982.

LANSON, Gustave, Voltaire, Librairie Hachette, 1906.

LAUREL, André, Voltaire, Balzac, 1943.

LEPAN, Édouard-Marie-Joseph, Vie politique, littéraire et morale de Voltaire, Société Catholique des Bon Livres, 1825.

LEPAPE, Pierre, Voltaire le conquérant, Éditions du Seuil, 1994.

LION, Henri, Les tragédies et les théories dramatiques de Voltaire, Librairie Hachette, 1985.

LONGCHAMP, Sébastien y WAGNIÈRE, Jean-Louis, Mémoires sur Voltaire et ses ouvrages, Aimé André Libraire-éditeur, 1826.

MASSON, Nicole, L'Ingénu de Voltaire et la critique de la société à la veille de la Révolution, Pierre Bordas et fils, 1989.

MAUROIS, André, Voltaire, Juventud, 1938.

MENANT, Sylvain, L'esthetique de Voltaire, Sedes, 1995.

MERVAUD, Christiane, Voltaire en toutes lettres, Bordas, 1991.

MERVAUD, Christiane, Le Dictionnaire philosophique de Voltaire, Voltaire Foundation, 1994.

MITFORD, Nancy, Voltaire amoureux, Librairie Stock, 1959.

ORIEUX, Jean, Voltaire ou la royauté de l'esprit, Flammarion, 1966.

OULMONT, Charles, Voltaire en robe de chambre, Calmann-Lévy editeurs, 1936.

PEARSON, Roger, Voltaire Almighty. A life in pursuit of freedom, Londres, Bloomsbury, 2005.

PEREY, Lucien y Maugras, Gaston, La vie intime de Voltaire, aux Délices et à Ferney, Calmann Lévy, 1885.

PEYREFITTE, Roger, Voltaire, sa jeunesse et son temps, Albin Michel, 1985.

PEYREFITTE, Roger, Voltaire et Frédéric II, Albin Michel, 1992.

POMEAU, René, La religión de Voltaire, Nizet, 1969.

POMEAU, René, Politique de Voltaire, Armand Colin, 1963.

POMEAU, René et al., Voltaire en son temps, The Voltaire Foundation, 1985-1995.

STERN, Jean de, Voltaire et sa nièce Mme Denis, La Palatine, 1957.

VAN HEUVEL, Jacques, Album Voltaire, Gallimard, 1983.

WADE, Ira Owen, Voltaire's Micromégas. A study in the fusion of science, myth and art, Princeton University Press, 1950.

4. PUBLICACIONES PERIÒDICAS SOBRE VOLTAIRE

Studies on Voltaire and the Eighteenth Century (desde 1955). Editados primero por el Institut et Musée Voltaire, Ginebra. Después, por The Voltaire Foundation, Oxford.

Cahiers Voltaire. Revue annuelle de la Société Voltaire (desde 2002). Fondation Voltaire à Ferney. Ferney-Voltaire.

5. ESTUDIOS SOBRE EL SIGLO XVIII

BLOM, Philipp, Encyclopédie. El triunfo de la razón en tiempos irracionales, Anagrama, 2007.

CALLOT, Émile, Maupertuis. Le savant et le philosophe, Bibliothèque philosophique Marcel Rivière et cie., 1964.

CHARBONNEAU, Frédéric, L'art d'écrire la science. Anthologie de textes savants du XVIIIe siècle français, Presses Universitaires de Rennes, 2006.

CRAVERI, Benedetta, La cultura de la conversación, Siruela, 2001.

FERRONE, Vincenzo y ROCHE, Daniel (eds.), Diccionario histórico de la Ilustración, Alianza, 1998.

GALLO, Max, «Moi j'écris pour agir», Vie de Voltaire, Fayard, 2008.

GAXOTTE, Pierre, Frédéric II, Librairie Arthème Fayard, 1953.

GUÉHENNO, Jean, Jean-Jacques. Histoire d'une conscience, Gallimard, 1952.

HAZARD, Paul, El pensamiento europeo en el siglo XVIII, Alianza, 1998.

LACOUTURE, Jean, Montesquieu. Les vendanges de la liberté, Seuil, 2003.

LEPAPE, Pierre, Diderot, Flammarion, 1991.

LUCHET, Jean Pierre, Histoire littéraire de monsieur de Voltaire, Chez Moutard, 1781.

MAUZI, Robert, L'idée du bonheur au XVIIIe siècle, Armand Colin, 1960.

MILZA, Pierre, Voltaire, Perrin, 2007.

MORNET, Daniel, Le sentiment de la nature en France. De J.-J. Rousseau à Bernardin de Saint-Pierre, Librairie Hachette, 1907.

MORNET, Daniel, El pensamiento francés en el siglo XVIII. El trasfondo intelectual de la Revolución francesa, Encuentro, 1988.

NIDERST, Alain, Fontenelle, PLON, 1991.

ROGER, Jacques, Buffon, un philosophe au Jardin du Roi, Fayard, 1989.

STAROBINSKI, Jean, Jean-Jacques Rousseau. La transparencia y el obstáculo, Taurus, 1983.

STAROBINSKI, Jean, Montesquieu, Breviarios, Fondo de Cultura Económica, 1989.

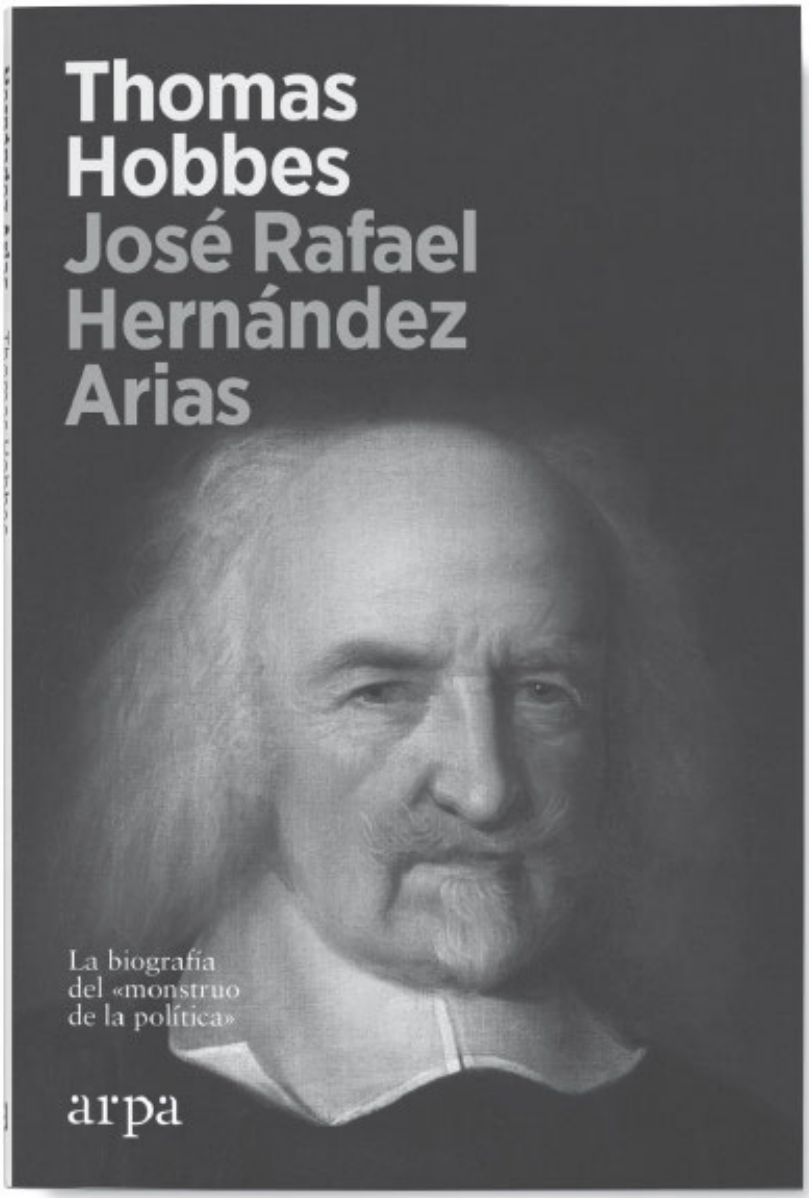
TERRALL, Mary, The man who flattened the earth. Maupertuis and the sciences in the enlightenment, The University of Chicago Press, 2002.

TROUSSON, Raymond, Jean-Jacques Rousseau, Tallandier, 2003.

VENTURA, Francisco, Los orígenes de la Enciclopedia, Crítica, 1980.

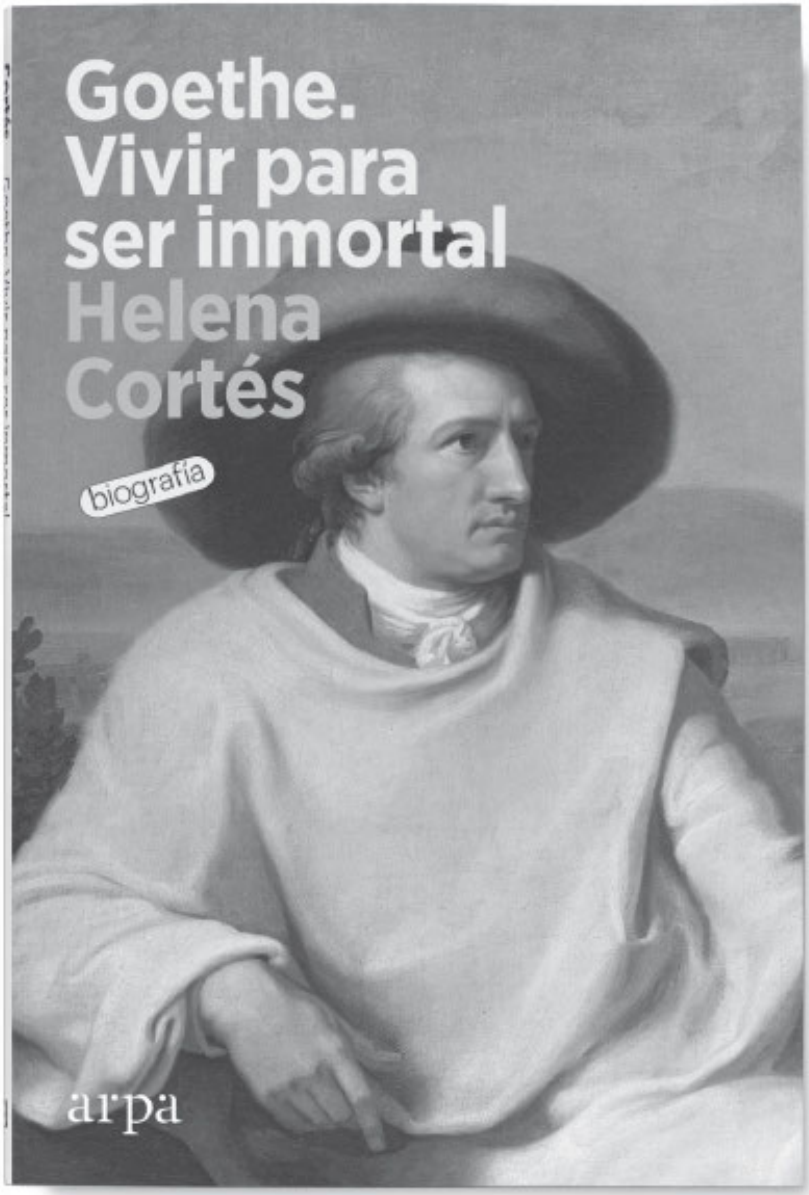
VERSINI, Laurent, Diderot, alias Frère Tonpla, Hachette, 1996.

VIGUERIE, Jean de, Histoire et dictionnaire du temps des Lumières, Robert Laffont, 1995.



La vida y obra de Thomas Hobbes, uno de los filósofos más influyentes de la historia, fundador del pensamiento político moderno.

Thomas Hobbes fue un pensador controvertido en la historia de la filosofía. Ya en su época se hizo famoso por sus extraordinarios conocimientos de física, matemáticas, geometría, filosofía y teología. Sus contemporáneos lo admiraron por su saber, pero igualmente lo temieron y hasta lo odiaron, esto último debido a la contundencia y al radicalismo de algunas de sus ideas políticas. Pesimista acérrimo, fue también moralista e interpretó la naturaleza humana como inclinada al mal, de ahí que hubiera que ponerle límites mediante las leyes justas.



La biografía de un hombre que puso su extraordinario talento y su pasión vital al servicio de convertir su propia vida en una

obra inmortal.

Gran vitalista a la par que profundamente hipocondríaco, Goethe rechazó por completo lo que le recordaba la enfermedad y la muerte. Por eso, aprovechó todo cuando el destino puso en su camino con un entusiasmo y un talento extraordinarios para convertir su vida en una carrera de éxito hacia la inmortalidad.